



Ignasi Serrahima

ONESIMUS

(la conspiración)

ggg

grand guignol ediciones

ONESIMUS
(la conspiración)

Ignasi Serrahima

gg̃[narrativa]

© Ignasi Serrahima, 2012

© Grand Guignol, S.L., 2012

Fotografía de cubierta: Álvaro Minguito

Diseño y maqueta: Elena Costa Krämer

Digitalización: Redelibros

ISBN: 978-84-936874-4-1

Reservados todos los derechos.

gg̃

Grand Guignol Ediciones

Gavilanes, 1 -28035 Madrid

grandguignolediciones@gmail.com

www.grandguignolediciones.com

A Maria, Sandra y Xavi.
Y a Paula, que los ha hecho posibles.

PRÓLOGO

13 de junio de 2003

13 de junio 2003
Washington, DC (EE UU)

—*Agente Milligan* —pronunció lentamente Chuck Surtees desde la imagen que aparecía en la pantalla del vídeo—, *¿ha oído hablar de Onesimus?*

¿Onesimus? No. Era la primera vez que Porter Milligan oía ese nombre. La voz de Surtees había temblado al pronunciarlo, y ahora vacilaba. Parecía estar debatiéndose interiormente sobre si debía seguir hablando o no.

—*No, por supuesto que no* —continuó el desaparecido agente con tono desolado, secándose el sudor que perlaba su frente con el dorso de la mano—. *Nadie ha oído hablar nunca de...*

Milligan se estaba impacientando con las vacilaciones y dudas de su interlocutor virtual. ¿Qué diablos era aquello? Había recibido la cinta de vídeo esa misma tarde. La viuda del agente Surtees se la había entregado personalmente cuando almorzaba en su restaurante habitual, dejándole sorprendido e intrigado.

Chuck Surtees, agente de la CIA con catorce años de experiencia, había sido asesinado hacía un par de meses en lo que aparentaba ser un chapucero intento de robo. Encontraron su cuerpo junto al río Potomac un lunes por la mañana con el rostro completamente desfigurado a causa de dos balas disparadas a corta distancia. Jamás se había hallado al culpable.

En la pantalla, el hombre se movía nervioso, dubitativo, con un temblor ligero y constante en el labio inferior. Buscaba las palabras para poder continuar.

—Dios mío, espero no equivocarme con usted...

Milligan le habría cogido violentamente por las solapas para que se decidiese a ir al grano de una maldita vez.

—Está bien. Empezaré por el principio... —dijo. Y mirando fijamente a la cámara por vez primera, añadió—: Conozco la auténtica razón de la invasión de Irak. Sé por qué los halcones de la administración se empeñaron en derrocar a Saddam cuando éste no tenía ningún vínculo con el 11-S ni con Al Qaeda. Sé cuál era el objetivo real de la operación. Y, créame, agente Milligan, si le digo que es... ¡terrorífico!

Porter Milligan sentía un cosquilleo en el estómago, no sabría muy bien decir por qué. El hombre hizo otra larga pausa y resopló.

—¿Quizás ha oído hablar de los Redskins?

El agente Milligan dio un respingo. Recordó, de pronto, un extraño episodio vivido con Hartley Westward, el poderoso Jefe de Estrategia Geopolítica de la CIA, en la Casa Blanca hacía unos días. Sus investigaciones dentro de la Agencia como responsable del Comité de Ética y Buenas Prácticas le habían llevado a sospechar que quizá los *Redskins* no eran sólo un mito. Ahora, desde la tumba, alguien más le hablaba de ellos.

—De alguna manera —proseguía Surtees—, su existencia es una leyenda que circula por la Agencia desde hace unos años, aunque estoy convencido de que nadie que no pertenezca al grupo sabe a ciencia cierta si existen o no ni a qué se dedican... Pues bien, señor Milligan, sí existen. Y se lo puedo probar, porque yo he formado parte de ellos estos últimos seis meses.

Milligan arqueó las cejas al oír esto. ¡Así que era cierto! Pero, ¿quiénes eran?, ¿cuáles eran sus objetivos?

—Los Redskins son el brazo ejecutor de una conspiración de alcance global, una conjura de consecuencias criminales, en la que yo... no quiero participar. ¡Ayúdeme a detenerla, por favor!

Surtees empezaba a dar muestras de sobreexcitación. Por un momento, Milligan temió que el agente se hubiera vuelto paranoico. A veces sucedía: agentes de la CIA que de tanto jugar a espías, a crear y mantener secretos, padecían manía persecutoria y desarrollaban patologías mentales, confundiendo imaginación con realidad. ¿Se habría vuelto loco aquel hombre?

—Agente Milligan —seguía diciendo la voz desde la pantalla—, es necesario que conozca el alcance de Onesimus.

El malogrado agente Surtees parecía haber tomado una decisión. Cogió dos hojas de papel de encima del escritorio y las mostró a la cámara, sosteniendo una en cada mano.

—Mire —dijo, moviendo una de las hojas—, aquí tengo una lista de los agentes de la CIA que forman parte de los Redskins, así como el nombre del que los dirige clandestinamente. Y aquí —añadió, adelantando el segundo papel—, la lista de los que integran el proyecto Onesimus. Como verá, hay gente muy, muy importante. He sido capaz de identificar a todos, aunque nunca me invitaron a una de sus reuniones. Bien, a todos, menos al que llaman Chief, que debe ser el que dirige la operación en la sombra. Sobre este... digamos que tengo una teoría. A ver si la puedo explicar... Ante todo, sin embargo, le hablaré de Onesimus.

Chuck Surtees saltaba de un asunto a otro a tuestas, de forma desorganizada. Más que nervioso, parecía a punto de sufrir un ataque de pánico.

—¡Céntrate, Surtees, joder! —exclamó Porter, como si lo tuviera delante—. ¿Qué me estás diciendo?

Sentía frustración porque no podía leer los nombres de las listas; había demasiada luz y el blanco del papel brillaba opacando el color de la tinta.

La figura de la pantalla parecía no ser capaz de mirar de frente a la cámara. Sus ojos se movían descontroladamente, arriba y abajo, a derecha e izquierda. Su labio inferior no cesaba de temblar.

—Onesimus es una operación de gran alcance que surgió a mediados de los años noventa. Supongo... supongo que habrá oído hablar del Project for a New American Century, un think-tank neo-conservador que...

Chuck Surtees, en la pantalla, fue interrumpido por el timbre de su teléfono móvil. Agobiado, dobló ambos papeles y los introdujo en un libro que cogió de encima de la mesa. Contestó al teléfono sin apagar la cámara.

Milligan ya no le veía el rostro, pero escuchaba su voz, que respondía a su desconocido interlocutor que iría inmediatamente. No dijo a dónde. Colgó el teléfono sin despedirse y volvió a entrar en el escenario que registraba la grabación de vídeo, esta vez por detrás del escritorio. De pie, apoyó los puños sobre la mesa y bajó la cabeza, con un gesto derrotado de profundo abatimiento.

Con dos de sus dedos tocó el libro en el que había escondido las listas, como acariciándolo. Entonces pareció recordar que la cámara seguía grabando. Se acercó y la apagó.

—¡Mierda! —exclamó Porter tras avanzar la cinta varios minutos para ver si más adelante había algo más grabado.

Pero no había nada.

PARTE I

Abril de 2003

Abril 2003

Bagdad (Irak)

Eran las ocho menos cuarto. Pronto oscurecería. La sargento Jessica Lobo estaba deseando regresar al acuartelamiento. Cuando cuatro días antes había visto cómo sus colegas derribaban la estatua del dictador, había pensado: «¡Ya está, misión cumplida!». Pero el número de bajas entre la tropa no disminuía. Esa misma mañana, un francotirador había destrozado la rodilla de uno de sus hombres. Y aún podían dar las gracias.

—¡Qué porquería! —murmuró.

—¿Eh?

Era Snowcap, el más fiel de sus hombres, siempre pegado a su espalda.

—Nada, hablaba sola —contestó ella—. Informa a Pesci de que vamos a entrar.

Estaban agazapados detrás de lo que quedaba de un muro de adobe. Algo se le estaba clavando en la espalda, quizá un trozo de alambre grueso. No podían quedarse allí.

Cuando creían que ya habían acabado su patrulla, el teniente Murphy les había hecho volver al sector C. El informe era confuso, como todo en aquel maldito país. Un grupo de guardias iraquíes se había atrincherado en un edificio de dos plantas que aún parecía bastante sólido. Lo tenían justo enfrente. «Juraría que hemos pasado por aquí mismo hace dos horas», pensó la sargento Lobo.

Un blindado *Humvee* con ametralladora había sido atacado poco antes, y tres patrullas de refuerzo respondieron de inmediato a su petición de ayuda. Los hombres del sargento Pesci, los primeros en llegar, habían batido con sus armas pesadas el edificio. Ahora todo parecía en calma.

Jessica se pasó la lengua por el labio superior, saboreando el gusto salado de las gotitas de sudor. En aquel país siempre hacía mucho calor. Sentía las mejillas húmedas bajo el camuflaje y su pelo estaba empapado. Llevar casco era un infierno, pero ella no se le quitaba casi ni para dormir. Ya se había acostumbrado hacía mucho tiempo a su peso. Al principio sufría dolor en las vértebras cervicales. Ahora ya se había adaptado; se sentiría desnuda sin el casco.

—¡Snowcap! —ordenó hablando en susurros—. Llévate a Frank y a Lucas y rodead el edificio. Hay un boquete en la parte oeste. Nos encontraremos dentro.

—¡Ah, no! —dijo él—. Yo voy contigo.

Jessica le consentía disentir. Al fin y al cabo, ella se sentía mucho más segura con él a su lado.

—¡Mierda, tío! Pues dile a Frank que nos encontraremos en el interior.

El problema de ser una mujer al mando de hombres era que debía ser mucho más valiente y osada que cualquiera de sus colegas para poder ser una líder respetada. Pero antes de entrar en acción no lograba evitar sentir contracciones en el vientre. Siempre bajo la amenaza de que quizás alguna bala iraquí llevara su nombre escrito.

Con el puño cerrado, gesticuló las órdenes a sus hombres. Pesci y los suyos ya habían hecho su trabajo, y no tenían ninguna intención de entrar en el edificio para ver si quedaba alguien vivo. Jessica hizo una señal de asentimiento al sargento Pesci y él respondió señalando la ventana desde donde se había realizado el último disparo.

—Vamos, ¡mueve el culo, Snowcap!

Snowcap hizo una señal de apremio a los tres hombres que debían entrar en el edificio por el lado opuesto al mismo tiempo que ellos. Frank, Lucas y un muchacho irlandés de Massachusetts muerto de miedo ya estaban situados en la parte trasera.

Tras una corta carrera, la sargento Lobo, con la adrenalina fluyendo a borbotones por las venas, se situó junto a la entrada. La puerta era de doble hoja. La de la derecha ya no existía, la de la izquierda colgaba precariamente de la bisagra inferior.

Jessica echó un vistazo al interior. No se distinguía nada. La luz de la calle era todavía demasiado intensa. «Un ejército entero podría esconderse entre estas sombras», pensó.

El aspecto del edificio le había llamado la atención al verlo de cerca. Las paredes, que aparentemente eran de adobe, estaban construidas de hormigón. Esto explicaba que aún siguiesen en pie. Las puertas eran mucho más sólidas y gruesas que las de cualquier otra construcción de los alrededores. En tiempos de guerra es difícil determinar el nivel social de un barrio; el polvo y los escombros todo lo igualan. Pero ella diría que el sector C no era precisamente la flor y nata de Bagdad. Aquella casa, en cambio, parecía gozar de una excelente construcción.

Aspiró profundamente e hizo un leve gesto de asentimiento para indicar a un impaciente Snowcap que estaba lista. Con ademán decidido, se agachó y cruzó el umbral. Su fiel compañero la siguió inmediatamente. Aquellos eran los momentos más tensos. El corazón le latía como un caballo desbocado; todos sus sentidos estaban en alerta para captar cualquier sonido o movimiento.

Nada.

Si quedaba alguien vivo, se hallaba bien escondido.

La sargento Lobo gesticuló hacia los tres soldados que habían entrado por el lado opuesto, indicándoles que se desplegaran deprisa. Permaneciendo todos juntos ante la

luz que penetraba por el boquete se convertían en un blanco demasiado fácil, incluso para un solo tirador.

Sus hombres estaban bien entrenados. Controlaron la amplia planta baja en silencio y en perfecta formación. Allí no había nadie, ni vivo ni muerto.

Los francotiradores habían abierto fuego desde el piso de arriba. Por el hueco de la escalera surgía mucha claridad. Seguramente el techo del edificio se había derrumbado. Jessica subió los escalones uno a uno, muy despacio, atenta a cualquier reflejo metálico que pudiera brillar arriba.

Dentro del edificio el silencio era absoluto, salvo algún ligero roce o el crujir desagradable de un terrón de hormigón bajo una bota. En el exterior, sin embargo, se oía una radio lejana, y a alguien, seguramente el teniente Murphy, que ordenaba algo en inglés.

Era vital no distraerse. Jessica asomaba ya su casco al nivel del piso superior. En el techo, efectivamente, un enorme boquete evidenciaba que el edificio había sido bombardeado con fuego de mortero. Antes de asomar del todo la cabeza, giró sobre sí misma trescientos sesenta grados barriendo con la vista todo el entorno. Justo a las siete en punto vio un pie polvoriento y sucio. El cabello se le erizó en la nuca. Era un cadáver. La mayor parte del cuerpo de aquel desgraciado yacía bajo toneladas de escombros.

Snowcap llegó silenciosamente a su lado. Ella le indicó con la mano la presencia del cadáver. Él asintió con la cabeza, sin saber muy bien por qué. La comunicación por gestos era inevitablemente ambigua.

A su derecha había un tabique medianero, el lugar perfecto para ocultar a algún iraquí emboscado. Indicó a Snowcap que fuera hacia la izquierda, ella entraría por la derecha, por la puerta de lo que había sido una habitación. Siempre escogía la posición que creía de mayor peligro, y a veces se odiaba por ello.

Cruzar el umbral de una puerta era lo más arriesgado: nunca se sabía si el enemigo estaba a la derecha, a la izquierda o enfrente. Había que actuar con extrema cautela. Pegando la cabeza a la pared, miró hacia la derecha de la estancia. No veía a nadie, pero siempre quedaba algún ángulo muerto; un enemigo podría estar parapetado junto al muro. Advirtió que el cuarto era más ancho en el lado izquierdo, y que probablemente a la derecha no habría nadie. La idea era entrar por sorpresa apuntando su M-16 a la izquierda y retroceder rápidamente hasta topar con la pared del fondo de la derecha. Si había alguien detrás, le sería más difícil disparar si se le echaba encima, aunque fuera de espaldas.

Fuera se escuchaban aún algunas voces que hablaban en inglés y el ruido de la estática de una radio. Más lejos, percibió el sonido de un vehículo que se acercaba, sin duda

también de los suyos.

La sargento Lobo contuvo la respiración y penetró violentamente en la estancia.

Unos ojos aterrorizados clavados en ella la impidieron disparar. Una mano temblorosa había dejado caer una pistola y se alzaba hacia el techo. Tumbado sobre un montón de escombros, un soldado iraquí la contemplaba con mirada suplicante. Tenía el costado izquierdo del uniforme empapado de sangre.

Bajo la ventana, la que el sargento Pesci le había señalado como origen del fuego enemigo, dos cadáveres yacían uno sobre otro en una de esas posturas tragicómicas que adopta la muerte en tiempos de guerra.

El soldado aún vivo, cuyo rostro estaba adornado con una espesa barba, como la mayoría de los suyos, tenía los ojos desorbitados, y en ellos se leía sorpresa, terror, dolor, rabia. Jessica recordaría siempre aquellos ojos que ya contemplaban a la muerte cara a cara, pero se aferraban con desesperación a la vida.

De repente sonó un ruido en el cuarto contiguo. El cañón del M-16 de la sargento y los ojos del iraquí se volvieron en dirección a la puerta del fondo.

—Fuck!

Era Snowcap, tan valiente como torpe.

—¡Snowcap!

Su rostro juvenil apareció por el umbral.

—Sargento, ¿qué...?

Se interrumpió al ver al iraquí.

—Informa a los demás. Aquí sólo queda esto.

Sin decir una palabra más, tras dirigir una mirada de curiosidad al soldado herido, Snowcap salió por el mismo lado por donde había entrado Jessica.

Ella se quedó sola con el iraquí, que la miraba una vez más con pánico en los ojos. La sargento se debatía entre la prudencia y la humanidad. Decidió que, sin dejar de encañonarlo, trataría de averiguar si escondía un arma.

Cuando dio un paso hacia él, el desgraciado lo interpretó como el fin y rompió a hablar lastimeramente. Ella no entendía nada. Los cursos de cultura iraquí que les habían obligado a hacer duraban sólo tres días, y en árabe no sabía decir más que “*xucran*”, “*marhaban*” o “*maa smuk?*”, palabras y expresiones que, si todavía recordaba bien las clases, querían decir “*gracias*”, “*hola*” y “*¿cómo te llamas?*”, respectivamente.

El soldado rezaba. Recitaba versículos del Corán buscando en ellos un resto de coraje.

—Si no haces tonterías podemos ser amigos —dijo ella, mientras seguía acercándose centímetro a centímetro—. Enseñame las manos, así, bien visibles. A ver la izquierda... ¡Eh!

El soldado se había llevado una ensangrentada mano al bolsillo de la camisa.

—¡La mano! ¡Quiero la mano bien a la vista! ¡Alto!

Pero él seguía hurgando en el bolsillo, rezando.

—¡Para, hijo de puta! ¡Para, o...!

El iraquí sacó un pequeño libro y se lo llevó a los labios y luego a la frente mientras seguía orando.

—Un... libro —rió aliviada Jessica—. No vuelvas a hacer el tonto, hijo de perra, o te pegaré un tiro entre las cejas.

Convencida ya de que el soldado herido no suponía una amenaza, se acercó un poco más. Con el pie alejó la pistola que él había dejado caer.

—Ahora llegará un médico, tío. Aguanta un poco y te sacaremos de aquí. Eso sí, no hagas idioteces, ¿eh?

Él había cesado su monótono recitado y ahora la miraba con ojos vidriosos.

—Agua... —murmuró en inglés.

—¿Qué?

—Agua, por favor.

—¿Sabes inglés? ¿Hablas inglés?

—Agua, por favor...

Su voz era cada vez más inaudible. «Éste se está muriendo», se dijo Jessica. Le habían dicho que las heridas de bala en el estómago provocan sensación de sed, pero que beber agua en esa circunstancia era mortal.

—Espera un poco, hombre, que ahora vendrá el médico. Aguanta.

—Agua...

Mierda, pensó ella. ¿Y ahora qué hago? Supongo que un trago le aliviará el sufrimiento. ¡Y yo qué sé!

Sin dejar de apuntarlo con una mano, se descolgó la pequeña cantimplora del cinturón.

—No puedo dejar que bebas demasiado porque morirás, ¿me entiendes? No puedes beber agua hasta que no venga el médico. ¿Entiendes lo que digo?

—Agua, por favor...

«¿Para qué me esfuerzo?», pensó ella.

Empapó un pañuelo y se lo puso sobre los labios, como él había hecho con el Corán. El pobre infeliz la agarró del brazo para incorporarse un poco.

Entonces entró Snowcap.

—Fuck!

El disparo pasó a un palmo de la oreja de Jessica. El iraquí cerró la mano con más

fuerza sobre su brazo y la miró una vez más. Esta vez, sin embargo, los ojos ya no reflejaban más emoción que la certeza de la muerte. Un reguero de sangre brotaba de un agujero en la frente que hacía unos instantes no tenía.

La sargento tardó unos segundos en darse cuenta que lo que le había salpicado la cara era la sangre del moribundo.

—Pero, ¿qué cojones haces? —gritó la sargento—. ¿Te has vuelto loco?

El iraquí ya era un cadáver, aunque seguía aferrado a Jessica y al pequeño y magullado Corán.

—¿Se puede saber qué te pasa? —añadió, liberándose del soldado muerto—. ¿Quién coño te ha dado la orden de disparar? ¿No ves que estaba herido y desarmado?

Los otros soldados de su patrulla llegaron en ese momento al piso superior. Frank, Lucas y el chico irlandés, que habían entrado por la parte trasera, no habían encontrado más que a un viejo asustado con gafas que se escondía entre los escombros.

—Yo... Me ha parecido que...

Snowcap trataba de justificarse. Le había dado la impresión de que el iraquí estaba atacando a su sargento.

Jessica solía decir a sus hombres que en una guerra las cosas nunca son blancas o negras. Hay que tomar decisiones sobre la marcha, y, sobre todo, hay que velar por los tuyos. El único anclaje con el equilibrio mental es la confianza en quienes tienes a tu alrededor, saber que formas parte de un equipo.

Ella hubiera querido abroncar y abofetear a su soldado, más que nada por el susto brutal que le había dado al disparar a escasos centímetros de su cabeza. Pero sabía que no era conveniente meter a Snowcap en líos. El soldado enemigo estaba en cualquier caso irremisiblemente condenado, y era probable que Snowcap le hubiera ahorrado horas de terrible sufrimiento. Debían evitar una investigación.

—Y vosotros —vociferó a los demás—, ¿qué diablos miráis? ¿Habéis asegurado ya el perímetro? ¡Porque yo no veo a nadie cubriendo mi culo!

Los hombres salieron, entendiendo perfectamente que la sargento Lobo estaba protegiendo a Snowcap. Aplaudían su gesto.

—Snowcap —dijo ella cuando se quedaron solos—. Que sepas que para mí eso no ha pasado, ¿de acuerdo?

—Sí, señora.

—Has disparado contra un soldado emboscado que representaba un peligro para nuestras fuerzas. Pero a ver si eres menos impulsivo, por Dios, que podías haberme volado la oreja.

—Gracias, señora.

Sin decir nada más, el soldado salió de la estancia. Ella miró al iraquí, debatiéndose entre la lástima y la indiferencia. Demasiados cadáveres ya. Vio el Corán aún en su mano y se agachó para cogerlo. Después de hojearlo brevemente, se lo metió en el bolsillo, no sabía muy bien por qué.

El teniente Murphy se la llevó a un lado.

—Hemos recibido algunos informes inquietantes sobre este edificio. En la esquina noroeste hay una escalera camuflada que baja a un sótano. Parece ser que esto era algún tipo de laboratorio o almacén de armas.

La sargento Lobo abrió los ojos como platos.

—Señor, ¿quiere decir que aquí abajo...?

—No quiero decir nada, sargento. No nos precipitemos.

A ambos se les había pasado por la cabeza la posibilidad de ser ellos quienes encontrasen las famosas Armas de Destrucción Masiva, las *WMD*. O, al menos, una parte.

—¿En el centro de Bagdad? —dijo ella incrédula.

—No saquemos conclusiones precipitadas. El intérprete está interrogando al hombre que hemos capturado —se refería al viejo con gafas que Frank había encontrado en la parte trasera del edificio—, pero no podemos perder más tiempo. Debemos largarnos antes de que las cosas se pongan más peligrosas. Quiero que cojas a dos hombres, y sólo dos, y que bajéis a ver qué hay ahí abajo.

—¡Snowcap! ¡Lucas!

—¡Ah! —prosiguió el teniente—. Poneos protección. Nunca se sabe...

—¡Sí, señor!

Las escaleras, disimuladas bajo una trampilla, conducían a una puerta robusta. Después de asegurarse de que los tres llevaban las máscaras antigás bien colocadas, ordenó a Lucas que la volase con una pequeña carga de explosivo plástico. Entraron los tres —ella la primera— y se desplegaron con cautela por la misteriosa cámara.

—¡Allí! —gritó Lucas.

Disparó una corta ráfaga.

—¡Alto el fuego!

La respiración pesada de los tres se dejaba oír por el intercomunicador.

—Aquí abajo hay alguien —informó Jessica, dirigiéndose al teniente Murphy, que estaba en línea.

—Tened cuidado —dijo él, innecesariamente, desde arriba.

Dos hombres aparecieron de repente, desde detrás de un recodo situado a la derecha, con las manos levantadas en señal de rendición.

—¡Al suelo, al suelo! —gritó la sargento.

—¡Al suelo, hijos de perra, de rodillas!

Mientras sus dos soldados se hacían cargo de los iraquíes, tras comprobar que iban desarmados, Jessica avanzó hacia el lugar de donde habían surgido, una habitación de la que parecía salir una tenue luz.

—Teniente, estoy entrando en una especie de laboratorio —dijo por radio.

—Ten cuidado —repitió su superior—. ¿Qué ves?

Jessica podía sentir la sangre latiendo en las sienes. Tras la máscara antigás, se pasó la lengua por el labio superior, y una vez más percibió un sabor salado.

—Hay dos depósitos enormes, y... y una cámara de vidrio. Joder, esto está lleno de ordenadores y aparatos electrónicos.

—¿Qué hay dentro de la cámara de cristal? —preguntó el teniente Murphy—. ¿Ves algo?

—No sé... Hay dos guantes de esos de goma insertados en el cristal, supongo que servirán para manipular algo desde fuera. Una especie de plataforma metálica... No sé, *fuck!* No sé qué demonios es todo esto.

—¿Ves algo sospechoso?

—¡Y yo qué sé! Esto lo tiene que ver un experto. Hay unas botellitas de vidrio, pero están vacías... No, espere, hay un líquido transparente en alguna de ellas. En todas, diría yo. Están tapadas...

—¿Hay armas?

—No. Esto no es lo que buscábamos. Es... A menos que... Hay un generador. Todavía funciona.

—¿Eléctrico?

—Sí. Está conectado a la cámara de vidrio. Será para la refrigeración.

—¿Algo más?

—No. Bueno, un montón de cables y cosas de alta tecnología, creo.

—OK, más vale que salgas —dijo el teniente Murphy—. Lo comunicaré al mando.

Siempre era un alivio quitarse la máscara y respirar aire de verdad. Sus hombres estaban atando a los tres prisioneros con las tiras de plástico estándar. A los iraquíes se les veía aterrorizados. No parecían militares. Dos de ellos eran relativamente mayores, con cabello gris y gafas, uno más alto que el otro. El tercero no era más que un muchachito delgado y de hombros estrechos. También llevaba gafas, con uno de los cristales agrietado.

—Acabo de llamar a los *MP* —decía el teniente—. Deberán hacerse cargo de estos cabrones. ¿Qué había en el piso de arriba? He oído un disparo.

La sargento Lobo explicó que Snowcap había disparado sobre un iraquí herido que los amenazaba con una pistola. Trató de quitarle importancia, para evitar preguntas que pudieran comprometer a su hombre.

—Había dos más, cadáveres —añadió—. Y un tercero enterrado bajo los escombros. El sargento Pesci ha hecho buen trabajo.

—Sí. Bueno, a ver si llegan estos pronto y podemos largarnos. Estas calles me producen escalofríos. Tengo la sensación de que docenas de ojos nos observan.

Pocos minutos después, tres *Humvee* llegaron a gran velocidad levantando nubes de polvo. No portaban los correspondientes distintivos *Army*.

—¿Qué cojones...?

—Agente Smith, CIA —dijo un hombre bajito con gafas de sol y cara de rata que acababa de bajar del primer *Humvee*—. Gracias por su colaboración. Nosotros nos encargamos de ahora en adelante.

«¿La CIA? —pensó la sargento Lobo—. ¿Qué hacen en medio de Bagdad?».

La mayoría de los soldados odiaba a la CIA. Les creían responsables de haberlos enviado a invadir una ratonera de país sin información fiable, condenando a muchos de ellos a una muerte innecesaria.

—Esto es irregular —protestó el teniente Murphy—. Tenemos órdenes de...

—Teniente, todas sus órdenes quedan revocadas. Nosotros asumimos el control.

—Agente, repito, tenemos órdenes...

Otros dos de los agentes recién llegados se estaban vistiendo como para ir al espacio, con un mono protector de color blanco que los cubría de pies a cabeza y un casco dotado de un visor cuadrangular. Uno de ellos llevaba un maletín grueso de color negro con los cantos metálicos.

El teniente Murphy comenzó a ceder.

—Esto es irregular —repetía, ya sin mucha convicción.

—Agradecemos su colaboración, teniente —dijo el hombre con cara de rata mientras encendía despreocupadamente un cigarrillo—. Asuntos de seguridad nacional. Todo lo que hayan visto u oído es información clasificada.

—Tendré que contactar con mis superiores.

—Hágalo.

Los dos hombres entraban ya en el edificio. Otros agentes, con ropa de camuflaje, pretendían hacerse cargo de los tres prisioneros. Frank y Lucas se resistían a entregarlos.

—Mientras tanto —añadió el agente Smith—, aconseje a sus hombres que no nos

causen problemas.

La noche cubría Bagdad de negro. El miedo a los francotiradores desaconsejaba encender luces. Los soldados descansaban en el chalé que el mando había elegido como cuartel general del sector C. A la sargento Lobo no le importaba dormir con hombres. Ya estaba acostumbrada. Siempre había algún gallito que soltaba alguna impertinencia, pero ella los sabía manejar perfectamente. Lo que peor llevaba era orinar. Cualquiera de sus hombres sacaba la herramienta y aliviaba la vejiga en una esquina. Ella tenía que desabrocharse el cinturón, que pesaba unos cuantos kilos, bajarse los pantalones y agacharse detrás de una valla. Más de una vez la había sorprendido alguien. Salía del trance con tanta dignidad como podía, pero sabía que sus soldados lo comentaban después entre risas. Eran los únicos momentos en que envidiaba no ser un hombre.

—¡Sargento! ¡Lobo!

Era Snowcap, tan inoportuno.

—¿Qué cojones quieres? —contestó ella, subiéndose los pantalones sin haber podido aliviarse.

—El teniente Murphy. Quiere hablar contigo.

—Relájese —dijo el teniente cuando ella se cuadró delante de él—. Sargento, por primera vez, y sin que sirva de precedente, le excuso de redactar el informe de patrulla. Ha sido un día duro. En el sótano hay cervezas frescas. Tiene permiso para llevar a sus hombres.

—Pero, señor...

—Sargento Lobo. Ya he terminado. Muchas gracias.

—Señor, si se me permite hablar...

—Sargento, le estoy ofreciendo un descanso. Tómesele, que nunca se sabe cuándo será el próximo. ¡Puede irse!

Esto acabó de encrespar los ánimos de Jessica. El teniente Murphy era muy estricto en asuntos administrativos y burocráticos. Era evidente que había recibido órdenes de arriba de olvidar el episodio de aquella noche. La CIA tenía algo que ver, seguro.

Sabía lo que debía hacer.

—Snowcap. ¿Estás dispuesto a venir conmigo? —preguntó a su fiel soldado después de haberle expuesto sus planes.

—Sí, pero...

—No es una orden, soldado. No hace falta que vengas si no quieres.

—No es eso, sargento. Es que creo que podríamos esperar a mañana.

—Mañana quizá estemos muy lejos de aquí. El teniente nos ha dado la noche libre.

Envía a los hombres al sótano y que se emborrachen. Tú y yo haremos como que nos retiramos a descansar.

El MP de la puerta les quiso impedir el paso hacia el exterior, pero la sargento hizo valer su rango sin tener que inventarse ninguna excusa.

Las calles del sector C estaban completamente desiertas y en silencio. La única luz que brillaba era la que reflejaba la luna creciente, que presidía el cielo como si estuviera recordando a los americanos que aquello era territorio musulmán.

A lo lejos se oían explosiones amortiguadas. El sector sunní de Bagdad, al otro lado del río, aún conservaba bolsas de resistencia. De vez en cuando, un débil flash anaranjado anunciaba la explosión de un proyectil en aquella zona. Segundos después, llegaba el ruido, lejano como un trueno en el horizonte.

Jessica se había sentido muy segura de poder reencontrar el camino hacia el edificio que habían allanado aquella tarde, pero ahora en plena noche temía estar perdida. Además, los nervios agudizaban sus ganas de orinar.

«¡Qué diablos! Está oscuro», pensó mientras dejaba el fusil apoyado en una pared y comenzaba la desairada tarea de dejar las nalgas a la intemperie.

—¡Sargento! —dijo Snowcap, alarmado.

—¿Qué pasa, imbécil, no has visto nunca un culo o qué?

«No sé qué coño le dirían a mi familia si ahora me matan y alguien me encuentra con los pantalones bajados fuera del cuartel, pensaba Jessica. Seguramente creerían que me han violado. Ricky se volvería loco», reflexionó.

Ricky Ray Robinson era su prometido. Era sargento como ella, pero destinado a Fallujah. El ejército solía separar a parientes y parejas, oficialmente para diversificar el riesgo. Pero ella sospechaba que lo que querían evitar era las escenas románticas en los cuarteles.

Snowcap estaba muy incómodo. Su sargento se había bajado los pantalones delante de él. Estaban a oscuras, pero la piel blanca de su trasero brillaba como un trozo de luna. Sentía el ruido sibilante que producen las mujeres cuando orinan, y por primera vez dudó de su líder. *Fuck!* ¿Qué hacían por las calles de Bagdad, solos y a oscuras? No podían contar con refuerzos. Nadie sabía que estaban allí.

Sin una sola palabra, Jessica se abrochó los pantalones y cogió el M-16. Se sentía sucia, como siempre que no tenía a mano papel higiénico para secarse. Pero en tiempos de guerra, éste era un problema menor. Peor era la humillación de tener que enseñar las vergüenzas a un subordinado.

El edificio se alzaba ante ellos a pocos metros. En la oscuridad parecía más grande.

Se pusieron las máscaras antigás al unísono. La sargento Lobo indicó con gestos a

Snowcap que pusiera en marcha el intercomunicador. A partir de ese momento se hablarían susurrando por el pequeño micro.

Encontraron la escalera camuflada sin dificultad, y comenzaron a bajar. La puerta aún estaba abierta. Temía que la hubieran sellado.

El silencio allí abajo era absoluto. El generador había dejado de funcionar, probablemente al acabarse el gasóleo.

Encendieron las linternas frontales de su casco. La cámara de vidrio seguía intacta. Jessica se acercó mientras Snowcap exploraba los oscuros rincones del laboratorio.

—Me lo imaginaba —murmuró.

—¿Qué? —dijo Snowcap por el *intercom*.

—Las botellitas. Ya no están —respondió ella, recordando al agente de la CIA con cara de rata y el maletín metálico que portaban sus subordinados.

—¿Qué? —repitió el soldado.

—Snowcap, larguémonos. Aquí ya no hay nada más que hacer.

Abril 2003

Washington, DC (EE UU)

El viento soplaba con fuerza del este, anegando de aire húmedo la ciudad y convirtiendo la noche en ruidosa e incómoda. En la calle 7, a la altura de la escuela Jefferson, el olor oleoso del río se mezclaba con los papeles que el aire hacía revolotear. Ni un solo coche rompía con sus faros la oscuridad de las calles cercanas.

Con el corazón amenazando con salirse del pecho, arrastrando la pierna herida, Chuck Surtees apareció de repente por una de las esquinas del campo de béisbol, más allá de la tercera base. Su única oportunidad era llegar al río y encontrar alguno de los bares aún abierto, aunque aquella era zona de oficinas y faltaba todavía demasiado tiempo para la hora punta del lunes por la mañana. En todo caso, tenía la esperanza de haber despistado a sus perseguidores.

Había sido un idiota. Cuando Hartley Westward, Jefe de Estrategia Geopolítica de la CIA, le invitó a jugar una partida de golf hacía unos meses no debería haber aceptado. Aquel hombre no era trigo limpio, eso lo sabía todo el mundo. Y una invitación al exclusivo Forrest Golf Club era mala señal.

—¿Estás con nosotros? —le había preguntado con aquella voz rota que provocaba escalofríos la primera vez que se escuchaba.

Él dijo que sí, claro. ¿Qué podía decir en aquellas circunstancias? Entonces no sabía la enormidad criminal de lo que tramaban aquellos insensatos. Cuando quiso protestar tímidamente, Westward le había hecho ver que un agente de la CIA no tiene más moral ni más principios que el amor a la patria y el temor de Dios. Pero Chuck no pudo dormir bien ni una sola noche desde que conoció el alcance de la conspiración.

Había entrado a formar parte del grupo ultra-secreto de los *Redskins*. No había marcha atrás. Pero en el fondo, aunque disimulaba con sus compañeros, sus dudas habían sido demasiado evidentes desde el principio. Y lo habían puesto bajo vigilancia.

Todo había estallado cuando Westward le exigió una prueba de su lealtad. Dos días antes le habían citado en un almacén abandonado en las afueras de Richmond. Una vez dentro, su jefe le pidió que interrogara a un iraquí, aparentemente un científico de Saddam Hussein que podía tener información valiosa sobre las armas químicas del dictador.

El prisionero estaba aterrorizado. Con un inglés entrecortado, pedía la presencia de

un abogado. Repetía que no sabía nada más de lo que ya había dicho cuando le interrogaron en la base americana de Dortmund, en Alemania. Quería saber dónde estaban sus compañeros.

Poco a poco, durante el tiempo que duró el interrogatorio, Surtees fue dándose cuenta de que todo aquello olía a trampa. Ese hombre afirmaba haber confesado todo lo que sabía a un agente de la CIA en la base alemana, y juraba que le habían prometido un juicio público bajo la tutela de las Naciones Unidas. El agente averiguó que aquel hombre, junto con un colega y su sobrino, habían sido detenidos por la CIA en Bagdad, que era cierto que en aquel laboratorio subterráneo trabajaban con virus soviéticos, que el desgraciado aseguraba no saber dónde estaban ahora las cepas y que él, en todo caso, no era más que un empleado público del régimen baazista, sin ningún tipo de información relevante.

—¿Qué está pasando? —preguntó Chuck Surtees a su jefe, una vez fuera de la sala.

Westward le miró con gesto severo, sus ojos fríos y precisos como los de un cirujano antes de abrir el vientre de un paciente.

—Necesito saber que estás con nosotros, Chuck —le respondió.

Surtees notaba las axilas húmedas.

—Usted conoce mi fidelidad.

Su superior alzó una ceja con escepticismo.

—¿Recuerdas qué te dije cuando te hice partícipe de *Onesimus*? —le preguntó—. Te dije que a partir de ese momento aquello era sagrado para ti. Estamos hablando del futuro de nuestra nación, y necesito hombres y mujeres preparados y que no duden. Añadí, si no recuerdo mal, que habría momentos en los que te debatirías entre supuestos principios morales y tu deber, y que siempre, ¡siempre!, debería prevalecer el deber. ¿Lo recuerdas?

Él asintió sin abrir la boca. Tragó saliva, consciente de que todo aquello era una prueba.

—Ese hombre —añadió Westward, señalando la sala de interrogatorios— representa una amenaza para nuestra misión. Conoce la existencia de los virus. ¿Te imaginas qué pasaría si lo entregamos a un tribunal civil?

Su voz sonaba aún más áspera que de costumbre, como si alguien estuviera arrugando una hoja de papel a sus espaldas. Se acercó con pasos deliberadamente lentos a su subordinado y le puso en la mano una pistola con silenciador que había extraído del bolsillo de su chaqueta, al tiempo que le pasaba un brazo por el hombro.

—Sé que sabrás cumplir con tu deber —dijo, a modo de sentencia.

Surtees miró el arma como se mira a un animal venenoso. En aquel momento sintió el

nudo de la corbata ahogándole como una boa de seda; no le llegaba el aire a los pulmones. ¿Le estaban pidiendo que asesinara a un hombre a sangre fría?

Hartley Westward esperaba enfrente de él. La atractiva Julie Kerr, surgida de repente de una oscura esquina con su característico color morado de lápiz de labios, sonreía con una mueca sádica bajo el hielo de sus ojos azules. Más atrás, Eli Smith, el agente que había capturado a los iraquíes en Bagdad, observaba todo con su rostro de rata tras el humo de un cigarrillo. Uno a uno, los *Redskins* fueron apareciendo a su alrededor. El último fue el veterano Carmel Sposito, que entró por la puerta de la sala arrastrando al iraquí esposado y arrojándolo al suelo de un empujón.

El hombre seguía sin saber qué estaba pasando; pedía un abogado, y preguntaba de forma insistente por sus compañeros.

Surtees se derrumbó. Nunca había matado a nadie, y siempre había creído que, si alguna vez lo hacía, sería en acto de servicio; nunca a sangre fría. No tenía estómago para pegar un tiro en la nuca de nadie.

Aquella noche, en un decrepito almacén industrial de Virginia, había llorado como un niño pequeño ante su jefe y sus compañeros de trabajo. Lloraba de miedo, porque sabía que sus escrúpulos ponían en peligro su propia vida. Pensó en su mujer, en la vida no muy feliz que había llevado con ella todos esos años, y echó de menos de pronto la gris y silenciosa paz de su hogar.

Al iraquí lo ejecutó la agente Kerr. El disparo, amortiguado por el silenciador, sonó como un martillazo en el cráneo de Surtees.

Cuando aquella noche llegó a su casa, supo que sus días estaban contados. Sin decir ni una palabra a su esposa, se encerró en su despacho para decidir qué hacer.

Ahora todo se había derrumbado. La noche de Washington amenazaba tormenta. Aspirando grandes bocanadas de aire, un desesperado Chuck Surtees se esforzaba por llegar a la zona de ocio a orillas del Potomac.

—Contigo he cometido un error —le había dicho aquella noche el cabrón de Westward en las oficinas secretas de la calle E—. Y en nuestro trabajo no nos podemos permitir ningún error.

Le habían citado aquella noche de domingo para una reunión rutinaria de los *Redskins*. Pero él sabía que aquella vez era diferente. Como estaba prevenido, cuando la maldita Julie Kerr le había desarmado y le había quitado el teléfono móvil, pudo reaccionar como un relámpago. Si no lo hubiera hecho, ahora ya estaría muerto. Le habrían llevado a algún descampado y le habrían descerrajado dos tiros en la nuca, como habían hecho dos días antes con el científico iraquí.

Con movimientos más ágiles que lo que su barriga permitía prever, había saltado por

la ventana de la oficina ante el asombro de los demás *Redskins*. Dos balas le rozaron la cabeza mientras caía, y se había golpeado la rodilla contra un jodido contenedor. Quizás tenía algún hueso roto, porque el dolor era muy intenso.

Suponía que los *Redskins* lo buscarían por el norte, hacia Capitol Hill, por lo que él había decidido ir hacia el río. Confiaba en encontrar gente entre la que esconderse, algún grupo de noctámbulos que le hicieran sentirse seguro. Y, si no, siempre podría cruzar por el puente Frederick Burgess hasta la otra orilla y perderse por las barriadas del sur.

Los locales de la orilla del río ya estaban todos cerrados. Aquello era un desierto. Surtees resoplaba como un fuelle. Dobló la esquina y vio la avenida Maine. Aunque eran altas horas de la madrugada, algunos coches circulaban hacia el norte o hacia el sur. Quizá podría detener alguno que fuera a cruzar el puente.

Mientras caminaba hacia allí, cojeando cada vez con más intensidad, vio un teléfono público en la acera. Podía llamar a su esposa, la única persona en la que en aquellos momentos era capaz de confiar. Quería decirle que cogiera un sobre que él había dejado en la caja fuerte de su casa y lo entregara a la persona que se indicaba en su cubierta. Hurgó en sus bolsillos buscando un *quarter* y se acercó al teléfono.

No había llegado aún a la cabina cuando oyó a sus espaldas el motor de un coche que giraba desde la avenida hacia la calle 7. Se dio la vuelta, imprudentemente, y el coche aceleró al verle. ¡No había escapatoria! Lo habían pillado en campo abierto como a un novato.

Corrió hacia el único lugar que le ofrecía algo de protección: la escuela Jefferson. Desesperado, buscó alguna manera de entrar, pero aquello era una fortaleza. Oyó como el coche se detenía y alguien se bajaba de él.

A pesar de que el aire era frío, el sudor brotaba intensamente por todos sus poros. Por un momento, intentó escalar una de las rejas, pero no había manera; la pierna le dolía demasiado. Probó con otra reja, y todas estaban cerradas a cal y canto. Tenía que esconderse en la oscuridad de algún rincón y confiar en que no le encontrasen. Se pegó a la pared en un entrante entre dos edificios, donde creyó que la negrura era más intensa, y hubiera querido dejar de respirar para pasar desapercibido.

A los pocos segundos oyó unos pasos que se acercaban. El ruido de los automóviles que pasaban por Maine quedaba muy lejano. Los pasos resonaban cada vez más cercanos, y su sonido era claramente femenino; alguien con zapatos de tacón caminaba hacia él por el cemento de los alrededores del viejo edificio de la escuela primaria. Surtees rogaba a Dios que pasara de largo.

Sin embargo, sobre el trasfondo de una tenue claridad se recortó la silueta sensual y

elegante de una mujer. Chuck no le podía ver la cara, pero sabía que le estaba mirando. Sabía también que sus labios pintados de morado estarían dibujando una macabra sonrisa.

—Julie... No...

Dos tiros amortiguados por el silenciador le interrumpieron. Ambas balas acertaron de lleno en el rostro de Chuck Surtees, que ya estaba muerto antes de golpear contra el suelo.

Abril 2003

Jalalabad (Afganistán)

En la entrada de los jardines del hotel Spinghar, un par de jóvenes vigilantes armados sonrieron al verla bajar del taxi. Levantaron los rifles a modo de saludo y señalaron un letrero que mostraba un dibujo de un kalashnikov tachado con una cruz roja.

«Me están diciendo que el hotel es seguro, que no tenga miedo», pensó Tabitha Cowan.

Acababa de llegar a Jalalabad procedente de Peshawar, en Pakistán, en un corto vuelo de avioneta fletado por su diario exclusivamente para ella. El aparato, de un solo motor, pertenecía a la compañía local Khyber Air Freight, y se utilizaba para transportar pequeñas mercancías a uno y otro lado de la frontera. Tabitha tuvo que acomodarse en una especie de banquillo adosado al lateral, sin cinturón ni respaldo, mientras el barbudo piloto le aseguraba que no había nada que temer, que el hombre bajito y tuerto que los acompañaría en el viaje era el ingeniero principal de la compañía, «por si pasa algo durante el vuelo».

La periodista hubiera querido llamar a Bob Grimaldi, su jefe, director de corresponsales en el New York Times, pero el jodido móvil no encontraba cobertura. Quería echarle la bronca por haberle proporcionado ese vuelo suicida en lugar de un medio de transporte como Dios manda. A fin de cuentas, ¡ella era una periodista estrella en el diario más conocido del mundo!

Por suerte, el vuelo no tuvo más incidencias que una parada de motor cuando se dirigían a la pista de despegue, problema que el ingeniero tuerto había desestimado como cuestión de poca importancia con un leve gesto de la mano. El piloto volvió a poner en marcha el motor y despegaron con esfuerzo, pero sin incidentes.

Su contacto, llamado Choudary Khan, la recibió en la recepción del hotel. El hombre era un impresionante pastún de casi dos metros de estatura a quien ella conocía desde hacía dos años, de su anterior visita a Pakistán. Tabitha sintió un gran alivio al ver, por fin, una cara conocida, y recibió encantada el apretón de manos un poco salvaje que el hombre le propinó.

—Está difícil, pero creo que lo podremos lograr —decía él, una vez sentados ambos ante una taza de *chai* humeante.

—Debo conseguirlo, Choudary. ¡Hace dos semanas que doy vueltas por esta maldita

región y no he encontrado nada!

Tabitha Cowan era una más de la multitud de periodistas occidentales que rondaban por Afganistán desde la derrota de los talibanes hacía dos años. Pero, a diferencia de sus colegas, no pretendía informar de la guerra contra el terrorismo, ni de la búsqueda de Osama Bin Laden ni de los posibles vínculos entre Pakistán y los extremistas. Ella buscaba información sobre lo que siempre había sido su tema estrella: el tráfico ilegal de armas no convencionales soviéticas en la región.

Choudary sacudió la cabeza.

—Lo intento, de verdad. Pero el problema es que aquí nadie se quiere comprometer a nada. Los americanos lo controlan todo, y los muyaidín están enfrascados en rencillas internas para asegurarse parcelas de poder en el nuevo gobierno. Nadie quiere recibir a una periodista si no es para salir en la fotografía como ganador de este embrollo. La historia de los *soviets* ya no interesa.

El hombre hablaba un perfecto inglés de Cambridge, ciudad donde había estudiado Ciencias de la Información. En aquellos tiempos convulsos trabajaba de traductor para agencias extranjeras y eventual reportero en los lugares más conflictivos.

La periodista suspiró, alzando la vista hacia los ventiladores del techo. El calor era sofocante; añoraba los cielos grises y lluviosos de París, ciudad donde vivía.

—Me habías dicho que un señor de la guerra podría estar dispuesto a recibirme.

Choudary volvió a sonreír.

—Es pariente lejano de mi cuñado —dijo con cierto entusiasmo—. Es un líder tribal en Takhar, y asegura que el gobierno comunista de Najibullah usaba los pasos fronterizos de esa región para introducir cabezas nucleares en el país.

—Siempre se ha dicho que Moscú pretendía instalar bases de misiles en las montañas afganas —dijo ella, pensativa—. Podría ser interesante. Y, en todo caso, ¿es lo único que tengo! ¿Cuándo podré hablar con este hombre?

Choudary negó con la cabeza, haciendo una mueca de pesar.

—Me temo que aún no es posible, señorita Cowan.

—¿Y bien? —preguntó ella, extendiendo las manos—. ¿Qué debemos hacer?

—¡Esperar! —contestó él con una gran sonrisa, como si aquello fuera la solución perfecta.

Tabitha Cowan tuvo que aguardar cuatro interminables días en aquel rincón del mundo. El tercer día, para matar el aburrimiento, hastiada ya de pasear por los magníficos jardines del hotel Spinghar, decidió salir a dar una vuelta, a pesar de haber

sido advertida por los guardianes de que era peligroso.

Jalalabad era una ciudad que, desde la retirada de los talibanes, se esforzaba por emerger de las ruinas. Todo parecía teñido del color ocre del polvo de las montañas. Incluso el verde de los árboles estaba matizado por una fina capa arenosa. Pero aun así comenzaban ya a destacar algunos colores vivos en los pequeños comercios que abrían sus puertas cerca las calles más transitadas. Algunas mujeres paseaban sin *burkha*, obligatorio bajo pena de muerte en tiempos de dominio *talib*.

De una de las esquinas surgió, de repente, un niño con una sola pierna y una gran sonrisa que le ofreció un animado *Hello!* seguido de algo en pastún. Ella sonrió y pretendió seguir adelante. Pero el muchacho, manejando las muletas de madera con gran habilidad, le cerró el paso y extendió la mano. Quería dinero, evidentemente.

Iba a decirle que no, cuando un todoterreno de fabricación soviética se acercó a toda velocidad con cuatro hombres armados subidos detrás, tres con kalashnikov y el cuarto con un lanzacohetes antitanques. Este último llevaba uniforme del ejército afgano, pero los otros tres iban vestidos con los tradicionales *salwar kamiz* de color crudo. Parecían pastunes, pero no podían ser talibanes, en esa ciudad controlada por la Alianza del Norte y las tropas de la OTAN. Sin embargo, el niño desapareció al instante tras la esquina de la que había salido.

Dos de los hombres, de largas barbas y el *pakul* tradicional en la cabeza, bajaron del vehículo y se dirigieron hacia ella. De manera instintiva, Tabitha se cubrió el rostro con el pañuelo que llevaba en la cabeza. No quería problemas con los fanáticos.

Uno de ellos se adelantó con grandes pasos y la asió del brazo, pronunciando palabras ininteligibles para ella, pero que sonaban agresivas.

—¡Soy periodista británica! —exclamó ella, en inglés.

Estaba aterrorizada. ¿No era Jalalabad una ciudad supuestamente segura para los occidentales? ¿Qué quería ese salvaje?

El hombre armado seguía tirando de su brazo, como si quisiera llevársela al camión. Ella forcejeaba para librarse de él.

—Ana angrezi! Ana angrezi! —gritó—. ¡Soy inglesa!

Eran palabras en árabe, no en pastún, pero confiaba desesperadamente en que la entendieran.

No había manera. El hombre tiró de ella con tanta violencia que perdió el equilibrio y se dio de bruces contra el lateral metálico del todo-terreno, cosa que resultó muy graciosa para el chófer, que lo miraba todo apoyado en el volante.

Estaba acorralada. ¿Qué quería ese hombre? Parecía indicarle que subiera al vehículo con él, pero por nada del mundo pensaba hacerlo. «Si subo ¡estoy muerta!», pensaba. El

pánico que la dominaba amenazaba con hacerla estallar en llanto. No quería mostrar debilidad; luchaba para mantener las lágrimas dentro de los párpados.

Entonces, unos gritos a su izquierda hicieron que el hombre se detuviese. Se acercaba un individuo armado con un kalashnikov que lucía una barba incipiente. Era uno de los jóvenes guardias del hotel Spinghar.

Con una autoridad inverosímil, el muchacho —que no debía haber cumplido, ni mucho menos, los veinte años— se encaró con el asaltante y, tras unos segundos de palabras altisonantes, le persuadió para que la dejase en paz.

—*Xucran!* —dijo ella cuando ya se alejaba del todo-terreno con el joven guardia—. ¡Gracias!

El chico sonrió ampliamente y señaló su fusil.

—*Safety!* —respondió en inglés.

Ella esbozó una sonrisa y volvió a agradecerle su intervención.

El incidente hizo que decidiera no volver a salir de los jardines del hotel hasta que Choudary no viniera a buscarla.

Todo era confuso en ese maldito país, y ella no era ninguna heroína. ¿Qué demonios hacía ella, doctora en bioquímica, periodista casi por accidente, rebuscando historias posiblemente inexistentes en Afganistán? No era corresponsal de guerra. No tenía las agallas que hay que tener para disparar la cámara bajo una lluvia de balas, para tomar notas desde los cráteres de las bombas.

Al día siguiente, desde uno de los balcones del hotel, Cowan estaba observando los helicópteros americanos que despegaban desde el aeropuerto y pasaban por encima de su cabeza con gran estruendo. Pensaba que era una ironía que sólo veinte años antes ese mismo alboroto lo producían helicópteros soviéticos. Quizá nadie había preguntado nunca a los afganos qué invasores preferían.

Cuando ya casi deseaba que Choudary Khan no apareciera nunca más, éste se presentó con su inmensa humanidad y las noticias de que el líder tribal de Takhar la recibiría al día siguiente en la ciudad de Taloqan.

Debían cruzar el tercio norte del país por carretera, empezando por el tramo Jalalabad-Kabul, mundialmente reconocido como el más peligroso del planeta, y no sólo por los mortales barrancos a ambos lados del camino, sino también por la alta probabilidad de tener algún encuentro desagradable con bandidos locales.

Choudary había alquilado un coche con dos chóferes, uno de los cuales Tabitha hubiera jurado que no podía tener edad de conducir.

En cualquier caso, el viaje resultó sorprendentemente aburrido, lo cual era muy buena noticia en ese país de sobresaltos. Pasaron la noche en Kunduz, en la casa de otro pariente lejano de Choudary. Cuando el sol comenzaba a rozar las cumbres de los montes cercanos, los chóferes se pusieron nerviosos y quisieron parar. El periodista pastún lo tenía previsto, y les convenció para avanzar media hora más desviándose ligeramente de la ruta.

Llegaron a Kunduz cuando el último rayo de sol desaparecía tras las montañas. Los parientes de Choudary los recibieron a las puertas de su modesta vivienda y los hicieron pasar inmediatamente a la mesa, donde fueron obsequiados con un cordero asado de apreciable tamaño. Tabitha no tenía nada de hambre, pero el instinto le decía que aquella gente había hecho un sacrificio inmenso para servirles aquella comida, e hizo lo que pudo para engullir carne como si no hubiera comido en una semana. Por la noche, el cabeza de familia le cedió el único colchón que parecía poseer, y él, su mujer, dos chavales y dos chicas jóvenes que no sabía decir si eran de la familia, se dispusieron a dormir en el suelo de la misma habitación. Choudary y los dos chóferes se acomodaron con el ganado, en la parte trasera.

A la mañana siguiente, al amanecer, se despidieron de los amabilísimos parientes del pastún para reemprender la marcha. Llegaron a Taloqan en dos horas. La ciudad había sido, dos años antes, el último gran núcleo urbano en caer en manos de los talibanes, tras un largo asedio seguido de una brutal represión sobre la población civil. Cuando la ciudad fue liberada, se hallaron fosas comunes entre cuyos restos se encontraron los cadáveres de numerosos niños. Algo quedaba en el ambiente de todo aquel terror; Tabitha sintió un escalofrío en el momento en que el vehículo holló la avenida principal.

El hombre a quien iban a ver, llamado Malqum, le cayó mal de inmediato. Quizá fuera de verdad pariente de Choudary, pero no se le parecía nada. Era bajito, de amplia barriga, y con un gesto permanente de disgusto que se traducía en una arruga inalterable entre las cejas.

Choudary le informó al oído que se había enfadado cuando había sabido que el periodista británico era una mujer.

—¡Empezamos bien! —murmuró ella entre dientes—. Dile que le agradezco mucho el honor que me hace al recibirme.

El gigante pastún le transmitió el agradecimiento. Malqum, por toda respuesta, hizo un gesto con la mano como para espantar una mosca y siguió con la mirada clavada en la periodista.

Tabitha Cowan inspiró aire para insuflarse algo de confianza. Sacó la libreta y se dispuso a tomar notas. Su compañero ya le había advertido que no podía usar la

grabadora, que los duros guerreros de las zonas rurales desconfiarían.

—Bueno, vamos al grano, ¿no?

—Sí —respondió Choudary—. No disponemos de mucho tiempo.

—Quiero saber qué me puede decir de la entrada de misiles nucleares soviéticos por la frontera a partir del año 1980. Tengo informaciones que podrían indicar movimientos de grandes convoyes en la frontera...

De pronto, Malqum se levantó y avanzó hacia ella gritando en pastún. Durante unos eternos segundos, Tabitha no supo qué hacer. Seguía sentada en el suelo aguantando la lluvia de palabras incomprensibles lanzadas hacia ella con gran vehemencia.

Choudary dudaba. No quería levantarse del todo, ya que al ser mucho más alto que su anfitrión, éste podría considerar el gesto como hostil. Con las manos elevadas, trató de calmar un poco a su pariente lejano.

—¿Qué está pasando? —preguntaba Tabitha por encima de la bronca interminable de Malqum—. ¿Qué está diciendo? ¿He dicho algo...?

Dos guardaespaldas del cabecilla local fuertemente armados se alzaron para ponerse en guardia.

—Choudary, por el amor de Dios, ¿qué está pasando?

—No... no está muy contento —contestó el hombre, mientras seguía tratando de calmar los ánimos de Malqum.

—¡Eso ya lo veo, cojones! ¡Quiero saber qué ha pasado!

—Un error, señorita Cowan. Un malentendido.

Cuando parecía que las cosas no podían empeorar, una enorme explosión sacudió el edificio y todo se llenó de polvo. Malqum dejó de vociferar. Los dos guardaespaldas se acercaron más a su líder. Éste se asomó por la ventana para ver qué había pasado, y, justo entonces, una densa ráfaga de balas de kalashnikov le segó la vida, con tanta violencia que las paredes y el techo de la estancia quedaron completamente salpicados de sangre y vísceras.

Enseguida comenzó una feroz batalla entre los hombres del malogrado Malqum y fuera quien fuese los que disparaban desde la calle.

—¡Choudary! ¿Qué coño pasa ahora? —gritó la periodista horrorizada, poniendo sus manos sobre las orejas.

El hombre la tomó del brazo y se la llevó escaleras abajo hacia la parte trasera del edificio. Con sorprendente facilidad, la elevó y empujó por encima de una pared de adobe. Cayó de bruces sobre unas zarzas, y el traductor estuvo a punto de pisarle la cabeza cuando saltó.

Al mirar atrás vieron una columna de humo espeso que se elevaba desde el edificio

contiguo; alguien había hecho estallar una bomba. Una mujer chillaba con grandes aspavientos en medio de la calle, y, más adelante, un asno desorientado se lamía una herida en la pierna. Choudary, rápido de reflejos, localizó el coche y la tiró de la muñeca para que le siguiera.

Minutos después, el todo-terreno rugía a toda velocidad por la carretera hacia Kabul, dejando atrás el caos de Taloqan. Uno de los chóferes, hablando apresuradamente en pastún, les mostró un agujero en la carrocería que hacía unos minutos no existía. Una bala perdida le había rozado la cabeza.

Volvieron a pasar la noche en Kunduz. Ni ellos ni los chóferes se veían con fuerzas para recorrer toda la ruta aquella tarde, y los parientes de Choudary parecían encantados de volver a obsequiarles.

Aquella noche, sin embargo, Tabitha Cowan escogió irse con sus compañeros de viaje a la parte trasera, con el ganado, ante el asombro de los pobres anfitriones y la incomodidad evidente de los jóvenes conductores. Los sobresaltos de los últimos días le habían hecho perder escrúpulos, y lo que menos le importaba en aquellos momentos era hacer un feo a la hospitalaria familia.

Choudary le sirvió *chai* muy caliente en una taza metálica y se sentó a su lado, apoyado en una de las paredes del recinto.

—Este país es una barbarie —dijo apesadumbrado.

Ella emitió un leve gemido con la garganta que quería expresar asentimiento.

—Quizá podríamos intentarlo en Herat. Al parecer hubo mucha actividad por allí en la época soviética.

Tabitha negó enérgicamente con la cabeza. Durante las dos horas que habían viajado en silencio desde Taloqan había tomado una determinación.

—Se ha acabado, Choudary. Yo aquí no pinto nada. En un par de días he estado a punto de ser secuestrada, de volar por los aires y de ser cosida a tiros. Yo no sirvo para estas cosas. No soy corresponsal de guerra.

—Pero señorita Cowan...

—Quizá sí que hay armas nucleares en estas montañas. Quizás sí que Saddam oculta armas químicas en Bagdad. Pero yo no lo descubriré sobre el terreno. No me siento capaz. Me he estado engañando a mí misma, y casi me cuesta la vida.

Choudary no se lo rebatió. Tomó un trago de su *chai* y miró al cielo, donde ya empezaba a verse alguna estrella. Por las noches refrescaba. Se levantó y entró en la casa a buscar una manta para la periodista.

—Gracias —le agradeció ella con un triste sonrisa.

Permanecieron un rato callados. Los conductores se reían en voz baja y fumaban en

otra esquina.

—Supongo que recuerdas qué día asesinaron a Massoud, ¿no? —preguntó ella, de repente.

—¿Al León de Panjshir? Sí, claro: el 9 de septiembre de 2001.

—¡Exacto! Dos días antes de los atentados de las Torres Gemelas. ¿Sabes que fui la única periodista en el mundo que predije que aquel magnicidio traería consecuencias terribles?

Él negó con la cabeza sin entender muy bien hacia dónde se encaminaba esa conversación.

—Cuando conocí la noticia, advertí en un breve artículo del día 10 que Bin Laden podría estar detrás del asesinato. Nadie me hizo caso, claro, aunque hay que decir que no hubo tiempo material. Massoud era el gran enemigo de los talibanes, el líder de la Alianza del Norte, y tenía tendencias laicas y democratizadoras, cosa que horrorizaba a los islamistas. Ahora sabemos que Bin Laden ofreció la muerte de Massoud a cambio de asegurarse la protección del régimen talibán, porque después del 11 de septiembre ningún país islámico le querría en su territorio.

—Es cierto. Incluso los árabes le dieron la espalda.

—¿Sabes a dónde quiero llegar con todo esto? Acaso mi cometido sea sentarme tranquilamente en mis oficinas de París y esperar a recibir indicios sueltos para deducir de ellos una historia nueva y coherente. Quizás ésta sea mi verdadera habilidad. Al fin y al cabo, soy rata de biblioteca; nunca me ha gustado el trabajo de campo. ¿Te he dicho alguna vez que soy doctora en bioquímica?

Él se rió con cierta prudencia, sin saber si le estaba tomando el pelo.

Tabitha se acomodó en el suelo como pudo, tapándose con la manta, para intentar dormir un poco.

—Mañana saldré de este jodido país, Choudary. Buenas noches.

—Buenas noches, *doctora* Cowan.

Abril 2003

Washington, DC (EEUU)

Hartley Westward estaba satisfecho; con la muerte de Surtees habían eliminado un enorme problema. Lo sentía por el agente, que, en el fondo, siempre le había caído bien. Pero se había equivocado gravemente con él. No tenía las agallas que había que tener para una misión como aquella.

En fin, era hora de ir a la Casa Blanca, como cada lunes por la mañana. Debía seleccionar bien qué fragmentos de información ofrecería al Presidente. La frontera era muy fina entre la necesidad y el exceso de información. Por su propia seguridad y la de la nación, no convenía que el Comandante en Jefe conociera demasiados detalles de según qué operaciones.

Hacía cuatro días que el agente Eli Smith, uno de sus colaboradores más fieles, le había comunicado desde Bagdad que ya habían encontrado lo que buscaban. Él había llamado inmediatamente al Secretario por un teléfono seguro.

—¿*Chief*? Buenas noticias. Ya lo tenemos —le había dicho.

Después de años de preparación, de planes y estrategias, por fin tenían el elemento que les faltaba. A partir de ahora, *Onesimus* iba a convertirse en una realidad.

Al llegar a la reja, saludó a Duke, uno de los guardaespaldas del turno de mañana. Eran las ocho menos diez. Se dirigió directamente a la sala Lincoln, donde esperaba a que el Presidente le llamara tomando un café.

En la sala, sin embargo, tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con Porter Milligan, agente de la CIA como él, recientemente nombrado Jefe de la Comisión de Ética y Buenas Prácticas, y, en opinión de Westward, un tipo demasiado *legal* como para ser de fiar.

Se saludaron fríamente; no se caían nada bien. Aunque Westward era superior en rango, el nuevo nombramiento de Milligan hacía que todo el mundo le tratara con prudencia. Nadie sabía exactamente cuáles eran las atribuciones de la Comisión, creada a raíz de los fracasos de seguridad del 11-S y de la operación *Iraqi Freedom*. En teoría tenía el deber de investigar y perseguir la corrupción y la mala praxis dentro de la Agencia. Pero en la práctica, Milligan tenía problemas para darle contenido; empezaba a pensar que la creación de la Comisión era más una operación de estética de cara a la opinión pública que una voluntad real de cambiar las cosas.

—¿Un café? —preguntó Porter.

Él ya se había servido, y ofrecía la cafetera a su colega.

—Negro y sin azúcar, gracias —contestó Westward—. ¿Qué tal el trabajo? ¿Algún escándalo? —añadió, para dar conversación.

Milligan opinaba que Hartley tenía una voz que sonaba como cuando se pisa arena sobre un suelo de mármol. Le ponía los pelos de punta.

—Afortunadamente no. Será que hacemos las cosas bien.

—Será.

Westward se sentó en uno de los sillones a hojear el informe que le había preparado su gente. En él no se mencionaba nada de lo que habían encontrado en Bagdad. Aquello no se pondría nunca por escrito y, además, el Presidente no tenía por qué saberlo.

En todo caso, sabía que el informe no sería leído. Era un trámite para cumplir el expediente. Le preocupaba más que aquel cretino de Milligan estuviese allí. Esto sólo podía significar que el Presidente se tomaba más en serio la Comisión de lo que parecía en un primer momento, y lo último que él necesitaba en aquellos momentos era un sabueso husmeando su mierda.

Decidió pasar al ataque.

—Me sorprende verte aquí, Porter.

Milligan se puso inmediatamente alerta. Era la primera vez que ese cabrón peligroso le llamaba por su nombre de pila.

—¿Ah?

—Tenía entendido que Hoffa había ordenado canalizar toda la comunicación con la Casa Blanca a través de mí. ¿Acaso no te has enterado de la orden?

Floyd R. Hoffa era el Director de la CIA, un experimentado agente de la vieja guardia rescatado de la jubilación por el mismo Presidente para poner orden en la desmoralizada Agencia.

—No creo que la orden incluya los asuntos de la Comisión —dijo Milligan, tentativamente.

En estos juegos de poder se sentía descolocado, y Hartley Westward lo sabía. Por eso siguió presionando.

—¿No crees? ¿Desde cuándo las órdenes del Director están abiertas a interpretación?

«¿Qué diablos pretende éste?», pensaba Porter, ya bastante nervioso. Su interlocutor era uno de los hombres más poderosos de la CIA y, de hecho, del país. A pesar de su nueva responsabilidad, Westward le podía hacer la vida imposible si se le antojaba.

—Tendré que consultarlo con...

—¡Hazlo, Porter! —interrumpió—. No me gusta que haya dos canales de

comunicación. Te aconsejo que, en adelante, me comuniqués iniciativas como ésta.

«¿Por qué me trata como a un don nadie?, pensó Milligan sin responder. ¡Soy un agente con dieciocho años de experiencia, joder! Y tengo el mandato presidencial de velar por el buen funcionamiento de la Agencia».

En aquellos momentos, una secretaria entró en la sala Lincoln y anunció que el Presidente recibiría al agente Milligan.

—Ya no es necesario, Rosemary, gracias —se anticipó Hartley—. Ha habido un cambio de planes, y el señor Milligan ya se iba. Entraré yo a hablar con el Presidente.

La secretaria alzó las cejas, pero no dijo nada. Volvió al despacho de su jefe sin esperar a los visitantes.

Westward sonreía satisfecho cuando se volvió hacia Milligan.

—¿Hay algo en concreto que quieres que diga al Presidente, Porter?

Su voz oxidada se hacía más escalofriante cuando hablaba en voz baja.

Milligan no salía de su asombro. Se había quedado mudo y parado como un monigote; no había sabido reaccionar a la maniobra de su interlocutor.

La pregunta había sido retórica, y el cabecilla de la CIA iba ya hacia la Sala Oval.

«¿Qué carajo...?».

—¡Señor!

Había que improvisar. Esa humillación gratuita no podía quedar sin respuesta, o perdería toda la autoridad que su cargo pretendía tener. No sólo habría perdido cualquier posibilidad de contacto con el Presidente, sino que cuando se supiera en la Agencia, nadie le haría nunca más el más mínimo caso. Al aceptar el nuevo cargo, la única condición que había exigido era tener el apoyo de las más altas instancias frente a posibles sabotajes internos en su trabajo. Al fin y al cabo, su posición de guardián de la ética lo hacía incómodo para mucha gente, y previó que tendría que enfrentarse a peces gordos alguna vez.

Ahora tenía que decir la última palabra, fuera como fuese.

El veterano agente esperaba. Se había quedado quieto y le miraba con ojos inquisidores.

—¿Sí?

—Simplemente... iba a informar al Presidente de mis progresos con los *Redskins*.

Esto era un farol; la existencia de los *Redskins* era casi una leyenda urbana que circulaba desde hacía un tiempo por la Agencia. Se trataría según ésta de un grupo ultra-secreto dedicado a operaciones cuya naturaleza ni el propio Ejecutivo alcanzaba a conocer. Porter nunca había dado ningún crédito a los rumores, pero ahora estaba improvisando sobre la marcha.

Westward dudó una fracción de segundo. Sin embargo, en seguida su sonrisa volvió a lucir más amplia que antes.

—¡No me digas que ahora la Agencia investiga a equipos de fútbol!

Soltó una carcajada que sonó como un par de maracas y entró en el despacho del Presidente.

«¿Qué demonio ha pasado?», se preguntaba Milligan mientras salía del edificio. Algo estaba claro: Hartley Westward no le quería cerca del Presidente. ¿Significaba eso que el viejo tenía algo que ocultar? No necesariamente; aquellos perros políticos de la Agencia se volvían desconfiados y recelosos a medida que iban ascendiendo en la jerarquía. Pero había algo más: ¿era su imaginación, o había visto en los ojos de Westward una chispa de alarma cuando él había mencionado los *Redskins*?

—Necesito un trabajito —dijo Porter Milligan.

Acababa de llegar a Langley, al cuartel general de la CIA.

Caleb, un impresionante afroamericano de dos metros de altura que parecía recién salido de una pista de baloncesto, se colocó el bolígrafo detrás de la oreja y apartó de un empujón la silla con ruedas de la mesa del ordenador. Llevaba una gorra negra de los Chicago Bears puesta del revés, camiseta de manga corta por encima de otra de manga larga y unos pantalones en los que podrían caber dos culos como el suyo.

—¡Dispara! —le dijo.

Milligan le caía bien. No era como la mayoría de los jefes de la Agencia. Era el único que siempre decía buenos días, buenas tardes, gracias, hasta luego. Decían que había estado en Europa un puñado de años. Quizás era por eso.

—¿Podrías comprobar para mí estas llamadas? Están encriptadas, pero quiero saber a quién están dirigidas.

—¡No hay problema, amigo mío! Dámelo.

El agente le dio un CD y Caleb lo introdujo en uno de catorce *drives* de sus ordenadores.

—¡Ajá! —exclamó en cuanto empezaron a salir cifras en la pantalla—. ¿Ves esto? —le dijo, señalando filas de asteriscos tras unas barras inclinadas—. Si intento descifrarlo me saldrán números diferentes a los de aquí. Pero yo sé que son todos el mismo: éste, éste, éste —Caleb iba marcando con el dedo algunas líneas del archivo—, ...¡y éste! Como mínimo. ¿Que cómo lo sé? Fíjate.

Aporreó el teclado durante unos segundos y algunos asteriscos empezaron a transformarse en caracteres extraños.

—¿Ves? —le dijo a Milligan—. Estos bits siguen pautas idénticas. No se han molestado mucho en.... ¡Eh!

El informático cerró de repente el archivo y pulsó el botón para expulsar el disco. Lo cogió metiendo el índice por el agujero y se lo ofreció a Milligan.

—Eh, tío, esto es un tema interno, ¿vale? No me líes, tío. Esto sale de aquí dentro.

Milligan no cogió el CD.

—No te he dicho que no lo fuera —se disculpó.

—¿A quién estás espionando? Joder, se supone que debemos espionar a los malos, tío, y nosotros somos los buenos.

—Necesito que me ayudes.

—Tú has visto muchas películas. ¡Paso de meterme en follones!

Milligan, aún sin tomar el disco ensartado en el dedo de Caleb, apoyó el trasero en una mesa y cruzó los brazos.

—¿Has oído hablar de los *Redskins*?

—¿Qué? —Caleb puso cara de disgusto, arrugando la frente hasta el borde de la gorra—. *Fuck!* ¡No jodas, tío! No son más que mitos, leyendas urbanas de la casa. No me digas que estás iniciando una caza de brujas, porque si es así no pienso poner mi negro culo en peligro para que tú te pongas medallas. ¡Ni hablar!

—¿Qué dices? Estoy hablando de fútbol —interrumpió Milligan, pretendidamente sorprendido.

Caleb lo miró para ver si le estaba tomando el pelo.

—No, no, no, ¡mierda! No sé qué pretendes demostrar.

El agente se levantó y cerró la puerta de la salita. Estaban rodeados de cristales y a la vista, pero al menos nadie les escucharía.

—Caleb. Ahora en serio. Necesito tu ayuda. Si existen o no los *Redskins* no es de mi incumbencia. Pero si hay agentes que juegan sucio, sí. Recordarás que presido la Comisión de Ética y Buenas Prácticas de la CIA.

Caleb lo sabía, claro. Como todo el mundo en la Agencia. Se había dado mucha publicidad al nombramiento, en un intento de demostrar a los Estados Unidos y a los demás países que no eran mercenarios incontrolados, sino un cuerpo autorregulado que velaba por el avance de las libertades y la democracia en el mundo. En realidad, los siete miembros permanentes se habían reunido cuatro veces, y no habían hecho más que discutir sobre qué cláusulas debía tener el Manual de Ética y Buenas Prácticas. Porter Milligan había sido propuesto por el propio Director, como reconocimiento por su intachable hoja de servicios.

—¿Me estás diciendo —preguntó Caleb— que estás investigando a alguien por...

¿cómo lo llamáis, malas prácticas?

—Es lo que quiero averiguar.

El informático estaba a punto de ceder. De mala gana, abrió el *drive* y volvió a colocar el disco.

—Mira, tío, porque me caes bien, que si no... Pero si alguien hace preguntas...

—Tú no has tenido nada que ver.

—¡Exacto! ¡Qué cojones! Como si no hubiera bastante con los terroristas islámicos como para buscarnos enemigos en nuestro propio país.

Minutos después, Milligan salía de la salita con una hoja de papel llena de números de móvil. A todos ellos, un teléfono interno fijo les había llamado repetidamente en los últimos días. El número interno era el del despacho de Westward; este detalle se lo había ahorrado a Caleb. Quería averiguar con quién trataba ese cabrón. Empezaba a sospechar que, si los *Redskins* existían —a qué se dedicaban, ya lo descubriría más adelante—, probablemente estarían conectados con Hartley Westward.

Le fue fácil averiguar de quién eran los móviles. Él, por su rango, tenía acceso a información clasificada. Confeccionó una lista de nombres de agentes, cinco en total, en un trozo de papel cuadriculado y se la guardó en la cartera. Era un primer paso.

Algunas de las llamadas desde el teléfono de Westward, sin embargo, despertaron especialmente su atención. A horas extrañas, a veces en plena madrugada, Hartley había llamado a un número fijo del área de Washington. Y lo que era más sospechoso: no fue capaz de averiguar, ni siquiera con sus privilegios, a qué abonado pertenecía ese número. Mejor dicho, ¡aquel teléfono no existía! No aparecía en ningún registro. Esto podría significar que, o bien se trataba de algún miembro clave para la seguridad nacional, o bien era un número falso que nada tenía ver con el teléfono real.

En cualquier caso, quiso anotarlo también en otra hoja de la misma libreta y se lo guardó junto con la lista de agentes.

Pero seguía sin saber nada del contenido de las conversaciones. Todas las llamadas telefónicas de Langley estaban grabadas, aunque tener acceso a las cintas era muy complicado. Y más si el teléfono de origen era el de alguien tan importante como Westward. Probablemente él podría conseguirlo, pero tenía que hacerlo sin despertar sospechas. Si alguien se enteraba de que un agente hurgaba en las llamadas internas, comenzarían las preguntas y se espantaría la liebre.

¿Podría contar con Caleb? Si había alguien que pudiera entrar sin ser visto en el servidor de la Agencia era él. Se había mostrado ya reticente a proporcionarle los números de teléfono en cuanto vio que eran internos. No sería fácil de convencer, pero quizá habría que intentarlo más adelante.

Abril 2003

Barcelona (España)

Los faros del Audi iluminaron los arbustos y cañaverales de la orilla del canal. Soplaban viento de levante, y las bolsas de plástico y otros desechos ligeros volaban a ras de suelo, enredándose entre las ramas.

Jaume Quintero esperaba encontrarse algún coche aparcado. Aquel lugar era un *picadero*, donde iban las parejas sin casa propia disponible o quienes contrataban los servicios de alguna de las prostitutas de la carretera del aeropuerto. También los había que iban allí a drogarse. El suelo estaba lleno de condones y jeringuillas usadas.

Pero ese día no había nadie. Era lunes, de madrugada, y los yonquis y las putas debían de estar durmiendo.

Había que apresurarse. En un par de horas saldría el sol. Quintero apagó los faros y paró el motor. Miró una vez más a su alrededor, y cuando obtuvo la certeza de que no habría testigos, abrió el maletero del coche. Allí dentro, medio ahogado por la falta de oxígeno y el aparatoso esparadrapo que le cubría la boca, un hombre de unos cuarenta años le miró con los ojos desorbitados por el terror. El desgraciado intentó gritar, o decir algo, pero sólo se oían sonidos apagados. Tenía manos y pies ceñidos con cinta adhesiva.

—Quizá te he atado demasiado fuerte —dijo Quintero, al ver que las manos de su prisionero estaban amoratadas.

Con los guantes puestos —no se los quitaba en ningún momento cuando trabajaba—, abrió un pequeño estuche de cuero y sacó de él una enorme jeringa. Al verla, el desgraciado empezó a llorar y patalear con desesperación.

No sabía qué pretendía aquel hombre calvo que le había secuestrado hacía unas horas al salir del gimnasio. No le conocía de nada. Se le había acercado para pedirle fuego cuando iba hacia su coche. Parecía bastante cordial, y él estaba de buen humor. El hecho de que llevara guantes a pesar de no hacer frío le había llamado la atención, pero no lo suficiente como para prever lo que le habría de pasar.

Quintero le había dicho, como de pasada, que la grúa se había llevado su coche.

—Es que como soy nuevo en el club no sé todavía dónde se puede aparcar —le había dicho.

—Sí, son un poco cabrones los municipales. Por las noches esto está imposible. Yo siempre aparco a este lado, que queda más disimulado —le contestó él.

—¿Sabes dónde hay una parada de autobús? No creo que pasen muchos taxis, por aquí. El club estaba en las afueras de Sant Cugat, y el transporte público fuera de la ciudad era siempre un problema.

—¡Uf! No creo que pasen autobuses. Tendrás que caminar un ratito hasta más allá de la carretera, pasado el puente.

—Ya me lo temía.

—Vamos, sube, que te llevo, que en coche son dos minutos.

Éste había sido su error fatal. Había sido amable con un desconocido y ahora se encontraba en el maletero de su propio coche atado y amordazado.

—No es nada personal —iba diciendo Quintero, mientras añadía una aguja hipodérmica a la jeringa—. Es más, en otras circunstancias quizás nos hubiésemos llevado bien. Aunque lo dudo...

El prisionero lloraba ya abiertamente, sus gemidos amortiguados por la cinta adhesiva. Quería suplicar, quería preguntar por qué. Le parecía estar viviendo una experiencia irreal.

—Me pagan por hacer esto, tío. El negocio es el negocio. Por lo que sé de ti, esto lo tienes que entender perfectamente.

Con dos dedos, hizo subir el émbolo de la jeringa, llenándola de aire.

—No creas que te envenenaré, ni nada de eso —decía—. No hace falta. Un poquito de aire en las arterias y adiós muy buenas. Me parece que no debe doler demasiado. Todo lo que notarás es una pinchacito de nada hasta que la burbuja te provoque un cortocircuito en las neuronas. Luego te pincharé el corazón para que deje de latir y ya está.

El desgraciado chillaba y se movía tanto como podía. El pánico dominaba su cerebro. Hasta entonces había pensado que toda aquella pesadilla acabaría tarde o temprano, pero ahora empezaba a pensar que aquel tipo quería matarle de verdad. ¿Por qué? ¿Por qué?

Con dos dedos de la mano izquierda, Quintero palpó el cuello del hombre.

—Estás tan histérico que se te marcan todas las venas —dijo, con seriedad—. Esto me facilita las cosas.

Con una gran destreza, le clavó la aguja hipodérmica en el cuello y comenzó a insuflar aire en la arteria. Quintero había estudiado varios cursos de medicina cuando era más joven, con la intención de aprenderlo todo sobre anatomía humana. Habría sido un buen médico, probablemente, porque tenía dotes de observación y era muy meticuloso en los análisis.

Controló los ojos de su víctima hasta que sufrieron un espasmo y perdieron la chispa vital. El desgraciado era ya un vegetal. Ahora habría que apagarle el motor. Volvió a

llenar de aire la jeringuilla y la clavó directamente en el corazón.

Entonces esperó unos segundos y comprobó que el hombre ya no tenía pulso. Un trabajo bien hecho, pensó. Cerró el maletero del Audi y cogió la bolsa de deportes que había dejado en el asiento del acompañante para meter en ella el estuche de cuero. Miró una vez más a su alrededor para ver si había intrusos y, satisfecho una vez más, sacó un pequeño aspirador manual de la maleta. No medía más de treinta centímetros de largo, era bastante silencioso y tenía suficiente potencia para cumplir con eficacia su cometido.

Aunque antes de cada trabajo se sometía a un doloroso y exhaustivo *peeling* y se depilaba cuidadosamente hasta el último pelo de su cuerpo (incluidas las pestañas), siempre pasaba el aspirador por el escenario de su *trabajo* como medida de seguridad adicional. No quería dejar ni la más pequeña muestra de ADN.

Una vez terminada la limpieza, cerró el coche y lanzó la llave hacia los arbustos. Miró una vez más a su alrededor, y, bolsa en mano, comenzó a caminar hacia la carretera. Le esperaba un buen paseo, de unos veinte minutos, hasta la calle donde había aparcado su coche aquella tarde.

Al marchar camino arriba en dirección hacia el asfalto, notó que algo se movía a su derecha. Inmediatamente se puso en alerta. Vio unos cartones medio escondidos entre los arbustos con la vana intención de obtener un precario resguardo. Dentro se oían unos extraños bufidos. Quintero encendió una pequeña linterna y dirigió su luz hacia la miserable cabaña. En un primer momento, tuvo la impresión de estar mirando a un animal, pero pronto se dio cuenta que era una mujer. Desde donde estaba, a tres o cuatro pasos, Jaime Quintero podía oler el hedor que desprendía aquel deshecho humano, y frunció el ceño con asco.

—Salao, vente *pa'cá* que te la chupo por veinte eurillo, *¡amó!* —dijo la mujer en cuanto le vio, sonriendo para mostrar una boca casi completamente desprovista de dientes.

En una mano llevaba una botella de plástico de agua mineral que contenía un líquido oscuro; evidentemente algún alcohol de alta graduación y baja calidad. La mujer tenía la cara demacrada, llena de pequeñas cicatrices, con los pómulos prominentes y ojos llenos de legañas, producto de alguna infección.

Una drogadicta, sin duda, ya en las últimas fases de su misera existencia.

Quintero miró hacia el lugar donde estaba el coche que acababa de abandonar. Desde donde estaba no lo podía ver. Decidió que la mujer no le había visto hasta entonces. Con toda probabilidad estaba demasiado bebida o drogada —o ambas cosas a la vez— como para haber prestado atención a lo que acababa de suceder.

—¡Venga, *amó!*, una *mamaíta*, que ya *verá* qué bien se le da a la Sole.

Quintero dudó unos momentos. Hubiera sido algo muy fácil y prácticamente

desprovisto de riesgo matarla allí mismo. Pero él era un hombre de principios. Nunca mataba a nadie fuera de contrato. Él no era un asesino; era un profesional. Además, la noche era oscura, y con la luz de la linterna en los ojos, la mujer apenas habría distinguido su figura y sus facciones. Era imposible que le reconociera. Y sabía por experiencia que la policía nunca hacía caso de las putas drogadictas.

Apagó la linterna y siguió su camino. Escuchó a su espalda cómo la desgraciada seguía insistiendo.

—*Vamo*, no sea *capuyo*, mi *amó*, que te lo hago por *quinse na má*. ¡*Dié!* ¡Una *mamaíta* por *dié* euro! ¡Que ni en el *Carrefú* lo consigue *má* barato!

Él ya estaba en la carretera cuando la Sole se dio por vencida y se recostó de nuevo sobre sus cartones, maldiciendo su mala suerte y bebiendo unos tragos de la bebida infame que embotaba lo que le quedaba de cerebro.

Cuando llegó a su casa, Jaime Quintero empezaba a sentir ya el zumbido familiar de la migraña. Desde hacía un par de años, sufría fuertes crisis de cefalea después de cada trabajo. Esto no le pasaba cuando era joven. Se preguntaba si tenía relación con la edad.

Lo primero que hizo fue ir al baño y abrir el botiquín, un enorme armario metálico cerrado con llave, donde, además de las medicinas, guardaba las drogas y venenos. Sacó dos pastillas de *Extra Strength Tylenol* que compraba por internet y se las tomó sin agua. Era lo único que podía aliviarle un poco el dolor de cabeza. Lo había probado todo, incluso la acupuntura y la homeopatía, a pesar del escepticismo que le causaban estas prácticas que él consideraba pseudocientíficas.

Cansado y preocupado, preparó un vaso de Perrier con hielo y limón y se sentó en su sofá favorito. Quintero vivía en una casa antigua de dos plantas, de aquellas tan habituales en otro tiempo en todo el barrio de Gracia. La suya tenía la ventaja de que era la más alta de la colina, y desde la sala de estar se veía toda Barcelona, hasta el Mediterráneo.

El sol blanqueaba ya el cielo hacia levante. Dentro de poco sería imposible mirar el mar, inmenso espejo del sol de madrugada. Con un mando a distancia, Jaime hizo que las cortinas bajarán. El salón quedó en penumbra.

Un trabajo bien hecho, se dijo, una vez más. Mientras se enfrentaba al creciente dolor de cabeza, repasó como siempre su actuación, para ver si había quedado algún cabo suelto, algún detalle fuera de lugar. Hacía un mes, había recibido la llamada del intermediario —él no trataba nunca directamente con el cliente final; cuantos menos vínculos entre él y los que pagaban, mucho mejor—. El encargo era de un cliente para el

que ya había trabajado hacía unos años, y no le hubiera sido necesario investigarlo para saber si era una trampa. Sin embargo, hizo los deberes hasta estar del todo seguro. En su oficio había que ir con pies de plomo.

Había pedido a Radozevic, el intermediario, que le enviara las instrucciones a un apartado de correos, uno nuevo, que ahora debería cerrar. El trabajo era bastante estándar. Un ejecutivo corrupto a quien convenía eliminar. El hombre se llamaba Juan Miguel Jurado, era Director de Aprovisionamiento para EMEA (*Europe, Middle East & Asia*) de una gran multinacional. Desde hacía cuatro años, la empresa de su cliente le había estado pagando un sobresueldo a cambio de recibir tratamiento preferente en adjudicaciones de contratos multinacionales. Jurado había respondido bien hasta que la ambición le cegó. Empezó a pedir más por los favores, y se le concedió. Pero la cosa se complicó cuando quiso hacerles chantaje. El astuto Juan Miguel, de manera sibilina, había grabado todas las conversaciones y conservaba además documentos comprometedores que demostraban casos de sobornos a altos funcionarios por parte de la empresa adjudicataria. Ésta era una compañía poderosa a nivel global del sector de la construcción y las obras públicas cuya alta dirección acabó decidiendo que había que deshacerse de él.

Entonces llamaron a Sergio Radozevic para que les enviara al sicario, que para ellos era un desconocido pero a quien ya habían contratado en una ocasión anterior para hacer un trabajito en Madrid.

Aquella noche el encargo había sido cumplido a satisfacción. Juan Miguel Jurado yacía en aquellos momentos en el maletero de un Audi A8 que se había comprado con el dinero obtenido de los que acabarían ordenando su muerte.

Jaume se sentía satisfecho de su ejecución. Todo lo había medido al milímetro: el método, el lugar, el momento. La tarde anterior se había sometido a un exhaustivo *peeling* de hora y media y se había depilado hasta el último rincón de su cuerpo. El peor momento, lo que más angustia le producía, era arrancarse las pestañas. No era especialmente doloroso, pero sentir como los párpados se tensaban a cada tirón le producía dentera. Siempre había pensado que no entendía cómo podían volver a crecer tan rápidamente. Su ventaja consistía en que era muy poco peludo y sudaba poco; su displasia ectodérmica, de origen congénito, hacía que los poros no se abriesen y estropeaba la mayoría de sus folículos pilosos. A él esta circunstancia le beneficiaba: menos rastro genético en la escena de sus trabajos. Se podía decir que había nacido bien dotado para aquel oficio.

En cuanto a aquel último encargo, analizó que la fase de más peligro eran las casi tres horas que debían pasar entre el secuestro y la muerte. Existía la posibilidad de que la

novia de Jurado se presentara de improviso en su piso de la Bonanova y se inquietase al no encontrarlo. Pero aceptó el riesgo porque lo creía altamente improbable. Por conversaciones telefónicas que había interceptado sabía que Juan Miguel era muy celoso de su recientemente recuperada libertad después de un largo proceso de divorcio, y no le gustaba que la chica pretendiera imponerle horarios. Además, estaba casi seguro que esa noche no habían quedado, y si la chica a pesar de todo se presentaba en su casa, lo más probable era que, al no encontrarle, se fuese convencida de que su novio hacía horas extra.

Así pues, se había pasado aquellas tres horas conduciendo junto al Llobregat y por el Vallès, evitando pasar dos veces por el mismo lugar para no despertar sospechas. Había abierto el conducto portaesquíes que comunicaba el maletero con el habitáculo, tanto para que Juan Miguel pudiera respirar —al fin y al cabo, él no era un hombre cruel— como para oír y hacerse oír, si era necesario.

Todo había ido a la perfección. Una simple amenaza verbal bastó para que Juan Miguel se comportara como un cachorrito. Casi no había hecho ruido, más allá de algún leve gemido que se le escapaba en los momentos de mayor angustia. «Todos confían en que saldrán de ésta, pensaba Quintero. La alternativa es demasiado terrible como para asimilarla fríamente».

Él no era un sádico. Matar personas no le hacía sentir poderoso. Ni siquiera disfrutaba con el acto. Era un trabajo más, para el que resultaba estar muy bien dotado. Intentaba siempre evitar sufrimiento innecesario a sus víctimas. Estaba convencido de que era de los mejores en su ramo, y por ello cobraba lo que cobraba. Se podía permitir rechazar trabajos cuando no le gustaban o los consideraba demasiado arriesgados.

Si alguien le hubiera preguntado, habría asegurado no sentir ningún tipo de dilema moral. Tenía su propia ética y unos principios que nunca comprometía. Poseía un sentido bastante preciso de lo que consideraba correcto y lo que no. Por ejemplo, él no aceptaría nunca trabajar para una compañía petrolera, o para una que utilizara mano de obra infantil, o que contribuyera a sabiendas a la deforestación del planeta. Miles de personas en este mundo trabajan en corporaciones que sobornan, contaminan, asesinan y causan desastres ecológicos, y ninguno de ellos parece tener problemas morales. ¿Por qué habría de tenerlos él? Al fin y al cabo, la mayoría de los tipos a los que daba muerte eran unos indeseables: corruptos, pederastas, mafiosos, proxenetas. El mundo se convertía en un lugar mejor cada vez que él eliminaba a alguno.

Pero sin embargo... Quintero era consciente de que últimamente pensaba mucho más en estos dilemas morales que cuando era más joven. «Quizás esto es la causa de mis dolores de cabeza», pensaba. Hacía un tiempo que necesitaba justificarse y redimir sus

actos contra el juicio severo de sí mismo. «Será que me hago mayor, se decía. Será la crisis de los cuarenta, que me hace plantearme qué hago con mi vida».

Con un resoplido, y ya convencido de que la migraña sería soportable, se levantó del sofá, dio un trago largo y refrescante del agua de Perrier y encendió el potente portátil que descansaba en la mesa del estudio.

Abrió la carpeta marcada con la palabra clave “Claudette”. Todo en su ordenador estaba encriptado y protegido, pero aun así procuraba no dejar ningún rastro demasiado evidente que, eventualmente, pudiera incriminarle. A cada misión —como él llamaba a sus trabajos— le ponía un nombre en clave. Utilizaba el mismo sistema que los servicios internacionales de meteorología utilizan para nombrar los huracanes y las tormentas tropicales, asignando un nombre de persona empezando por letras consecutivas del abecedario, alternando nombres masculinos y femeninos. Él usaba, por comodidad, las listas de nombres del *US National Hurricane Center*, disponible en internet. Al tercer huracán de 2003 le correspondía el nombre de Claudette, y así es como Quintero había nombrado los archivos correspondientes a su tercera labor del año. Para dar más consistencia a la posible tapadera, Quintero se había hecho instalar una completa estación meteorológica amateur en la terraza y mantenía en el ordenador registros de variables del tiempo que se descargaba de internet. De esta manera, cualquier fisgón que pudiera penetrar en su disco duro pensaría que era un aficionado a la meteorología.

De forma minuciosa, Jaume borró de su ordenador uno a uno todos los archivos referentes al difunto Juan Miguel Jurado. Cuando terminó, abrió una base de datos y añadió en ella un registro, de nombre Claudette, fecha del 28 de abril de 2003, y una cifra, 40.000, correspondiente a los euros que su cliente había enviado a una cuenta numerada de Andorra. La carpeta “Claudette”, ya vacía, la movió a un directorio junto a otras también vacías con los nombres “Ana” y “Bill”, mudos recordatorios de misiones ya cumplidas.

PARTE II

Junio – Julio de 2003

Junio 2003

Tikrit (Irak)

Los inspectores se subían por las paredes. Alguien estaba tomándoles el pelo.

—¡Cualquier idiota se da cuenta de que esto es totalmente inofensivo! —bramó el doctor Damian Harper, el jefe de inspección británico—. ¡Estos camiones son fábricas de hidrógeno para hinchar globos aerostáticos!

El agente Eli Smith, que había vuelto a Irak por orden de Westward, aguantaba el chaparrón impertérrito mientras encendía un cigarrillo.

—Y, además, esto es tecnología británica. Estamos inspeccionando máquinas que nosotros mismos les hemos vendido, ¡por el amor de Dios!

La sargento Jessica Lobo se había sorprendido al volver a encontrarse con el agente Smith. «No sé qué diablos hago aquí, pensaba. No quiero tener nada que ver con los hijos de perra de la CIA».

Hacía dos semanas, el teniente Murphy le había comunicado la muerte de Ricky, su prometido, en Fallujah. Una mina había hecho volar por los aires su *Humvee*, que, como la mayoría, no llevaba suficiente blindaje. Él y dos de sus hombres habían perecido al instante. Un cuarto todavía se debatía entre la vida y la muerte, con quemaduras en el ochenta por ciento de su cuerpo.

El teniente Murphy, con la gravedad oficial que exigía la noticia, le había ofrecido un permiso de quince días que ella había rechazado inmediatamente. No le veía ningún sentido a encerrarse en una base de Arabia Saudí a llorar sola.

—Es todo lo que hemos encontrado —decía el agente Smith—. Ustedes son los expertos, por eso les hemos hecho venir.

Ante la presión de la prensa internacional, que demandaba resultados tangibles y hacía preguntas muy insistentes e incómodas, Hartley Westward había creído necesario montar esa farsa para despistar. Envio a aquel agente con cara de rata a recibir a los inspectores internacionales. La idea era generar ruido y mantener a los voraces periodistas ocupados con carnaza inocua.

—Es una pérdida de tiempo. ¡Una tomadura de pelo! —gritó el doctor Harper.

La patrulla de Jessica formaba parte de la escolta de los inspectores, y sus miembros eran espectadores involuntarios de la bronca. Frente a ella, cuatro enormes trailers habían sido colocados por los agentes de la CIA como en una exposición, a la espera de

la comitiva de funcionarios de la ONU y periodistas acreditados. Estaban en Tikrit, a dos polvorientas horas de camino al norte de Bagdad. Aquella mañana habían recibido a los inspectores en el aeropuerto de la capital y los habían acompañado en una premiosa caravana hasta la estratégica ciudad a orillas del Tigris. Tikrit era la capital administrativa de la provincia de Salahaddin, vértice septentrional del Triángulo Sunní, zona caliente de la insurgencia. Se comentaba que el propio Saddam Hussein podría estar escondido por allí cerca.

Damian Harper volvió a acercarse a uno de los camiones donde sus dos colegas murmuraban su indignación. Debía tomar una decisión. O bien la CIA era absolutamente incompetente —lo que empezaba a parecer probable—, o bien les estaban escondiendo lo que era realmente importante. Todo aquello le sonaba a tapadera. No se podía creer que les hubieran llamado con tanta urgencia para inspeccionar cuatro inofensivos camiones.

El teniente Murphy se movía nervioso. No le hacía ninguna gracia permanecer sin hacer nada en medio de aquel nido de víboras. Deseaba volver a Bagdad lo antes posible.

—¡Lobo! ¡Simpson! ¡Pesci!

Los tres sargentos se acercaron.

—Aquí estamos totalmente expuestos —les dijo—. Sargento Pesci, despliega a tus hombres en un arco al norte, detrás de las posiciones de la patrulla de McGwire. Comunica al sargento que deben parar a todo el mundo que baje por la carretera. Si es necesario, que disparen. Por aquí pasa demasiada gente, y no me gusta. Sargento Simpson, haz lo mismo en el este. No me hace ninguna gracia esa colina.

Los sargentos gritaron sus órdenes y los soldados se pusieron en marcha. El agente Smith y sus subordinados miraban la escena con un gesto de aburrimiento nada disimulado.

—Lobo, tú y tus hombres quedaos cerca de los camiones. No perdáis de vista a los inspectores. No quiero ni pensar qué pasaría si perdemos a alguno.

—Con el debido respeto, señor —dijo Jessica—. No hace falta que me proteja. Tengo más experiencia en combate que la mayoría.

Ella había notado que, desde la noticia de la muerte de Ricky, el teniente Murphy procuraba apartarla de las misiones más peligrosas. Ella no toleraba tratos de favor, porque eso le hacía perder autoridad ante sus hombres.

—¡Oh, Lobo, no empecemos! —se quejó el teniente, hastiado—. Intento proteger a todos mis hombres y mujeres, no sólo a ti. ¿Cuándo dejarás de ser un grano en el culo con tus chorradas?

—Sólo quería estar segura, señor.

—¡Pobre de ti como pierdas un solo inspector!

En realidad, no le importaba que le encargaran las misiones menos expuestas. Tenía ganas de volver a casa. Estaba harta de ese jodido país. No había podido ni asistir al entierro de su prometido, ¡por el amor de Dios!

Él era de Idaho, como las patatas. Siempre bromeaban con eso. Jessica había ido una sola vez a casa de sus padres, en Boise. ¡Qué diferente de California! San Diego no era el paraíso, pero desde luego, ¡estaba mucho más cerca de él que Boise, Idaho! Claro que esto, al señor y a la señora Robinson no se les podía ni mencionar. Para ellos, California era sinónimo de pecado y perdición.

Ricky, que a pesar de provenir de un estado conservador, era demócrata convencido, se había adherido recientemente a un grupo secreto dentro del ejército, llamado *Stop Blood For Oil (SBFO)*, que editaban un panfleto subversivo en contra de la guerra en el Golfo. Se declaraban patriotas como el que más, pero creían que la invasión de Irak respondía a intereses puramente económicos, y que no tenía nada que ver con el 11 de septiembre ni con la seguridad nacional.

Jessica se había escandalizado. El *SBFO* ya había costado un consejo de guerra por alta traición a un par de soldados.

La muerte de Ricky le había hecho cuestionarse cosas que antes aceptaba sin pensárselo dos veces. Unos días después de recibir la noticia, con su correo le entregaron un sobre marrón sin remitente. Contenía fotocopias del último número del boletín del *SBFO*, y una breve carta mecanografiada de pésame.

Sargento Jessica N. Lobo,

Lamentamos profundamente la muerte de Ricky Ray Robinson. No son muchos los suboficiales que se atreven a difundir la verdad de esta absurda guerra. Otra vida robada por malvados con las manos sucias de petróleo, y ya llevan más de 800. *Stop Blood for Oil!* Si quiere ponerse en contacto con nosotros para continuar la misión de su prometido, escriba a: lollypop@kryptomail.com.

Envíe un *e-mail* en blanco con la frase "*I want candy*" en el Asunto. Sentimos su dolor como si fuera nuestro. *Stop Blood for Oil!* ¡Detendremos esta guerra! ¡Que Dios bendiga a América!

Así, sin firma.

Sonaban un tanto fanáticos. Y bordeaban la alta traición. Claro que, por otra parte, Ricky había creído en ellos. Y esa farsa de la CIA... ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué había detrás de esta guerra?

Los inspectores no salían de su asombro. Volverían a Nueva York con las manos vacías, con la sensación de que la CIA les había tomado el pelo. ¡No era posible que pretendieran hacerles creer que aquello eran las *WMD*! ¡Y el mismísimo Colin Powell había utilizado fotos de aquellos camiones para justificar la guerra!

El doctor Harper se dirigió una vez más al agente Smith.

—Esto es absurdo —protestó—. Redactaremos el informe pertinente y se lo entregaremos a la prensa. ¡Y no crean que saldrán de ésta fácilmente! Aquí hay algo que huele mal.

—Es todo lo que hemos encontrado, doctor —dijo el agente, con enorme paciencia, exhalando el humo de su cigarrillo por una esquina de los labios—. Le puedo asegurar que tanto nosotros como el ejército de la Coalición seguiremos buscando las armas. Cuando la comunidad internacional comenzó a lanzar acusaciones de su existencia las autoridades iraquíes debieron trasladarlas a depósitos secretos.

Damian Harper resopló como un toro antes de embestir y se dirigió sin responder hacia los todo-terreno.

En el viaje de vuelta Jessica se sentó en la parte de atrás del *Humvee* con los tres funcionarios internacionales. Snowcap iba de copiloto, siempre cerca de su líder.

Observó el científico inglés con curiosidad. Se le notaba verdaderamente trastornado por lo que acababa de vivir, y le comprendía. El agente Smith no era trigo limpio, eso estaba claro. Recordaba el extraño episodio de un par de meses atrás en Bagdad. Los agentes de la CIA habían confiscado aquellas extrañas botellas que ella había visto dentro de la cámara de vidrio. ¿Por qué no se las mostraban a los inspectores? ¿Estaban intentando ocultar algo?

«Estoy volviéndome paranoica, pensóLa CIA no es el enemigo. Debo servir a mi país. Quizás lo que encontraron no era nada relevante. No eres más que una pobre ignorante, Jessica. ¿Qué sabrás tú de teorías conspiratorias? ¡No te pases de lista!».

Junio 2003

Washington, DC (EE UU)

Porter Milligan comía, como casi cada día, en un pequeño restaurante supuestamente francés donde servían copiosos menús de mediodía por sólo seis dólares. El hecho de ser soltero y vivir solo le convertía en un cliente habitual de lugares como ése. Estaba sentado en su rincón preferido, una mesa que quedaba algo apartada del ajetreo de camareros y clientes, medio encajonada en una esquina muerta del local.

Cuando se disponía a llevarse un grasiento trozo de bistec cocido con mantequilla a la boca, alzó la vista y vio a aquella mujer mirándole fijamente desde la puerta. Era el segundo día consecutivo que la veía. El día anterior se había ido al cabo de pocos segundos al verse descubierta.

¿Qué demonios...?

Milligan estaba a punto de alzarse para decirle algo, aún con la boca llena, cuando vio que la mujer avanzaba rápidamente hacia su mesa. Era una señora de mediana edad, superada la cuarentena, de caderas amplias y pecho estrecho, pero con una cierta elegancia en el vestir y un porte que revelaba que había sido atractiva de joven. Llevaba un peinado de peluquería un poco pasado de moda, y su rostro afilado empezaba a reflejar el paso de los años.

—¿Señor Milligan? —preguntó antes de que él pudiera decir nada.

Porter se tragó el bocado de carne y asintió con la cabeza.

Sin esperar a ser invitada, la mujer miró a izquierda y derecha con rápidos movimientos y se sentó frente al agente.

—Me llamo Dory Surtees. Soy la viuda de Chuck Surtees, a quien usted conocía, sin duda.

La mujer había pillado a Milligan a contrapié. No le había dejado ni tiempo de saludarla. Contestó que sí le había conocido.

—¿Conocía usted bien, a mi marido?

—No mucho, la verdad. Quizá habíamos cruzado algunas palabras ante la máquina del café, pero...

—Me lo imaginaba —dijo ella—. Seguro que todo esto no es más que un absurdo error.

De pronto, Milligan se sintió intrigado. No sabía a qué se debía aquella inesperada conversación.

—Señora Surtees, ¿puedo ayudarla en algo?

Ella le miró unos instantes, todavía dubitativa. Volvió a echar un fugaz vistazo a su alrededor. La situación de la mesa era ideal para no ser escuchados. Abrió el bolso que mantenía en el regazo y sacó de él un sobre de color blanco que colocó sobre la mesa.

—Mi marido fue asesinado —dijo ella, de pronto, con un ligero temblor en la voz al pronunciar la última palabra. Aquello no debía resultarle fácil.

—Lo sé, señora Surtees. Créame que la acompaño en el sentimiento.

Ella hizo un pequeño gesto con la mano para desestimar el comentario educado del agente.

—Ustedes me dijeron que lo habían matado para robarle —añadió inmediatamente.

A Porter no se le pasó por alto el ligero tono acusador de la palabra “ustedes”, que se refería, sin duda, a la Agencia.

—Tengo entendido que así fue —respondió él con cautela.

—Muy conveniente —dijo ella, sarcástica.

Volvió a mirar una vez más a su alrededor, como si quisiera evitar los ojos del agente, y comenzó a frotarse las manos con nerviosismo.

—El caso es que, desde días antes de... todo aquello, él sabía que algo podía pasarle —siguió, de repente, hablando de manera acelerada—. Estaba mucho más agitado que de costumbre y... bueno, nada parecía interesarle. Estaba todo el día cabizbajo y preocupado. El día en que murió no quiso ni cenar. Había recibido una llamada a media tarde que le trastornó. Estaba tan nervioso que le pregunté si le pasaba algo. Sólo me dijo que aquella noche le tocaba trabajar, y añadió, por cierto, que no sabía en quién podía confiar, lo que, evidentemente, no me pareció tranquilizador. Pero no me quiso decir nada más. Se encerró en el despacho y oí que hablaba con alguien, supongo que por teléfono. No podía escuchar lo que decía; hablaba en voz baja. Entonces recibió otra llamada, y poco después, sin decir palabra, salió del despacho, guardó algo en la caja fuerte que tenemos bajo la escalera, y se fue. No volví a verle con vida... —añadió con emoción.

Milligan miró el sobre. Tenía ganas de abrirlo y ver qué contenía. Seguía sin entender por qué aquella pobre mujer le estaba explicando todo aquello, y pensaba que quizás allí estaba la respuesta.

—Se preguntará por qué le cuento todo esto ahora —continuó ella, leyendo su pensamiento y forzando una sonrisa triste y desafiante a la vez—. Créame que ni yo lo sé. Habría olvidado su comportamiento extraño de aquel día si no le hubiera pasado nada de madrugada. En el sobre sólo hay una cinta de vídeo. Lo encontré en la caja fuerte. No sé qué contiene, porque no he querido mirarlo. No he podido...

—¿Y por qué yo?

La señora Surtees dudó todavía un instante. Entonces dio la vuelta al sobre y se lo mostró. Escrito a bolígrafo se leía su nombre: Porter Milligan.

El agente alzó las cejas con sorpresa.

—Usted dice que no le conocía mucho —siguió ella, mirándole fijamente—, pero es evidente que él pensó en usted el día en que lo asesinaron.

Había un cierto reproche en las palabras de la viuda, suponía que por el hecho de que su difunto marido no hubiera confiado en ella y sí en alguien a quien apenas conocía.

—¿Me permite? —preguntó él, cogiendo el sobre.

La cinta era pequeña y estándar, de color dorado y de la marca Panasonic. En el sobre no había nada más.

—Me costó averiguar quién era el tal Porter Milligan —continuó la señora—. No conocía a nadie con ese nombre. Cuando supe que usted era de la CIA, como mi marido, estuve a punto de tirar la maldita cinta a la basura.

Hizo una pausa antes de añadir, en un tono retador:

—¿Y bien? ¿Qué me puede decir? ¿De qué va todo esto?

—No lo sé, señora Surtees. Créame que estoy tan sorprendido como usted.

Con un suspiro de hastío, la mujer se levantó. Parecía, de repente, muy apresurada.

—Bueno, pues allá ustedes, los espías. Yo he hecho lo que debía hacer, y ahora quiero pasar página de una maldita vez. La Agencia me ha arruinado la vida, señor Milligan. Me distanció de mi marido y al final me lo arrebató. Entienda que no quiera saber nada más de esto.

Él asintió, comprendiéndolo perfectamente. Trabajar en la CIA podía ser muy duro para los cónyuges.

—Lo lamento.

—No, señor Milligan, no diga algo que no siente. Aquí le dejo la cinta. No hace falta que se ponga en contacto conmigo para decirme qué contiene. No quiero saber nada más.

Y, con un lacónico y definitivo adiós, salió del restaurante sin volver la vista atrás ni una sola vez.

Milligan estaba lo bastante intrigado como para estudiar el contenido de la cinta nada más llegar a la oficina. Chuck Surtees, un agente a quien no había tratado mucho, se dirigía directamente a él desde la pantalla. Se le veía más envejecido de lo que le recordaba, con calvicie incipiente y unas mejillas que empezaban a vencerse. Debía estar

en el despacho de su casa, y lo grabó, probablemente, la noche en que murió.

Lo primero que se veía era el rostro de Surtees muy cerca de la cámara, sin duda, ajustando el visor. Después, se apartaba un poco y se sentaba detrás del escritorio.

—Agente Milligan —comenzaba—: si está viendo esto es que me ha pasado algo.

Se le veía tragar saliva al finalizar esta primera frase con una voz temblorosa. Este pobre hombre está muy asustado, pensó Porter, impresionado.

—No sé en quién puedo confiar... Usted me ha parecido siempre un hombre de honor, de aquellos a los que llaman incorruptibles. Dios mío, espero no equivocarme...

Milligan comenzó a inquietarse. ¿Qué le podía estar pasando por la cabeza a aquel hombre? ¿Cómo podía ser que desconfiase tanto de todos como para dirigir su mensaje póstumo a alguien casi desconocido?

—En fin... Ya no hay tiempo...

Las dudas, las pausas y los titubeos eran constantes.

—La situación es grave, en mi opinión. Hay una... conspiración en la Agencia.

Surtees hizo una pausa; parecía estar aguantando la respiración. Miró fugazmente a derecha e izquierda, y luego fijamente a la cámara. Se acercó unos centímetros y siguió en voz más débil.

—Conozco la auténtica razón para la invasión de Irak. Sé por qué los halcones de la administración se empeñaron en derrocar a Saddam cuando éste no tenía ningún vínculo con el 11-S ni con Al Qaeda. Sé cuál era el objetivo real de la operación. Y, créame, agente Milligan, si le digo que es... ¡terrorífico!

Milligan apagó el monitor después del breve mensaje inconcluso. ¿Qué era aquello? En otras circunstancias lo hubiera descartado como la paranoia absurda de un agente trastornado. Pero era evidente que el hecho de que Surtees hubiera sido asesinado a las pocas horas de haber grabado su mensaje dotaba de indudable credibilidad a sus temores.

Decidió que lo primero que había que hacer era recuperar los papeles de Surtees. Tenía la curiosa sospecha de que la lista de los *Redskins* sería bastante parecida a la que él había confeccionado a partir de las llamadas encriptadas que Caleb había descifrado. Y le interesaba sobre todo la lista de "gente importante" de lo que Chuck Surtees llamaba *Onesimus*.

Debería volver a ver la viuda. Confiaba en que no le cerrara la puerta en las narices.

Averiguar su dirección le costó tan poco como una llamada a la secretaria de su departamento. La casa estaba en una zona residencial de clase media de camino a

Bethesda, justo más allá del límite territorial del distrito de Columbia. Era una típica casa suburbana de una sola planta, con un jardín sin vallas y un pequeño porche frente a la entrada.

La viuda no se sorprendió al verlo; ya sospechaba que aquel agente querría más. La CIA siempre quería más. Pero quizá le sorprendió un poco verlo tan pronto, tan sólo unas horas después de su encuentro en el restaurante.

Sin abrir la rejilla mosquitera, le preguntó, desafiante, qué quería, aunque lo sabía perfectamente.

—Siento molestarla, señora Surtees. Me preguntaba si me dejaría ver el despacho de su marido.

—¿Por qué debería hacerlo?

—No debe hacerlo, si no quiere. Pero en la cinta, Chuck me mostraba unas listas que me tenía que hacer llegar, y...

—¿Chuck? —gritó ella, interrumpiéndole—. ¿Ahora es "Chuck"? ¡No me haga reír, señor Milligan! ¡Usted ni siquiera le conocía!

Porter compuso en su rostro una mueca de comprensión. Había que ser paciente. En el fondo, entendía la frustración y el dolor de aquella mujer.

Iba a insistir cuando ella le interrumpió con un gesto desganado de la mano. La expresión de su rostro pasó de reflejar enfado a una mezcla de cansancio y profunda tristeza. Por un fugaz segundo, Milligan se sorprendió pensando que, hacía unos veinte años, aquella mujer debía de haber sido verdaderamente atractiva.

—No me importan sus motivos, señor Milligan —dijo, abriendo la puerta de rejilla—. Haga lo que tenga que hacer, registre sus papeles y váyase. Es aquella puerta del fondo del pasillo —añadió, apartándose para dejarle pasar.

El despacho de Surtees era una salita pequeña con una gran ventana que dejaba entrar mucha luz exterior. Reconoció el escritorio del vídeo. Curiosamente, la cámara aún estaba colocada sobre el trípode en la misma posición en que la habría dejado el agente.

Milligan miró hacia el pasillo. La viuda no le había seguido; la vio desaparecer por una puerta lateral junto a la entrada. Interpretó aquello como una autorización para curiosear cuanto se le antojase.

Lo importante era encontrar las listas. Supuso que debían estar aún en el librito donde Surtees las había metido. En una estantería que cubría la pared de la izquierda, según se entraba, había unas decenas de libros de todo tipo, además de fotografías de él con su mujer o con algún compañero de la Agencia. Hojeó los libros uno a uno, pero no encontró nada. Ninguno de ellos contenía ningún papel, y, además, el que él había visto en la pantalla tenía las tapas de color rojo oscuro. Allí no estaba.

Abrió todos los cajones, revolvió la papelería, miró, incluso, bajo el cojín de un viejo sofá que Surtees habría utilizado para leer. Nada.

Entonces se dio cuenta de que la mujer le observaba apoyada en el umbral de la puerta.

—¿No ha habido suerte?

Su tono era mucho menos hostil que hacía un rato.

—Me temo que no —respondió él—. ¿Sería posible... es decir, si no es mucha molestia, mirar en la caja fuerte? Usted mencionó que allí había encontrado la cinta. Quizás...

Ella no respondió, pero se dio la vuelta para dirigirse hacia la escalera. Milligan la siguió. La señora Surtees se agachó, abrió una puerta de madera disimulada bajo los escalones y abrió la caja fuerte después de girar la rueda numerada varias veces hacia uno y otro lado.

Había algunos papeles que debían ser unas escrituras de propiedad, bonos al portador, un librito de cheques, algunos estuches aterciopelados de joyas o relojes y un pequeño fajo de billetes de cien dólares. Pero ningún libro.

Se sentía incómodo. Hurgar en los papeles de un muerto ante su viuda no era su idea de una tarde agradable. Pero la mujer parecía ya más calmada. Le ofreció un refresco, que él rehusó con cortesía después de cerrar la caja fuerte.

Se despidió de ella tan amablemente como pudo, agradeciendo sinceramente su confianza. Subió al coche, un viejo Camaro negro del 89, con la sensación de haber perdido el tiempo y haber molestado inútilmente a la pobre mujer. Si Surtees se creía en peligro, era improbable que hubiera dejado pistas demasiado evidentes en su casa. Decidió hacer lo que tenía que haber hecho desde el principio.

Veinte minutos más tarde, aparcaba el Camaro en su sitio reservado en la sede de la CIA, en Langley. Confiaba en que Caleb estuviera aún en el trabajo, porque le necesitaba.

Le pilló justo cuando ya se iba.

—Caleb, colega, me alegro de encontrarte.

—¡No jodas, tío! —dijo el informático, con una exagerada caída de hombros—. ¡No me digas que tengo que hacer horas extra!

—Sólo quiero que me amplíes un par de fotogramas de un vídeo.

—Joder, hoy que conseguía salir a una hora decente.

Pero Milligan sabía que ya se la había ganado. Le caía bien, ese chico.

Minutos después, sentados ambos frente a una gran pantalla conectada a uno de los

ordenadores de Caleb, miraban el rostro de Chuck Surtees mientras ajustaba la posición de la cámara.

—Baja el volumen, chico. Prefiero que no escuches lo que dice.

—Lo que tú digas... —respondió el joven afroamericano pulsando el botón de silenciar—. Así está mejor. Ya te dije que no quiero saber nada de tu caza de brujas, ¿vale? Te ayudo en lo que haga falta. Para eso me pagan, tío. ¡Pero no me cuentes nada de nada!

Surtees hablaba ya desde la pantalla, pero sólo le veían mover los labios sin escuchar nada.

—¡Eh! —exclamó Caleb—. ¡Este tipo me suena! Es uno de los nuestros, ¿no?

Porter no contestó.

La cinta se estaba acercando al momento en que Surtees mostraba las listas a la cámara.

—¡Páralo!

Caleb detuvo el vídeo.

—¿Cómo puedo leer lo que pone en esos papeles?

—¡Imposible! —afirmó Caleb después de unos segundos de analizar la imagen—. El tío tiene los focos a toda leche. No hay ni rastro de las letras. ¿Ves? Demasiado contraste. Debería haber ajustado el balance de blancos. Esto está todo quemado.

—Me lo temía.

Entonces, era fundamental averiguar en qué libro había guardado Chuck Surtees aquellas listas.

—Sigue adelante —ordenó.

El chico siguió hasta el momento en que el hombre de la pantalla doblaba los papeles y los guardaba en el libro de tapas de color granate.

—Este libro —indicó Milligan—. Quiero saber qué libro es.

El chico soltó un largo silbido y se recolocó la gorra negra de los Chicago Bears.

—¿Lo puedes hacer? —preguntó, ansioso, el agente.

—¡No se sabe hasta que no se intenta, colega!

Caleb rescató la imagen congelada de la pantalla y la pasó a otro ordenador. Durante unos minutos fue modificando la imagen, alejándola, acercándola, mejorando el contraste, pasándola por herramientas que aumentaban su resolución.

—¿Es muy religioso, tu hombre? —preguntó de repente.

—¿Cómo?

—El tipo éste, como se llame. ¿Es muy religioso?

Porter no sabía a qué venía aquello.

—Ni idea. ¿Por qué lo dices?

—Mira —dijo el informático, señalando con el dedo meñique de la mano izquierda un detalle de la imagen—. Esto parece una cruz, con unas letras que, si no me equivoco, serán I, H, S. Aquí, ¿lo ves?

Sobre el lomo del libro, visto de perfil, se empezaba a ver algo grabado de color dorado.

—Espera, que le daré la vuelta —dijo Caleb, ajustándose una vez más la gorra.

El libro, en la pantalla, se levantó como si fuera mágico y giró hasta quedar completamente horizontal. Ahora veían el lomo perfectamente.

—¡Impresionante! —se admiró Milligan—. ¿Cómo lo has hecho?

—Este imagen es sólo la reconstrucción más probable que ha sido capaz de recrear el *software* con la información que le hemos dado. Pero yo diría que eso, amigo mío, es un libro de oraciones.

¡Claro!, pensó Porter. ¡Un misal! De pronto le entró mucha prisa; quería salir de allí cuanto antes.

—Gracias, tío. ¡Eres un genio!

—¡Eh! ¡La cinta!

Caleb, con una sonrisa de satisfacción, sacó la cinta del aparato y se la dio al agente.

—¡Ya sabes donde vivo, colega!

Odiándose a sí mismo por tener que molestar de nuevo a la viuda Surtees, Porter la llamó y descubrió que ella y su difunto marido eran metodistas, que los domingos frecuentaban la St. Andrews Methodist Church de Bethesda y que, efectivamente, los misales de aquella iglesia tenían las tapas de color granate.

Averiguó la dirección de la parroquia a través de la secretaria de su departamento, y se dirigió hacia ella inmediatamente.

Eran ya las ocho de la tarde cuando llegó, y aquello parecía cerrado. Rodeó el edificio y encontró a un hombre en camiseta y con una azada en la mano que extendía tierra oscura bajo unos rosales.

—¡Buenas noches! —saludó Milligan, antes de que el hombre le viera.

Éste se llevó un susto, se secó el sudor de la frente y sonrió cansadamente.

—A ver si las podemos hacer crecer mejor —explicó, sin que Porter hubiera preguntado nada—. Ahora un poquito de agua, y ya está.

Dejó la azada y se quitó los guantes de jardinería.

—Presbítero Paul, para servirle —se presentó, ofreciéndole la mano.

Porter se la estrechó a la vez que se presentaba.

—¿Y qué le trae por aquí, señor Milligan? Usted no es de la comunidad, ¿no?

—No, no. Yo vivo en Washington.

—¿Es usted policía?

Milligan sonrió.

—Tampoco. Pero podríamos decir que se ha acercado bastante. Soy agente de la CIA.

El pastor arqueó las cejas, y, al hacerlo, se deslizaron por sus sienes unas cuantas gotas de sudor.

—Agente de la CIA —repitió, asintiendo—. Si le digo la verdad, me esperaba que vinieran antes. Desde el funeral del hermano Surtees nadie se ha acercado por aquí. ¿Es de esto, de lo que quería hablarme?

—Es usted muy perspicaz —replicó el agente.

El presbítero Paul le hizo una indicación con la mano invitándole a caminar a su lado. Iban hacia una puerta blanca del lateral del edificio religioso, en un anexo que debía servir de oficina. Todas las ventanas de la iglesia llevaban el anagrama translúcido de la cruz con unas llamas a ambos lados y las letras IHS.

—Unos cuantos miembros de nuestra pequeña comunidad trabajan en Langley. Esto queda muy cerca, y la Agencia es uno de los principales proveedores de trabajo de la región.

—Es cierto —confirmó Porter—. ¿Pero por qué esperaba que viniera alguien de la Agencia a hablar con usted?

Habían entrado ya en el edificio y se hallaban en una sala de estar austera donde había un escritorio y varios sofás que no encajaban con el resto de la decoración: eran demasiado lujosos, sin duda el regalo de algún feligrés que ya no los quería en casa.

Indicándole que tomase asiento, el religioso se metió en un baño adyacente para lavarse las manos y la cara, dejando la puerta abierta para poder seguir hablando.

—Una historia muy desgraciada —comenzó—. ¿La versión oficial sigue siendo que lo mataron para cometer un robo?

—Que yo sepa sí. ¿Sospecha usted algo diferente?

El presbítero salió del baño con la toalla en la mano y el rostro aún humedo.

—Yo diría que sí. ¿Sabe, señor Milligan? —añadió, sentándose en un sofá a la derecha de donde estaba el agente—. Los pastores debemos conocer bien a nuestro rebaño. Es nuestro trabajo. La única misión que tenemos en la vida, alabado sea Dios, es ayudar a las ovejas a encontrar su camino y no perderse.

Cuando terminó de secarse, dejó despreocupadamente la toalla sobre el respaldo del sofá contiguo.

—Conozco al matrimonio Surtees desde hace catorce años. He ido viendo como las

frustraciones de la vida les arrebataban la chispa de felicidad que detecté en ellos en el tiempo en que les conocí. Supongo que el hecho de no tener hijos les alejó el uno del otro. Mi mujer y yo les invitábamos de vez en cuando a hacer una barbacoa, o, simplemente, a charlar, como tratamos de hacer con la mayoría de nuestros fieles. Pero hacía años ya que los Surtees encontraban excusas para no venir: viajes, visitas al médico, demasiado trabajo...

Porter Milligan se preguntaba a dónde llevaba todo aquello. Lo cierto era que le estaba resultando interesante. Se daba cuenta de que no conocía en absoluto a su antiguo compañero de trabajo.

—Pero hace seis meses —prosiguió el hombre—, Chuck Surtees experimentó un dramático giro a peor. Ya puede imaginarse, con lo que le digo, que nunca ha sido un hombre alegre. Pero era educado, cortés y afable. Y, de repente, dejó de venir regularmente a los servicios dominicales. La mayoría de veces venía su mujer sola. Yo le pregunté a él un día si tenía algún problema, si necesitaba hablar de algo. Intentaba no meterle demasiada presión, pues sé por experiencia que esto suele hacer que la gente con problemas se cierre aún más. Le noté inquieto, intranquilo, como si temiera algo.

—¿Eso lo piensa ahora después de lo ocurrido, o ya lo pensaba antes?

—Antes. De hecho, lo comenté alguna vez con mi esposa. Me preocupó de los miembros de mi comunidad, señor Milligan. No piense que soy un cotilla.

Porter hizo un gesto con la mano, indicando que no lo creía en absoluto.

—Bueno, ya estoy charlando y charlando como si estuviera echando el sermón de los domingos. Usted me perdonará, pero es un vicio que tengo. Ni siquiera le he preguntado si le gustaría tomar algo. Mi mujer y yo solemos cenar tarde en verano, pero si quiere, es usted más que bienvenido a compartir mesa con nosotros.

—Muchas gracias, pero no. No le robaré más de diez minutos. ¿Me decía que Surtees había cambiado?

—En efecto.

—¿Sabría decirme por qué?

—No. Pero sí le diré que parecía tener miedo.

—¿Miedo?

—Sabiendo lo que ha pasado es fácil ver en retrospectiva aquellos pequeños gestos y actitudes que deberían haberme indicado que temía por su vida. Cuando hablaba con él, no solía escucharme; miraba constantemente hacia atrás y se despedía en cuanto podía de manera precipitada. Usted me perdonará si mi imaginación me lleva a concluir que la versión del robo con homicidio no es más que una mentira piadosa.

Milligan aspiró aire profundamente.

—Sí, eso es lo que empiezo a pensar yo también. Es curioso: hace unas horas no tenía ningún motivo para dudar de la versión oficial. ¿Cuándo le vio por última vez?

El presbítero Paul sonrió con cierta viveza. Gozaba de su papel de detective, y había esperado esta pregunta desde el principio.

—La misma noche en la que fue asesinado —dijo, con tono triunfal.

Milligan se preguntó por qué le sorprendía aquello. Lo debería haber deducido. Si el misal no estaba en casa es que lo había llevado a algún lugar al salir de casa, y dónde mejor que a la iglesia. Ahora parecía evidente que, tras recibir la llamada de quien fuera y dejar la cinta a medio grabar en la caja fuerte, Chuck Surtees había pasado por aquí para dejar el misal con las listas. El corazón se le aceleró.

—Los libros de oraciones que ustedes utilizan —dijo de pronto, pillando al pastor por sorpresa—, ¿dónde se guardan?

—Cada familia tiene su taquilla para dejar el libro de oraciones y todo lo que quieran. ¿Por qué?

—¿Podría ver el de Surtees?

El presbítero Paul había sido cogido a contrapié, pero le intrigaba mucho todo aquello. En el fondo sí que era bastante cotilla.

Se levantó y se dirigió a una puerta interior que daba entrada a la nave de la iglesia. Porter le siguió. Cruzaron por delante del altar, que lucía también las letras IHS en relieve, y fueron al otro extremo, donde, tras una pared medianera, adosados a un muro, había una larga fila de pequeños armarios metálicos con rótulos blancos que indicaban la familia a la que pertenecía cada uno.

—Yo tengo la llave maestra, por si algún parroquiano pierde la suya —se justificó el hombre.

Buscó la taquilla de los Surtees, que quedaba a la altura de las rodillas, y la abrió, dejando que Milligan examinara el contenido.

Allí estaba. El pequeño libro de oraciones de tapas rojas que había visto en la cinta se hallaba en el interior del casillero, vacío de cualquier otro objeto. El agente lo cogió y lo abrió inmediatamente. Aparecieron dos hojas blancas dobladas dos veces. Porter tenía ya las listas en su poder.

Cuando iba a dejar de nuevo el libro granate en la taquilla, vio un tercer trocito de papel recortado con algo impreso. Sólo leyó la palabra *Onesimus*, y eso fue suficiente como para que se lo guardara también en el bolsillo.

El presbítero intentaba averiguar algo de todo aquello. Se moría de curiosidad, pero no se atrevía a preguntar.

—¿Ha encontrado algo? —dijo, al final, en el tono más neutro que pudo.

—Sí, justo lo que había venido a buscar.

—Me alegro. Y supongo que ya no lo puedo ayudar en nada más.

Milligan sonrió, agradeciendo al pastor su colaboración.

—Quizá cuando averigüe si hay algo irregular con respecto a la muerte de Surtees pueda venir a explicarle yo mismo las novedades.

El religioso forzó una sonrisa, sabiendo que tenía que conformarse con aquello. Se despidió de su visitante y le acompañó hasta la salida.

Junio 2003

Londres (Reino Unido)

El doctor Damian Harper se movía inquieto por su despacho. Acababa de hablar por teléfono con un periodista de la BBC que le preguntaba por su fallida inspección en Irak.

«Creo que ha notado que le escondía algo, pensó mientras se mordía la cutícula de las uñas. Este tipo es muy listo».

Su primera intención al volver de Bagdad había sido denunciar ante la prensa a la CIA y al SIS británico por el ridículo que habían hecho con el asunto de los camiones en Tikrit. ¡Hidrógeno para hinchar globos aerostáticos! ¡Esas eran las famosas armas de destrucción masiva que habían servido de excusa para invadir un país y derrocar un régimen!

Pero al final había dudado. Algo no encajaba. La CIA sabía perfectamente que lo que mostraban los inspectores de la ONU era inofensivo. Entonces, ¿por qué los habían llevado hasta allí? ¿Por qué hacer todo el paripé? ¿Para ganar tiempo?

Damian creía que había dos posibilidades: o bien el dictador iraquí y sus secuaces habían tenido tiempo de deshacerse de las armas biológicas —él estaba seguro de que Saddam no había tenido nunca armamento nuclear, pese a lo que decían los americanos antes de la invasión—, o bien la CIA escondía algo al mundo por razones desconocidas. Lo cierto era que la guerra era ya un desastre de relaciones públicas, y por eso no entendía que los servicios secretos se empeñasen en alargar la comedia.

Decidió no hacer nada. El informe lo redactó en los términos más inocuos que pudo, dejando claro que no había visto nada que supusiera una amenaza para Occidente, pero sin acusar directamente de incompetencia a los servicios de inteligencia de los aliados. No sabía muy bien cómo, pero quería saber qué diablos estaba pasando.

El mensaje de correo electrónico de un tal Lollypop le había pillado por sorpresa. Era consciente de que había cierto descontento en el seno del ejército americano, pero se admiró de encontrar un grupo tan bien organizado como el *SBFO*, siglas que correspondían al expresivo lema *Stop Blood For Oil*. Aquel primer e-mail sólo contenía instrucciones para que se abriera una cuenta en Kryptomail.com a nombre de Felixthecat. Lo hizo sólo porque el tal Lollypop aseguraba escribir desde Fallujah. Si no, probablemente lo hubiera borrado como si fuera spam.

Los mensajes en Felixthecat@kryptomail.com ya eran más jugosos. Bajo el paraguas de

la encriptación, Lollypop le fue describiendo qué era el *SBFO* y cómo actuaban. Finalmente, la bomba: uno de sus miembros, un tal Candy, había observado cómo la CIA se apoderaba de unas botellitas sospechosas de un laboratorio en pleno centro de Bagdad.

«Necesito hablar con Candy», había escrito él, inmediatamente, con el corazón acelerado y unas ganas terribles de volar de nuevo a Oriente Medio a conocer a ese misterioso personaje.

Lollypop no respondió. Un par de días más tarde, un tal Cinderella le informó de que Candy y Lollypop estaban en primera línea de fuego en Fallujah, buscando el clérigo rebelde Al Zarqawi. No habría más mensajes hasta nuevo aviso.

Para su desesperación, los días pasaban muy lentamente. Damian Harper decidió actuar. Fue al edificio del Servicio de Inteligencia, junto al Támesis, a consultar unos informes que él mismo había escrito y archivado diez años antes: el famoso Informe Borotschnoi.

Semyon Borotschnoi era un microbiólogo ruso que se había pasado a Occidente en 1992, poco después de la desaparición de la Unión Soviética, en una época de anarquía e incertidumbre. Semyon trabajaba en *Vector*, el laboratorio soviético que Damian había inspeccionado fugazmente unos meses antes. Tras su defección, la CIA lo retuvo durante tres meses en un lugar secreto para obtener de él toda la información posible, y luego le puso a trabajar en el laboratorio del *Center for Disease Control and Prevention*, en Atlanta, Georgia.

El servicio de inteligencia británico, el SIS, a quien Borotschnoi también había contactado, solicitó acceso al científico, y la CIA permitió a Semyon ir a Londres durante dos días. El doctor Harper le recibió. El ruso había envejecido muchísimo en tan solo un año. Pareció profundamente aliviado al ver una cara conocida, a pesar de que Damian y él tan sólo se habían visto un par de horas en el laboratorio siberiano llamado *Vector* hacía meses, durante las inspecciones permitidas por Gorbachov.

Semyon repitió, necesariamente en forma abreviada, lo que ya había dicho a la CIA: muestras de algunos virus modificados genéticamente habían salido de territorio ruso comprados por algún estado. Explicó también lo que Damian ya sospechaba, que los rusos no habían logrado aún lanzar con éxito misiles balísticos armados con cepas de virus: el calor producido por el propio misil abrasaba a los agentes infecciosos. La investigación se orientaba, desde hacía dieciocho meses, hacia la difusión de los virus mediante aerosoles.

Pero lo que produjo un escalofrío de horror al doctor Harper fue la naturaleza de los virus. Contraviniendo el mandato internacional de la OMS, los rusos habían sacado

muestras de virus de la viruela de las cámaras frigoríficas de Koltsovo. Cuando en 1979 se declaró erradicada la enfermedad, la OMS decidió que se guardaran muestras congeladas del virus para posibles investigaciones futuras. Una parte fueron a parar a Atlanta y otra a *Vector*, cerca de Novosibirsk. Estos eran los dos únicos laboratorios en el mundo autorizados a poseer el mortal virus *Variola maior*. Los soviéticos, sin embargo, habían decidido experimentar por su cuenta, y en *Vector* comenzaron a manipular genéticamente el microorganismo. La investigación con el *Variola maior* se enmarcaba dentro del programa de guerra biológica llamado *Biopreparat*.

Damian Harper sintió un sudor frío en la frente y bajo las axilas mientras releía el escalofriante informe. Al final, él mismo había citado a Borotschnoi cuando éste dijo que un probable candidato a haber adquirido el virus en 1992 era Saddam Hussein, cuando trataba de rearmarse, después de la Guerra del Golfo, para hacer frente a los Estados Unidos.

Siempre había tenido la convicción de que Saddam poseía cepas letales de *Variola maior* rusas. Por eso apoyó la invasión aliada.

Cuando la ONU le llamó para ir a inspeccionar lo que la CIA había encontrado, pensó: «Ya está, ya tienen el virus controlado y por fin podremos vivir tranquilos». Pero la CIA le había enseñado sólo máquinas para hinchar globos, ¡por el amor de Dios!

Candy podía ser la clave de este misterio. Si realmente pudiera confirmar que la Agencia americana había incautado unas sospechosas botellas de un laboratorio secreto, podría hacer que la ONU les forzara a revelar su contenido. Quizá no era nada de importancia, pero cabía la posibilidad de que fueran los virus que Damian había empleado los últimos años de su vida en tratar de encontrar.

Era fundamental que pudiera contactar con Candy.

Junio 2003

París (Francia)

Tabitha Cowan acababa de salir de una reunión de trabajo con sus colaboradores de la oficina del New York Times en París. Estaba angustiada, porque era consciente de que hacía tiempo que no enviaban a la redacción central nada interesante. Los despachos se limitaban a las mismas noticias locales que cualquier otro periódico conseguía por agencias. Una oficina en el extranjero suponía una inversión que exigía frutos más jugosos.

El teléfono sonó. Era la línea directa; no había pasado por la secretaria.

—Tabby, necesito hablar contigo —dijo la voz de Harper.

—¡Damian! ¡Qué sorpresa! —exclamó la periodista al otro lado de la línea—. Hacía tiempo... ¿De qué se trata?

—No, por teléfono no.

El doctor Harper parecía no saber cómo continuar.

—¿Conoces Kryptomail? —dijo, finalmente.

—¿Qué?

—Kryptomail. Ese sistema americano de mensajería cifrada.

—Sí, me suena, pero no...

—Da igual, olvídalo. Es mejor que... ¿Cuándo podrías venir? —preguntó, finalmente.

—¿A Londres?

—No, a Abingdon.

Tabitha no lo dudó ni un instante. Si Damian Harper le pedía que fuera a su casa es que se trataba de algo muy importante.

—Intentaré tomar el *Eurostar* esta noche. Te llamaré en cuanto llegue. Podríamos vernos mañana a primera hora.

—Muy bien, muy bien. Sí, eso estaría muy bien.

—¿Te... preocupa algo, Damian?

Tabitha casi podía oír el cerebro del doctor Harper valorando la conveniencia de decir algo más.

—Es... algo que me preocupa desde que tu padre y yo nos conocimos, ya sabes. Lo hemos hablado alguna vez.

—¿De *Vector*? ¿Tiene algo que ver con *Biopreparat*? —preguntó la chica con un tono

de incredulidad en la voz.

Pero parecía evidente, por el silencio que siguió, que el científico no estaba dispuesto a decir nada más por el momento. Ella se mordió la lengua, temiendo haber hablado demasiado.

—¿Qué tiempo hace en Londres? —preguntó, para aligerar un poco la conversación—. ¿Habéis tenido ya el famoso verano inglés de sólo una semana?

—¿Eh? Sí, hace calor. Escucha, Tabby...

El doctor Harper no tenía cabeza para nada más que lo que le preocupaba.

—¿Sí?

—Cuando llegues... De amiga a amigo, ¿eh? De experta a experto. Ya me entiendes.

—*Off the record* —dijo Tabitha Cowan.

—Sí, exacto. *Off the record*.

La escocesa Tabitha Cowan trabajaba para el New York Times como corresponsal estrella para Europa. Vivía a caballo entre París, Nueva York y Edimburgo, ciudad en la que residía lo que le quedaba de familia: algún primo más o menos cercano y su amada abuela. Era hija del desaparecido doctor Jeremy Cowan, que durante las últimas décadas del siglo veinte había sido el máximo experto en armas químicas y biológicas del Reino Unido. Alcanzó una cierta fama al encabezar la delegación que Thatcher y Reagan habían enviado a la Unión Soviética de Gorbachov para inspeccionar las instalaciones de armas no convencionales. La *Glasnost* había propiciado gestos de apertura, incluso en programas soviéticos tan ultrasecretos como el llamado *Biopreparat*.

Tabitha, chica de extraordinaria inteligencia, había querido seguir los pasos de su padre y se doctoró en bioquímica. Pero con el trabajo de laboratorio no tenía suficiente. Se metió en el periodismo casi por accidente, cuando la BBC vio en su rostro atractivo y sus conocimientos a la persona perfecta para escribir y presentar una serie de televisión sobre los peligros de la desintegración de la URSS, a principios de los años noventa.

La serie no gozó de gran difusión, pero tuvo la virtud de abrirle las puertas a una estelar carrera como reportera comprometida, incisiva y de prestigio. Obtuvo el título que se le exigía para trabajar de periodista y no de “colaboradora” sin excesiva dificultad. Después de cumplir los treinta y un años, el New York Times le puso sobre la mesa una oferta irrenunciable: a cambio de un sueldo de estrella, trabajaría en exclusiva para ellos con la misión de realizar reportajes de eco mundial desde Europa. No querían actualidad rabiosa; querían destapar escándalos, desenmascarar conspiraciones, desmontar tramas políticas. Justo lo que alguien con las inquietudes y rebeldía innata de Tabitha Cowan deseaba hacer.

Después de pedir a su secretaria que le consiguiera billetes de tren para ese misma

noche, se refugió en su despacho para poder pensar un poco con cierta calma. Hacía unos años que trabajaba en una serie de reportajes sobre la desaparición de arsenales enteros de armas bioquímicas de la extinta Unión Soviética a través de las repúblicas de Asia Central. Su aterradora experiencia en Afganistán le había demostrado que no servía para meterse en líos. Ella estaba hecha para trabajar entre cuatro paredes, no sobre el terreno. Pero lo cierto era que, desde su regreso, no acababa de encontrar nada relevante.

Y ahora, el doctor Harper, viejo amigo de la familia y colega de su difunto padre, a quien había visto en la televisión durante las inspecciones de la ONU en Tikrit, le había llamado. Quizá tenía información interesante sobre las armas químicas de Saddam Hussein. Pero entonces, ¿por qué le había pedido que fuera *off the record*?

Hacía semanas que le rondaba por la cabeza la idea de llamarle, pero su ética profesional le hacía reticente a abusar de su confianza para obtener información que no fuera pública.

¿Qué preocupaba al viejo Harper? ¿Por qué tenía tanta prisa en verla?

A principios de abril, justo antes de su viaje a Oriente Medio, habían coincidido en Nueva York. Ella iba allí regularmente para encontrarse con sus superiores, y él pasaba unos días recibiendo instrucciones de los burócratas de la ONU. Aprovecharon para ir a cenar, una simple comida de viejos amigos, con la condición de que no hablarían de trabajo. Sin embargo, no pudieron evitar comentar la actualidad: las fuerzas de la coalición habían derrocado al régimen de Saddam Hussein, ocupando Bagdad el día anterior, en lo que parecía un éxito fulminante y con poco desgaste de los aliados.

Damian Harper se había pronunciado públicamente a favor de la invasión. Aunque expresaba serias dudas sobre la capacidad iraquí de ser una amenaza para alguien, sí creía firmemente que el dictador escondía armas biológicas. Pero se indignaba cuando la administración Bush y el gobierno británico exageraban los peligros de Saddam.

—¿Y qué pasa si, después de todo, no encuentran armas? —había preguntado ella.

Tabitha Cowan era muy escéptica al respecto, y creía que la invasión había sido ilegal y motivada por motivos económicos más que de seguridad.

El doctor Harper sonrió con cierta tristeza antes de responder.

—Que probablemente me encontrarán muerto en alguna cuneta, junto con otros expertos que apoyamos la intervención.

Esa respuesta sarcástica y, evidentemente, exagerada, la había incomodado. Pero tuvo la virtud de ayudar a poner en perspectiva la magnitud de los intereses geopolíticos y económicos que se jugaban en aquellos momentos en Oriente Medio. El futuro del planeta, del equilibrio mundial, de la economía occidental, dependía de cómo se

gestionara la crisis, y, en su opinión, los llamados aliados (básicamente Estados Unidos y el Reino Unido) no lo estaban haciendo muy bien.

Ahora, pensando sobre todo aquello en su despacho, la frase de Damian seguía resonando en sus oídos. ¿Estaría verdaderamente preocupado el viejo colega por algo? Por teléfono le había parecido dubitativo, evasivo, como si temiera que le estuvieran escuchando.

Tabitha Cowan se quitó los zapatos para estar más cómoda. Tener moqueta en la oficina era uno de los lujos más grandes que se podían obtener.

Utilizando su ordenador, comenzó a buscar información sobre las inspecciones a *Vector* que su padre había encabezado en el año 1992. Buscó también el informe que Damian Harper había presentado cuando volvió de Tikrit, y todo lo que se sabía o se suponía de las fantasmagóricas armas de destrucción masiva iraquíes. Todavía le quedaba una hora antes de tener que salir para ir a la estación a coger el *Eurostar*. Iría a Londres bien documentada, por si el doctor quería hablarle de algo relacionado con todo aquello.

Junio 2003

Londres (Reino Unido)

Cuando el doctor Harper colgó, no estaba del todo convencido de haber hecho lo adecuado. Quizá estaba volviéndose paranoico, pero no le habían gustado nada los problemas que aquella mañana había tenido con Kryptomail.

Ese día se había despertado a las cinco de la madrugada. Notaba que, con la edad, cada vez tenía menos necesidad de dormir. Normalmente se levantaba antes de las seis sin necesidad de despertador, cosa que, invariablemente, merecía los reproches de su mujer. Cuando había puesto en marcha el ordenador para ver si tenía algún mensaje más de Candy, le había aparecido un *pop-up* de un naranja chillón que le advertía que su buzón de entrada estaba siendo rastreado. Tras el susto inicial, apretó el botón "Para saber más". Apareció un texto que le advertía que alguien hurtaba en sus mensajes, que de momento no habían conseguido desencriptar ninguno, y que si esto ocurría ya le avisarían. Ese sería el momento de cambiar los códigos.

Damian Harper no sabía demasiada informática, pero ese mensaje lo asustó. El sistema Kryptomail ya advertía que era mejor disponer de una IP móvil, a ser posible aleatoria. Él, desde su conexión de alta velocidad en su casa, suponía que debía tener una IP fija.

Decidió que no podía hacer nada más que esperar acontecimientos. Se moría de ganas de seguir conversando con Candy y Lollypop —ya en línea después del final de la ofensiva en Fallujah—, pero de momento prefirió no hacerlo. Quizás debería avisarles, pensaba. Pero por otra parte eso podría poner al intruso sobre su pista.

Un par de horas más tarde, mientras Damian bebía una taza tibia de té *English Breakfast* con leche y su mujer le comentaba algo desde el baño, otro *pop-up* apareció. Este era de color rojo y parpadeaba. Grandes letras negras sobre una calavera le decían: **WARNING!**, y le advertían de que alguno de sus mensajes había sido descifrado. De pronto, lo que le decía su mujer quedó en segundo plano.

Inmediatamente cerró la puerta de su despacho y llamó al teléfono de asistencia de Kryptomail en el Reino Unido. El operador dijo que tenía que consultar con Estados Unidos si había habido alguna alerta de seguridad o era una falsa alarma, tomó nota de sus datos y colgó. Sólo dos minutos después, el mismo operador le devolvió la llamada.

—Hemos tenido un ataque masivo —informó el muchacho a un azorado Damian—.

Alguien muy potente. Pero es un poco extraño, todo esto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él, tragando saliva.

—Quiere decir que no es nada habitual que un intruso ataque sólo una dirección de Kryptomail. Me temo que hay alguien muy interesado en conocer el contenido de sus *e-mails*. Y ese alguien es muy poderoso.

—¿Ha... ha visto todos mis mensajes?

—A ver... —dijo la voz al otro lado del teléfono—. El ataque está todavía en curso. ¿Cuánto tiempo hace que usted lo ha detectado?

—Creo que dos horas.

—¡Uf! A ver... Su *inbox* está siendo atacado según hablamos, ¡pero en su buzón de salida ha habido una masacre!

—¿Qué quiere decir? —repitió el científico.

—Que me temo que han descifrado todos los mensajes. *Wow!* ¡Estos tíos son buenos! ¡Qué potencia!

—Ya... ¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó el doctor con un hilo de voz. No le gustaba en absoluto el tono juvenil y desenfadado de su interlocutor.

—Mire, en San Francisco están ya bloqueando todos los accesos a su cuenta. Usted no podrá enviar ni recibir más mensajes, pero los piratas no podrán seguir rastreando. Eso sí, deberá crear una nueva cuenta con nuevos códigos para seguir operando. Y me temo que usted perderá los mensajes ya recibidos o enviados, a no ser que quiera arriesgarse a traspasarlos a la nueva dirección, lo que desde Kryptomail no le recomendamos. ¡Ajá! ¡Ya está! ¡Les hemos cerrado la puerta en las narices! Lástima, si nos hubiera llamado hace dos horas podríamos haber bloqueado la cuenta antes de que consiguieran descifrar nada.

—¿Qué pasa con las otras direcciones? ¿Pueden atacarles a ellos?

—¿Se refiere a sus corresponsales? Sí, podrían dirigirse a ellos, al igual que lo han hecho con usted, si realmente tienen tanto interés. Pondré una alerta de seguridad en todas las direcciones que le han enviado o que han recibido algún mensaje de usted. Los marcaré como "Sensibles". ¿Le parece bien? Así podremos detectar cualquier ataque y actuaremos de inmediato. Y no nos pasará como... ¡Eh! Un momento.

—¿Qué pasa?

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —repitió él.

—¡Un momento, por favor!

Le habían puesto una musiquita estúpida durante cinco eternos minutos. El tono de voz del operador cuando por fin volvió a la comunicación era muy diferente.

—Lamento decirle que... bien, habíamos cerrado los accesos, como ya le he dicho, pero se ve que... de alguna manera, han reabierto la puerta y... ¡se lo han llevado todo!

—¿Qué?

—Mire, oiga —siguió el operador, obviamente incómodo—, no podemos evitar que abra otra cuenta con Kryptomail, por supuesto. El anonimato es uno de los pilares de nuestra compañía. Pero le recomiendo que utilice otros medios menos comprometidos para sus comunicaciones. Nosotros somos el sistema de mensajería electrónica más seguro del mundo, pero no podemos garantizar la inviolabilidad de nuestros cifrados ante un ataque de estas dimensiones. Nunca había visto nada parecido.

—¿Saben quién ha sido?

—No tenemos ni idea. Pero si quiere una opinión personal, la gente que ha estado hurgando en su intimidad tiene muchos medios y privilegios. No quiero aventurar conjeturas, pero tenga en cuenta que han tardado menos de dos horas en desmontar algunos de los códigos más sofisticados del mundo civil.

Damian no tenía ánimo para responder. Mil posibilidades hervían en su cabeza, y ninguna de ellas era buena. No le había pasado desapercibido el uso de la palabra "civil", que de alguna manera insinuaba que el ataque podría provenir de otros estamentos.

—En fin, señor, lamento no haber podido ser de más ayuda. ¿Puedo servirle en algo más?

—No, no, gracias —dijo él antes de colgar.

Fue entonces cuando se dio cuenta que la información que Candy le había pasado era más valiosa de lo que incluso él se había imaginado.

El doctor ya sabía que Candy era el apodo cibernético de la sargento Jessica Lobo. Lollypop, más decidido que nadie a poner fin a la guerra, le había hecho llegar los datos de la soldado por correo tradicional certificado, dentro de un sobre con matasellos de Asheville, Carolina del Norte. Le advirtió que si se había decidido a revelar la auténtica personalidad de Candy era porque la sargento Lobo podría ser reacia a ratificarse en lo dicho ante un tribunal o de la prensa, y más valía que le resultase posible localizarla.

La idea de llamar a Tabitha Cowan era arriesgada, pero no se le ocurría nadie mejor para explicárselo todo. Tenía plena confianza en ella. Estaba claro que no podía seguir manteniendo el asunto en secreto mucho más tiempo, y necesitaba alguien con quien contrastar ideas y planificar los siguientes movimientos, alguien que, en un momento dado, pudiera acompañarlo de nuevo a Irak a hablar con la sargento sobre lo que había visto aquella noche de abril en el centro de Bagdad.

Su siguiente llamada fue a Virgin Atlantic. Compró un billete a Nueva York para dos días más tarde. Iría a la ONU a hablar con su jefe. Había que saber qué se escondía

detrás de la extraña actuación de la CIA, y quizás necesitaría todo el peso de las Naciones Unidas para meterles presión.

Lo que no sospechó nunca el doctor Damian Harper fue que aquel operario de British Telecom que había ido a su casa justo el día en que regresó de Bagdad trabajaba, en realidad, para la agencia de espionaje estadounidense. Uno de los aparatos de escucha telefónica más sofisticados del mundo fue instalado en el receptor de su despacho. Sus conversaciones eran seguidas en directo desde un piso franco en Pembroke Square, Londres.

A las siete en punto de la tarde, el *Eurostar* se puso en marcha. Apenas hacía diecisiete minutos que Tabitha había llegado en taxi a la Gare du Nord, con el tiempo justo para recoger el billete de primera que le había reservado su secretaria y pasar los controles de seguridad. Había tenido que cancelar un par de reuniones, pero debía visitar a Damian.

Desde la palestra del New York Times, Tabitha Cowan se había posicionado frontalmente en contra de la invasión aliada. Creía con firmeza que Saddam no representaba una amenaza para nadie más que para los pobres desgraciados que vivían bajo su despótico régimen. Además, ella había viajado a menudo por Oriente Medio. Sabía que desde la Franja de Gaza hasta Afganistán, la región era dinamita esperando que alguien encendiese la mecha. Una intervención armada de Occidente en un país que, en definitiva, era de los pocos laicos de aquella parte del mundo, podía ser la chispa necesaria para desencadenar una guerra eterna de consecuencias imprevisibles.

Como experta en armas no convencionales, la periodista fue entrevistada por la BBC justo antes de la operación de los aliados. Ella había dado su opinión sin tapujos: el dictador iraquí tenía programas de armamento químico, biológico y nuclear, pero los recursos que les dedicaba no eran ni una fracción de lo que el propio Reino Unido podía dedicar, y que, por tanto, estaban todavía muy lejos de suponer una seria amenaza para el mundo libre. No tenía constancia de movimientos de material radiactivo hacia Irak, al menos no en cantidades suficientes como para ser usado con fines bélicos. La historia de la compra de uranio en Níger por parte del dictador era, simplemente, una gran mentira.

—Si quiere una opinión honesta —había asegurado al entrevistador—, ya puestos, me preocuparía más de Irán, que sí tiene capacidad para poner en marcha reactores nucleares, y quizás para algo más. Irak tiene armas químicas, pero sólo sabe usarlas a corta distancia, como cuando masacraron a los kurdos. No tienen ni siquiera la capacidad de hacerlas llegar hasta Israel.

Cuando llegó al hotel, después de que el taxi tardara más que de costumbre por culpa

de un gran atasco a la salida de la estación de Waterloo, pensó que ya era demasiado tarde para llamar a Damian. «Ya le llamaré mañana por la mañana», se dijo. En Londres, la periodista siempre se alojaba en el Conrad Hotel, con vistas al exclusivo Chelsea Harbour. Pagaba tarifa corporativa, lo que en el New York Times se reservaba al Director y a un puñado de periodistas con contratos muy especiales. Hacía tres años que había vendido el piso que una vez tuvo en Fulham. Como no pasaba en Londres más que unos cuantos días al mes, no valía la pena mantenerlo, y estaba contenta de haberse desprendido de él a buen precio. Además, ir a un hotel de primera categoría era un lujo del que gustaba disfrutar de vez en cuando.

Pero esta noche no disfrutaría ni del gimnasio ni de la tentadora piscina. Dedicó las horas que le quedaban antes de que la venciera el sueño a repasar un voluminoso dossier sobre las inspecciones de la ONU en Irak. Tenía el convencimiento de que el misterioso asunto por el que el viejo colega de su padre la había convocado tenía algo que ver con las *WMD*. Al fin y al cabo, le había dado una pista clara diciendo que se trataba «de lo que ellos ya habían hablado varias veces»; sólo podía tratarse de armas no convencionales. Y, además, el científico británico acababa de regresar de una muy publicitada visita a Irak. No podía ser casualidad.

Conocía el informe Harper, por supuesto. Era de dominio público. Podía ser descargado desde la web de la ONU. Aparte del ridículo que estaban haciendo americanos e ingleses por la falta de éxito en el asunto de las armas —dejando aparte que la insurgencia se mostraba cada día más fuerte—, no había nada en el informe que le pareciera fuera de lugar.

Desde la recepción la despertaron a las siete y media. Después de una ducha rápida con agua tibia, bajó a comer algo. Pidió café con leche y del bufet tomó un par de croissants que tenían buena pinta. La vida en París le había hecho perder la costumbre británica de desayunar judías en salsa y salchichas.

Cuando el camarero le sirvió el café con leche, le pidió *The Independent*, su diario británico preferido. Ahora ya lo editaban en formato tabloide y era mucho más manejable sobre una mesa de desayuno.

El trozo de croissant se le cayó directamente de la boca a la taza de café con leche, salpicando su blusa de algodón. Ni siquiera había llegado a abrir el diario.

Se levantó como poseída por el diablo y corrió hacia la recepción. Por el camino, tecleó en su móvil el número de Harper. Comunicaba. Lo probó dos veces más con el mismo resultado.

—Necesito una guía telefónica —dijo, sin preámbulos, al sonriente recepcionista.

Llamó a la redacción de la BBC y preguntó por Colin McBrien, conocido suyo. Sabía

que Harper había hablado con él ayer mismo. La secretaria le dijo que no estaba, que no sabía cuándo volvería, y que el móvil no se lo podía dar sin autorización.

—¿Está en Abingdon?

La fracción de segundo que tardó en responder la chica sonó como un sí.

—¡Necesito un taxi! —exigió al recepcionista del hotel, sin ni siquiera despedirse de la secretaria antes de colgar.

—Sí, señora, ahora mismo —respondió éste mientras hacía un gesto al botones—. ¿A dónde se dirige?

—A Abingdon.

—¿Abingdon Road?

—¡Abingdon, Oxfordshire! —gritó, perdiendo la paciencia.

El taxi era un Mercedes de la compañía Mercury London Minicabs. El chófer quiso dar conversación a su cliente, pero Tabitha le cortó casi de mala manera. Se había quedado con el ejemplar de *The Independent*, y miraba incrédula el titular de primera página: «El científico Damian Harper hallado muerto». Y más abajo: «Había sido asesor de Tony Blair en materia de las *WMD* y fue el representante británico en Irak durante la reciente inspección de la ONU».

Según el diario, el primer informe policial sugería suicidio. También se indicaba que su informe sobre las inspecciones había dejado a Downing Street en muy mal lugar. El Primer Ministro había descalificado públicamente al científico diciendo que él fue uno de los principales defensores de la teoría de que Saddam Hussein tenía armas biológicas, y que ahora, al no haberlas encontrado, pretendía descargar su responsabilidad en el Secretario de Defensa y los servicios de inteligencia británicos. *The Independent* especulaba con que esta degradación pública por parte del Primer Ministro podría haber provocado que Harper se quitara la vida, y aprovechaba para volver a criticar duramente al gobierno de Tony Blair por la invasión.

«El hecho de que no se hayan encontrado las famosas *WMD* —escribía el periodista—, da la razón a quienes se oponían a una invasión al margen de la legalidad internacional. El gobierno pretende ahora atribuir a un solo hombre los errores de inteligencia previos a la catastrófica invasión. El peso de un país es demasiada carga para los hombros de una sola persona. Tony Blair debería medir las palabras y asumir responsabilidades. De momento, en cualquier caso, su imprudencia ha causado la muerte del doctor Damian Harper, quizás nuestro más respetado experto en armas no convencionales».

¡Muerto! ¡El viejo Damian estaba muerto! No se lo podía creer. No hacía ni dieciocho horas que había hablado con él. ¿Qué le habría podido empujar al suicidio? A media tarde, por teléfono, parecía nervioso, pero en ningún caso desesperado.

Según el periódico, la mujer de Harper aseguraba que hacia las seis y media de la tarde anterior había recibido una llamada, que, como de costumbre, pasó a su despacho. Al salir, le había dicho que necesitaba pasear un poco. Al cabo de una hora, un ciclista lo había encontrado a pocos metros del Thames Path, bajo unos chopos, con las venas de la muñeca izquierda cortadas.

El chófer escuchaba la radio a muy bajo volumen, para no molestar a la irritable cliente. Pero ella le pidió de pronto que lo subiese.

En la radio confirmaban la hipótesis del suicidio, añadiendo que habían encontrado un bote de somníferos medio vacío junto al cadáver. También se hacían eco de la teoría según la cual sería la presión del gobierno británico después de su informe negativo lo que habría empujado a Harper al suicidio. Downing Street, de momento, no hacía comentarios.

Abingdon era un espectáculo. La villa se había llenado de periodistas y fuerzas de seguridad. Inesperadamente, un oscuro científico especializado en armas químicas y biológicas podía acabar siendo el talón de Aquiles del gobierno. Nadie ponía en duda que su muerte tenía mucho que ver, de una u otra manera, con la ausencia de armas de destrucción masiva en Irak. ¿Había mentido Tony Blair? ¿Había conducido al país a una guerra con razones engañosas?

Tabitha Cowan tuvo que llegar a pie a la casa de los Harper. La policía impedía el paso a los curiosos. Ella mostró sus credenciales de The New York Times a uno de los agentes con casco y chaleco de color amarillo fluorescente.

Había conocido a la mujer de Damian en una única ocasión, hacía cuatro o cinco años, cuando coincidieron en una entrega de premios en Londres. No sabía si, en las circunstancias actuales, ella la recordaría.

—Señora Harper —le dijo, ofreciéndole la mano—, créame que lo siento. Consideraba a Damian un buen amigo, como antes lo había sido de mi padre.

Ella le miraba con los ojos llorosos, pero serena. Era evidente que recordaba su cara, y estaba haciendo un esfuerzo para situarla en su memoria.

—Me llamo Tabitha Cowan —trató de orientarla—, periodista de The New York Times. Su marido me llamaba Tabby. Creo que nos conocimos en Londres hace unos años...

—Ah, sí, sí —contestó la mujer—. Gracias por haber venido tan deprisa. Dios mío, quien me lo iba a decir... Es curioso, él me habló de usted ayer mismo.

—¿Sí?

—Dijo que usted sabría ayudarlo.

—¿Ayudarlo?

La señora Harper no podía contener la emoción.

—Dios mío... —se llevó un pañuelo a la cara.

Tabitha no sabía cómo reaccionar. Estas situaciones le hacían sentirse incómoda. Si hubiera conocido mejor a la mujer tal vez la habría abrazado, o le hubiera cogido la mano. Pero creía que no sería apropiado en ese momento. Esperó sin hacer nada a que se secara las lágrimas.

—No lo sé —continuó ella—, era evidente que tenía algún problema, ¿no? —dijo con una sombra de sonrisa amarga en el gesto.

Tabitha creyó advertir un cierto reproche contra el difunto por el hecho de que no le hubiera explicado qué le preocupaba.

—¿Ha mencionado algo sobre *Vector* últimamente? —aventuró, recordando la misteriosa frase que Harper le había dicho por teléfono: «... algo que me preocupa desde que tu padre y yo nos conocimos».

—¿*Vector*? ¿Lo de los rusos?

Asintió con la cabeza.

—No... —dudó ella—, no recuerdo... De su trabajo nunca hablaba mucho. Me decía que cuanto menos supiera, mejor para mí. Sí que dijo, al volver de Irak, que estaba seguro que Saddam poseía armas biológicas desde el final de la guerra del Golfo Pérsico, y... que la CIA no jugaba limpio.

Esto último lo dijo en voz baja, como si de repente se diera cuenta que estaba hablando de asuntos de espías, los mismos que podían haberle costado la vida a su marido.

«Armas biológicas», pensó Tabitha. Atando cabos, entre aquellas palabras y la mención a *Vector*, la periodista comprendió de pronto de qué iba lo que su amigo le había querido decir. De alguna manera se había dado cuenta de que... No, era demasiado terrible pensar en aquello ahora. A no ser que la CIA hiciera lo que tenía que hacer.

Empezaba a pensar que quizá no hubiese sido un suicidio. Pensó que tal vez debería entrevistar al forense, y que, por las buenas o por las malas, tendría que obtener copias de todas las fotos policiales. Trabajaría sobre una hipótesis que, poco a poco, se iba formando en su cabeza. Una hipótesis peligrosa de ser cierta, pero que hacía que la muerte de Damian Harper exigiera ser investigada. Decidió que permanecería un rato más en el velatorio.

Antes de que la señora Harper se hubiera percatado de que faltaba algo, Tabitha Cowan ya estaba en el *Eurostar* camino de París.

Había utilizado todas sus artes y mañas sociales para ganarse la confianza de la afligida viuda, lo que le había costado estar toda la mañana haciéndole compañía como si fuera una amiga más de la familia. Los otros visitantes la miraban de reojo preguntándose quién sería esa chica. Ella les confundía con una pretendida familiaridad y exquisitas maneras. Con la excusa de que se le había acabado la batería del móvil y que necesitaba hacer una llamada, había entrado en el despacho de Damian. El portátil era demasiado goloso como para no intentar llevárselo. Cowan sabía que si el secreto de la muerte de su amigo estaba escrito en algún lugar, estaría, sin duda, en el ordenador.

Mientras disimulaba haciendo ver que hablaba, desmontó el teléfono. Era un modelo antiguo, tipo góndola. La carcasa de plástico saltó con una mínima presión del abrecartas. Vio enseguida el rectángulo negro con los dos hilos de cobre y el chip detrás. No había visto nunca uno tan diminuto. No sabía de dónde recibía la alimentación eléctrica. Supuso que debía funcionar como un chip de radiofrecuencia, obteniendo la mínima corriente del propio teléfono para retransmitir lo que se hablaba a través del mismo. Debía haber un repetidor escondido en algún rincón de la habitación, probablemente en la cajita de conexión telefónica de la pared. Pero ahora no tenía tiempo de buscarlo. Se guardó el chip en el bolsillo, confiando en que tras la muerte del doctor los que le habían estado espiando dejaran de escuchar.

Después, revolvió la papelerera. Damian debía ser aficionado a los chicles desde que había dejado de fumar; estaba llena de envoltorios plateados de Spearmint Gum. Encontró un par de hojas de bloc hechas una bola. Una de ellas tenía algo escrito en rojo, pero tachado después con rotulador negro. Buscó por encima de la mesa para ver si encontraba la libreta. La halló en el cajón del escritorio.

—¡Oh, perdone! —se disculpó un hombre calvo que se asomó al despacho.

Ella hizo un gesto para indicar que no tenía importancia, sonrió y siguió hablando con su interlocutor imaginario, sosteniendo el auricular entre la oreja y el hombro, haciendo ver que anotaba algo. Confiaba que no la hubiesen visto abriendo el cajón.

Se oían más ruidos fuera. Debía actuar deprisa.

Arrancó la primera hoja en blanco del bloc del que habían salido las páginas arrojadas a la papelerera. Con movimientos ágiles, desenchufó el portátil tanto de la corriente como del ratón y lo colocó en su cartera entre los papeles del dossier de las inspecciones en Irak que con tanta atención había estudiado la noche anterior en el hotel. Confiaba en que no se notara que ahora la cartera era bastante más gruesa.

Se despidió de la supuesta conversación telefónica en voz muy alta y colgó justo en el momento en que la señora Harper entraba. Tabitha notó que no se fiaba de ella del todo.

Con un brazo extendido, se acercó a la viuda.

—Señora Harper —le dijo, asiéndola del codo y empujándola suavemente hacia fuera—. Creo que ya la he molestado demasiado. Es que todavía no salgo de mi asombro. Ayer, cuando hablé con él parecía... En fin, quién lo iba a decir.

Ella asintió sin abrir la boca. Tenía el contorno de los ojos hinchados y el pañuelo de algodón bordado todavía en la mano.

Se había despedido de la mujer de Harper de forma un poco precipitada, pero es que no podía dejar de pensar en el evidente espacio vacío que el portátil de Damian había dejado sobre el escritorio. No creía que la policía se interesara en ello por el momento. El suicidio parecía claro, y no hacía falta buscar culpables. Sin embargo, lo mejor sería desaparecer pronto.

Le costó bastante encontrar un taxi. En un *pub* tradicional con vistas al río le habían indicado dónde buscarlo, y, finalmente, un chófer local la había llevado directamente a la estación de Waterloo. Se había dejado el equipaje en el Conrad y no había pagado la estancia, pero un par de llamadas de su secretaria se encargarían de solventarlo. Adquirió un billete para el primer tren con dirección a París, que partía a los pocos minutos, y se acomodó, agotada, en la amplia butaca de clase Business.

Al salir del *Eurotunnel* se sintió más segura y encendió el ordenador. Como temía, el viejo bribón protegía su PC con *password*. Probó con el nombre de su mujer; creía recordar que se llamaba Evelyn. No funcionó, no debía ser muy romántico. Lo intentó con otros nombres que creía que podrían tener algún significado para Damian. Pero no obtuvo ningún resultado.

Ya se ocuparía de ello más tarde.

Cogió la hoja que había arrancado del bloc del doctor. Necesitaba un lápiz. Cuando el revisor pasó por el vagón de primera clase, Tabitha le pidió uno.

Minutos después, pasaba la punta de grafito suavemente por el papel, con el lápiz casi horizontal. Poco a poco, el relieve hundido de unas letras escritas en la hoja anterior fue tomando forma.

En la parte superior, en letras mayúsculas, el doctor había escrito la palabra "Kryptomail". Ella recordó que por teléfono le había mencionado ese sistema de mensajería. Abajo, las palabras "Lollypop" y "Felixthecat" parecían absurdas y fuera de contexto. Finalmente, más abajo, la frase: «*Never a good war or a bad peace*» («Nunca una buena guerra o una mala paz»), escrita entre comillas, le había costado mucho descifrar; la letra del doctor no era precisamente fácil de interpretar, y recuperarla con la técnica

del relieve con lápiz dificultaba la tarea.

Parecía una frase famosa, pero quizá se trataba tan sólo de un pensamiento suelto del doctor sobre la inutilidad de una guerra que él había contribuido a fomentar. Ya lo averiguaría más tarde. Ahora necesitaba pensar un poco. Cerró el ordenador y apoyó la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos. Soltó un ruidoso suspiro de cansancio y desconcierto por todo lo que había pasado en las últimas horas. Mil ideas se amontonaban en su cerebro. Debería entrar en el portátil de Damian Harper, eso lo daba por seguro, y ya tenía en mente quién podía hacerle el trabajo.

Junio 2003

Bagdad (Irak)

Después de asegurarse de que no había nadie más en la sala de ordenadores, la sargento Jessica Lobo accedió a la web de Kryptomail. A esa hora, la mayoría de soldados que no tenían guardia se echaban una siestecita. Hacía demasiado calor allí dentro, incluso con los tres ventiladores del techo. Era la hora que ella siempre aprovechaba para mirar su correo.

En lugar de aparecer la bandeja de entrada, Jessica vio una nueva carpeta que contenía un único mensaje. Provenía de la dirección `admin@kryptomail.com`. Era el primero que recibía de ese tipo, y eso la inquietó. Además, el signo de admiración junto al remitente le puso nerviosa.

Los que escribían, desde algún punto no divulgado de California, eran los administradores del sistema. Le advertían que habían bloqueado su usuario debido a una alerta severa de seguridad. Aparentemente, alguien había intentado entrar en su *Inbox*, y ya que `candy@kryptomail.com` estaba marcado como "Sensible", habían decidido cerrar a cal y canto todos sus buzones al detectar un ataque.

El *e-mail* continuaba aconsejando a Candy abrir otra dirección segura con un *nick* que no tuviera nada que ver con el anterior, que extrajese toda la información esencial de Candy y que pulsara el botón de "Destruir dirección". Haciendo esto, su *nick* quedaría inhabilitado para siempre y la información borrada. Le advertían que lo hiciera con celeridad, porque cada minuto que pasaba era más tiempo que tenía el intruso para descifrar sus códigos.

El alarmante mensaje había llegado a las 2:27 pm, según se indicaba. Ahora eran las 3:20 pm. Casi una hora.

Jessica repasó su *Inbox* de un vistazo, y decidió que no necesitaba guardar nada. Creía que no había nada que relacionara al *nick* Candy con la sargento Jessica Lobo, pero ese juego de espías le estaba atacando los nervios. El botón "Destruir dirección", de repente, aparecía mucho más destacado que nunca. No se lo pensó más; a las 3:24 pm, hora de Bagdad, del día 27 de junio de 2003, Candy dejó de existir en la red.

La sargento cerró el navegador y se apoyó en el respaldo de la silla. Debía tomar una decisión. ¿Mantendría su compromiso con Lollypop y el *SBFO*? ¿O decidiría que ya bastaba de secretos y conspiraciones?

Ella era una soldado, una buena soldado, incluso. Aunque nunca había tenido intención de ir a la guerra cuando se enroló en el ejército, creía sinceramente que estaba sirviendo adecuadamente a su país. Nadie le podía reprochar nada. Si se había puesto en contacto con Lollypop no era más que para honrar la memoria de Ricky. Ella sabía que su prometido colaboraba activamente con el *SBFO*, y le había querido brindar un acto de homenaje. Además, todo aquello había coincidido con las visitas de los inspectores de la ONU, que le hicieron volver a pensar en el extraño comportamiento del agente Smith en el laboratorio secreto del sector C el pasado mes de abril. Quizá se había metido donde no debía, pero creyó de buena fe que si lo que había visto tenía algún significado, los compañeros de Ricky sabrían qué debían hacer. No hubiera hecho falta decirles que había conocido al doctor Damian Harper, porque no era del todo cierto. Pero ahora ya estaba hecho. Había revelado su experiencia a un científico británico. ¿Constituía esto traición a su país? Hacía días que se lo preguntaba. Al fin y al cabo, el Reino Unido era el más firme aliado de Estados Unidos de América.

Necesitaba tiempo. Candy había dejado de ser un problema. Pero, ¿qué pasaba con el *SBFO*? ¿Y con el inspector de la ONU?

Apagó el ordenador y se fue a descansar.

—Ya está —murmuró para sí la sargento Jessica Lobo—. Que sea lo que Dios quiera.

Después de una siesta, había vuelto a la sala de ordenadores. Le seguía rondando por la cabeza la idea de no abandonar del todo la causa de su difunto prometido, y creía que debía una explicación a sus compañeros del *SBFO* por haber cerrado la cuenta Candy tan de repente.

Ahora acababa de abrir una nueva dirección en Kryptomail. Su nuevo *nick* era MinnieMouse. Se le había ocurrido Mouse, en un primer momento, buscando inspiración en el ratón del PC, pero ya estaba cogido.

Lo primero que hizo fue enviar un mensaje a Lollypop en el que le explicaba que a alguien le gustaban demasiado los caramelos (*candy*), y que, por ello, había tenido que desaparecer. Lollypop la entendió perfectamente. Con toda probabilidad ya había notado que el *nick* Candy había sido desactivado.

Ahora quedaba el problema de retomar el contacto con el inspector de la ONU. Jessica no lo veía necesario, ella ya le había contado con pelos y señales todo lo que había pasado aquella noche de abril. Así que decidió que no le proporcionaría el nuevo *nick*. Tenía ganas de olvidar aquellas historias. Si podía ayudar al *SBFO*, encantada. Era lo que hacía Ricky antes de morir y se lo debía a su memoria. Y, además, cada vez le veía menos

sentido a esa inútil guerra. Pero para ella se había acabado aquel absurdo juego de espías.

Abrió la edición *online* del LA Times para ver qué pasaba en casa. Apenas estaría amaneciendo a esa hora. La página apareció con la habitual lentitud. Las líneas del ejército en Bagdad solían estar saturadas a todas horas, y más a media tarde. Ella solía ir directamente al apartado "California/Local", porque era lo que más le interesaba. Para noticias del mundo solía confiar en The New York Times, como hacía Ricky, porque le inspiraba más confianza.

Esta vez, sin embargo, una imagen captó su atención. De manera inconsciente, le había resultado familiar, y cuando desapareció para empezar a cargar la sección "California/Local", se desesperó. Le dio al botón para volver atrás, y la portada tardó unos eternos segundos en volver a cargarse.

Ahí estaba lo que había visto: una imagen del doctor Damian Harper en Tikrit. Se le veía casi de cuerpo entero, encuadrado a la altura de las rodillas, y detrás de él Jessica reconoció a militares de su batallón. Instintivamente, se buscó a sí misma en la fotografía, pero sus ojos ya habían descendido hacia el titular que acompañaba la foto: "Inspector de la ONU se suicida".

Su corazón decidió saltarse un latido.

¡Suicidio! ¡El hombre a quien había pasado sus secretos, por culpa de lo cual podían acusarla de traición o espionaje, estaba muerto!

En fin, siendo prácticos —y una vez superado el escalofrío—, esto la liberaba definitivamente del asunto. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Pero, ¿qué podía haber llevado al científico a quitarse la vida? Recordaba su cara de buena persona, la frente arrugada, el pelo blanco sobre una calva más que evidente, las gafas bifocales siempre en la punta de la nariz. El diario decía que dejaba una viuda, que no tenía hijos. Había salido de casa el día anterior y lo habían encontrado junto al Támesis con las venas cortadas y somníferos en la boca.

Dedicó tan sólo unos minutos más a pensar en el doctor. Al día siguiente tenían misión, una vez más, tras la calma de los últimos tiempos. Tenían que salir hacia el sur a colaborar con los británicos, que afrontaban serios problemas en el norte de Basora. Aquello era lo que ahora tenía que ocupar su mente. Debía velar por la seguridad de sus hombres. La muerte de un científico con quien había cruzado media docena de *e-mails* quedaba ya en segundo plano.

Junio 2003

Gunnison National Forest, CO (EE UU)

Hartley Westward saludó al chófer que le abría la puerta del Lincoln negro. El Gulfstream G550 reposaba ya en la entrada del hangar privado del aeródromo regional de Grand Junction. Últimamente, ese avión se había convertido en su segunda casa.

En los cuarenta minutos de trayecto hasta llegar a Gunnison Forest, Westward aprovechó para repasar sus meticulosas notas. En unos minutos sería sometido casi a un interrogatorio por gente muy poderosa, y no quería dejar ningún cabo suelto. *Onesimus* era el proyecto más complejo e importante de su vida. Según su experiencia, en todas las operaciones acababan surgiendo problemas inesperados, y había que estar preparado para actuar de manera decidida y ágil. O sea, había que prever lo impredecible.

En una carpeta azul tenía las fichas de las personas que conformaban el equipo de trabajo del proyecto. Era la cuarta reunión del grupo (o *workshop*, como lo llamaban ellos), desde que a partir del *Project for a New American Century (PNAC)*, que, hasta entonces, no dejaba de ser un ejercicio académico, habían decidido pasar a la acción.

Onesimus fue tomando forma en la mente de los ideólogos *neo-con*, y para su puesta en marcha se había formado el grupo ultra-secreto llamado *Redskins*. El brazo ejecutor debía ser la CIA, por fuerza. Westward había escogido personalmente a los cinco agentes que por ideología y fidelidad a su persona mejor iban a encajar. Todos eran fundamentales para el éxito de la empresa.

El más veterano del grupo era Carmel Sposito, sesenta y dos años, agente con tres décadas de experiencia en el contraespionaje, experto en la Guerra Fría, y hombre al que le gustaba actuar sobre el terreno, no en despachos. El propio Westward le había rescatado del olvido cuando, tras la caída del comunismo, los agentes veteranos se habían encontrado desplazados por una nueva generación de espías con menos ideología y más tecnología. Y Carmel le había jurado fidelidad y agradecimiento eternos.

John Lescat, cuarenta y cuatro años, agente alto y delgado de nuez prominente, era un experto en contraespionaje y sistemas de vigilancia. Tenía un equipo de élite a su servicio que se jactaba de no haber perdido nunca el rastro de un sospechoso.

Julie Kerr, treinta y nueve años, única mujer del grupo, había sido adoptada de pequeña por una familia de Montana que adquirió cierta notoriedad cuando hicieron frente al FBI por no querer pagar impuestos. La chica había crecido entre armas

automáticas y bombas caseras. Westward pronto descubrió que era una mujer intelectualmente superdotada, y había sabido reconducir su odio innato hacia el enemigo externo. Sería la única de todos ellos que asistiría a esa reunión.

El más joven de todos era Menard Johnson, treinta y un años, todavía un poco verde, pero leal como un cachorro. Le había sido recomendado por último miembro del grupo, el agente Eli Smith, de cuarenta y tres años, un mal bicho sin escrúpulos a quien había enviado a Irak desde el primer momento; era el hombre clave de toda la operación. Aunque su jefe era Hartley Westward, tenía autonomía para tomar las decisiones que considerara oportunas en cada momento y, incluso, para reclutar nuevos agentes al servicio de *Onesimus*. Estaba encargado de crear una red informativa dentro del ejército de la coalición, y era, al tiempo, la cabeza visible de la agencia en Oriente Medio. Una tarea compleja y delicada, que llevaba a cabo a la perfección gracias a su hiperactividad—dormía cuatro horas al día— y a que era el mayor cabrón sobre la faz de la tierra.

Además de los *Redskins*, los otros miembros del grupo que había diseñado *Onesimus* incluían a poderosos e influyentes políticos, militares y empresarios. Hartley siguió revisando una por una las fichas de su carpeta azul.

El senador por Iowa Ronald McBride, republicano, cincuenta y siete años, encabezaba la misión. Era un prominente abogado del neo-liberalismo, miembro destacado de la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día, los conocidos como mormones, y estaba financiado por la *National Rifle Association*, uno de los *lobbies* más poderosos de Washington.

El otro senador del grupo, el republicano de Tennessee Lawrence Kravitt, de sesenta años, era la versión edulcorada de su colega. Gran conciliador, sabía, sin embargo, sacar adelante sus proyectos con indudable éxito. Era capaz de unir voluntades como un encantador de serpientes para cumplir su programa, y, con ánimo positivo y optimista, no se detenía nunca ante las dificultades.

La representación militar estaba encabezada por el general Ira Greenleaf, de sesenta y ocho años y cuatro estrellas, veterano de Vietnam y de la primera guerra del Golfo. Aunque odiaba a los políticos, estaba convencido de que hacía falta algo más que la fuerza de las armas para proteger a su país. Era imperativo pensar diferente, *out of the box*, y se había interesado por el *PNAC* desde el primer momento, confiando en que el ejercicio intelectual acabaría por concretarse en acción ejecutiva. Hacía dos años que le habían diagnosticado un cáncer de pulmón. Fue operado con éxito entonces, pero ahora parecía que se le habían reproducido los tumores. Como se sentía próximo a la muerte, tenía ganas de contribuir a lo que él consideraba su gran obra: dejar a su amada patria como única e incontestable potencia mundial. Había dedicado su vida a destruir el

comunismo, y la caída del muro de Berlín la había satisfecho sólo a medias. «Una quinta parte de la humanidad todavía vive bajo feroces dictaduras comunistas», recordaba a todos los que le decía que el peligro rojo era cosa del pasado.

El coronel Karl Ehringer, sesenta y seis años, había planeado y dirigido la operación *Urgent Fury*, en 1983, diseñada para invadir la isla de Granada. El éxito de la operación le había proporcionado ascensos y prestigio, pero su carácter violento y arisco lo acabaron alejando de la cúpula militar. El general Greenleaf lo introdujo en el *PNAC*, convencido de que sería un activo valioso y fiel para el proyecto.

El ideólogo del grupo era el filósofo Joshua Nathan Parsons, un iluminado que había sido *hippie* en Berkeley en su juventud y que ahora se había hecho un polémico nombre en el mundo académico como historiador revisionista y filonazi. Él prefería autocalificarse de “pensador”, y era, de hecho, el que había aglutinado diferentes corrientes *neo-con* en lo que acabaría siendo el *PNAC*. Hartley lo consideraba un charlatán, pero lo veía útil en su papel de motivador ideológico.

Finalmente, la representación del poder económico: los empresarios. JayJay Sarkar, el más joven del grupo con tan sólo veintinueve años, era un antiguo niño prodigio que hizo fortuna al vender una empresa de *software* hacía tres años en pleno *boom* de internet. Era un tipo extraño, medio esquizofrénico. A los veinte años ya se había licenciado en Informática y Biología, y cuatro más tarde, mientras creaba la empresa que iba a hacerle rico, se doctoró con una tesis sobre la inteligencia artificial y la adquisición de conciencia.

Jonathan Barton, de cincuenta y tres años, representaba el *lobby* petrolero. Originario de Oklahoma, era en el Golfo de México donde había acumulado su fortuna. Al cumplir los cincuenta sintió que ya había alcanzado todo el éxito personal que podía conseguir, y decidió que quería “hacer algo”. Acudió a Washington a presionar a los políticos a favor de la industria energética y allí entró en contacto con el senador McBride, que le habló del *PNAC*. Era un hombre no excesivamente inteligente pero sí muy listo, astuto como un zorro, y con un sentido del humor un tanto impertinente.

El último en la lista era Kyle Uphaus, un hombre gris y poco hablador, dueño de un conglomerado de empresas que se extendía por todo el mundo, y que incluía desde fábricas de componentes automovilísticos en Indonesia hasta *resorts* de vacaciones en Costa Rica. Hartley no acababa de comprenderlo del todo, pero reconocía en él a un hombre de negocios, en el más amplio sentido de la palabra; alguien con la capacidad de oler el dinero donde los demás no eran capaces, y con la ambición suficiente como para conseguir lo que se proponía sin miramientos ni escrúpulos.

Con un suspiro de cansancio, Westward cerró la carpeta azul y la metió en el

compartimiento con combinación de seguridad de su maleta. Esa era la lista de los elegidos que estaban destinados a cambiar la historia de la humanidad, una lista que debía permanecer oculta y secreta por toda la eternidad. Y él velaría para que así fuera.

El Lincoln se detuvo ante la verja. El chófer bajó su ventanilla para ser identificado y, a petición del policía militar, bajó también la trasera. Los cristales eran oscuros, y había que asegurarse de la identidad de los recién llegados. El aire frío y seco de la primavera en las Montañas Rocosas golpeó el rostro de Westward; estaban a 1.500 metros de altitud y no eran ni las nueve de la mañana. Se apreciaba la respiración del guardián en forma de pequeñas y efímeras nubecillas de vaho. Hartley, sin mirarle directamente a la cara, hizo un ligerísimo gesto con la cabeza como para saludarle.

El coche se adentró en el bosque mientras la reja se cerraba a sus espaldas. Al llegar a su destino, aparentemente un simple chalet de madera de considerables dimensiones, otro policía militar le acompañó hasta la puerta. Detrás del edificio había una aparatosa antena de radio, el único detalle externo que delataba que aquello no era una residencia de vacaciones.

La casa por dentro era algo completamente diferente. Se entraba a un gran salón con chimenea donde dos chicos que parecían salidos del instituto trabajaban ante ordenadores de enormes pantallas. Eran *hackers*, informáticos expertos en entrar en sistemas ajenos, a las órdenes de John Lescat, el experto en vigilancia. A Hartley se le hacía incómodo ver a gente ajena al proyecto en Gunnison Forest, pero la verdad era que nunca mostraban el más mínimo interés por nada que no fuera la tecnología. Ninguno de los dos levantó la vista cuando Westward entró.

Un asistente surgido de un despachito a mano derecha tomó su abrigo después de desearle buenos días. Él asintió con la cabeza y se encaminó hacia un pasillo al fondo de la sala. Subió unas escaleras y fue recibido por Dolly, una otoñal secretaria que se pintaba los labios con lápiz rosa.

—Buenos días, señor Westward. ¿Ha tenido buen vuelo?

—Buenos días, Dolly. Sí, gracias.

—Están todos dentro ya, esperándole a usted —añadió ella mientras le abría la puerta.

El salón había sido rastreado a conciencia con detectores de micrófonos y cámaras, como siempre se hacía antes de un *workshop*. Los sillones de cuero viejo, la enorme mesa de roble, la madera oscura de las paredes y el olor a humo de cigarro creaban una atmósfera que recordaba la de un club británico de comienzos del siglo xx.

A quien vio primero fue a Julie, la única de los *Redskins* que participaría en la reunión.

Le gustaba tenerla cerca, tanto porque la encontraba terriblemente atractiva como porque se sentía más tranquilo con aquella asesina sin escrúpulos bien controlada a su vera. Estaba sentada en uno de los sofás de respaldo alto, con las piernas cruzadas y la camisa abierta hasta el cuarto o quinto botón, leyendo *Also sprach Zarathustra* en alemán, absolutamente indiferente a todo lo que le rodeaba. Los hombres estaban mayoritariamente de pie, en pequeños grupitos, bebiendo whisky, fumando habanos traídos de Cuba —que burlaban el embargo a través de intermediarios en la República Dominicana—, o ambas cosas al tiempo.

—Ah, Hartley, por fin —dijo el senador Kravitt, dejando el puro en un cenicero y avanzando con una sonrisa hacia Westward—. Debemos empezar ya la reunión. Esta tarde tengo que estar en Nashville.

—Hartley —interrumpió el otro senador, McBride, dirigiéndose a él desde el final del salón—, ¿qué está pasando? ¿Por qué tenemos problemas?

Ronald McBride, aunque nominalmente lideraba aquellas sesiones de trabajo, era siempre el más pesimista. Agresivo tanto en política como en el trato personal, hasta el punto de ser considerado peligroso por sus colaboradores más directos, veía siempre los problemas antes que la oportunidad. Era desconfiado e insidioso, convencido de que no podía fiarse ni de su propia sombra.

—Buenos días, caballeros —saludó Westward, ignorando de entrada al senador de Iowa. Él sabía cómo manejar a los políticos de Washington. Era su trabajo.

Mientras colocaba el maletín sobre la mesa y saludaba a los componentes del grupo, estos fueron tomando asiento alrededor de la impresionante mesa de roble. La mayoría llevaba alguna bebida en la mano y, cuando se quedaron en silencio esperando a que el Jefe de Estrategia Geopolítica de la CIA comenzara su informe, el tintineo de los cubitos de hielo contra el cristal de los vasos era todo lo que se oía en la sala.

—Damian Harper —empezó, mientras repartía copias de una fotografía del científico en blanco y negro—. Inspector de las Naciones Unidas británico, enviado recientemente a Tikrit para analizar las armas que el ejército había encontrado.

—Y que resultaron ser camiones de feria —terció Jonathan Barton con una sonrisa, para picar un poco a los militares.

—Todos sabemos por qué se montó el numerito —respondió el coronel Ehringer, siempre dispuesto a morder el anzuelo—. No nos pasemos de listos, ahora.

Hartley Westward los ignoró.

—Nosotros esperábamos un informe duro y humillante para la agencia.

—Estábamos dispuestos a morder la bala y salir adelante —intervino Kravitt.

—Pero el perro viejo nos sorprendió con un informe totalmente inocuo —añadió el

empresario Barton.

—Como nos temíamos algo, pusimos vigilancia en su casa. Pinchamos su teléfono, monitorizamos sus móviles y atacamos su cuenta en Kryptomail cuando nos dimos cuenta de que usaba el sistema.

—Estos hijos de puta de Kryptomail... Deberíamos prohibirlo —murmuró el general Greenleaf—. Son una guarida de terroristas y subversivos.

—¿Conclusión? —preguntó Kravitt, ignorando al general.

—¡Problemas! —se adelantó el otro senador—. ¡Problemas!

—Damian Harper, alias Felixthecat, intercambió información con gente nuestra, *Army*.

Algunos miraron de soslayo al viejo general. Este ya sabía, evidentemente, que algunos de sus soldados eran traidores, y se avergonzaba de ello. Todo el alto mando era consciente de que había una corriente de opinión dentro del ejército, más o menos organizada, que se oponía a la invasión de Irak. Había habido ya un par de consejos de guerra, en ambos casos a soldados que habían estado distribuyendo panfletos destinados a minar la moral de las tropas. Pero era muy difícil detectar a los líderes aquella conspiración cuando las dudas y el descontento eran tan generalizados. Y, sobre todo, cuando cualquier soldado disponía de *e-mails* encriptados, imposibles, en teoría, de interceptar.

—¿Algo grave? —preguntó Barton.

—Nada concreto. Pero indicios suficientes como para ponernos en máxima alerta. Algunos soldados sospechan que la CIA esconde cosas que ellos mismos han encontrado.

—¡Hay demasiados cabos sueltos! —se quejó el senador McBride.

—¿Eso es todo lo que tenemos? —preguntó el empresario Kyle Uphaus—. ¿Unos *e-mails* poco concretos? ¿Por qué supone eso un peligro?

—Eso por sí solo no. Pero es que hay más cosas —prosiguió Hartley Westward—. Hace unos días pudimos interceptar una llamada de Harper a una tal señorita Cowan, de París.

Mientras mencionaba esto, empezó a repartir copias de una fotografía de Tabitha, también en blanco y negro. Se la veía casi de frente, una cara atractiva, si bien con una nariz quizá demasiado afilada, los labios carnosos y el pelo negro y corto *à la garçon*.

—¿Quién es ésta? —preguntó Barton.

—Tabitha Cowan, periodista.

La palabra “periodista” hizo alzar las cejas a más de uno de los personajes sentados alrededor de la mesa.

—¿Qué sabemos de esta *tía*?

Hartley hizo una señal a la agente Kerr, y ésta se levantó indolente y se puso a su lado. Llevaba, como siempre, los labios pintados de color morado, contrastando con el tono suave y frío de su mirada.

—Tabitha Cowan —comenzó ella, con una voz que sorprendía por ser más grave de lo hacía prever su provocadora feminidad—, treinta y cuatro años, nacida en Edimburgo, Escocia. Es hija del doctor Jeremy Cowan, conocido experto en armas biológicas, ahora ya desaparecido, que formó parte de las inspecciones británicas en la Unión Soviética a principios de los noventa. Su madre murió cuando ella era muy jovencita. De gran inteligencia, inquisitiva y lesbiana ocasional —esto hizo sonreír a alguno de los presentes, mientras otros ponían cara de disgusto—. Trabaja para The New York Times en Europa, con base en París por decisión propia. Suele escribir amplios reportajes de investigación, más que noticias del día. Tiene sueldo de periodista estrella, y aparece de vez en cuando en tertulias televisivas tanto en la BBC como en la CNN. Es doctora en Bioquímica y experta en armas no convencionales como su padre, a través del cual conoció a Damian Harper cuando era sólo una niña. Ya de adulta, y sobre todo desde la muerte de su padre, se han mantenido en contacto en términos de cordialidad.

—¿Y de qué hablaron?

—Harper fue cauteloso —prosiguió la chica—, pero llegaron a mencionar *Vector* y el programa *Biopreparat*.

Barton soltó un silbido.

—¡Problemas! —repitió el senador McBride, que previamente ya había sido puesto al corriente de todo.

—Es decir —siguió Hartley Westward—, creemos que el viejo Harper empezaba a imaginarse cosas. En lugar de poner a parir a la CIA en su informe a la ONU y dar el tema por cerrado, vimos que, de alguna manera, empezaba a atar cabos. Creemos que no tenía nada concreto, pero todos los indicios juntos suponían un peligro para *Onesimus*. Y más, claro, si tenía la intención de soplárselo todo a una periodista. Esta tal Cowan hace tiempo que investiga el tráfico de armas entre las ex-repúblicas soviéticas del Asia Central y Oriente Medio, aunque los resultados hasta ahora han sido bastante decepcionantes. En las carpetas que Julie les entrega ahora mismo tienen fotocopias de todos sus artículos de los últimos cinco años que hacen referencia a este asunto, así como la transcripción de una larga entrevista que le hicieron en la BBC antes de la invasión.

La sala permaneció unos minutos en silencio mientras los asistentes recibían las carpetas y hojeaban su contenido.

—¿De qué hablaban los *e-mails* de Harper?

El que lo preguntaba era el excéntrico JayJay Sarkar.

—Pedía información —respondió Westward—. Se ve que un soldado con el pseudónimo “Candy” había visto cómo nuestros agentes se llevaban la mercancía de Bagdad, y daba demasiados detalles sobre el lugar y el momento en que encontramos lo que buscábamos.

—¿Sabemos quién es este Candy?

—Tenemos dos sospechosos principales, aunque no podemos descartar a ningún integrante de las tres patrullas que ese día atacaron el laboratorio. Sabemos que tres soldados bajaron a la cámara y capturaron a los científicos iraquíes: la sargento Jessica Lobo y los soldados John “Snowcap” Johnson y Matt Lucas. Pero también sabemos que los dos primeros abandonaron el cuartel general esa misma noche, después de que su teniente les concediera descanso, y no sabemos adónde fueron. Por si fuera poco, por una de aquellas casualidades inoportunas de la vida, ambos estuvieron presentes en Tikrit durante la inspección de los camiones, donde estuvo el doctor Harper.

—¿Quién los comandaba? —preguntó el general Ira Grenleaf, como si conociera personalmente a todos los oficiales del ejército americano.

—El teniente Ryan Coleridge Murphy. En principio está fuera de sospecha. No vio nada de lo que había allí dentro, y cuando se le presionó, accedió a colaborar, evitando el informe de patrulla. Sin embargo, le hemos adjudicado también la etiqueta de “sensible”.

Se hizo el silencio una vez más. Sólo se oía el sonido vaporoso de los labios de Joshua Nathan Parsons al chupar rítmicamente su pipa.

—Bueno —dijo Barton tras unos instantes—, ¿y adónde nos lleva todo esto?

—¡Al desastre, nos lleva! —bramó Ronald McBride.

—Tenemos un protocolo de actuación, senador —respondió Hartley con impaciencia—. Se ha seguido al pie de la letra, como siempre se hace en estos casos.

—¿Es decir...? —quiso saber el empresario.

Westward miró a su colega, y ésta comenzó la explicación.

—Teníamos a tres personas marcadas como “Si”, es decir, de alto riesgo: el científico británico y los dos soldados. Evidentemente, la llamada del doctor Harper hizo que añadiéramos un cuarto “Si”: la señorita Cowan. Por su condición de periodista, su acercamiento al proyecto es especialmente peligroso. Según el protocolo de actuación que seguimos para *Onesimus*, cuando dos “Si” se juntan, actuamos de inmediato.

—Y Harper y Cowan iban a verse en casa del primero en Abingdon, Inglaterra —siguió el asesor presidencial.

—Ya. O sea, que ha palmado el mensajero —sentenció Jonathan Barton.

—El informe oficial —explicó Westward— dice que Damian Harper se suicidó.

—Veo muy extraño que se *suicidara* el doctor Harper y no la periodista —dijo JayJay Sarkar, poniendo un énfasis irónico sobre la palabra “suicidara”.

—Cuestión de valoración. Evaluando las posibilidades, hay que escoger siempre la menos mala. Una periodista estrella de un diario como The New York Times no cruza el canal para ir a suicidarse en la campaña inglesa. La opción menos ruidosa...

Hartley no terminó la frase, consciente de que todos los presentes sabían cuál era.

—¿Qué dicen los británicos? —preguntó el hasta ahora mudo Parsons, sacándose la pipa de la boca.

—Tienen órdenes emanadas de lo más alto de no hacer preguntas. Oficialmente, no saben nada. Otra cosa es lo que puedan sospechar, pero no nos debemos preocupar por ellos, de momento.

—¿Y qué más prevé su protocolo? —preguntó Barton.

—Tenemos otros niveles de vigilancia, los “S2”, que son básicamente todos los soldados de la patrulla de la sargento Lobo, el teniente Murphy y la familia de la sargento y del soldado Johnson, así como la mujer del doctor Harper y algunos de sus colegas. Ah, y también un tal Colin McBrian, periodista de la BBC que llamó a Harper, aunque sabemos que éste no le dijo absolutamente nada.

—¿Sabemos? ¿De verdad sabemos algo con certeza? —preguntó con ironía Barton, alzando una ceja para mayor énfasis.

Hartley le ignoró.

—Los “S3” son todos los soldados que podrían haber tenido acceso al laboratorio en Bagdad, los que tuvieron contacto con los prisioneros iraquíes y todas aquellas personas que han contactado recientemente con los “S1”. Además, hemos podido *crackear* Kryptomail, y ahora estamos dibujando la red de contactos desde la dirección de Harper. No es fácil, porque la encriptación es buena, y borrar el rastro es tan fácil como pulsar un botón. Nos hubiera ayudado acceder al ordenador de Harper, pero alguien se nos adelantó.

—¿Quién?

—Sospechamos que la periodista.

—Y, perdonadme que insista —dijo Sarkar—, pero si todo nos lleva a esta chica, ¿cómo es que sigue viva?

Westward y Julie Kerr se cruzaron miradas incómodas. Aunque la sala era cien por ciento segura, no era necesario hablar abiertamente de temas que, en un momento dado, podrían incriminarlos a todos.

—Señor Sarkar, seguro que una mente brillante como la suya entiende perfectamente

que la muerte prematura de una periodista conocida levanta mucha polvareda. El agente Lescat, a quien todos ustedes conocen, se encarga personalmente de los tres “Si” que siguen vivos, y le garantizo que no escapan a su control.

El senador McBride se levantó con un resoplido. Mientras se servía whisky en una mesita junto a la pared, se dirigió a Westward:

—No sé por qué hay periodistas metiendo la nariz en este asunto. Algo hemos tenido que hacer mal. Supongo que la manera de obtener las muestras ante las narices de un montón de soldados, de forma chapucera e impropia de la Agencia es la causa de ello.

—Senador —interrumpió Hartley—, todos somos conscientes de que hay que gestionar los imprevistos. Por ello montamos el protocolo de actuación a la vez que diseñábamos *Onesimus*.

El senador de Iowa le hizo un gesto con la mano que quería ser conciliador y autoritario a la vez.

—Lo sé, lo sé, Hartley. Pero el caso es que tenemos mirones que hurgan muy cerca de la mierda, y no me gusta nada. Esta vez hemos parado el golpe, parece que satisfactoriamente, pero no podemos volver a fallar.

—Hay otras maneras menos comprometidas de neutralizar a la periodista —sugirió Westward.

Los asistentes a la reunión le miraron.

—¿Y bien? —preguntó el senador.

—Sólo hay que saber a quién podemos presionar y por dónde.

Hartley no quería ofrecer más detalles, porque así daba la impresión de que seguía manteniendo el control de los acontecimientos. El senador, cansado del tema, quiso pasar página.

—Haz lo que tengas que hacer, Hartley, que para eso eres el máximo responsable de la operación. Pero repito: ¡No podemos volver a fallar!

Y, haciendo una pausa dramática, se dirigió a todos los presentes:

—A veces creo que estamos perdiendo de vista por qué hacemos esto, por qué arriesgamos nuestras carreras, nuestras reputaciones. ¡Nuestras vidas, incluso! La mayoría de los que estamos aquí llevamos cinco años trabajando en el proyecto, cinco años en los que hemos ido paso a paso, dando forma a nuestra obra, poco a poco, sin precipitarnos. Cinco años en los que hemos contribuido a cambiar el signo de la Casa Blanca, cinco años en los que hemos visto como un ultraje del calibre del 11-S se convertía en una oportunidad. Miraos los unos a los otros. ¿Qué veis?

Los asistentes se miraban y esperaban la respuesta. Al senador le encantaba ejercer de líder, y éste era su momento.

—Dejadme que os diga qué veo yo. ¡Veo patriotas! Veo personas que no dudan ante el sacrificio porque saben que están haciendo un servicio a su nación. Personas que piensan en el futuro de sus hijos, los hijos de sus hijos y de todas las generaciones que vendrán. Todos sabemos en qué nos hemos metido, todos lo hemos hecho a conciencia, sabiendo que no había marcha atrás. Es difícil, es arriesgado. Pero es necesario. La historia nos dará la razón. Quizás permaneceremos en el anonimato, pero habremos sido tan importantes para este país como George Washington o Abraham Lincoln. No nos harán estatuas, no celebrarán nuestras efemérides. Pero nosotros sabremos que la grandeza de esta nación en el siglo XXI será obra nuestra. Es nuestro destino. Es nuestro despegue hacia la inmortalidad.

Todo Gunnison Forest parecía vibrar en silencio con estas palabras. Satisfecho, el senador volvió a su silla, y mientras se sentaba, dijo, en un tono mucho menos mesiánico:

—Vamos, empecemos de una vez, repasando los temas del orden del día previsto. Y, Hartley: ¡no permitiré que la cagues!

Durante dos horas, Hartley Westward, ayudado siempre por la seductora Julia Kerr, había ido desgranando, punto por punto, todo el orden del día. El tema más espinoso había sido la muerte de Damian Harper, que fue calificado de "accidente lamentable" por Hartley. El agente contó cómo los acontecimientos se habían precipitado al volver el inspector de Irak.

—Sabíamos —explicó— que preparaba un informe sobre el antiguo programa soviético de armas biológicas, y que añadía sospechas de su propia cosecha sobre lo que Saddam podía tener en su patio trasero. Recordemos que es... *era* uno de los principales expertos mundiales en este tipo de armamento, que sabía muchas cosas. Por eso el agente Lescat lo tenía estrechamente vigilado las veinticuatro horas del día. Apuntaba en la dirección correcta, y el hecho de que llamara a una periodista del New York Times nos obligó a entrar en acción.

El siguiente tema del orden del día era el informe *SARS*, que acababa de llegar. Cuando Westward comenzó a proyectar los resultados en la pantalla y dio paso a Kerr para que lo expusiera, todos los asistentes a la reunión se inclinaron un poco más hacia adelante con interés. Hacía meses que esperaban un informe que podía ser fundamental para *Onesimus*.

En noviembre del año anterior, se había iniciado un brote del Síndrome Respiratorio Agudo Grave en Guandong, en China, cuando un campesino murió infectado por un

coronavirus previamente desconocido en seres humanos.

—Guandong es esta región del sur de China —señaló Julie sobre el mapa proyectado—. La epidemia se extendió rápidamente por toda la zona, incluidos Hong Kong y Vietnam, y, en cuestión de cuatro meses se había detectado ya en más de treinta países.

—Hay que tener en cuenta —intervino Westward— que el virus del SARS es menos mortífero que el de la viruela, pero ambos tienen unas tasas de contagio similares.

—¡Treinta países! —exclamó el senador Kravitt.

—No se puede contener algo así... —dijo el empresario Uphaus.

—El problema principal es que las autoridades chinas no dieron la alerta hasta febrero de este año. Y lo hicieron presionadas por la OMS, que había recibido avisos de grupos de monitoreo de epidemias de Canadá.

—¿Y por qué no reaccionaron hasta tan tarde? —preguntó Sarkar.

—Puede que por el secretismo tradicional de los regímenes comunistas...

—¡Hijos de puta! —se oyó murmurar a Karl Ehringer. Era una reacción habitual en él cuando alguien mencionaba el comunismo.

—Pero, sobre todo —continuó Westward, impertérrito—, porque no supieron identificar de qué se trataba. No se supo que era un nuevo tipo de neumonía hasta marzo, cuando un epidemiólogo italiano diagnosticó a unos pacientes en Vietnam.

—¿Qué hemos aprendido de todo esto? —preguntó el senador McBride.

Westward miró a Julie y ésta avanzó un paso.

—En primer lugar —empezó ella— que la contención de la epidemia es cuestión de semanas, no meses. En el caso del SARS, debían haber creado anillos de seguridad alrededor de los lugares donde se detectaron brotes de la enfermedad, y vacunar a las personas en estos anillos, empezando por los interiores. El problema, claro, es que, en este caso, la vacuna no existía, porque el virus era desconocido.

—En segundo lugar —prosiguió Hartley Westward— que la comunidad internacional ha echado una severa bronca al gobierno chino por su falta de transparencia en este asunto. La OMS ha obligado a los chinos a pedir disculpas al mundo por su torpeza, lo que ya han hecho oficialmente. Tenemos noticias de cambios profundos en el gobierno que afectan a aliados muy importantes del propio Jiang Zemin. Esto es una cosa buena, porque quiere decir que la próxima vez actuarán con más diligencia.

—¿Cuando les ha costado, en términos económicos? —preguntó Jonathan Barton.

—Calculamos que entre un 1% y un 1,5% del PIB. El FMI ya ha revisado a la baja la tasa de crecimiento chino para 2003 del 8% al 6%, y el de Hong Kong a la mitad.

—No es mucho —terció McBride.

—Hay que tener en cuenta, senador —explicó Westward— que estamos hablando de

una enfermedad que aún es considerada muy rara por la OMS, con sólo ocho mil casos conocidos en todo el mundo y una mortalidad inferior al 10%. Si extrapolamos estos resultados con las cifras que prevemos, *Onesimus* podría causar una recesión de una década en China.

—¡Yipee! —intervino JayJay Sarkar con una sonrisa.

—Hablando de vacunas, Hartley —dijo McBride—, ¿cómo vamos?

—Ayer por la tarde hablé con Wyoming. Van ligeramente avanzados con respecto al calendario previsto. A finales de verano deberían tener ya un millón y medio de unidades que, como sabéis, es el número mínimo que debemos tener para iniciar el proceso.

—¿Y en qué punto nos encontramos?

—Damos oficialmente por terminada la Fase II con esta reunión. Todo indica que lo que recuperamos de Bagdad responde a las expectativas que nos habíamos creado. Es el de los rusos, y nuestras informaciones eran correctas. Así pues, la Fase III empieza ahora. Tenemos ya los *pendrives* preparados y testados, con una fiabilidad del 99,9%. Ahora sólo hay que rellenarlos con el bicho. El despliegue, o Fase IV, comenzará, como estaba previsto, dentro de tres meses a partir de hoy.

Junio 2003

París (Francia)

Louis se rascaba la voluminosa barriga. Llevaba gafas, barba de una semana y lucía unos grandes círculos de sudor bajo las axilas.

—Este aparatito es fascinante —dijo, moviendo el pequeño rectángulo negro entre los dedos—. Había oído hablar de ellos, pero nunca había visto ninguno.

Tabitha Cowan esperaba sentada.

—¿Y bien? —preguntó.

—Fabricado en Israel, tecnología punta, alimentado por radiofrecuencia, e indetectable por los escáneres más habituales. ¿Me lo puedo quedar?

Tabitha sonrió. Louis era un *freakie* en el sentido más literal del neologismo. Le había llevado el pequeño chip que había encontrado incorporado al teléfono de Harper, y ahora el informático estaba feliz como un niño con un caramelo.

—Por supuesto. Si me dices quién los utiliza.

—Que yo sepa, el Mossad y la CIA, pero es posible que algunos indeseables los hayan comprado en el mercado negro. No te lo sabría decir a ciencia cierta. El receptor de la señal no lo tienes, ¿no?

¿La CIA?, pensaba Tabitha. ¿Podría ser que...? La señora Harper le había informado de las sospechas de su marido sobre el posible juego sucio de la Agencia americana.

—No tuve tiempo de fisgonear más —contestó—. ¿Qué pasa con el ordenador?

—*Crackearlo* ha sido fácil —informó a la periodista—. Tienes todos sus archivos en este CD. Pero lo que me pides es...

Se resistía, como buen pirata informático, a pronunciar la palabra "imposible".

—Los tipos de Kryptomail son buenos —siguió—. *Muy* buenos. El algoritmo de encriptación es de lo mejor que se ha inventado jamás. Sería más fácil entrar en la NASA.

—Pero, ¿y la frase?

Louis expiró ruidosamente. Decidió que trataría de hacer entender a una pobre lega cómo funcionaba todo aquello.

—Mira, chiquilla —comenzó, condescendiente. Ella reprimió una mueca de disgusto—. Kryptomail funciona con cifrados asimétricos. Esto quiere decir que las claves para encriptar y desencriptar son diferentes. Además, utiliza lo que llamamos "cifra", o "clave", más un "código" que actúa a nivel semántico.

A Cowan no le había pasado desapercibida la primera persona del plural en "llamamos", que automáticamente la excluía del mundo de los genios de la informática. Esto, unido al tono paternalista...

Louis, viendo que estaba perdiendo su atención, siguió explicando. En el fondo, le encantaba hacer ostentación de sus amplios conocimientos ante ignorantes en la materia.

—La clave, o cifra, actúa a nivel de cada bit, cada letra individual. Aquí es donde supongo que entra tu famosa frase. Pero nos falta el código de entrada. Intuyo que es un simple *byte* de información, pero necesitaremos bastante tiempo para averiguarlo. Y, en todo caso, suponiendo que podamos entrar, que tu frase sea realmente la clave, y que seamos capaces de descubrir el algoritmo de encriptación, estamos hablando de que podrás ver los mensajes de entrada, pero no los que se han enviado desde esta dirección. Para eso nos haría falta la clave de cada receptor de los mensajes.

—A ver si lo he entendido bien —dijo ella—. Primero, necesitamos el código de entrada, ¿no?

Louis asintió con la cabeza, apoyado en el respaldo de la silla, entrelazando las manos detrás de la nuca y ofreciendo al mundo una gloriosa panorámica de las manchas de sudor de su camisa.

—¿Eso qué es? ¿Una palabra? ¿Un número?

—Alfanumérico. Puede ser cualquiera de las dos cosas. Es como un *password* cualquiera, pero que hay que conocer. Mi intuición me dice que son ocho caracteres.

—O sea, una palabra de ocho letras, podría ser, ¿no?

—O un número de ocho cifras. Es típico de quien no conoce los peligros de un código sencillo poner, por ejemplo, una fecha. He probado con la de nacimiento del doctor, la de su boda, la de cuando le nombraron asesor de la Thatcher... Nada. Si es una fecha, no sé cuál será.

Tabitha se sintió incómoda e inquieta por el hecho de que aquel *hacker* supiera de quién era el ordenador. Ella no se lo había querido decir, pero, por supuesto, al abrir sesión después de *crackear* su código de entrada, se habría dado cuenta enseguida. Ahora Louis, que no era lerdo y leía las noticias, sabría ya que la periodista había obtenido el ordenador de forma poco limpia.

—¿De dónde has sacado todas estas fechas? —preguntó Tabitha, intentando restar importancia al hecho de que lo había descubierto.

—Es acojonante lo que puedes averiguar con Google —se rió Louis, satisfecho consigo mismo.

—Bueno, volviendo al asunto. ¿Crees que será muy difícil encontrar el código?

—Difícil no. Con fuerza bruta lo acabaremos sacando. Es cuestión de tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Una semana? Depende de los ordenadores que pueda poner a trabajar.

—De acuerdo. Supongamos que hemos averiguado el código y tenemos acceso...

—¡Eh! —interrumpió Louis—. Tendremos acceso a la cuenta, pero no a los mensajes.

—Sí, para eso está la frase, ¿no?

—Suponiendo que la frase sea realmente la clave. Si es así, tendremos alguna oportunidad. Si no, olvídale.

—Bueno, si la frase es la clave, ¿podremos ver solamente los mensajes que le han enviado a él?

—Correcto. Los que él ha enviado sólo se pueden descifrar con la clave de cada receptor. Por eso se le llama clave asimétrica.

—Yo creo que tendré suficiente con los que tenga él en el buzón de entrada.

Louis la miró fijamente. Conocía a Tabitha desde hacía unos cuantos años. No se caían especialmente bien el uno al otro, pero habían mantenido relaciones profesionales desde hacía tiempo, siempre de manera no oficial. Los periodistas, y, en especial, los de investigación, siempre estaban intentando entrar en lugares prohibidos. Cowan le necesitaba, y pagaba bien. Era capaz de asumir algunos riesgos a cambio de una buena tarifa. Pero siempre se preguntaba si algún día iría demasiado lejos.

—Este tío, Felixthecat —preguntó al cabo de unos segundos, llamándolo por su *nick* de Kryptomail—, ¿en qué líos andaba metido?

—Cosas de su trabajo —respondió ambigüamente Tabitha.

—No es suficiente —atajó Louis—. Me llamas desde el *Eurostar* interrumpiendo mi trabajo con tono de urgencia. Me dices que el dinero no es problema. El desgraciado está muerto hace unas horas; por lo que sabemos, se ha cortado las venas en lugar de dejárselas crecer. Y, además, no me has querido decir que el portátil era suyo, que lo he tenido que averiguar yo solito. Son las once de la noche y aquí estás. ¿Qué está pasando?

—La verdad, no lo sé —cedió la periodista. Se dio cuenta de que mentir no era ya una opción, puesto que Louis podría cerrarse en banda si creía que el trabajo suponía un riesgo demasiado grande para él—. El doctor Harper me llamó ayer por la tarde para decirme que quería hablar conmigo. Cojo el tren, y antes de llegar a Londres, el pobre ya estaba muerto. Quiero averiguar si lo que me iba a decir está en el ordenador.

—No crees que sea un suicidio, ¿no? —aventuró Louis.

Tabitha no quería seguir dándole información. Tenía una cierta fama de bocazas. Ella aún no sabía con qué se enfrentaba, y prefería ir con pies de plomo.

—Mira, Louis. Lo más probable es que no encontremos nada, que el pobre desgraciado

haya decidido que ya había vivido bastante y que yo vea fantasmas donde no los hay. Pero ya sabes cómo somos los periodistas, no paramos de roer hasta que damos con el hueso.

Louis exhaló aire y bajó los brazos. Lo dejaría correr, de momento.

Cambió de tema.

—He oído decir que Kryptomail utiliza un tercer nivel de seguridad. La secuencia de movimientos que hace el usuario con el ratón cuando está conectado se usa para añadir complejidad al sistema de cifrado. Esto quiere decir que cuando más se utiliza Kryptomail, más difícil es de *crackear*. Si tu colega era un adicto, lo tenemos jodido.

—¿Qué necesitas? —preguntó la chica, finalmente.

—Hombre, tener el código de acceso, para empezar, nos facilitaría mucho la vida. A partir de aquí, y siempre suponiendo que la frase sea la clave, con un ataque de fuerza bruta podríamos acabar entrando. Eso si el doctor no movía mucho el *mouse*.

—¿Quieres algún ordenador más?

—Me basta con que me des acceso a la red de tu diario.

—¿Al New York Times? ¿En Nueva York?

—Sí. Debes tener una clave de acceso a la red, aunque trabajes desde Europa, ¿no? No te preocupes, no voy a entrar en ninguna parte. Sólo necesito poner a trabajar la capacidad ociosa que tenga cada PC. Seguro que hay unos cuantos miles. Si los enchufo todos juntos, tendremos un buen ejército para el ataque.

Como solía hacer siempre que estaba investigando algo, Tabitha Cowan deambulaba por su despacho anotando cosas con rotuladores borrables en alguna de las dos paredes forradas de plástico blanco. Su lugar de trabajo estaba en una esquina. Había reducido el tabique de la puerta porque quería dar la impresión de que su oficina estaba siempre abierta. No tenía nada que esconder a sus colaboradores, y las sugerencias de algunos de ellos solían ser muy válidas. Cuando necesitaba hablar sin que nadie la escuchara, se iba a la pequeña sala de juntas, que disponía de teléfono seguro y estaba insonorizada.

Las oficinas las había escogido ella misma cuando decidió instalarse en París. Además de ella y su secretaria trabajaban allí su adjunto, dos corresponsales más, otra secretaria, un periodista junior en prácticas, y Jean-Christophe, un viejo reportero francés medio jubilado al que había contratado para cuando había que traducir algún artículo del francés y que, al final, acabó haciendo un poco de todo.

Con grandes letras azules, anotó «*Never a good war or a bad peace*» y las palabras "Kryptomail", "Lollypop" y "Felixthecat". Ya había establecido que este último era

Damian Harper. Debajo de Lollypop puso un gran interrogante. Partía de la base de que era el seudónimo de alguien, y, si era así, había que averiguar por qué era importante para Harper. Decidió abrir una cuenta en Kryptomail para enviar un correo seguro a lo que ella suponía que sería su dirección. Louis le había hablado maravillas del sistema de encriptación desarrollado por estudiantes de Stanford hacía poco más de un año que había permitido que los mensajes de correo electrónico, por primera vez, fueran seguros.

La página de Kryptomail era sorprendentemente sencilla. Le decían que escogiera un *nick*. Creyó conveniente no poner nada que la pudiera identificar. De pequeña le llamaban Bitty, pero no le pareció un buen seudónimo. Miró alrededor de su mesa buscando inspiración. Algún día tendré que poner un poco de orden, pensó.

Entonces vio la reproducción de una molécula de aspirina que le regalaron cuando hizo unas prácticas en un laboratorio, en su época de bioquímica. Probó con *molecule* (¿para qué complicarse más la vida?) y resultó que estaba disponible.

—Bueno, ya tengo dirección: molecule@kryptomail.com —murmuró.

"Lollypop", escribió, "me llamo Molecule y Felixthecat era mi amigo". Pensó que eso debería ser suficiente. Le dio a "Enviar" y vio cómo su exiguo mensaje desaparecía de la pantalla.

«¿Qué podía haber empujado a Damian a suicidarse?», se preguntó. Había que mantener abiertas todas las posibilidades. Las teorías conspiratorias estaban muy bien, sobre todo para una periodista, pero tenía que reconocer que lo más probable era que se hubiera cortado las venas él solo, tal como decía el informe forense.

Recordaba perfectamente el día en que le había conocido. Ella era todavía una niña cuya madre había muerto un par de años antes y cuyo padre estaba más pendiente del trabajo que de ella. Pero era feliz. Vivía en su mundo peculiar de imaginación desbordante, de curiosidad insaciable. Recordaba la pasión del viejo Jeremy, su padre, por la ciencia, por el empirismo científico. Cualquier cosa —un insecto, una hoja de árbol, una nube baja— representaba una aventura, una oportunidad de aprender. La capacidad de su padre para transmitir esta ilusión de estar vivo en un mundo tan fascinante era inmensa.

Damian Harper era más sobrio, pero él y Jeremy Cowan llegaron a ser muy buenos amigos. Tabitha recordaba el día que su padre la llevó, por primera vez, a Oxford, donde el doctor Harper, en aquella época, impartía clases de química.

La vieja ciudad universitaria le robó el corazón: fue un amor a primera vista. Era un monumento vivo a todo lo que ella quería aprender y experimentar.

Damian la miró sorprendido cuando su padre la hizo entrar en el laboratorio. Le recordaba con la bata blanca, que se quitó inmediatamente y colgó en una percha, y el

cabello que ya empezaba a grisear visiblemente. La había recibido con una sonrisa y una amable caricia en la cabeza.

Le cayó bien desde el primer momento. Damian Harper, al igual que su padre, le hablaba como si ya fuera mayor, sin la condescendencia o paternalismo que suelen utilizar demasiado a menudo los adultos con pre-adolescentes como ella, ya con suficiente capacidad como para entender las cosas.

A principios de los años noventa, los doctores Harper y Cowan fueron designados representantes del mundo científico en la inspección autorizada por Gorbachev en las instalaciones soviéticas de armas no convencionales. Unos meses antes, un desertor había advertido a Occidente de la existencia de laboratorios secretos de armas químicas y biológicas en la Unión Soviética, el más avanzado de los cuales era conocido como *Vector*. Esto no se correspondía con las buenas relaciones y los tratados de desarme que el aperturista líder soviético había impulsado dentro de su programa de reformas y transparencia. Se aseguraba que Margaret Thatcher le había llamado enfurecida, exigiéndole que le dijera si lo de la *Glasnost* era una fachada.

En aquellos tiempos, Tabitha contaba ya con veintitres años, y había comenzado el doctorado en ciencias bioquímicas. Ambos doctores le permitieron ayudarles en el redacción de los informes secretos que el gobierno británico les exigía, con lo cual, casi sin quererlo, se convirtió en una experta en este tipo de armas.

Cuando años más tarde decidió dedicarse al periodismo, tenía claro que debía sacar provecho de estos conocimientos y encontrar su nicho informativo en lo que ella llamaba "la guerra sucia". Ella siempre supo que podía llamar a Damian y usarlo como fuente fidedigna —si era necesario de forma anónima— para asuntos de armamento no convencional. Y la relación funcionaba en ambas direcciones: cuando el doctor Harper comenzó a trabajar para la ONU, de vez en cuando le interesaba filtrar alguna noticia o información a Tabitha para presionar a algún gobierno.

—Tabitha, el informe que me has pedido —dijo uno de sus colaboradores, dejando una carpeta sobre el escritorio.

Era Jean-Christophe, el periodista y traductor que había contratado ella misma hacía unos años y que había resultado ser sorprendentemente inteligente, preparado y una gran ayuda para todos. Era un hombre ya mayor, con amplios conocimientos de la profesión, bastante cultura y un talante irónico muy francés. Vivía y se desvivía por su trabajo. Había trabajado en *Le Monde* durante muchos años, pero había sido despedido en una de las muchas remodelaciones y reestructuraciones masivas que había sufrido la empresa. Era el característico periodista de redacción, tremendamente eficiente, leal como pocos y con una gran experiencia.

—Ah, gracias, Jean-Christophe. Me has pillado en las nubes.

—¿Alguna investigación secreta? —se rió el traductor—. Ya veo que estás haciendo funcionar la cabecita —añadió, señalando las palabras garabateadas en las paredes de vinilo.

—Sí, ya ves...

—Algo que ver con Benjamin Franklin, supongo.

—¿Eh?

—«*Never a good war or a bad peace*», Ben Franklin. Un tipo curioso. ¿Sabías que fue él quien inventó el pararrayos? Todo ello en sus ratos libres, al tiempo que fundaba un país —se rió de nuevo.

—¿Ben Franklin? ¿Esto es de Ben Franklin?

—Sí, por supuesto —dijo Jean-Christophe, como si aquel fuera un dato que todo el mundo debiera saber—. El de las gafas y cara de bonachón. ¡El de los billetes de cien dólares! —añadió con voz de triunfo, levantando las cejas.

—No lo sabía.

—En todo caso, es una frase con plena vigencia en los tiempos que corren, ¿no crees?

—Sí, es cierto.

—¡Qué guerra más absurda! —dijo, negando con la cabeza y suspirando—. En fin, eso es lo que tenemos que sufrir por culpa del follón electoral de Florida.

—¿Eh? Ah, sí, claro.

—Bueno, venga, querida, te dejo, que tenemos un diario por hacer.

—Gracias, Jean-Christophe. Gracias por el informe. Me viene muy bien.

—No hay más que pedirlo. ¡Hasta la vista! —se despidió, acompañando las palabras con un gesto de la mano.

—Hasta luego.

«Buen tipo, este Jean-Christophe —pensó Cowan—. Siempre facilita las cosas. Mira que saber de quién era esa frase...».

Como si de pronto hubiera estallado un relámpago en el cerebro, Tabitha se puso en pie y echó a correr hacia la sala de juntas, la que tenía un teléfono seguro. Aporreó las teclas del número de Louis y le soltó, sin más preámbulos:

—¡Franklin! ¡Prueba con Franklin!

—¿Eh? ¿Quién llama? —preguntó el informático. Le debía haber pillado dormido ante la pantalla, como tantas otras ocasiones. Muchas veces se pasaba la noche durmiendo de mala manera con su voluminoso cuerpo hundido en la enorme butaca de IKEA.

—Soy yo, Tabitha. El código de entrada. Ocho letras. ¡Prueba con Franklin!

—Ah, hola —saludó Louis—. Podías decir “buenos días”, digo yo.

Tabitha podía oír el ruido de las teclas a buen ritmo.

—Franklin. ¿Y de dónde lo has sacado? A ver... Es sensible. Intentaré con la F mayúscula... ¡Bingo! ¡Te ha tocado el premio, reina! Ya estamos dentro.

—¡Qué bien!

—Me has ahorrado un montón de horas. ¡Mira por dónde, te saldrá más barato! Recuérdame la frase, ya que estás, que no la tengo a mano.

—«*Never a good war or a bad peace*» —dijo Tabitha antes que el otro terminara de hablar.

—«... *or a bad peace*» —repitió el informático—. Mmm, mala suerte. *Access denied*.

—¡Mierda! —exclamó entre dientes, y en inglés, la periodista. Aquella frase tenía que ser la clave.

—¿*Peace* cómo se escribe? P... e... c...

—No, hombre, no. ¡P... e... a... c... e!

—Coño, que torpe soy a veces. Yo, que he ido a todas las *manis* que se han hecho contra la guerra —se rió Louis—. ¡Bingo! ¡Ya está la puerta abierta!

Mientras esperaba que Louis descriptase los mensajes del buzón de entrada de Damian Harper, Tabitha introdujo en su ordenador el CD que el *hacker* le había dado el día antes para revisar los archivos del doctor. Según el propio Louis, él se había limitado a grabarlos en el disco, sin discriminar los que podían ser más o menos importantes. Le dijo que había algunos protegidos con *password*, pero la mayoría no. Le sugería, además, en una notita amarilla adjunta, que probara con el nombre de la mujer, o alguna de las fechas importantes que él había encontrado en Google.

Tabitha fue descartando los archivos que parecían de carácter personal. Al parecer el doctor no era muy ordenado; los archivos no estaban bien organizados, sino que la inmensa mayoría estaban ubicados en una única carpeta de documentos, y el resto desperdigados sin ningún orden. Además, los títulos con que los había guardado no eran nada descriptivos. Quiso organizarlos por fechas de modificación, pero en todos aparecía la fecha en que Louis los había regrabado en el disco.

Encontró las cuentas de casa, un montón de fotografías personales que prefirió no examinar, borradores de artículos y escritos que enviaba a alguna publicación, estudios y trabajos de química en pdf que se había ido descargando de la red, y un montón de estadísticas o listas inmensas de números sin formato que no sabía interpretar.

Calculaba que revisar todo el contenido del disco le llevaría varios días si pretendía hacerlo a conciencia. Y, además, no sabía muy bien qué esperaba encontrar.

Eran ya las once y media de la mañana y Cowan empezaba a estar un poco harta de todo aquello. Se levantó para ir a buscar un café. No le gustaba tener que pedir a su secretaria cosas que ella misma podía hacer. Fue a la pequeña salita adyacente a los aseos donde estaba instalada la única máquina de café de la oficina. Jean-Christophe, un adicto al café muy amargo, estaba preparándose uno.

—¡Qué! —dijo, al verla—. ¿Has averiguado ya qué pasó con Franklin?

Ella se pasó las manos por el cabello en un gesto de cansancio.

—No, todavía no —respondió ella con una sonrisa—. Estoy revisando cientos de archivos para encontrar algo que no sé qué es. A veces, el trabajo de periodista de investigación no es tan glamuroso como la gente piensa.

—Tienes razón. En nuestra profesión hay más incertidumbres y más prueba y error que ciencia. El periodismo es un arte, como yo siempre digo, y como tal, no está sujeto a más reglas que el sentido común y la responsabilidad.

El viejo francés retiró el café de la máquina y le preguntó a Tabitha cómo lo quería.

—*Capuccino*, con mucho azúcar —respondió ella—. Sí, un arte, pero no parece muy creativo cuando todo lo que haces es bucear en miles de archivos que no tienen ni nombre ni fecha y que no sabes qué contienen hasta que no los has abierto.

—Hombre —reflexionó él, después de una pausa y un par de sorbos—, yo no entiendo mucho de estas maquinotas que ahora parecen imprescindibles para todo, pero me parece a mí que todos los bits dejan rastro, y que si buscas algo concreto siempre habrá alguien que te lo sepa encontrar. ¿No trabajabas tú de vez en cuando con ese pirata hosco y obeso que te cobra un ojo de la cara cada vez que le pides algo? ¿Cómo se llamaba...?

—¡Claro, Louis, que burra soy, a veces!

—Sí, Louis. ¡Eh! ¿Adónde vas? —preguntó cuando Tabitha se fue de la sala del café sin añadir nada más—. Estas chicas extranjeras —murmuró, sacudiendo la cabeza—. ¡Pero qué nariz! ¡Válgame Dios, qué nariz! —sonrió, admirando la fisonomía de la chica para la que trabajaba.

Tabitha Cowan llamó inmediatamente a Louis. Tenía en mente una idea que se le debía haber ocurrido mucho antes.

—Louis, todos aquellos archivos que me pasaste: ¿alguno de ellos fue modificado el 16 o 17, ayer o anteayer?

—Vaya, si es mi amiguita periodista que no sabe decir ¡Buenos días! A ver, ¿qué me pides?

—Que me mires en el portátil si algún archivo había sido modificado en las últimas horas.

—De acuerdo, ahora te lo miro. La factura aumenta, ¿eh? Por cierto, ¡lo de Kryptomail es una maravilla, chiquilla! Estos tíos son buenísimos. ¡Estoy disfrutando como nunca!

—Pues a ver si vas a tener que pagarme tú a mí por el favor —dijo ella, con ganas de que se dejara de historias y le ofreciera resultados.

Louis se rió brevemente.

—Tampoco nos pasemos, ¿eh? ¿Cómo quieres que te pase la lista de archivos?

—¿Lista? ¿Hay muchos?

—Una docena, más o menos. Si quieres te los dicto.

—No, pásamelos por *mail*, por favor.

Minutos después, Tabitha Cowan revisaba los catorce archivos que el viejo Harper había modificado durante sus últimas veinticuatro horas de vida.

Lo primero que abrió confirmó sus sospechas: Damian Harper no tenía en mente suicidarse. Era la copia en pdf de un billete de avión para Nueva York que había comprado el día antes de morir. ¡Alguien que está tan desesperado como para quitarse la vida unas horas después no compra un billete de avión!

Animada por este pequeño descubrimiento, fue abriendo los otros archivos, empezando por los de texto. Los tres primeros eran asuntos personales que no tenían ninguna relación que ella pudiera apreciar con lo que la ocupaba. El cuarto, sin embargo, captó su atención de inmediato. Tenía un encabezamiento formal, como cuando se escribe una carta oficial a alguien importante. Iba dirigido a un tal Christian Haage, director del programa de inspecciones militares de la ONU. Ella adivinó que era el jefe de Harper en el organismo multinacional.

En la carta, todavía un borrador, el doctor comunicaba a su superior que le adjuntaba un informe sobre las armas no convencionales en Irak en el que, además, expondría sospechas y opiniones muy personales que le rogaba tratara con la debida discreción, advirtiéndole que no se trataba de acusaciones sino de meros escenarios y posibilidades.

La carta se refería de manera recurrente a un informe. Tabitha Cowan buscó entre los archivos, convencida de que el informe debía estar por allí.

Encontró uno, al cabo de unos momentos, que estaba protegido por una palabra clave. Como le había recomendado Louis, probó con el nombre de la mujer del doctor, “Evelyn”, y algunas de las fechas significativas de la vida del doctor. No hubo manera. Probó también con “Abingdon” y un par de palabras más, hasta que tuvo la inspiración, al recordar la breve conversación con Damian, de probar con la palabra *Vector*.

El documento se abrió, provocando una descarga de excitación que recorrió su espinazo. El contenido, con el título "Tráfico de armas no convencionales soviéticas en Oriente Medio: Archivos Iraquíes" (*The Iraqi files*, en inglés), aceleró su corazón.

The Iraqi files

“[...] En el año 1992 tuve la oportunidad de entrevistarme con el Dr. Semyon Borotschnoi, ilustre científico que abandonó Rusia tras el desmembramiento de la Unión Soviética. La entrevista se llevó a cabo en un edificio protegido por el SIS y bajo supervisión de dos agentes. Una transcripción de lo que se dijo, por lo que sé, se conserva en el Servicio Secreto de Inteligencia (SIS).

[...] Yo había conocido al Doctor Borotschnoi un año antes durante la inspección a las plantas bioquímicas de la URSS, concretamente al laboratorio avanzado conocido como *Vector Institute* en Koltsovo, cerca de Novosibirsk, y ya entonces, aunque veladamente debido a la presión de la KGB, había expresado su temor al posible caos que podía derivarse de la relajación del control por parte de las autoridades soviéticas. La incertidumbre era mayúscula en el país en aquella época, con golpes de estado, independencia de repúblicas no preparadas para el autogobierno y la fuga de cerebros hacia Occidente.

La entrevista se centró, fundamentalmente, en dos aspectos: el primero, los avances que la Unión Soviética había hecho en términos de armas biológicas (especialidad del doctor Borotschnoi) y, el segundo, en el tráfico de estas armas fuera del país a raíz de la pérdida de poder de los militares tras el golpe de estado de 1991.

[...] Para poner las cosas en perspectiva, pues, creo necesario retroceder un poco en el tiempo.

Cuando la Organización Mundial de la Salud declaró erradicada la viruela, en 1980, se decidió conservar algunas cepas del virus *Variola maior*. En concreto, la OMS transfirió todas las cepas que no habían sido destruidas a dos laboratorios certificados con estándares BSL-4 (máximo nivel de seguridad biológica): el *Center for Disease Control and Prevention* (CDC), en Atlanta, y el *Vector Institute* en Koltsovo.

Tanto el Reino Unido como los Estados Unidos sospechamos siempre que *Vector* era un centro de investigación para la guerra biológica, y presionamos tanto como pudimos para que nos dejaran inspeccionar el laboratorio. Gorbachev accedió en 1991, pero la realidad es que pudimos averiguar muy poco, y que, ante nuestra insistencia, acabamos siendo expulsados de Koltsovo. Si no llega a ser por la defección de Semyon Borotschnoi, todavía permaneceríamos a oscuras en lo que respecta a los avances soviéticos en este tipo de armas.

[...] Volviendo a la entrevista, en 1992, lo primero que quise averiguar era hasta donde

habían llegado los soviéticos en sus investigaciones para hacer de los virus armas de destrucción masiva.

[...] El doctor Borotschnoi me confirmó que los estudios, en los últimos años, se habían centrado en el virus de la viruela.

En general, hay tres tipos de enfermedad causada por el virus llamado *Variola maior*: viruela ordinaria (la más común, con una tasa de mortalidad en pacientes no vacunados de alrededor del 60%), viruela maligna (más común en niños, y con una mortalidad cercana al 99%) y la viruela hemorrágica (la más rara y más mortífera).

En *Vector*, virólogos de elite habían logrado modificar genéticamente el virus para que provocara habitualmente, en un 90% de los casos, esta última variante de la enfermedad. Este virus, que oficiosamente se llama la "variante rusa", es tan contagioso y mortífero que una breve exposición a cualquier fuente de infección es garantía de muerte casi segura.

Por otro lado, expertos en balística habían estado estudiando cómo enviar el virus a grandes distancias, de modo que fuera efectivo como arma de destrucción masiva. En el momento en que Semyon Borotschnoi salió de allí hacia Occidente, los resultados aún eran decepcionantes: los virus se abrasaban en los misiles, y, incluso las cabezas balísticas refrigeradas que habían preparado los soviéticos no aseguraban que el *Variola maior* llegara activo al destino, o, cuando menos, con suficiente capacidad infecciosa.

Por lo que sabemos a día de hoy, no se ha avanzado mucho en este sentido, para suerte y tranquilidad de todos. El virus es aún poco resistente cuando es disparado con misil a largas distancias. El drástico recorte presupuestario que ha sufrido el programa *Biopreparat* —programa comenzado bajo Leonid Breznev para experimentar con armas biológicas— y la fuga de cerebros hacia Occidente me hacen pensar que todavía no se ha encontrado la manera de infectar poblaciones a gran escala.

Sin embargo, a finales de los años ochenta se había abierto una vía de investigación en *Vector* que consistía en difundir los virus a través de aerosoles, método que parece ser mucho más eficaz, pues el virus conserva su poder de infección una vez difundido.

Estamos completamente a oscuras en lo que respecta a este asunto. Al doctor Borortschnoi no le constaba que se hubieran hecho demasiados avances por esta vía. Pero como se trata de un método de difusión mucho más barato que la alternativa de los misiles, a mí siempre me ha preocupado más, pues si se consigue que la tecnología funcione, la posibilidad de que cualquier grupo terrorista, por minúsculo que sea, pueda utilizar el virus de la *Variola maior* como arma letal crece exponencialmente.

[...] La segunda parte de la entrevista giró en torno al entonces incipiente tráfico de armas no convencionales, provocado por el vacío de poder en Rusia una vez

desaparecida la URSS.

[...] Tenemos constancia de que uno de los personajes más interesados en adquirir este tipo de armas fue Saddam Hussein durante la Primera Guerra del Golfo, para utilizarlas contra las tropas aliadas. El doctor Borotschnoi afirmaba que había habido contactos entre los iraquíes y militares cercanos a *Vector*, pero no sabía si se había llegado a concretar nada.

La CIA y el SIS, por otra parte, pudieron confirmar una compra-venta de armas biológicas o químicas llevada a cabo en Aktau, una ciudad a orillas del Caspio de la actual república de Kazajistán, entre militares rusos y agentes iraquíes.

[...] Partiendo de este hecho, y teniendo en cuenta los temores que expreso en este informe, aconsejé y apoyé la invasión de Irak.

[...] A pesar del bloqueo económico al que se había sometido a su país, Saddam Hussein habría tenido una década para preparar estas armas biológicas, sobre todo si también adquirió la tecnología para difundir el virus mediante aerosoles. Creo que es fundamental que las diferentes cepas del virus vuelvan a estar controladas y custodiadas con la máxima seguridad, y tenía la esperanza de que una rápida victoria aliada permitiría recuperar las cepas del virus en poder de los iraquíes.

Todo lo que he hecho durante los últimos años de mi vida profesional ha tenido como objetivo evitar que peligrosos componentes bioquímicos cayeran en manos de grupos terroristas o de estados dictatoriales. Me desplazé hasta Tikrit convencido de que me mostrarían, por fin, las cepas de *Variola maior* requisadas a Saddam Hussein.

En lugar de ello, como es sabido, montaron una esperpéntica comedia con inocuos camiones para hinchar con hidrógeno globos aerostáticos.

[...] La experiencia de las inspecciones me frustró profundamente, y me decidió a investigar por mi cuenta. He sido capaz de averiguar, desde entonces, que la CIA se apropió, en plena invasión y en un laboratorio secreto del centro de Bagdad, de unas misteriosas botellitas que, a día de hoy, no han aparecido por ninguna parte. En cambio, tanto la CIA como el gobierno estadounidense han preferido pasar por incompetentes ante la opinión mundial antes de desvelar el hallazgo.

[...] En virtud de todo lo que acabo de exponer, quiero declarar lo siguiente:

Estoy convencido de que Saddam Hussein adquirió muestras del virus *Variola maior* modificado genéticamente por los científicos soviéticos en 1991 en Aktau, actual Kazajistán.

Sospecho que los científicos iraquíes han estado trabajando desde la Primera Guerra del Golfo en encontrar la manera de convertir estos virus en armas de destrucción masiva.

Sospecho que no han llegado a conseguirlo, en buena parte gracias al estrangulamiento económico propiciado por el embargo.

Sospecho, con convicción y fundamento, que la CIA localizó y obtuvo los virus en el centro de Bagdad el pasado mes de abril.

Sé que no han hecho público el hallazgo, fuera lo que fuese, por razones que desconozco.

Por todo ello, quiero pedir a la Agencia de Inspecciones Militares de las Naciones Unidas que exijan formalmente al gobierno de los Estados Unidos de América que desvele exactamente qué es lo que encontraron en Bagdad, y que declare por qué lo han mantenido en secreto cuando, si se demuestra que se trata de los virus, el hallazgo hubiera justificado, por sí mismo, la invasión.

Tabitha Cowan envió el documento a imprimir. Su cabeza hervía de excitación; ¡aquellos escritos, para una periodista de investigación, eran una mina de oro! Para empezar, Damian Harper había modificado todo o parte de ese documento en sus últimas veinticuatro horas de vida, y nada en el tono o contenido indicaban que tuviera pensamientos suicidas. Más bien al contrario: se le veía dispuesto a hacer frente a quien fuera para averiguar si la CIA le había estado engañando.

Era cierto, por otra parte, que el documento no proporcionaba ninguna pista sobre ningún hallazgo lo suficientemente grave como para provocar que alguien le asesinara. Si realmente era cierto que la CIA había encontrado los virus en Bagdad, a la propia Tabitha se le ocurrían mil razones plausibles por las cuales podrían preferir mantenerlo en secreto. Conociendo a la agencia, no era de extrañar que quisieran jugar a espías como en los tiempos de la Guerra Fría.

Ahora bien, si de verdad Saddam Hussein había tenido armas biológicas tan terribles como los virus que describía el doctor, ¿por qué no hacerlo público? Esto daría sentido a una invasión que muchos seguían considerando ilegal. ¿Por qué no mostrar al mundo hasta donde era capaz de llegar el tirano?

Cowan tomó una decisión mientras recogía las hojas de la impresora: iría a Nueva York, como Damian Harper tenía previsto hacer, y hablaría con Christian Haage en la sede de la ONU. Y, aún más, haría valer los contactos y la influencia de su diario para conseguir hablar con el director de la CIA.

Tenía la intención de llegar al fondo de aquel asunto, y de forzar a la Agencia a desvelar si habían descubierto algo en Bagdad que justificara la invasión o eran tan incompetentes como parecían.

Julio 2003

Barcelona (España)

Jaume Quintero aguardaba desde hacía casi veinte minutos, alargando el café con leche para no tener que pedir otro, mirando la puerta de soslayo a cada momento. Odiaba esperar. No podía soportar que la gente no fuera puntual. Además, siempre que estaba en un lugar público demasiado tiempo, se ponía nervioso. Sólo había aceptado la cita porque Esther le había dicho que era muy importante, que no le molestaría nunca más si él así lo quería, pero que le concediera al menos ese día.

Llegó al filo de la una y media. Hacía ya casi un par de años que no la veía. Seguía conservando aquella extraña belleza, un tanto andrógina y estilizada, que tanto le había fascinado la primera vez que la conoció. Era bastante alta, morena de pelo rizado y piel muy blanca. Tenía los ojos azules, de un tono más nórdico que mediterráneo, ojos que podían ser fríos como el hielo cuando la pasión se apagaba. Los pómulos algo prominentes y la nariz acabada en punta le daban un aspecto agresivo. El conjunto, sin embargo, era muy atractivo, y ella era muy consciente de ello. Normalmente tenía un porte erguido, siempre muy tiesa, altiva, orgullosa de su figura. Ahora llevaba un abrigo ligero de color negro, una blusa, vaqueros y botas de media caña, todo muy funcional y urbano. Pero Jaume recordaría siempre aquel sencillo vestido negro de amplio escote posterior que una nochevieja le cautivó.

Ahora, sin embargo, la torpe entrada de Esther en el bar le llamó la atención. Venía empujando un cochecito de bebé y se estaba haciendo un lío con la puerta. Un camarero la ayudó antes de que él pudiera reaccionar. Se la veía alterada mientras escudriñaba entre la clientela del local para localizar a Jaume. Una vez lo hizo, se quedó mirándole unos segundos con una expresión indescriptible en los ojos, mezcla de incertidumbre y nervios, pero también con una chispa de alegría y añoranza de tiempos pasados.

Jaume hizo ademán de levantarse sin quitarle los ojos de encima, pero no terminó el gesto. Ella reaccionó y dejó el cochecito al lado de la mesa, incomodando a los oficinistas que comían en la mesa de al lado al obligarles a mover sus sillas, y se sentó delante de su ex-amante.

—Estás igual —le dijo ella al cabo de unos segundos.

Su voz temblaba ligeramente, pero seguía siendo fuerte y decidida.

—Tú estás más guapa —respondió él, sorprendiéndose a sí mismo. No solía prodigarse

en halagos.

Era cierto que la veía mejorada. Quizás eran sus mejillas acaloradas, quizá el hecho de haber ganado algo de peso y no estar tan delgada, o cierto brillo en sus ojos.

Su breve e intensa relación había durado poco más de un año. El carácter reservado y clandestino que, debido a su trabajo, Jaume se veía obligado a mantener eran motivo constante de enojo para Esther, que acabó convencida de que le ponía los cuernos con otra.

Un día, en la etapa final del romance, la chica había conseguido que le acompañase a visitar a su psicólogo, ya que ella creía que todas sus manías y obsesiones —la pulcritud extrema, la seguridad, el hecho de que se depilaba a menudo, los sobresaltos cuando recibían una visita inesperada— eran fruto de una condición patológica que había que aflorar y tratar. Estaba segura de que durante su infancia Jaume habría sufrido algún tipo de trauma que ahora habría que descubrir. Ella confiaba mucho en estos tratamientos.

La gota que colmó el vaso fue cuando Jaume amenazó de muerte al psicólogo, el cual le diagnosticó, entonces, manía persecutoria esquizoide y le dio el teléfono de un reconocido psiquiatra.

Esther le acusó de no desear que las cosas funcionaran entre ellos y de ser un egoísta que no quería compartir nada con ella.

—¡Si no sé ni a qué te dedicas! —le había reprochado, entre lágrimas—. Cualquier pareja habla del trabajo al llegar a casa. Y tú... Tú te pasas el día encerrado en tu casa, te vas de viaje sin avisar, no me dices nunca dónde pasas las noches cuando no estás conmigo... ¡Estoy harta!

Le había tildado de extraterrestre y se había ido dando un fuerte portazo.

Aquella había sido la última vez que Quintero la había visto. Ni siquiera había pasado a recoger las poquísimas cosas que Jaume le dejaba tener en su apartamento del barrio de Gracia: un cepillo de dientes, una toalla, algún libro y un par de CDs de los Rolling Stones.

Ahora la miraba un poco desconcertado. En general, le desagradaban las situaciones que él no controlaba. No sabía por qué la chica quería verle ahora, después de dos años. Por si acaso, llevaba en una bolsita los discos de los Stones.

El camarero se acercó y ella pidió un té con limón, con un cubito para enfriarlo.

En la sillita, la niña —a la que Jaume identificó como tal por unos minúsculos pendientes de perla— se había despertado. Se incorporó, abriendo los ojos, azules como los de Esther, y miró, muy seria, a Quintero.

—Se llama Aina —informó Esther, viendo que Jaume la miraba.

Éste hizo un simple gesto de asentimiento para darse por enterado.

Después de unos instantes más de silencio, Quintero miró instintivamente a su reloj. Esther se dio cuenta.

—No te haré perder mucho tiempo... —comenzó, dubitativa.

—No, ningún problema —dijo él, visiblemente incómodo.

El camarero trajo la taza con un cubito y la jarrita metálica con la infusión.

—Hace un año y medio que estoy dudando si... —siguió ella, mientras se servía el té distraídamente—. Durante el embarazo, tenía claro que...

Se interrumpió de nuevo. No sabía muy bien por dónde empezar.

Quintero no comprendía nada.

—Jaume —dijo ella, de pronto, tomando por fin una decisión. Dejó la jarra y le asió la mano—. Creo que, de todos modos, tienes derecho a saberlo. Quiero que sepas que no pido nada, que no quiero exigirte ni tiempo ni dinero, ¿vale? ¡Que quede bien claro!

Un sudor frío comenzó a brotar de los poros de la piel de Quintero. Antes incluso de ser consciente de hacia dónde derivaba la conversación, algo en su instinto comenzó a reaccionar.

—Jaume —repitió ella—. Aina... es tu hija.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Lo que llevaba meses planeando decirle, entre dudas y angustias, un día sí, otro no, ahora ya lo había soltado. Miró a su antiguo compañero, aquel de quien un día creyó estar enamorada. Le vio contemplar a la niña con los ojos muy abiertos. Percibió en él ese desasosiego que solía preceder uno de sus ataques de migraña, y temió que fuera a hacer alguna tontería en público.

—¿Has... has oído lo que te he dicho?

Él asintió con la cabeza sin pronunciar palabra y ensayó una sonrisa. Por culpa de los nervios, esbozó una mueca indescifrable.

La niña, en la sillita, estalló de repente en una risa contagiosa, mirando fijamente a su padre. Con la espontaneidad propia de una personita de su corta edad, soltó un musical "hola", seguido de una serie de sílabas inconexas e incomprensibles.

Quintero sentía unas ganas locas de salir de aquella cafetería. Sólo con un enorme esfuerzo de autocontrol pudo impedir que sus piernas echaran a correr.

—Te decía que, durante el embarazo... —continuó, tentativamente, Esther—, tenía claro que quería tener a la niña y que la criaría yo sola. Tomé la decisión de no decirte nada. No quería ser una carga... Estaba enfadada contigo, sí, pero tengo que reconocer que... que me hizo mucha ilusión saber que tenía... una criatura tuya en el vientre.

—¿Seguro... que es mío, no? Mía, quiero decir...

Esther volvió a ponerle la mano encima de la suya y sonrió comprensiva.

—No seas burro. Hace dos años y cuatro meses sólo había un hombre en mi vida. O es

tuyo o el Espíritu Santo tiene un sentido del humor un poco especial.

Jaume permaneció unos eternos segundos en silencio. Miraba a la niña, no a la madre, y sentía como la sensación de pánico subía y bajaba por su espinazo como si fuera una ola. Su mente analítica evaluaba la situación con frialdad; su instinto, en cambio, le ordenaba huir a toda prisa.

Unas horas más tarde estaba sentado en el sofá del salón de su casa, contemplando el mar Mediterráneo por la ventana con un vaso de Perrier con hielo en la mano. Esta vez, la migraña había sido muy fuerte.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué le había trastornado tanto conocer la existencia de su hija?

Quintero se jactaba de ser frío y duro como un témpano. Por eso estaba tan bien dotado para su trabajo. Había conocido profesionales de su ramo que acabaron muertos o en la cárcel por haber dejado que los sentimientos o los escrúpulos interfiriesen en su razón. Él no era así: siempre tomaba la decisión más racional, fueran cuales fuesen las circunstancias. Por eso nunca le habían atrapado.

Entonces, ¿por qué desde hacía un tiempo sufría aquellos dolores de cabeza? ¿Por qué se hacía preguntas estúpidas después de cada misión?

Sin saber por qué, le vino a la cabeza la operación “Gustav”, el séptimo trabajo del año 2002. Había sido la primera vez en muchos años en que la víctima era una mujer.

Tras el nombre “Gustav” se ocultaba el encargo de eliminar a la propietaria búlgara de una red de prostíbulos en el Maresme que extorsionaba a clientes importantes con fotografías y vídeos grabados mientras gozaban de los servicios de alguna de las prostitutas. La mujer dirigía una mafia que captaba chicas en Europa del Este y las llevaba a España con falsas promesas para prostituirlas y mantenerlas, de hecho, cautivas como esclavas. Era un mal bicho, un ser infame que había llevado las cosas demasiado lejos, hasta provocar que uno de los clientes a los que chantajeaba decidiera deshacerse de ella. Y por esa razón, aunque esto no entraba en la consideración de Jaume a la hora de llevar a cabo una misión, estaba convencido de que el mundo estaría mejor sin ese odioso personaje.

Pero ahora, de repente, no podía recordar la ejecución sin sentir violentas arcadas. Veía una y otra vez los ojos suplicantes de la víctima, arrodillada en el suelo, justo antes de que él apretara el gatillo. Por primera vez en su vida, había dudado una fracción de segundo. Aquellos intensísimos ojos azules femeninos, no exentos de una cierta belleza, habían hecho surgir en sus entrañas sensaciones desconocidas.

¿Era debido a que la víctima era una mujer? ¿Era, quizás, porque los ojos azules le habían recordado a Esther, con quien había mantenido una cálida relación hasta apenas unos meses antes?

Haciendo sonar los cubitos en el vaso de Perrier, Quintero se enfadó consigo mismo. «Me estoy ablandando», pensó, furioso.

Se levantó, ya recuperado de la migraña, y decidió olvidar su hija Aina para siempre.

—¿Con qué derecho pretende esa zorra imponerme ahora una hija? —gritó, alzando mucho la voz—. ¡Que se vaya a la mierda!

Subió al piso superior a escuchar música y a organizar sus finanzas. Necesitaba llamar a Andorra, porque alguno de sus fondos de inversión no acababa de funcionar adecuadamente. Después se aseguraría que la transferencia a Suiza había llegado ya.

Una hora después, bajó de nuevo al salón. Dio un par de vueltas por el comedor y la cocina, ensimismado, y finalmente cogió el teléfono para llamar a Esther.

—Me gustaría... —dijo, después de un par de frases de cortesía—. Me gustaría volver a ver a Aina.

Julio 2003

París (Francia)

Claire, la eficiente aunque arisca secretaria de Tabitha Cowan, tuvo bastantes problemas para conseguirle un billete a Nueva York en el *Concorde* desde París. Desde que se anunció que a finales de 2003 se suspenderían los vuelos del avión supersónico, iban todos siempre llenos. Finalmente, llamando aquí y allá, pudo reservarle una plaza para el que salía el lunes por la mañana.

Aquel domingo por la tarde, Tabitha fue a la casa de Louis, un pequeño apartamento cerca de Montmartre que olía siempre a caldo —y a otras cosas que prefería no identificar—. El informático vivía en el último piso, y en el edificio no había ascensor, por lo que casi nunca salía de casa. Era un eremita urbano, como le gustaba decir.

Llamó a la puerta, y, como de costumbre, oyó a Louis gritar a quien fuera que pasara. Siempre dejaba la puerta abierta para no tener que levantarse para abrirla a las escasas visitas que recibía, básicamente algún cliente y una mujer peruana que iba dos veces a la semana a fregar, hacerle la colada y llevarle la compra del supermercado.

—Ah, buenos días, chiquilla —saludó él.

—Buenos días, Louis.

No le agradaba mucho que la llamara “chiquilla”. Lo encontraba condescendiente y machista. Pero ahora no quería ponerse suspicaz, sino obtener lo que Louis le había asegurado que tenía.

—¿Me lo has grabado? —preguntó, sin más preámbulos.

—Sí, aquí lo tienes —contestó el informático, dándole un disco compacto—. No es gran cosa, ya lo verás. Y sólo del *Inbox*, como ya te advertí. Los mensajes que él envió no los tenemos.

—No te ha costado mucho *crackearlo*.

Tabitha quería adularle un poco; a personas como él convenía tenerlas contentas. A menudo le necesitaba, de una manera u otra, y, aunque no le caía muy bien, había que reconocer que era bueno en su oficio y sabía ser discreto.

Louis, satisfecho, se reclinó sobre el respaldo del asiento y colocó las manos en la nuca. Sus axilas apestaban por falta de higiene; Cowan tuvo que hacer un esfuerzo para no arrugar la nariz.

—Debo reconocerte que me lo he pasado muy bien —dijo él—. Estos de Kryptomail

son de mi rollo, y muy buenos. Claro que yo soy un poquito mejor —se rió.

—¿Cuándo te debo, entonces?

—Trescientos, como habíamos quedado. He hecho más horas de las que había previsto, pero te las perdono a cuenta de lo que me he divertido.

Tabitha extrajo de su bolso los seis billetes de cincuenta euros que ya llevaba preparados. Louis sólo aceptaba cobrar en metálico; no quería ni cheques ni transferencias. Para alguien que vivía en un mundo virtual, casi literalmente, este hecho era una manifiesta paradoja. Pero, claro, seguro que no había pagado nunca impuestos, y se preocupaba de mantener su rastro oculto a los ojos de los buitres fiscales.

Después de meter el portátil de Damian Harper en una bolsa de mano, Tabitha se despidió de Louis y tomó un taxi hasta la oficina, situada cerca del centro, justo enfrente de la *Opéra*. Por el camino, aprovechando los eternos embotellamientos parisinos, introdujo el disco en su ordenador portátil y comenzó a estudiar lo que contenía.

No había más que una veintena de mensajes, ninguno de ellos con documentos adjuntos. Se sintió un poco decepcionada por tan poca cosa. Fue mirándolos uno a uno.

Los primeros provenían de la dirección Lollypop. Eran básicamente instrucciones sobre cómo contactar con un grupo u organización que respondía a las siglas *SBFO* —tendré que averiguar qué es eso, pensó ella, tomando de ello una nota mental—, y referencias de alguien con el *nick* Candy que se suponía que tenía información valiosa en referencia a las armas iraquíes y las inspecciones de la ONU.

El sexto mensaje, por orden cronológico, era ya por fin de Candy. Entraba decididamente en materia, y era el más jugoso de todos. Candy contaba como descubrió con su patrulla una especie de laboratorio en el sector militar C de la ciudad de Bagdad el pasado mes de abril. Relataba cómo había entrado con dos soldados más en el sótano de un edificio en ruinas y habían detenido a tres civiles iraquíes. Hablaba, además, de cómo habían inspeccionado las instalaciones del sótano, que parecían muy modernas y bien equipadas, casi fuera de lugar en medio de los escombros y la miseria en que se había convertido la capital de Irak a causa de la invasión.

La parte más interesante era la mención de una enorme vitrina de cristal grueso y unas botellitas en su interior. Tabitha se imaginaba al viejo Damian Harper temblando de emoción al leer ese mensaje, pensando, sin duda, que aquellos receptáculos podrían contener el virus que él había buscado durante tantos años, temeroso de que el dictador pudiera usarlo como arma.

Después de un par de *e-mails* más de Candy en que éste respondía, con toda probabilidad, a preguntas de Damian, otro mensaje resultó ser interesante. Candy admitió —y se notaba en la redacción que lo hacía con cierta prevención— que había

vuelto al laboratorio por su cuenta esa misma noche, y que cuando entró descubrió que las probetas que ella había visto unas horas antes ya no estaban. Aseguraba que si había vuelto era porque después de detener a los sospechosos iraquíes, la CIA había aparecido en escena y se había hecho cargo de la situación, entrando sus agentes en el edificio equipados como para ir a la luna y saliendo sin dar más explicaciones.

Candy advertía que no estaba acusando a nadie de nada, que no quería sacar conclusiones y que su trabajo era obedecer a los superiores y servir a su país.

Pero Tabitha sabía que, al leer aquello, el doctor Harper habría pensado inmediatamente en que la CIA se había apoderado de las botellitas, fuera lo que fuese lo que contuvieran, y comprendió su frustración y rabia al comprobar que, durante las inspecciones en Tikrit, no se las habían mostrado.

—Interesante —murmuró para sí, con una sonrisa.

—¿Perdone? —preguntó el taxista.

—¡Oh! Nada, disculpe. Hablaba sola.

Su alma de periodista hervía de excitación. Tenía ganas de estar ya en Nueva York para hablar con el jefe de Damian Harper en la ONU y conseguir una entrevista con la CIA para confrontar con ellos lo que sabía, a ver qué explicaciones le daban. Ya se imaginaba un artículo de primera página en el New York Times titulado "La CIA encuentra las *WMD* y las esconde".

Para llegar a ello, sin embargo, necesitaba investigar mucho más, y, sobre todo, conseguir alguna prueba en firme. Si no, la Agencia la demandaría por difamación, y sabía que tendría problemas para defender las tesis de Harper en un juicio a no ser que tuviera algún indicio sólido. Candy era, pues, fundamental en ese asunto. Sólo Candy podía atestiguar que la CIA se había llevado algo de un laboratorio sofisticado del centro de Bagdad.

Debería averiguar quién era Candy.

Cuando llegó a la oficina para recoger una carpeta con documentos que había preparado para Nueva York, decidió escribir un nuevo mensaje por Kryptomail para Lollypop, que parecía ser el enlace entre el doctor Harper y el tal Candy. En el primer mensaje no le había respondido nadie, pero era de esperar.

Fuera quien fuese Lollypop sabía que tenía que actuar con prudencia, y más después de la muerte inesperada de Damian.

Esta vez le explicaba que Felixthecat le había llamado el día antes de su desaparición, y revelaba su identidad especificando que era periodista del New York Times. Le decía, además, que sabía lo que había descubierto Candy, y que le interesaba que se hiciera público. Por último, le dijo que los próximos días estaría en Nueva York, en el hotel Four

Seasons, por si querían contactar con ella. Supuso que todas estas informaciones despertarían la curiosidad de Lollypop; ¡aunque también era posible que la considerara una espía!

Antes de volverse a casa, decidió dejar el portátil de Harper en un armario de su despacho cerrado con llave. Ya había visto que no contenía nada de demasiada importancia, aparte de los archivos llamados *The Iraqi Files*, pero quería tenerlo en lugar seguro para hacerlo llegar, cuando conviniese, a las personas adecuadas como prueba de lo que empezaba a investigar.

En su apartamento de Neuilly-sur-Seine se encontró a Marie, la dulce y hermosa diseñadora de jardines con quien mantenía la primera relación más o menos estable desde su ruptura con Michael.

—¡*Cherie!* —exclamó la chica con franca alegría.

Se abrazaron después de darse un breve pero cálido beso en los labios. Marie acababa de volver de un viaje a Italia; hacía dos semanas que no se veían y había pensado dar una sorpresa a su amante.

Pero Tabitha no tenía tiempo para momentos íntimos. Aunque siempre le relajaba su presencia y gozaba de las nuevas sensaciones que le proporcionaba dormir con ella, le pidió que la dejara sola, que aquella noche tenía mucho trabajo, y que al día siguiente tenía que irse con urgencia a Nueva York.

—Debes estar muy estresada, *chérie* —dijo Marie, comprensiva, después de mirarla unos segundos a los ojos—. No te preocupes. Me irá bien relajarme un poco y deshacer la maleta, que todavía no lo he hecho.

Eso era lo mejor de Marie: nunca se enfadaba por nada. Decepcionada, pero complaciente, se fue del apartamento después de arrancarle la promesa de una cena romántica en cuanto volviera.

Cuando se hubo ido, la periodista se dispuso a pasar la noche estudiando los documentos de Damian Harper. Quería ir bien preparada a la reunión con Christian Haage, el jefe de la Agencia de Inspecciones Militares de las Naciones Unidas. Su secretaria le había conseguido una entrevista con él para el mismo lunes por la mañana, oficialmente para hablar de las inspecciones fallidas en Irak. Haage había estado en Londres ese mismo día en el funeral del doctor Harper, pero Tabitha había preferido no volver todavía al Reino Unido, pues había leído en los periódicos, en una nota al final de algún pie de página, que el ordenador personal del difunto había desaparecido. No quería arriesgarse a ser interrogada. Sólo sería necesario un mínimo de reflexión para que a Evelyn Harper se le ocurriera que ella era la única persona que se lo podía haber llevado.

Julio 2003

Nueva York, NY (EE UU)

El *Concorde* era una maravilla. Para alguien que necesitaba cruzar el Atlántico casi cada semana, su desaparición ya prevista supondría una pequeña desgracia. Debería volver a los vuelos subsónicos de seis o siete horas por viaje.

El aterrizaje era siempre una experiencia; el avión se ponía casi vertical, o eso parecía desde dentro, y bajaba muy lentamente hasta tomar tierra de forma sorprendentemente suave en la pista. Añoraría aquellos viejos aparatos una vez los retiraran.

Lo primero que hizo fue ir a la redacción del New York Times a hablar con Bob Grimaldi, jefe de corresponsales y su responsable directo. El viernes por la tarde, cuando le había avisado que iría a Nueva York y que necesitaba su ayuda para entrevistar al director de la CIA, Grimaldi se había mostrado un poco extrañado. Le había dicho que tenía que hablar con ella, que se pasara en cuanto pudiera por la redacción, y no había mostrado mucho interés en averiguar por qué quería ir a la Agencia.

—Buenos días, Jenny —saludó Cowan a la secretaria de su jefe—. ¿Está en su despacho?

La mujer respondió afirmativamente, añadiendo que la estaba esperando.

Tabitha entró en la oficina de Grimaldi. Era una estancia estrecha pero muy luminosa, con una vista envidiable sobre la Quinta Avenida y, al fondo, Central Park. Estaba alfombrada, y Bob tenía la costumbre, cuando estaba sentado en el escritorio, de quitarse distraídamente los zapatos. Tabitha había querido tener moqueta en sus oficinas de París debido en parte al deseo de emular el despacho de quien había sido su mentor en el periódico, cuya moqueta siempre le había gustado. Recordó con una fugaz sonrisa cómo se había escandalizado aquel decorador francés cuando ella se lo había exigido.

Bob Grimaldi conversaba a grandes voces por teléfono, y, al verla, le hizo una señal para que entrara. Sin dejar de hablar, gesticuló para indicar que se sirviera un café. Ella lo hizo. La cafetera todavía estaba llena a esa hora, y el café, aunque aguado como la mayoría de los cafés americanos, le iría bien para sacudirse un poco el sueño, ya que la noche anterior apenas había pegado ojo.

Unos minutos después, mientras ella se sentaba en una de las sillas de visita sorbiendo el tibio café, Bob se despidió de su interlocutor y colgó el teléfono. Era un hombre alto, de anchos hombros, bigote bien recortado y el pelo peinado con raya a la izquierda. Era

de talante simpático, y hablaba alzando demasiado la voz, como solía ser costumbre en muchos americanos. A Tabitha le caía bien, una vez descontada la arrogancia un tanto machista con la que trataba a la gente.

—Tabby, ¿qué tal estás? Buenos días, lo primero. ¿Qué tal el viaje?

—Buenos días, Bob. Bien, como siempre. Una lástima que retiren los *Concorde*.

—¿Eh? Ah, sí, una lástima, una lástima.

Grimaldi parecía ausente, o quizás algo incómodo.

—Estoy contento de que hayas venido, porque precisamente quería hablarte de ciertas cosas... Más vale cara a cara, ya me entiendes.

No, Tabitha no entendía.

—Bueno, ya me dirás. ¿Pero qué hay de lo de Hoffa? —preguntó ella, un poco impaciente por la actitud de Bob, que normalmente era mucho más directo y no gastaba preámbulos.

Floyd R. Hoffa era el todopoderoso director general de la CIA, un hombre ya veterano a quien habían reclamado cuando ya se quería jubilar para enderezar la organización, después de que los errores a la hora de prevenir los atentados de las Torres Gemelas hubieran causado un daño casi irreparable al prestigio de la Agencia. Tabitha sabía que si quería entrevistarle para confrontar con él las sospechas de Damian Harper sobre el papel de la CIA en Irak, tenía que confiar en que algún poderoso directivo del New York Times moviera algunos hilos. Ella sola, por su cuenta, no conseguiría nunca que Hoffa la recibiera. Era mítico el odio que los agentes sentían por los periodistas fisgones. Y también lógico: la CIA vivía de los secretos, de la información no compartida, mientras que la labor de los periodistas era, precisamente, divulgar información. Intereses contrapuestos, decían algunos.

—De eso te quería hablar también, Tabby —contestó él—. Verás, tú sabes que yo siempre he creído en ti, que cuando te fiché había más de uno que me miraba con escepticismo. Ya sabes, poca experiencia, europea...

—Mujer... —añadió ella, empezando a mosquearse.

¿A qué venía todo aquello? ¿Qué estaba pasando?

Grimaldi emitió una risita breve y nerviosa.

—Sí, es cierto, todavía hay mucho machismo en el gremio, ya lo sabes...

Tabitha se estaba impacientando. Dejó la taza de café sobre la mesa redonda que Bob usaba para reuniones breves. ¿A dónde quería ir a parar?

Sin embargo, antes de que Bob Grimaldi siguiera hablando, un momentáneo dolor de estómago le provocó un ligero pánico. Desde que la contrataron, hacía tres años, para trabajar en uno de los diarios más prestigiosos y leídos del mundo a cambio de un sueldo

estratosférico, la chica había tenido siempre, en un rincón de su mente, la molesta sensación de ser un fraude, de no merecer lo que cobraba por hacer un trabajo que, en su opinión, podía hacer cualquiera. Hasta ese momento había conseguido transformar este sentimiento de inseguridad en un esfuerzo brutal y en un montón de horas extra dedicadas al trabajo. Tabitha había querido volcarse plenamente en su tarea periodística para alejar los fantasmas del fracaso, el miedo a no estar a la altura del salario y el estatus que le habían otorgado.

Esta dedicación casi exclusiva había repercutido en su vida privada. A los treinta y cuatro años, tenía tras de sí un puñado de rancias historias frustradas de amor y de sexo. Un año después de haber empezado a trabajar para el New York Times llegó la desagradable ruptura con Michael, un financiero de la City de Londres de quien llegó a creer que estaba enamorada. Tanto le afectó el fracaso sentimental que decidió irse a vivir a París.

Allí conoció a Marie, pero aquella nueva historia no tenía nada que ver con el amor, y sí, más bien, con una especie de *entente* entre dos almas solitarias que pasaban ratos muy agradables juntas sin pensar jamás en el futuro.

Ahora, mientras Bob Grimaldi reunía en su cabeza las palabras para expresar lo que quería decirle, estos miedos e inseguridades volvieron a primer plano. «¿He fracasado? —se preguntaba Tabitha—. ¿Han descubierto ya que no merezco el sueldo que cobro?».

—Tabby, creo que... es decir, en el periódico hay quien dice que...

—Bob, ve al grano. ¿Qué está pasando?

—En fin, Tabby, que últimamente no estás aportando a la redacción todo lo que se esperaba de ti.

—¿Ah, no? ¿Y qué se esperaba de mí, Bob?

La impaciencia, la frustración y la inseguridad que sentía en ese momento le pusieron de mal humor, casi sin darse cuenta de ello. Y cuando se ponía así, solía ser arisca y antipática, una persona desagradable. Algunos lo interpretaban como agresividad, y, en ese mundo de hombres que era el periodismo de elite, lo admiraban como tal. Pero ella sabía, aunque fuera de manera inconsciente, que era una defensa frente a su falta de autoconfianza.

—Se esperaba más, si te soy sincero. Tus artículos han perdido fuerza, no interesan. Te contratamos porque escribías con valentía, de modo irreverente. Cuando veías un cuello descubierto, ¡saltabas a la yugular! Eso era lo que me gustaba de ti. Hace meses que no produces nada de interés.

Este último comentario la hirió en el amor propio, sobre todo porque ella sabía que era cierto, aunque se negaba a reconocerlo ante nadie.

—¿Nada de interés? ¡Soy la única en todo este maldito diario que ha criticado abiertamente la invasión, que ha dicho con todas las palabras que las armas de destrucción masiva no existen ni han existido nunca, que la Administración Bush ha montado esta farsa por intereses económicos! ¡Yo dije que sería un fracaso!

—¡Opiniones, opiniones, opiniones! Lo que quiero son hechos, datos, números, estadísticas, pruebas irrefutables de las armas o de su ausencia. ¡No te pago medio millón al año para que me des tu opinión!

Tabitha retrocedió. A su mal carácter había contestado Grimaldi con un ataque furibundo donde más le dolía. Era cierto que últimamente no había descubierto nada relevante, pero con el lío de la guerra parecía que todas sus fuentes en Oriente Medio se hubieran secado. Ya nadie le ofrecía información, nadie le daba pistas que investigar. Y era cierto que tal vez ella se había acomodado un poco en la rutina parisina. Desde su desagradable experiencia en Afganistán, ya no viajaba por motivos de trabajo más que a Londres y Nueva York.

Tras una pausa, en la que ambos se miraban fijamente, algo avergonzados, como cuando dos adolescentes se han dado el primer beso sin querer, Tabitha Cowan suspiró con cierta tristeza.

—¿Quién te está presionando, Bob? —preguntó con voz bastante más baja y cansada.

—Esto no es importante, Tabby. Soy yo quien te presiona a ti. Lo tenía que haber hecho hace muchos meses, cuando empecé a notar que bajabas el ritmo. Y la cuestión que nos queda por aclarar ahora es... ¿qué debemos hacer?

—¿Me estás echando?

Bob Grimaldi rió sin alegría.

—No, Tabby, no. Eso sería un fracaso personal mío, y todavía creo en ti. Lo que quiero es dedicarte a temas más productivos. Y ya que estás en Europa, quiero que te olvides de Oriente Medio, de Irak y de las jodidas *WMD* y te centres en destapar escándalos locales.

A Tabitha se le erizaron los cabellos de la nuca. ¡Quería retirarla de su tema estrella, justamente ahora! Tardó unos instantes en reaccionar. Por nada del mundo habría podido prever que una visita rutinaria a la redacción acabara discurriendo por esos derroteros.

Bob seguía hablando.

—Quiero que trabajes en un asunto que hace tiempo que apesta y sobre el que no hemos hecho nada. Se trata del asunto Krause. Por si necesitas que te refresque la memoria, puesto que veo que me miras con cara de ignorancia, te recordaré que Helmut Krause es ese eurodiputado del que se rumorea que vive a sueldo del *lobby* farmacéutico americano. Hay toda una serie de implicaciones y de líneas de investigación que podrías

seguir: corrupción en las instituciones europeas y compra de votos, venta de medicamentos caducados a ONGs y países africanos con grandes beneficios, leyes redactadas *ad hoc* para la industria, etcétera. Sabrás encontrar el ángulo más jugoso, estoy seguro. Y disfrutarás un montón, si es que queda algo de la reportera incisiva y sin miedo a la que contraté. Quiero que te pongas con ello inmediatamente.

Tabitha no escuchaba. Intentó interrumpirle varias veces, pero no le salían las palabras. ¡Ahora no!, pensaba. ¡Justamente ahora que puedo tener algo interesante, no!

—Bob, espera. Espera un momento. ¡No me quites todavía del tema de Irak, que precisamente por eso he venido a Nueva York! Tengo *leads* muy buenos. ¡Tengo material potencialmente explosivo, te lo prometo!

Era una exageración, pero había que presionar.

—De acuerdo, es cierto: he flojeado un poco últimamente —prosiguió—, y me he liado con mi oposición a una invasión que entorpecía mis investigaciones sobre el tráfico de armas en Oriente Medio y las ex-repúblicas soviéticas. Pero ahora tengo material del bueno, ¡te lo juro!

Bob la escuchaba, pero al tiempo negaba suavemente con la cabeza. Tabitha debía lanzar una bomba, o perdería para siempre el interés de su superior.

—¿Sabes quién fue la última persona a la que llamó Damian Harper antes de morir? —dijo ella, con más ansiedad en la voz de la que hubiera deseado—. ¡Yo!

Tabitha vio una chispa de interés en los ojos de Grimaldi.

—¿El científico británico? —preguntó él.

—Horas antes de su supuesto suicidio, Harper me llamó. Y quería hablarme de algo que no se atrevía a decir por teléfono. ¡Cuando llegué a Inglaterra con el *Eurostar*, ya estaba muerto!

—Lo siento mucho, Tabby, pero ¿qué relación tiene esto con...?

—¿Recuerdas que te he pedido que me consiguieses una entrevista con Floyd R. Hoffa?

—Sí, por supuesto, pero por ahora es imposible...

—Oye, Bob. Negaré habértelo dicho nunca, pero... Tengo el portátil de Harper en mi casa, en París.

Bob Grimaldi arqueó las cejas.

—Tengo en mi poder los documentos en los que estaba trabajando antes de morir, incluidos unos archivos que quería presentar en persona al Jefe de la Agencia de Inspecciones Militares de la ONU, un tal Christian Haage.

El jefe de corresponsales dudaba. La ofensiva de la Tabitha estaba causando efecto.

—No me retires ahora de la investigación, Bob. Ayúdame a averiguar por qué Harper está muerto. ¡Sé que no fue un suicidio! —aventuró, como si estuviese segura—. Dame

tres meses, y si no consigo nada, me lanzo de cabeza al asunto Krause.

Grimaldi parecía valorar lo que le estaba pidiendo la periodista. Muy a su pesar, lo que le decía la chica le había interesado. Permaneció callado un rato.

—¿Qué contienen esos archivos?

Tabitha vio que había vencido, y se permitió relajarse un poquito.

—Cosas interesantes, te lo prometo. Déjame construir mi historia y serás el primero en leerla.

Él seguía pensativo, sin tomar la decisión definitiva.

—¿Quién más sabe todo lo de Harper? ¿Quién conoce esos archivos?

La pregunta pilló por sorpresa a la chica.

—Pues, sinceramente, no lo sé —contestó—. No sé si el viejo doctor contactó con alguien más, pero no lo creo.

Y, viendo que su jefe aún dudaba, siguió presionando:

—Tres meses, Bob. Es todo lo que te pido. Y necesito hablar con la CIA.

—Lo de la CIA es imposible, Tabby. Hoffa no te recibirá.

—Pues con el subdirector. Necesito hablar con alguien importante allí dentro.

Finalmente, Bob Grimaldi cedió a medias.

—No sé si lo que me dices te llevará a ninguna parte o es una cortina de humo. Pero estoy dispuesto a concederte dos meses; sesenta días, ni uno más. Si de aquí al dieciocho de septiembre no has sido capaz de probar nada de interés —y fíjate que pongo énfasis en la palabra “probar”—, te dedicarás a lo que yo te mande. ¿De acuerdo?

—¡Gracias, Bob! —dijo ella con un cierto alivio mal disimulado—. ¿Y lo de la CIA?

—Déjame ver qué puedo hacer, pero no te prometo nada. Ellos dicen que basta con las ruedas de prensa periódicas que ofrecen, y que no están dispuestos a conceder entrevistas privadas. Veré qué puedo hacer —repitió.

Tabitha Cowan le dio las gracias una vez más, se despidió y salió del despacho.

En cuanto llegó a la calle, tuvo que sentarse en un banco. Se sentía mareada. No sabía muy bien qué acababa de pasar. Su autoestima era frágil, siempre lo había sido. Y cuando se ponía en cuestión su valía se sentía vulnerable, desnuda.

Bob nunca le había dado muestras de impaciencia con su trabajo; más bien al contrario, siempre había estado dispuesto a abrirla puertas y defenderla frente a los jefes de redacción, los accionistas o quien hiciera falta. ¿Qué le había pasado? ¿Quién lo estaba presionando? ¿Y por qué?

Tenía un fuerte dolor de cabeza. Había dormido poco últimamente, y temía estar viendo fantasmas donde no los había. El caso es que ahora debería esforzarse mucho para obtener alguna historia coherente e interesante de aquel embrollo. A esas alturas

no sabía si tenía nada en absoluto.

El edificio de la ONU estaba ahora menos lleno de periodistas que al comienzo de la invasión. En las anteriores ocasiones en que Tabitha Cowan había ido allí desde el mes de marzo le resultaba casi imposible acreditarse por las colas que siempre había. Esa vez, sin embargo, el revuelo de aquellos tiempos ya se había apaciguado, el dictador iraquí había huido y parecía que la política de hechos consumados de Occidente terminaría por hacer lícito lo que podía haber sido un acto de agresión ilegal. Y, en consecuencia, la prensa había ido traspasando su foco de atención hacia otros objetivos.

Tabitha mostró su acreditación, pasó por el arco de seguridad y se dirigió hacia los ascensores del fondo de la recepción. Christian Haage tenía la oficina en el undécimo piso, un habitáculo con grandes vistas sobre el East River muy funcional. La periodista había llamado desde París a su secretaria para concertar la entrevista. La cosa había quedado arreglada cuando Tabitha logró que le pasaran directamente con el Jefe de Inspecciones y le había hablado de Damian Harper. Habían quedado en verse aquella mañana a las diez en punto.

Entró en el despacho de la secretaria a las diez menos dos minutos.

—El señor Haage la recibirá de inmediato —dijo la mujer—. Si quiere sentarse un rato, yo la avisaré.

—Gracias.

Diez minutos después, la hicieron pasar al despacho de Haage. Se sentó, a indicación de éste, en una de las dos sillas que había delante del escritorio. La mesa estaba llena de papeles y trastos; apenas se veía el teclado del viejo ordenador que resoplaba cansado a mano derecha del jefe de inspectores.

Entraron en materia casi de inmediato. Christian Haage era un hombre muy ocupado.

—Usted dirá —le dijo.

Tabitha Cowan sacó de la cartera ejecutiva que llevaba una carpeta de color azul cielo que colocó, sin miramientos, sobre los otros papeles que cubrían el escritorio.

—No sé si sabrá, señor Haage, que el doctor Harper era un buen amigo de mi padre.

—¿Ah?

El jefe de inspectores arqueó las cejas sin demasiado interés. No tenía ganas de perder el tiempo con temas personales.

—El día antes de morir...

—¡Qué lástima! —interrumpió Haage—. ¡Qué pérdida más desgraciada! Nunca habría dicho que el viejo Damian fuera a...

—Sí, quién lo iba a decir —asintió ella, sin desvelar todavía sus sospechas. Quería ver cómo respiraba aquel hombre antes de contárselo todo.

—El día antes —repitió la periodista— me llamó para que fuera a verla a Abingdon.

—¿Ah?

—Llegué demasiado tarde. Pero me había dejado en su casa unos documentos —mintió ella, pensando que no era cuestión de delatarse— que he copiado aquí y que creo que las Naciones Unidas deben conocer. De hecho, los archivos iban dirigidos a usted, y sé que el doctor tenía intención de venir a Nueva York a dárselos en mano.

Instintivamente, Christian Haage alargó la mano hacia la carpeta azul. Tabitha se le adelantó.

—Pero antes de entrar en el contenido de los documentos —siguió ella, retirando la carpeta, satisfecha de haber despertado su interés— me gustaría, si no le importa, hacerle algunas preguntas. Al fin y al cabo, estoy aquí como periodista, tal y como le dije por teléfono.

—Sí, sí, por supuesto —respondió él, un poco ofendido—. ¿Y qué quiere saber?

A lo largo de casi media hora, Tabitha Cowan hizo uso de todo su buen hacer profesional y entrevistó a fondo al jefe de la Agencia de Inspecciones Militares. Con preguntas incisivas, manejando la conversación hábilmente, quiso saber por qué la ONU había actuado con tan poca convicción a la hora de frenar lo que ellos mismos decían que era una invasión ilegal; por qué, a pesar de que no había ni rastro de las armas, nadie había declarado que, probablemente, no existían; y, más concretamente, por qué, una vez engañados en Irak, cuando los inspectores se encontraron ante la humillación de tener que revisar unos simples camiones para hinchar globos aerostáticos, nadie había exigido responsabilidades a los Estados Unidos.

Hacia el final del interrogatorio, Christian Haage daba claras muestras de irritación. Él era un simple funcionario de las Naciones Unidas, no un político. No dirigía países ni ejércitos; tan solo intentaba hacer bien su trabajo y trataba de no meterse en líos. En aquellos tiempos tan convulsos, desde los atentados de las Torres Gemelas, todo se había complicado enormemente. De repente, cualquier frase suya o informe de su departamento era utilizado por partidarios y detractores de la guerra como argumento a favor de sus respectivas tesis. Cientos de periodistas le llamaban cada semana para que diera una opinión, afirmara o desmintiera alguna frase. ¡Ya estaba harto!

—¿Qué pensaría si le digo que el doctor Harper sospechaba que la CIA había encontrado las armas de destrucción masiva de Saddam? —preguntó, de pronto, la periodista.

Haage levantó las cejas, mostrándose sorprendido por un breve instante. Tabitha lo

notó, satisfecha.

—Supongo que tendría sus razones para sospecharlo —contestó él, con cautela—. Pero no mencionaba nada en su informe de las inspecciones.

—Porque, según el doctor Harper, la CIA habría querido mantener en secreto el hallazgo.

Una vez más, Tabitha detectó un minúsculo movimiento en los párpados que delataba que el jefe de la agencia de inspecciones militares de la ONU no se esperaba una información semejante. Era evidente que Damian no le había comentado nada, y que esperaba a entregarle el informe donde lo detallaba todo. Eso explicaría el billete de avión a Nueva York a la vez que aumentaba las sospechas de juego sucio en torno a su muerte.

—¿Cree usted que es cierto? —insistió ella, ante el silencio del funcionario.

—¿Qué razón tendrían para no decirlo? La invasión se justificó por el hecho de que los aliados estaban convencidos de que Saddam Hussein tenía las armas. Si realmente la CIA las hubiera encontrado, lo habrían anunciado enseguida.

—Entonces, ¿por qué piensa que no lo han hecho?

—Eso se lo debería preguntar a la CIA, ¿no cree?

—Es lo que haré, al salir de aquí —aseguró ella, con más autoconfianza de la que sentía—, pero me gustaría saber su opinión como experto. Usted declaró que Saddam no había mostrado a los inspectores todo lo que tenía, y que, probablemente, no habría destruido todas las armas que se comprometió a destruir.

Christian Haage estaba ya hasta la coronilla. Los periodistas siempre sacaban sus frases de contexto para meterle en un compromiso. ¡Quería que le dejaran en paz! Él hacía su trabajo, y daba las explicaciones justas que debía dar, en los términos más inocuos posibles. Él no tomaba partido por ningún bando; las Naciones Unidas eran neutrales.

—Mire, señorita. Lo que yo dije y dejé de decir está todo en las hemerotecas y archivos de acceso público. No tengo ninguna intención de comentar nada al respecto porque creo que ya he cumplido con lo que se me pide.

—Pero el doctor Harper creía que...

—¡El doctor Harper está muerto! —interrumpió Haage bruscamente.

Entonces fue el turno de Tabitha de mostrarse sorprendida.

—Señorita Cowan —prosiguió él, recomponiendo la compostura—. No tuve el privilegio de hablar con Harper antes de morir, así que no puedo comentar nada de lo que él sospechaba, creía o afirmaba. Y, en cuanto a la CIA, ¡no me líe! Ellos sabrán lo que hacen con su trabajo. Ahora, por favor, deme los documentos que dice que tiene para mí,

y... No sé cómo decirlo sin que suene impertinente... ¡Déjeme en paz!

Tabitha Cowan permaneció unos segundos callada. Era evidente que Haage se sentía profundamente incómodo. Lo atribuía a su mentalidad funcionarial, a su falta de costumbre de sentirse el centro de atención de la prensa de medio mundo.

Llegó a la conclusión de que no sacaría nada de provecho, que no podría contar con su apoyo para averiguar nada.

Después de darle las copias de los documentos que Harper había titulado *The Iraqi Files*, se despidió y le dio las gracias por su tiempo. Se fue convencida de que Christian Haage, jefe de la Agencia de Inspecciones Militares de las Naciones Unidas, no le ayudaría nunca a presionar a los Estados Unidos para que revelaran si de verdad habían encontrado algo en Irak. Debería encontrar otros medios, y hacerlo ella sola.

—Bob, hola, soy Tabitha —dijo por el teléfono móvil mientras paseaba por Tribeca.

—Ah... Hola Tabby, me pillas en mal momento.

Había llamado directamente al móvil de Grimaldi, aunque él se lo tenía prohibido a los periodistas. Pero había intentado contactar con él cuatro veces durante la mañana, y siempre se había topado con la secretaria que le decía que no le podía atender, que lo probará más tarde.

—Sólo quería preguntarte si pudiste hablar con Hoffa —interrumpió ella.

Eran las dos de la tarde. Cowan acababa de comer en un chino que solía estar frecuentado por bohemios residentes del barrio del sur de Manhattan. Había estado allí alguna vez con Michael, su ex, y le gustaba la atmósfera vibrante, apresurada y eficiente del local. Comió arroz cantonés y pollo *kon-pao*.

—Tabby, olvídale, no te recibirá. He hablado con él esta mañana...

—¿Qué te ha dicho? ¿Le has explicado que era importante?

—Todo es importante en estos jodidos tiempos en los que vivimos. No me ha hecho ni caso.

—¡Bob, tienes que ayudarme! ¡Debo hablar con él! Si no, no tengo nada.

—Eso es lo que me temo, Tabby, que no tengas nada. Mira, escucha, tengo que irme...

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Bob Grimaldi, siempre tan dispuesto a echar una mano, a facilitar el trabajo, se mostraba ahora tan evasivo que no quería ni hablar con ella?

—¡Bob! —gritó ella, enfadada.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado de la línea. Tabitha temió que hubiera colgado.

—¿Bob? —preguntó con voz cautelosa.

—Llama a Porter Milligan, de la Agencia, y dile que vas de mi parte. Es el jefe del Comité de Ética y Buenas Prácticas de la CIA, y buena gente. Quizá él querrá escucharte. Es todo lo que puedo hacer.

—Milligan... ¿Porter Milligan?

—Ahora debo irme, Tabby. Llama a mi secretaria y ella te dará los detalles. Adiós.

—¡Espera, Bob!

Grimaldi había colgado. Tabitha guardó el móvil en su bolso, pensativa. ¿Comité de Buenas Prácticas? ¿Aquello era todo lo que el poderoso Grimaldi del New York Times podía conseguir?

En fin, era mejor que nada. Y, bien mirado, quizá era la mejor manera de entrar en la CIA: a través de la persona que debía fiscalizar su comportamiento.

—Porter Milligan —murmuró para sí misma. No quería olvidar el nombre.

Lo siguiente sería averiguar su teléfono. Llamó una vez más a la secretaria de su superior y consiguió finalmente algo de provecho.

Porter Milligan no tenía ninguna intención de hablar de nada con periodistas, de eso estaba segura. Pero Cowan hizo sus deberes: una simple búsqueda en Google con el wi-fi de la recepción del hotel fue suficiente. Descubrió la noticia de su propio diario en el que se informaba del nombramiento de Milligan como jefe del flamante Comité de Ética y Buenas Prácticas de la CIA, un invento de la administración Bush para limpiar el nombre de la Agencia, tan mancillado a raíz de los atentados de 2001.

Con la excusa de hablar del funcionamiento de este comité, como parte del plan para dar buen nombre a la CIA, Tabitha conseguiría que Milligan la recibiera. Ahora subiría a su habitación, y le llamaría antes de descansar un poquito, porque estaba muerta de sueño.

Como siempre que pasaba alguna noche en Manhattan, que era a menudo, se alojaba en el hotel Four Seasons, donde Claire le había reservado una *Junior Suite*, como de costumbre. En la recepción, cuando se registró, le dieron un sobre marrón que alguien había dejado a su nombre. No llevaba remitente.

Subió a la habitación y abrió el sobre. Contenía documentos fotocopiados sobre un grupo llamado *Stop Blood For Oil* —«¡Ahora ya sé qué es la *SBFO!*», pensó—, e instrucciones para que enviara una carta por correo ordinario a una dirección de Carolina del Norte, adjuntando una fotocopia de su pasaporte. Le pedían también un apartado de correos en París donde poder enviarle información.

«¡Saben que vivo en París! —pensó con admiración—. Estos del *SBFO* están bien organizados. Y son prudentes».

—No me extraña —añadió en voz alta, hablando sola—, teniendo en cuenta que sus actividades, por lo que veo aquí, pueden llevarles ante un consejo de guerra.

En ese momento alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Mantenimiento —llegó la respuesta desde el pasillo.

—¿Ha llamado por problemas con la señal de la televisión por cable? —preguntó un muchacho con uniforme y una caja de herramientas cuando ella abrió la puerta.

—Pues, no —respondió extrañada—. Acabo de llegar.

—Ah, bueno, quizá haya sido la mujer del servicio de habitaciones. Si me permite —dijo, ya entrando— echaré un vistazo a ver si hay algún problema.

Mientras el operario trasteaba con los cables de la tele y hacía algunas pruebas, ella encendió el ordenador y se puso a trabajar. Tenía que preparar a fondo la entrevista con Porter Milligan, de la CIA.

Después de otro día agotador en el trabajo, Christian Haage salió del metro en la parada de la calle 33. Subió muy lentamente las escaleras del edificio hasta su apartamento del segundo piso. Una vez dentro, fue directamente a su despacho y se sentó en la incómoda butaca del escritorio. «Algún día tendré que cambiarla», pensó mientras las maderas de la vieja silla crujían bajo su peso. De la cartera de trabajo, extrajo la carpeta de color azul cielo que la señorita Cowan le había entregado aquella misma mañana.

Había leído ya los documentos en la oficina. Lo había hecho por curiosidad, y no porque creyera que encontraría nada de interesante. Siempre había sentido un cierto recelo hacia Damian Harper. El difunto era una persona huraña, poco amigable, y, aunque él era su superior, notaba que el doctor le trataba con una irritante condescendencia, como haciéndole ver constantemente que era mucho más inteligente y culto. Christian Haage era un funcionario de carrera, con pocas ambiciones ya, más allá de cumplir con su trabajo e ir subiendo en el escalafón. Le resultaba difícil tratar con subordinados como el doctor Harper, gente de más edad y mucho más cualificados que él.

El informe le había trastornado. Harper argumentaba sólidamente sus sospechas, y decía tener información que probaba que la CIA estaba escondiendo lo que habían encontrado en Bagdad. El jefe de inspecciones sabía que el doctor era una persona prudente, que no aventuraría conjeturas sin estar seguro de lo que decía.

¿Podía ser cierto? ¿Había encontrado la CIA armas biológicas en Irak? No tenía

ningún sentido...

Entonces se dio cuenta por qué le incomodaba tanto todo aquello. Con un gesto nervioso, tensó la espalda haciendo crujir la madera de la silla. De pronto vio claro lo que aquella insufrible periodista le había querido decir entre líneas: ¡que la muerte de Damian Harper no había sido un suicidio!

Si esto era cierto, su repentino fallecimiento tendría algo que ver, sin lugar a dudas, con el informe acusador que Harper se disponía a presentarle cuando murió.

De repente, aquellas hojas impresas que tenía en la mano le producían urticaria. Sintió un violento escalofrío y se le erizaron los cabellos de la nuca. ¡Ese informe le comprometía también a él!

¿Qué debía hacer? Harper hubiera esperado, evidentemente, que la ONU hiciera público el documento, o, al menos, que lo hubieran usado para presionar a la Agencia norteamericana.

¿Qué razones podría tener la CIA para ocultar una noticia tan espectacular como sería la del hallazgo de las armas biológicas del dictador? ¿No era ese el objetivo principal de la invasión?

Notó que las manos le sudaban; los papeles empezaban a arrugarse por la humedad.

Tomó una decisión. Se levantó de la silla y tiró la carpeta junto con su contenido en una papelería metálica de color negro que tenía a los pies del escritorio. Fue al baño y volvió con un frasco de alcohol, que usó para empapar con generosidad el contenido de la misma. Prendió fuego con una cerilla, y mientras veía cómo se consumían los incriminadores papeles, se sirvió un vasito de whisky para calmarse.

Cuando el último trozo de papel se convertía en ceniza, la alarma de incendios saltó, obligando a desalojar todo el edificio. Avergonzado, y a la vez aliviado, se vio forzado a pedir disculpas a sus vecinos y a los bomberos.

Julio 2003
Langley, VI (EE UU)

—¿Qué tenemos? —preguntó Hartley Westward en cuanto entró en la sala.

John Lescat señaló a un agente con los auriculares puestos y miró la libretita que llevaba en las manos.

—No te lo creerás. La zorra hizo tres llamadas ayer por la tarde: una a su abuela, en Edimburgo, y otra a su secretaria. Tiene intención de volver a París pasado mañana.

—¿Y la tercera?

Lescat sonrió.

—Esto es lo mejor de todo. Ha llamado aquí.

—¿Aquí? ¿Quieres decir a alguien de la Agencia?

Hartley notó como el pelo de la nuca se le erizaba.

—¡Sí, señor! Concretamente, y eso te fascinará, a Porter Milligan.

—¿Milligan? ¿Qué demonios...?

Westward, pillado completamente por sorpresa, reflexionó unos instantes. Colocar el micrófono en la habitación había sido fácil, pero no esperaba encontrarse con aquello. ¡Esa maldita periodista estaba husmeando demasiado cerca!

—Aparte de esto, ¿ha recibido alguna visita?

—Sólo del servicio de habitaciones. No es muy sociable, esta chica.

¿Milligan?, pensaba Westward. ¿Por qué querrá hablar la periodista con ese inútil pretencioso?

—Aquí tienes una primera transcripción de la conversación con Porter —dijo Lescat, pasándole la libreta.

—Hazme un resumen.

—Parece ser que la chica quiere hablarle del Comité de Ética. Le ha costado un poco convencer a Milligan, aunque, claro, no hemos podido escuchar lo que decía éste. Han quedado para mañana al mediodía en las oficinas de Pennsylvania Avenue.

Aquellas oficinas eran propiedad de la CIA y las utilizaban los agentes que estaban en contacto habitual con el Ejecutivo, como Porter Milligan.

—Quiero micros en todas las salas —ordenó Westward inmediatamente, con la voz quizá más áspera que de costumbre.

Lescat sonrió una vez más.

—Me he permitido anticiparme a tus órdenes. Ahora mismo tengo a un agente instalando los bichos. No prevemos que nadie utilice las oficinas hasta mañana, o sea que no debería haber riesgo de que los descubran.

—Bueno —dijo Hartley con un gesto de aprobación—. Quiero conocer hasta la última palabra que se crucen estos dos cretinos. Quiero una grabación y una transcripción completa en cuanto hayan terminado. No sé qué demonios pretende esta jodida reportera, pero quiero que vayamos siempre un paso por delante, ¿entendido?

Lescat asintió con la cabeza.

—Ningún problema, señor.

Todavía turbado, Westward llenó una taza de café de la cafetera —siempre había una llena en cada sala—, negro y amargo, como de costumbre. A ver si al final resultaba que la periodista Tabitha Cowan sería un problema de verdad, él que siempre había creído que la chica no llegaría muy lejos en sus pesquisas.

¡Dios, cómo odiaba a los periodistas! Vivían de hurgar en la mierda de los demás, se alimentaban de escoria podrida y disfrutaban destapando vergüenzas como si fueran seres superiores. ¡Y, encima, eran prácticamente intocables! Constituían un gremio cerrado y solidario; si se desactivaba a uno de ellos, enseguida aparecían cien tocando las narices.

Bueno, resolvió finalmente, tengo cosas mucho más importantes de las que encargarme ahora; ya tenemos la mercancía para iniciar la siguiente fase de *Onesimus*.

—John —dijo, dirigiéndose una vez más a Lescat—, no le pierdas el rastro a la chica, pero, de momento, no hagas nada. Necesitamos saber muchas más cosas antes de tocarla. Observémosla de cerca y pongamos un agente tras sus pasos cada minuto de cada día. Quiero saber con quién habla, qué dice, qué escribe y con quién folla por las noches. Quiero saber cuándo va al retrete y en qué sueña cuando duerme. ¡No quiero que aspire una bocanada de aire sin saberlo!

Lescat asentía.

—Ah, y vigila también al cabrón de Milligan, que nunca se sabe. A este tipo, los años en Europa le han ablandado. No me fío ni un pelo. Mantenlo más o menos controlado, ¿de acuerdo?

—OK, boss! —respondió el agente.

Ése era su trabajo, y sabía hacerlo mejor que nadie.

Julio 2003

Washington DC (EE UU)

—Bueno, no me andaré por las ramas e iré directamente al grano, señor Milligan.

Tabitha Cowan estaba sentada en la pequeña sala donde Porter Milligan la había recibido. Era una sala de paredes desnudas, completamente blancas, con un cristal al fondo tapado con una persiana de láminas flexibles, también de color blanco. La silla donde le habían invitado a sentarse era muy funcional, no muy cómoda y de respaldo rígido. Era una sala destinada a interrogatorios, pensó ella, más que a entrevistas.

Porter la miraba con disgusto. No acababa de entender por qué su función como responsable del Comité de Ética y Buenas Prácticas debía incluir hablar con la prensa. Había aceptado sólo porque, desde el 11 de septiembre de 2001, la CIA ponía especial esmero en cuidar la reputación de cara a la opinión pública, y pensó que una negativa frontal a recibir a una periodista del New York Times crearía mala imagen. Además, había coincidido en alguna ocasión con Bob Grimaldi, y siempre valía la pena quedar bien.

Era la primera vez que se enfrentaba directamente a una entrevista. Las pocas veces que había charlado con la prensa había sido para emitir breves comentarios sobre algún asunto en concreto.

Ahora permanecía callado y a la expectativa. Había decidido no decir ni una palabra más de las estrictamente necesarias para responder a la reportera.

—No he venido aquí —seguía diciendo Tabitha— para hablar del Comité de Ética.

Milligan frunció ligeramente las cejas. Olía una trampa.

—Supongo que ha oído hablar usted del doctor Damian Harper, científico británico experto en armas no convencionales, hallado muerto hace dos semanas.

Sí, Milligan conocía la historia. Había aparecido en las noticias durante cuatro o cinco días.

—Sabrá también —continuó ella— que el doctor Harper fue uno de los inspectores enviados por las Naciones Unidas a Irak para analizar el material que la CIA había hallado en el país. Y que todo ello resultó ser un fiasco, ya que las supuestas armas de destrucción masiva de Saddam todavía no han aparecido.

—Señorita Cowan —interrumpió Porter Milligan, impaciente—, ¿a dónde quiere llegar?

La periodista le miró con intensidad.

—Agente Milligan: antes de morir, el doctor Harper había averiguado que la CIA sí había encontrado armas biológicas en Irak. Y quería saber por qué mantienen ustedes el hallazgo en secreto.

Tabitha vio la cara de genuina incredulidad de Milligan y tuvo sus primeras dudas. ¿Y si estaba metiendo la pata? ¿Y si todo aquello no eran más que especulaciones de un viejo inspector con afán de protagonismo?

Milligan también dudaba. ¿Qué diablos le estaba diciendo aquella jodida periodista? ¿A qué venía eso de engañarle para que la recibiera y luego soltarle esa conjetura absurda?

—Eso es ridículo —concluyó con forzada calma—. Señorita Cowan: aquí, en la Agencia, seguimos estando convencidos de que las armas de destrucción masiva existen, que Saddam Hussein representaba una amenaza muy real para los intereses norteamericanos y que, tarde o temprano, aparecerán. Le aseguro que la CIA tiene más ganas que nadie de encontrar las malditas armas y demostrar al mundo que nuestros informes de inteligencia eran correctos. Mucha gente en esta institución se ha jugado el prestigio y la carrera en este asunto. Lo que usted me dice, que ya hemos encontrado las armas y las estamos escondiendo, no tiene ni pies ni cabeza.

Buena parte de la confianza y la agresividad de Tabitha Cowan había desaparecido al comprobar que aquel agente no sólo desmentía la acusación, sino que parecía sincero en su desconocimiento de cualquier práctica dudosa de la CIA.

—Con todos los respetos, señor Milligan, pero, ¿podría ser que lo que le estoy diciendo fuera una información tan reservada que ni siquiera usted la conociera?

Milligan sonrió sin alegría.

—Forma parte de mi mandato como jefe del Comité de Ética y Buenas Prácticas informar regularmente al Presidente. Me paso los días aquí, en Washington, y no en mi despacho de Langley. Le aseguro que estoy informado de todo lo que pasa en Irak y Afganistán que tenga que ver con la Agencia. Es mi trabajo.

—Así pues, ¿me está usted diciendo que no hay ninguna posibilidad de que el doctor Harper tuviera razón?

—No sé qué pensaba el doctor Harper, ni cómo sabe usted lo que pensaba él antes de morir...

—Me llamó la noche anterior y me dejó unos documentos donde detallaba sus sospechas y sus razones —explicó ella—. Éramos viejos amigos, y confiaba en mí.

—Bueno, me parece muy bien, señorita Cowan. Pero le aseguro que su viejo amigo se equivocaba. La CIA quiere ser totalmente transparente en la guerra contra el terrorismo.

Siempre, claro está, que la seguridad nacional no se vea comprometida.

—¿Y se ve comprometida ahora, señor Milligan? —dijo ella, inclinando el cuerpo ligeramente hacia delante con avidez.

Porter le había dejado una puerta entreabierta y la jodida periodista la había aprovechado.

—Trabajamos para que los ciudadanos de los Estados Unidos de América se sientan seguros, señorita Cowan, para que el estilo de vida americano prevalezca. Esta es nuestra máxima prioridad.

—Pero, ¿admite que existe la posibilidad de que alguien en la CIA hubiera decidido que desvelar el hallazgo de las armas biológicas podría comprometer la seguridad nacional?

Por alguna razón, la imagen de Hartley Westward le vino al pensamiento. Una de las listas de Surtees contenía los nombres de seis agentes: el del propio Westward más otros cinco que coincidían con la lista de llamadas que le había conseguido Caleb hacía unos meses. ¿Podría ser que los *Redskins* hubieran interceptado un posible descubrimiento de armas biológicas y lo mantuvieran en secreto? Hacía meses que trataba de averiguar a qué se dedicaba ese grupo subversivo de agentes, pero nunca había encontrado ningún indicio que indicara que podía tener algo que ver con las armas de destrucción masiva de Saddam. ¿Era aquello lo que el malogrado Surtees le había querido decir en la cinta de video cuando aseguró que sabía la verdadera razón para la invasión de Irak? ¿Se lo habría contado todo si no le hubieran interrumpido?

Tabitha notó un ligero gesto de súbita incomodidad en los ojos del agente. Se le acaba de ocurrir algo, pensó ella. O quizá recordó algo relevante.

—¿Qué razón podría haber? —preguntó él con un tono de duda que no pasó desapercibido a la periodista.

—No lo sé —admitió ella, sintiendo que volvía a tener el control de la entrevista—. Usted es el experto en seguridad nacional.

Se produjo un silencio abrumador. Porter Milligan estaba pensando en algo que le disgustaba. Tabitha, a pesar de dominar la situación, se sentía extrañamente confusa; no esperaba esta reacción de alguien tan senior en la CIA. Había previsto una negativa frontal, algún comentario estándar para escurrir el bulto. Pero esta sincera expresión de sorpresa y turbación no se la habría imaginado nunca.

Si era cierto que la CIA ocultaba algo, ¿era posible que el Director de Ética y Buenas Prácticas no tuviera ningún conocimiento de ello? Sí, decidió. De hecho, no era descabellado pensar que, precisamente a causa de su cargo, el agente Milligan fuera siempre el último al que daban explicaciones.

Un rato después, cuando la periodista dio por terminada la entrevista y salió del edificio, se dio cuenta de que estaba topándose con callejones sin salida. Había conseguido entrevistarse con el jefe de Damian Harper en la ONU y con un director relevante de la CIA, pero en ninguno de los dos encuentros había podido sacar nada de provecho.

De repente, las palabras de Bob Grimaldi, las dudas que ella misma tenía sobre su valía como reportera, le nublaron la mente. No sabía si estaba cazando fantasmas o realmente tenía algo de valor periodístico entre manos.

El día era claro, el ambiente caluroso y húmedo. Se sentó en un banco y sacó la libretita que siempre llevaba en el bolso y que usaba para ordenar ideas y pensamientos.

¿Qué sabía a ciencia cierta hasta ahora? Que el doctor Harper sospechaba que la CIA había encontrado virus rusos en Bagdad y los había escondido. Es decir, en términos judiciales, no tenía nada. La opinión de un tercero, y más aún, difunto, tenía poco valor.

¿Qué más tenía? La muerte del propio Harper. Era como mínimo extraño que alguien se suicidara tan de repente, sin señales previas, cuando todo parecía indicar que tenía intención de volar a Nueva York en el término de dos días para hablar de sus sospechas con su responsable. Ella creía que la muerte de Harper no estaba clara. Pero, una vez más, eso era pura especulación.

¿Algo más? Dos vías muertas: la CIA y la ONU. Nada más.

Dejando caer la libreta sobre el regazo, Tabitha miró al infinito y suspiró. Había que tomar una decisión: ¿Continuaría investigando las acusaciones de su amigo Harper, o lo dejaría de lado y se dedicaría al asunto Krause, como le pedía Grimaldi?

No tenía nada publicable. Sin embargo, su jefe le había dado un margen de dos meses para averiguar alguna cosa, y pensaba aprovecharlos. La memoria de Damian Harper lo exigía. Y, si al final conseguía descubrir algo, se demostraría a sí misma que era perfectamente válida como periodista.

Julio 2003

Helsinki (Finlandia)

Juan Carlos Guañabéns maldecía su suerte. Había pedido un par de azafatas para el stand de su empresa en la feria, y le habían colocado a un chico con la cara llena de granos que llevaba una chaqueta tres tallas demasiado grande y una chica gordita con la nariz respingona como la de un cerdo.

«Estos nórdicos no tienen ni puta idea», pensaba con desprecio.

Lo único que hacía tolerables las tediosas ferias era el hecho de poder ligar con alguna de las azafatas y pasar unas noches cálidas en el hotel. El resto, las largas horas de pie, las sonrisas forzadas, los apretones de manos sudorosas y la falta de éxito en las ventas era insoportable. Pero era lo que había que hacer si quería que la compañía sobreviviera.

Guañabéns era el director general y máximo accionista de Cerberus Guard, SL, sociedad mercantil dedicada a la comercialización de un avanzado *software* de seguridad llamado *Cerberus*. Hacía un par de años había comprado el programa por un montón de dinero a unos informáticos recién salidos de la universidad y había montado la empresa. El momento no podía haber sido peor; meses después, la burbuja de las empresas “punto.com” de internet estallaba y todos sus sueños de sacar la compañía a bolsa se esfumaron. Ahora se encontraba endeudado hasta el cuello, con su patrimonio personal avalando los préstamos, y unas ventas que no acababan de arrancar.

Viendo que no había demasiada actividad, se acercó a la cafetería del pabellón para pedir un café. Había llegado la noche anterior a Helsinki y no había dormido muy bien. En verano, y a esas latitudes, los días resultaban eternos, y las cortinas de la habitación no eran lo bastante opacas.

Cuando volvió al stand, un hombre joven con camisa azul de cuello y puños blancos y vaqueros de marca charlaba con la azafata finlandesa. No podía escuchar lo que decían, pero ella se reía con auténtico placer. El chico del acné los miraba con cara de bobo.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó en inglés al visitante, con el café humeante aún en la mano.

Estaba un poco molesto, no sabría decir por qué, y ni siquiera se preocupó de sonreír.

—¿Señor Guañabéns? —preguntó el recién llegado.

Juan Carlos se sorprendió de que aquel extraño supiera cómo se llamaba. Durante unos segundos, no supo reaccionar.

El hombre de los vaqueros tomó la iniciativa, ofreciéndole amigablemente la mano.

—Me llamo JayJay Sarkar. Soy presidente y CEO de Sarkar Holdings.

Juan Carlos se cambió el café de mano para apretar la de aquel hombre.

—¿Podemos charlar un rato?

Se sentaron en la trastienda del stand, una salita de cuatro metros cuadrados con una mesa y dos sillas donde Guañabéns esperaba cerrar algunas ventas. Aquel hombre, evidentemente americano por el acento, le había pillado por sorpresa. Los pocos clientes potenciales que solían acercarse al stand solían leer por encima alguno de los prospectos y seguir su camino a menos que él consiguiera captar su atención. El hombre de los vaqueros, en cambio, parecía genuinamente interesado en hablar con él de negocios. ¡Y se había tomado la molestia de saber con quién trataba!

Después de unas breves frases de cortesía, el americano entró en materia.

—Señor Guañabéns: el negocio que le quiero proponer puede ser muy lucrativo para usted. El programa de seguridad que ustedes comercializan es mejorable, pero servirá a la perfección como base para el asunto que tengo en mente. Por otra parte, estoy al corriente de las dificultades financieras de su pequeña empresa, y lo que yo quiero proponerle puede hacer que desaparezcan para siempre. De hecho, si usted acepta colaborar conmigo, no tendrá que preocuparse nunca más por la salud económica de la compañía que preside.

De pronto, Juan Carlos se puso a la defensiva. ¿Quién era aquel hombre? No había oído hablar nunca de Sarkar Holdings. Y no le gustaba la condescendencia implícita en las expresiones “programa mejorable” y “pequeña empresa”. Además, ¿cómo sabía tantas cosas de Cerberus?

Tomó un trago de café caliente, esperando que JayJay Sarkar continuara.

—¿Ha oído hablar de las “tierras raras”?

Guañabéns puso cara de no saber de qué le estaban hablando.

—Son un grupo de diecisiete elementos químicos metálicos de difícil extracción que se han vuelto imprescindibles para la industria moderna. De hecho, alguna de mis empresas depende significativamente de la obtención de estos elementos para su producción.

«¿Tierras raras? —pensaba Juan Carlos—. ¿Qué me está diciendo este tipo?».

Dio otro sorbo de café, sin decir nada, esperando a ver cómo evolucionaba aquel extraño monólogo.

—China controla el noventa y siete por ciento de la producción de “tierras raras” en el mundo. Esto quiere decir, básicamente, que mis empresas están atadas de pies y manos a la hora de negociar el abastecimiento de estos metales. Si suben los precios y lo justifican

diciendo que la producción ha bajado, me lo tengo que creer, no hay más remedio. En pocas palabras, señor Guañabéns: los chinos me están chupando la sangre.

Sarkar se inclinó hacia su interlocutor.

—Se preguntará usted por qué le cuento todo esto.

El empresario asintió moviendo la cabeza.

—Es muy fácil, señor Guañabéns: necesito saber los precios de la mercancía con antelación para adelantarme a la competencia, y eso sólo lo puedo hacer si introduzco observadores en China.

Guañabéns aclaró la garganta, incrédulo.

—¿Me está... proponiendo que haga de espía?

El americano rió ruidosamente, con una risa demasiado aguda y desagradable. Inmediatamente después volvió a adoptar un tono de voz confidencial.

—No, señor Guañabéns, no. Usted no. Tengo otros pequeños espías preparados. Pero necesito ser capaz de introducirlos en la empresa de mi proveedor.

El español empezaba a ver por dónde iba todo aquello.

—¿Quiere decir un *software* espía?

—Exactamente.

—¡Pero precisamente Cerberus se dedica a todo lo contrario! Nosotros protegemos contra troyanos y programas de espionaje.

—En efecto, señor Guañabéns. Por eso nadie sospechará jamás de un *software* de seguridad. Y nadie sabrá que su programa ha sido modificado para enviarme la información directamente a mí.

Aquella noche, mientras yacía en la habitación del hotel cansado y sudoroso, liberando el brazo de debajo de la azafata gordita con la nariz de cerdo, no se podía creer su buena estrella. Cuando ya pensaba que esa feria sería otro fracaso, cuando vislumbraba la perspectiva de tener que hacer frente a todos sus acreedores al volver a Barcelona, apareció aquel americano, como caído del cielo, ¡para proponerle un negocio de un millón de dólares! Y todo lo que tenía que hacer era llevar el *software* espía insertado en *Cerberus* a una empresa de la ciudad china de Kunming. Ni siquiera le haría falta realizar el esfuerzo comercial; alguien de Sarkar Holdings lo haría por él.

Tenía, sobre la mesita de noche, un cheque a su nombre por valor de cien mil dólares que JayJay Sarkar le había extendido a fondo perdido, como gesto de buena voluntad. Sólo con eso ya podría tapar más de un agujero.

Era demasiado bonito para ser cierto ¿De verdad le había tocado la lotería? ¿O había

en todo aquello algo queapestaba?

—Tengo que ir al baño —dijo la chica finlandesa, con una absurda risita de timidez.

Juan Carlos la vio alejarse de la cama, completamente desnuda, con su culo enorme y rosado bamboleante, y sufrió una nueva e instantánea erección.

«¡A la mierda las dudas! —decidió—. ¿Por qué no puede ser que, por una vez en la vida, la suerte me favorezca? Después de todos los sapos que he tenido que tragarme...».

Excitado por el líquido sonido de la finlandesa en el baño, se acercó a ella sujetándose la verga con la mano derecha e hicieron el amor como animales sobre la taza del váter.

PARTE III

Septiembre - Octubre 2003

Septiembre 2003

San Diego, CA (EE UU)

Las esperas siempre le resultaban eternas. Le había costado mucho convencer a la sargento Jessica Lobo de que la recibiera, y temía que a última hora se hubiera echado para atrás. Repasó los *e-mails* que se habían intercambiado. El seudónimo de la soldado era MinnieMouse. El de ella, Molecule. Durante estos meses habían utilizado Kryptomail, el nuevo sistema, en teoría infranqueable, para comunicaciones secretas. Le habían asegurado que ni la CIA ni el Mossad podrían descifrar los códigos, pero ella no estaba tan segura. En cualquier caso, el volumen de mensajes de Kryptomail era ya tan enorme, que confiaba en que los suyos pasaran desapercibidos.

—¿Más café?

—¿Eh?

Russell's era uno de esos típicos locales americanos donde servían agua sucia que hacían pasar por café y encima no permitían que uno se la acabara sin volver a llenar la taza.

—No, no, gracias.

El camarero, un muchacho de unos diecisiete años, con la cara llena de accidentes geográficos provocados por el acné, se encogió de hombros y pasó a la mesa de al lado.

Tabitha Cowan no acababa de entender a los americanos, a pesar de que trabajaba para ellos desde hacía años. Si eran los dueños del mundo, ¿por qué demonios no se podía tomar una taza decente de café en todos los Estados Unidos? Algún día probaría Starbucks.

El reloj digital de la pared marcaba las 5:12 pm. La sargento Lobo llevaba doce minutos de retraso. Tabitha movía la pierna debajo de la mesa, un gesto habitual cuando estaba nerviosa. Sólo pretendía conocer a su interlocutora. Mejor dicho, que ella la conociera; que cogiera confianza en ella. Los hechos de abril pasado en Bagdad más o menos ya los conocía. Pero el testimonio de la soldado sería fundamental si esto iba más allá.

«Molecule, esto es demasiado peligroso —había escrito la sargento en uno de sus últimos mensajes—. No creo que pueda seguir».

En su apartamento de Neuilly-sur-Seine, un poco más allá de Porte Maillot, todas las alarmas se habían encendido. Eran las dos y media de la madrugada cuando su PC había sonado. Lo tenía programado para que emitiera una alarma sólo si llegaba un *e-mail* de

MinnieMouse. Era otra de las funcionalidades de Kryptomail.

—¡No me puedes hacer esto, Jessica! ¡Ahora no! —exclamó en voz alta.

Cowan conocía ya quién se escondía detrás del *nick* MinnieMouse. Los del *SBFO* le habían proporcionado la identidad de su interlocutora mediante una carta por correo tradicional sellada en alguna oficina de Carolina del Norte. Esto era un as en la manga que se guardaba, un último recurso si todo fallaba.

«MinnieMouse —había escrito inmediatamente—, no podemos dejarlo a medias. Hay demasiadas cosas en juego». Esta línea de argumentación ya la había utilizado otra vez hacía unas semanas. «Ya lo hemos hablado. Necesito tu voz». Enviar mensaje.

5:18 pm. «Quizá ha decidido no acudir —pensó—. ¡Mierda!».

Habían sido necesarios cuatro mensajes más aquella noche para convencerla. Y, sobre todo, había tenido que insinuar que sabía quién era en realidad: «Si es necesario, iré a SD para que me veas la cara. Necesito que seamos amigas». La sargento Lobo había tardado más de una hora en responder a este ultimátum. Tabitha se la imaginaba sopesando las posibilidades. Si no le contesto, debió pensar, esta zorra es capaz de airearlo todo. Quizás sea un farol, pero ha acertado de lleno. ¿Cómo lo ha podido saber? ¡Los imbéciles del *SBFO*, seguro!

Al final, la chica había decidido que más valía tener a Molecule controlada. Pasara lo que pasase, ahora estaba metida en esto hasta el cuello. Tenía que arriesgarse. Era preciso que Molecule siguiera en contacto con ella, que ella supiera qué pensaba hacer para actuar en consecuencia.

5:20 pm. «Esta idiota ya no viene», se dijo Tabitha.

Cuatro travesías al sur de Russell's, en el extremo noroeste de Balboa Park, Jessica Lobo, sin uniforme, permanecía sentada en un banco junto a un jubilado con camisa de manga corta y un pañuelo en el cuello. Se sentía un ambiente demasiado fresco para ser San Diego. El problema de los jodidos jubilados es que se creen que en el sur de California siempre hace calor, pensaba. Ella llevaba un ligero suéter azul marino. Demasiado *Navy*, le dirían sus compañeros.

No tendría que haber respondido nunca aquel primer *e-mail* de Molecule. Bueno, visto en perspectiva, debería haber empezado por ignorar la idea de los *SBFO* de contactar con el Doctor Harper. ¡Qué tontería decir: Yo le conozco! ¡Cómo podía conocerle si sólo compartieron un paseo en *Humvee* de dos horas a orillas del Tigris sin cruzar ni media palabra! *Fuck!* ¡Qué tontería!

Casi sin darse cuenta, sacó de su bolsillo un pequeño librito muy magullado. Era el

Corán que había tomado de las manos del iraquí muerto en Bagdad, el día que inspeccionó aquel laboratorio. Lo hojeó distraídamente, admirando la extraña y fascinante escritura arábiga. Parecía imposible que alguien pudiera desentrañar su significado. Ese libro le recordaba a Ricky; absurdamente, ya que el desdichado muchacho nunca llegó a verlo.

El jubilado tosió un par de veces. Por el sonido, debía tener la garganta llena de flemas. Eso te pasa por tu chulería, pensó ella. Se levantó para cambiarse de banco. No quería respirar gérmenes de viejo acatarrado.

«¡Pero es que tenía tantas ganas de hacer algo!» —siguió meditando. ¡Se sentía tan traicionada por su Comandante en Jefe!

Desde la muerte de Ricky, nada había vuelto a ser igual. Se habían conocido en la universidad. La única razón por la que se habían enrolado en el ejército era para poder pagarse unos estudios decentes. Nunca se les pasó por la cabeza que irían a una guerra. Soñaban en lo mismo que la mayoría de parejas jóvenes y enamoradas: una buena casa con jardín, unos preciosos hijos y una vida llena de emociones. De repente, una mina y la jodida falta de blindaje de los *Humvee* que Bush había enviado a Irak habían hecho saltar por los aires todos sus sueños.

El *SBFO* se había ocupado de llenarle la cabeza de datos, cifras y rumores sobre las verdaderas intenciones del gobierno republicano. Habían terminado por convencerla.

Eran ya más de las cinco. Llegaba tarde a su encuentro con la misteriosa Molecule. ¿Quién sería? Desde el último *e-mail*, sabía que era una mujer, lo cual le sorprendió. Sospechaba que no era americana, sino inglesa. La ortografía de alguna palabra era típicamente británica. Y no parecía conocer muy bien la jerga militar, o sea que tampoco era soldado ni espía ni agente federal. Esto la había tranquilizado un poco. Por supuesto, también podía ser que fuera muy buena disimulando su verdadera personalidad. ¡Dios mío, no sabía nada de la tal Molecule! Y le había estado pasando información sobre algunas operaciones del ejército americano en Irak.

Confiaba en que Kryptomail fuera realmente tan seguro como decían. En cualquier caso, había tratado de evitar siempre palabras como “Irak”, “Bagdad”, “Saddam Hussein”, “*WMD*” o “bomba”, que suponía que eran las más rastreadas en la red.

El reloj de Russell’s señalaba ya las 5:33 pm. Tabitha estaba convencida de que MinnieMouse, o sea, Jessica, ya no aparecería. Sin embargo, decidió esperar hasta las seis. Había venido expresamente desde París vía Los Ángeles. Estaba agotada, pero no tenía nada más que hacer. Si no la conocía aquella tarde, desde el hotel le enviaría por e-

mail una nueva propuesta de cita. Era vital seguir insistiendo.

El camarero de los granos en la cara dudaba sobre si ofrecerle más café. Lo había rechazado ya dos veces. Por aburrimiento, la periodista le hizo una seña para que le llenara la taza. El muchacho se acercó con una gran sonrisa, como si estuviera realmente contento de haber vencido su reticencia.

—¿Qué, ha decidido que tiene sed, no?

Ella forzó una sonrisa y asintió con la cabeza, confiando en que el camarero no interpretara que deseaba conversación.

—¡Tenemos el mejor café de San Diego! —afirmó el chico, repitiendo el eslogan escrito en la taza.

«¡Desgraciado! —pensó ella—. Cualquier terraza de mala muerte de París sirve mejor café que esta agua de calcetín».

—¿Es la primera vez que visita nuestra ciudad? —preguntó el chico, señalando la guía Lonely Planet de San Diego que Tabitha había colocado, bien visible, sobre la mesa.

Respondió con una negativa seca y tajante para dejar claro que quería que la dejaran sola.

—Ah, es que como he visto la guía... ¿Ha visitado ya el zoo? ¡Es el mayor de los Estados Unidos!

Tabitha hizo un gesto con la mano para que el jovencito la dejara en paz. Funcionó. Se fue con el rabo entre las piernas pensando que los extranjeros eran todos unos bárbaros antipáticos.

Lo de la guía había sido una idea que se le había ocurrido en el mismo aeropuerto Charles de Gaulle. Le había dicho por *e-mail* a Jessica que la reconocería por la guía Lonely Planet que acababa de comprar en una de las librerías. Era más fácil que intentar describir su aspecto.

Por afán de protagonismo, y por el desengaño que le había supuesto la muerte de Ricky, Jessica Lobo había mencionado a Lollypop el extraño episodio del laboratorio subterráneo. Éste, para quien la CIA era poco menos que el diablo, le había instado a contárselo todo a la prensa. Ella se había negado en redondo. Para empezar, no estaba segura de que lo que vio fuera ilegal o sospechoso, y, además, no pretendía causar ningún daño a los miles de soldados que, como ella, no hacían más que cumplir con su deber en un país extraño. No le gustaban los periodistas.

Lollypop insistía. Si no quería explicárselo a los reporteros, ¿qué tal a la ONU? Bagdad se estaba llenando de funcionarios internacionales que pretendían poner un poco de

orden tras la invasión. La UNESCO se esforzaba en proteger los valiosos tesoros mesopotámicos; la UNMOVIC buscaba aún las famosas armas; UNICEF luchaba para reabrir los hospitales pediátricos. Seguro que ella sabría encontrar un interlocutor que le hiciera caso. Quizá no era nada, pero había que preguntar a los expertos.

El nombre de Damian Harper le vino a la cabeza. Aquel doctor de cara noble, cabello blanco y gafas bifocales le pareció la persona ideal para contarle lo que había visto, si es que se decidía a hacerlo. Cuanto más pensaba en ello, menos sentido le veía. ¿Qué importancia tenía que unos agentes de la CIA hubiesen confiscado unas muestras de un laboratorio iraquí? No significaba nada. La Agencia hacía su trabajo. Quizás no sólo se llevaron las botellitas, sino documentos importantes para demostrar que Saddam era una amenaza.

«Lollypop —había llegado a escribir—, dejémoslo estar. Todo esto son nimiedades. No vale la pena que hagamos una montaña de un grano de arena».

Pero Lollypop había seguido insistiendo. Le había argumentado que, si había armas biológicas, los soldados debían saberlo, que al fin y al cabo eran los que se arriesgaban a sufrir sus consecuencias. Añadió que posiblemente la CIA pretendía mantener en secreto el hallazgo para no asustar a la tropa. Incluso hizo que otros miembros de la *SBFO* —bajo los *nicks* de Presence18, Hollyho, Mozart2002 y Cadillac— le escribieran para recalcar la importancia que su información tendría para detener la pérdida de vidas americanas en suelo extranjero. Había presionado tanto que ella terminó prometiéndole que, de alguna manera, se pondría en contacto con el doctor Harper.

Al cabo de unos días, cuando empezaba a alimentar la esperanza de que Lollypop se hubiera olvidado de su existencia, recibió un mensaje con el remitente *cinderella@kryptomail.com* en el que se le daban instrucciones para contactar con el doctor Harper. El *SBFO*, que, por lo que se veía, estaba mejor organizado de lo que Jessica pensaba, había instado a Damian Harper a abrir una cuenta en Kryptomail a nombre de Felixthecat. Cinderella le aseguraba que Felixthecat estaría esperando su mensaje.

La correspondencia fue breve. A mediados de julio, el doctor Damian Harper apareció muerto en un bosque cerca de su casa, en Oxfordshire. El forense concluyó que se había suicidado.

Tabitha Cowan decidió que tenía hambre. Llevaba una hora en Russell's sin tomar más que un par de tazas de café aguado. Desde que había llegado a San Diego aquella mañana, no había comido nada más que los cacahuets que había comprado a bordo del

avión de la Southwest, en el corto trayecto Los Angeles–San Diego. En esos vuelos baratos todo era de pago.

El reloj de pared cambió sus dígitos una vez más: las 5:39 pm.

Hizo un gesto al camarero, y éste se acercó con la jarra de café dispuesto a derramar el líquido parduzco en su taza.

—Quisiera comer algo —se anticipó ella, tapando la taza con la mano.

La cara del chico se iluminó.

—¡Fantástico! Tenemos unos maravillosos *club sandwich*, los mejores que encontrará en San Diego. O, si no, hamburguesas o pollo. Lo puede ver todo en el menú. Podría sugerirle unos anillos de cebolla para empezar y dedos de mozzarella fritos...

—El *club sandwich* suena bien —cortó ella impaciente.

«¿Cómo se las arreglaban los americanos para ser siempre tan entusiastas?», pensaba con cierto resentimiento.

—*Club sandwich*, muy bien. ¿Lo querrá con pan de molde, panecillo de sésamo, brioche o pan negro?

—Y yo qué sé... Panecillo.

—¿Panecillo? Muy bien —el camarero había dejado la jarra sobre la mesa y estaba anotándolo en un bloc con un lápiz que había sacado de detrás de la oreja—. ¿Querrá patatas fritas, patatas al horno, ensalada o *coleslaw*?

—Ensalada —respondió, aburrida. ¿Por qué los americanos llamaban *french fries* a las patatas fritas? Cualquier *frite* francesa daba mil vueltas a estas cosas grasientas que servían en Estados Unidos.

—¡Ensalada! —dijo el muchacho, como si fuera una gran idea—. ¡Ajá! ¿Y la salsa será francesa, vinagreta, mil-islas...?

—¡Tráeme un jodido *club sandwich*! —estalló Cowan—. Me da igual qué le pongas, ¿me entiendes? Como si me lo quieres servir en bolsa de papel en lugar de plato. ¡Me importa un bledo! ¡Tráeme un *club sandwich*!

Para evitar que el atolondrado muchacho dijera algo más, Tabitha se volvió de espaldas para rebuscar en su bolso negro. Quería seguir concentrada en el asunto de Jessica Lobo, y este idiota la estaba distrayendo.

La cara llena de granos se torció en una mueca; parecía a punto de llorar. Decidió no decir nada más, colocarse el lápiz en la oreja y llevarse la jarra de café.

«¡Estos americanos son la peste!», pensaba Tabitha.

—He... puesto salsa francesa en la ensalada —se atrevió a decir con timidez el camarero, al cabo de unos minutos.

—Bien, bien, muchas gracias —respondió Tabitha, mirando el sándwich para evitar al

chico.

El reloj marcaba ya las 5:47 pm.

Septiembre 2003 Langley, VI (EE UU)

Hartley Westward se colocó el auricular en la oreja derecha.

—¿Desde cuándo está en San Diego? —preguntó.

John Lescat no quitaba el ojo de las tres pantallas que tenía delante.

—Ha llegado esta mañana, en vuelo desde LA. Le hemos seguido el rastro desde que compró el billete en París.

—¡Atención, Si Azul se mueve! —la voz, enlatada, provenía de un altavoz.

—¿A quién tienes allí?

Un ligero temblor en su voz rota era la única evidencia de los nervios que le revolvían las tripas. Mantenía el gesto impávido, la mirada intensa de concentración, y no permitía que su rostro traicionara lo que bullía en su cabeza. Los dos sujetos más sensibles de toda la operación, tal vez las dos únicas personas que podían reventar *Onesimus*, se encontraban a pocos cientos de metros la una de la otra. Había que actuar ya, sobre la marcha, tomar una decisión en cuestión de segundos. Y equivocarse no era una opción.

—A Menard Johnson, un agente especial y dos de los mejores tiradores que tenemos —respondió Lescat.

—Supongo que...

—Ni el especial ni los tiradores saben nada a ciencia cierta, claro está —interrumpió Lescat—. Es una operación de alto secreto, y no hacen preguntas. Se les ha comunicado que hay una espía extranjera que ha contactado con alguien de las fuerzas armadas. Nada más. A partir de aquí, lo que se imagine cada uno es cosa suya.

—Bien hecho.

El teléfono sonó, provocando que el corazón de Westward se saltara un latido.

—Hartley —dijo Julie Kerr, después de contestar—. El senador McBride.

—Espero que todas las líneas sean seguras —murmuró Westward, más para sí mismo que para los demás. Utilizaban sólo líneas terrestres, y esperaba que el senador estuviera haciendo lo mismo.

Habían intentado localizar al senador desde hacía más de media hora. Aunque no le hacía ninguna gracia tener que lidiar con las malas pulgas del veterano político, Hartley prefería tenerlo al corriente de todos los acontecimientos a medida que se iban desarrollando.

Asintió con la cabeza y Julie apretó un botón. La llamada pasó inmediatamente al receptor de Westward.

—¿Senador? —dijo.

—¿Qué coño pasa, Westward? —bramó McBride.

Siempre que echaba la bronca a alguien, le llamaba por el apellido.

—Tenemos un Código Rojo. Dos Si están demasiado cerca.

—¡La periodista, supongo! —no era una pregunta, sino una acusación, y así lo interpretó Westward.

—Discúlpeme un momento, senador —dijo.

Intuyendo el cauce por el que iba a seguir la conversación, apartó el auricular de la oreja y preguntó a sus hombres si el senador llamaba desde línea fija, ya que no quería que alguien pudiera captar la señal y escuchar lo que decían. Le confirmaron que así era.

—Senador, la periodista está en San Diego.

—¿Y por qué coño sigue viva? ¿Me lo puede explicar alguien?

Westward suspiró mirando a Julie.

—Senador, lo hemos hablado ya mil veces. La desaparición de una periodista estrella nos puede causar problemas, y más trabajando para el New York Times, que son los que más nos molestan. No sabemos quién ha podido tener acceso a su información.

—¡Os pago para saber! —gritó el senador McBride.

Era cierto. A los miembros de *Onesimus* no sólo les movían intereses patrióticos; gozaban además de un presupuesto muy generoso y sobresueldos pagados por *lobbies* neo-conservadores.

—¡Atención! —sonó una vez más la voz enlatada. Era Menard Johnson, el agente de Lescat en la operación de San Diego—. Si Azul se dirige hacia Si Naranja. ¡Contacto en dos o tres minutos!

—Senador. Senador McBride —Hartley Westward intentaba hacerse oír e interrumpir los tacos y la bronca monumental del político al otro lado de la línea—. Le dejaré en conexión, pero ahora debo ocuparme del Código Rojo.

John Lescat reflejaba en su rostro una concentración máxima. Los dos Si estaban ya muy cerca el uno del otro. Habría que tomar una decisión en cuestión de segundos.

—Menard —dijo en el micro—. ¿Qué tenemos?

—Si Azul en el punto de mira. Si Naranja dentro del local. Visible por la ventana.

—¿Tenemos a alguien en el local?

—Sí, un especial, desde hace más de una hora. Pero el bar está lleno.

—Será complicado allí dentro —musitó Lescat, dirigiéndose a su jefe—. Deberíamos actuar antes de que la soldado entre.

—¿Cómo está la zona? —preguntó Westward. Notaba cómo se iban formando gotitas de sudor en las raíces de sus cabellos.

John Lescat señaló una de las pantallas.

—Es esta cafetería de aquí —informó.

La calle de enfrente estaba llena de gente que caminaba en ambas direcciones. Estaban muy cerca de Balboa Park, y la gente que salía del trabajo iba a pasear o hacer deporte en el parque. A medida que pasaban los minutos, el tráfico de peatones se iba espesando.

—¡Mierda! —murmuró Westward entre dientes.

—¡Atención! Si Naranja en movimiento —dijo una voz diferente por radio.

—¿Qué pasa ahora? ¿Quién demonios es éste?

—El agente especial, desde la cafetería —respondió Lescat—. Parece que la periodista se ha cansado de esperar.

Y, dirigiéndose al micro, ordenó:

—¡Mantenednos al corriente cada segundo y con todo detalle! ¿Ha salido ya Si Naranja de la cafetería?

La voz del especial volvió a sonar:

—Acaba de pagar, ha dejado propina y se dirige hacia la puerta.

—¿Dónde está la sargento? —preguntó Westward, nervioso.

Tenía la esperanza de que no llegaran a encontrarse. Todo se resolvería en escasos segundos.

—Sube por 5th Avenue, a doscientas yardas de Laurel. Mira, aquí está la periodista.

Lescat señalaba en la pantalla una figura que salía de la cafetería.

—¡Síguela, no la pierdas! —gritó Hartley—. ¡Ni por cámara ni sobre el terreno!

—La soldado ha llegado ya a la esquina. ¡Está a punto de llegar a la cafetería!

—¿Qué hace la jodida periodista? ¿Por qué coño no se mueve?

—Se ha detenido —respondió la voz del agente especial, a quien apenas veían en el umbral de la puerta de la cafetería—. ¡Tengo que adelantarme, no me puedo quedar aquí!

—¡Menard! —gritó Lescat.

—Ambos sujetos en el punto de mira —respondió el agente desde San Diego al instante—. ¡Preparados para actuar cuando llegue la orden!

Lescat miró de soslayo a su jefe. Éste dudaba, sudando visiblemente.

—Quizá no haya necesidad de... —dijo, esperanzado—. ¡A plena luz de día, por el amor de Dios!

—La soldado ha llegado ya a la cafetería. Parece dudar —informó Lescat—. ¿Qué está pasando?

El especial respondió por radio:

—Está mirando hacia el interior por la ventana. Yo me tengo que mover.

—¿Qué hace la escocesa?

—Se ha parado. Está mirando a la gente que pasa. ¡Creo que observa a S1 Azul!

Lescat y Westward se cruzaron miradas nerviosas.

—Agente, según nuestra información, los sujetos no se conocen. ¿Puedes distraer su atención?

No recibieron respuesta, pero en la pantalla vieron como el especial empujaba a un transeúnte hasta tirarlo al suelo.

—Hombre, no hay que exagerar —murmuró Westward—. Agente: bien hecho, pero ten cuidado.

Las figuras de la pantalla se movían como piezas de ajedrez. La periodista parecía dudar sobre si ayudar al hombre caído. Lo que era cierto era que ya no miraba a la sargento. Ésta, después de unos segundos de duda, decidió seguir hacia el este pasando de largo de la cafetería. Con el pelo erizado, Westward vio como pasaba a escasos metros de la periodista.

Mientras tanto, el senador McBride chillaba desde su línea.

—¡Maldita sea! ¿Me podría explicar alguien qué coño está pasando?

Westward no le hacía ni caso, hasta que, cansado de oírlo todo el rato de trasfondo, se irritó y cortó de golpe la comunicación.

—Ha pasado de largo —explicó Menard Johnson desde San Diego—. S1 Azul ha pasado de largo.

—Gracias, Menard. Mantened visual sobre ambas tanto rato como podáis.

Hartley resopló. Empezaba a tener la esperanza de que el encuentro no llegara a producirse nunca.

—¡Atención! —esta vez era la voz del especial—. ¡S1 Naranja en movimiento! Repito: S1 Naranja en movimiento. Hacia el este por Laurel. ¡Está siguiendo a S1 Azul!

—No me lo puedo creer —dijo Westward, sintiendo cómo su optimismo se esfumaba.

—Agente —gritó John Lescat al micrófono—. ¡No los pierdas de vista! ¡Preparado para actuar! ¡Menard!

—¿Señor?

—¿Las tienes a las dos?

—Afirmativo, señor. Visual perfecto. Pero tenemos doscientas yardas de margen, como mucho. No estamos bien situados si entran en el parque por este lado. Se estarían alejando de nosotros y hay demasiados árboles.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó Westward.

—Señor, tendremos que decidir en treinta segundos.

Westward se acarició las sienes con la punta de los dedos. El peso de *Onesimus* caía sobre sus hombros y nunca lo había sentido con tanta fuerza. Cuando asumió el liderazgo del proyecto sabía que las decisiones nunca serían fáciles. El propio proyecto era, probablemente, la operación de mayor alcance de la historia de Estados Unidos. Él era consciente de ello, y se sentía preparado para llevarlo a cabo con todas sus consecuencias. Entonces, ¿por qué ahora sentía un nudo en la garganta? No podía permitir que sus subordinados le vieran dudar. Había que evaluar las repercusiones de cada opción.

—¿Han establecido contacto? —preguntó.

—Todavía no, pero es cuestión de pocos segundos. La periodista parece convencida de que Si Azul es su contacto. Quizá haya visto alguna fotografía de ella.

Matar a la periodista era abrir la caja de Pandora. Ya habían asumido más riesgos de los esperados en deshacerse del científico británico. Aquella vez había salido bien, y el caso se había cerrado como suicidio. Quizás habrían debido actuar antes contra Tabitha Cowan, pero ahora de nada valía lamentarse de los errores, sino actuar con decisión. El problema era que no sabían si la maldita chica guardaba información en algún lugar o si había compartido con alguien sus sospechas. Por ello, eliminarla suponía saltar al vacío, y no disponía de elementos para medir las consecuencias.

Tampoco sabía con certeza qué podría decirle la sargento. Ella había estado en el laboratorio iraquí, y sin duda había visto las botellitas. Quizás aquí acababa todo, pero el hecho de que una periodista escocesa del New York Times hubiera cruzado medio mundo para ir a hablar con ella indicaba que esperaba obtener información valiosa. *Onesimus* no podía asumir más riesgos. Tal vez a la periodista sólo le faltaba un fragmento de información para atar cabos y resolver el enigma, y tal vez ese plus de información era lo que la sargento Jessica Lobo estaba en condiciones de comunicarle.

No había más remedio que actuar.

—¡Atención!

—¡Atención!

Las voces del agente especial y de Menard Johnson sonaron por los altavoces casi al unísono. Los dos sujetos ya estaban fuera del circuito de cámaras de seguridad que la CIA

había pinchado. En Langley estaban a oscuras desde hacía cinco segundos.

—¿Qué pasa? —preguntó Westward con un timbre de pánico en la voz que hubiera querido evitar—. ¡Agentes: informen!

—S1 Naranja ha abordado a S1 Azul —era la voz del especial—. Contacto establecido. Repito: ¡contacto establecido!

—Agente, ¿escuchas de qué están hablando?

—¡No puedo acercarme! ¡Yo ya estoy bajo sospecha! S1 Naranja me ha mirado un par de veces. ¡Necesito saber qué debo hacer!

—Menard, ¿las tienes?

—¡Afirmativo!

—¿Qué está pasando ahora?

—Se han echado a andar. ¡Entrarán en el parque en dirección opuesta a nuestra posición en quince segundos!

Quince segundos. Westward sabía que era el momento de actuar, y en su cabeza la decisión tomó forma.

—Señor —advirtió John Lescat con expresión grave—, hay que intervenir ahora o arriesgarse a que haya intercambio de información.

Hartley Westward asentía con lentos movimientos de cabeza. Parecía mirar al infinito.

—¿Entonces —prosiguió Lescat—, Azul o Naranja? ¿O las dos? Tengo que dar la orden.

Hartley fijó la mirada en su fiel y eficiente subordinado. Con determinación, cogió un trozo de papel y escribió una sola palabra. Lescat cogió el papel que le ofrecía su jefe, le miró sin decir nada, e hizo un leve gesto de asentimiento antes de acercarse al micrófono para dar la orden.

Septiembre 2003

San Diego, CA (EE UU)

Tabitha Cowan sabía que aquella chica bajita y de aspecto ágil era la sargento Jessica Lobo. Había visto de ella una mala fotografía de carné, vestida de militar, que Lollypop le había pasado hacía unos meses y que ahora llevaba en el bolsillo. Pero no era la cara lo que le había convencido de su identidad. La vio desde fuera de la cafetería mirando dentro por la ventana y dudando si entrar o no. Finalmente, ese tipo extraño que había salido del local detrás de ella había empujado de forma absurda a un peatón y eso, en apariencia, le había hecho tomar la decisión de alejarse. Ella misma se había distraído también momentáneamente, pero enseguida volvió a verla cuando pasó a su lado.

Su porte era casi militar. Movía los brazos en perfecta coordinación con las piernas y alargaba los pasos más de lo que hubiera sido normal para una chica de su tamaño. Llevaba un suéter ajustado de color azul marino y el pelo negro recogido en una cola de caballo. Miró hacia atrás un par de veces, hacia la cafetería, pero no dejó de alejarse. Debía interceptarla.

Cowan se puso en marcha. Evitaba correr para no asustarla, pero andaba más deprisa que ella y le daría alcance en pocos metros. Quizás un paseo por el parque, bajo la agradable temperatura otoñal de San Diego era mejor idea que una conversación en voz baja en una cafetería donde aguaban el café. Quizás en el parque la chica se sentiría menos cohibida.

Cuando llegó a su altura todavía se preguntaba cómo iniciar la conversación. Sabía que la soldado se mostraría reacia a hablar, como se demostraba por el hecho de que había dudado más de dos horas en acudir al encuentro con la periodista. Tabitha era consciente de los problemas morales que podrían atormentar a la sargento. Por un lado, intuiría que la CIA jugaba sucio, que toda la farsa de la Guerra de Irak había sido montada con objetivos oscuros, que la invasión que había costado la vida a muchos jóvenes americanos, entre ellos su prometido, era ilegal. Pero por otro lado, ella, Tabitha Cowan, era una extranjera absolutamente desconocida —la sargento Lobo no conocía la identidad de su interlocutora—, y si había finalmente accedido a encontrarse había sido gracias a la mediación del *SBFO*, una organización subversiva de la que Jessica no se sentía del todo parte.

—¿Sargento Lobo? —saludó Cowan, sin más preámbulos, cuando la alcanzó.

Ella dio un respingo y la miró, sorprendida. En unos segundos, sus ojos escrutaron el rostro de Tabitha, a la que reconoció de inmediato: ¡sólo podía ser Molecule! Además, aquella cara le resultaba extrañamente familiar, como si ya la hubiese visto con anterioridad.

Se dio la vuelta y siguió caminando sin responder.

La periodista la siguió.

—Jessica —dijo, poniéndose una vez más a su altura. Intentaba resultar más cercana llamándola por su nombre—. Me llamo Tabitha Cowan. En Kryptomail soy Molecule. Soy escocesa y trabajo desde Europa para el New York Times. Me puse en contacto contigo a través del *SBFO*.

—Sé perfectamente quién eres —dijo ella sin mirar—. Pero he cambiado de opinión y no quiero hablar contigo.

—Jessica, por favor. ¡Es muy importante!

Estaban a punto de entrar en el parque. La sargento caminaba deprisa, desafiante.

—Sólo necesito unos minutos, por favor —insistía Cowan—. Si mis sospechas son ciertas...

—¡No quiero saber nada! —le interrumpió la sargento Lobo—. ¡Soy una estúpida por haber arrastrado esto hasta aquí! ¡No sé nada, no vi nada, y no pienso decir nada a una extranjera que, por lo poco que sé, podría ser una espía de Saddam!

—Jessica, tú sabes que el *SBFO* ha indagado y ofrece garantías...

—¿El *SBFO*? ¿El *SBFO*? ¡Un puñado de traidores, por lo que a mí respecta! ¡Ya estoy harta de este juego! ¡No sé qué cojones hago aquí!

Tabitha venía preparada de antemano para esta actitud defensiva. Sabía que era necesario conseguir que la soldado confiara en ella antes de pretender que hablase abiertamente. Hacía meses que preparaba este encuentro. Era vital para ella, no tanto por la información que pudiera obtener de la militar como por el hecho que, en un momento determinado, ella podría aportar el testimonio necesario para probar lo que Damian Harper había sospechado. El objetivo primordial de la visita era ganarse la confianza de Jessica Lobo de cara al futuro.

Con esto en mente, intentó otro estrategia.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo con las manos levantadas mostrando las palmas desnudas y la mejor sonrisa de que era capaz—. Olvidemos el tema. Hacemos un pacto, yo no vuelvo a mencionar ni al *SBFO* ni Irak ni las *WMD* a cambio de un corto paseo por el parque contigo.

Funcionaba. La sargento, que aún conservaba los ojos una chispa de desafío, cólera y desconfianza, permaneció callada.

—No hablaremos de nada que no quieras. Podemos hablar del tiempo, de la bolsa o de los *Padres*, por lo que a mí respecta. Nada más.

La chica lo miraba con los ojos achinados como rendijas. Tabitha sabía que la había desconcertado. Los de la *SBFO* le habían proporcionado un perfil bastante esquemático de la sargento, pero entre las pocas cosas personales que en él se destacaban estaba el hecho de que se declaraba seguidora fanática del equipo de béisbol *San Diego Padres*.

—Es absurdo —dijo ella finalmente—. Y, además, yo no paseo con desconocidos.

—Ya no somos desconocidas. Me acabo de presentar.

Después de unos instantes en silencio, Lobo siguió caminando hacia el parque. Por sus gestos, la periodista interpretó que toleraría su compañía.

La sargento Lobo había decidido que, si aquella extraña muchacha había cruzado el Atlántico para ir a verla, por nada del mundo la dejaría en paz por las buenas. Así que necesitaba estar preparada para soportarla durante un tiempo. Molecule no era como ella se la había imaginado. Para empezar, siempre había creído que su misterioso interlocutor era un hombre hasta que en el último *e-mail* ella misma le había advertido de lo contrario. En cualquier caso, se esperaba una mujer mayor, agresiva, con traje de chaqueta, como siempre iban vestidas las periodistas que salían por la tele. Esta joven con pantalones y suéter informales, no era lo que ella hubiera imaginado.

—Cinco minutos —le dijo—. Después debo irme. Y sólo hablaremos de los *Padres*, si es que los europeos sabéis algo de béisbol.

Tabitha Cowan no sabía nada de este deporte, pero se rió para relajar un poco más el ambiente. Iba a responderle que de acuerdo, que hablarían de los *San Diego Padres*, cuando de repente, ante sus ojos, la cabeza de Jessica Lobo estalló como un globo demasiado inflado, salpicando a la periodista de sangre y trozos de masa encefálica.

Tardó diez o doce segundos en darse cuenta de lo que había pasado. A sus pies, justo a la entrada del parque, yacía la sargento Lobo con el cráneo reventado y el cerebro embadurnando su coleta. Alguien gritó, no muy lejos, y ella sintió el grito como si viniera del horizonte. Mecánicamente, se sacudió con lentitud de movimientos un trozo de materia orgánica de la chica que le había ido a parar sobre la ceja izquierda.

No sabría decir cuánto tiempo pasó hasta que llegó el coche patrulla y los oficiales se bajaron de él con las pistolas en la mano. Su mente había perdido toda noción del tiempo y del espacio. Se hallaba sumida en un vacío mental y no comprendía si lo que estaba viviendo era real. Todo tenía un barniz onírico, todo parecía teñido de color azul, el color de los sueños. Se agachó y puso la mano sobre el hombro de la chica, como pidiéndole que se levantara, que hablarían de los *San Diego Padres*, que, a pesar de no saber casi nada de béisbol, estaba dispuesta a escucharla hablar sobre aquel deporte tan

americano.

Alguien le gritó que se apartara, que no tocara el cadáver. Un oficial de policía la hizo levantarse. A escasos centímetros de su rostro le preguntaba si estaba herida. Ella le oía desde algún rincón olvidado de su conciencia. Consiguió negar con la cabeza, con lo que el policía la apartó y centró su atención en la chica muerta.

Otro agente hablaba por radio, y pronto se oyeron las sirenas atronadoras de una ambulancia. Alrededor de la escena se formó un nutrido corrillo de curiosos. Alguien la asió del brazo para conducirla hacia la ambulancia, donde unos paramédicos le empezaron a hacer preguntas mientras se aseguraban que la sangre que se extendía sobre su cuerpo no provenía de ninguna herida. Tabitha estaba desorientada. No estaba segura de que nada a su alrededor fuera real.

Poco a poco, ayudada por un té con limón en vaso de poliuretano que alguien le puso en la mano, Cowan comenzó a reaccionar. El choque fue remitiendo, y, sentada en la parte trasera de la ambulancia, su mente empezó a darse cuenta de lo que había pasado.

Alguien había asesinado a la sargento Jessica Lobo, veinticinco años, natural de San Diego y veterana de Irak, a sangre fría y desde la distancia —no había oído ningún disparo—. Un francotirador había matado a la chica mientras paseaba inocentemente a su lado.

Un agente de policía se le acercó. Antes de hablar con ella se dirigió al paramédico para preguntarle si estaba sana.

—En perfecto estado, oficial —contestó éste—. Tiene una minúscula herida sobre la oreja izquierda que le acabamos de curar. Le hemos extraído una diminuta esquirla de cráneo de la víctima que se le había incrustado en la piel, pero aparte de eso, está de una pieza.

—Señorita, deberá acompañarme a comisaría —informó el policía a Tabitha. Ante el mutismo de ésta, añadió—: Señorita, ¿entiendo lo que le digo?

La periodista asintió lentamente. Ya casi recuperadas sus plenas facultades mentales, estaba decidiendo qué declararía sobre lo que acababa de suceder. Su mente de reportera estaba evaluando las circunstancias: el qué, el cómo, el quién, el por qué. Ella era extranjera, no conocía a nadie en la ciudad, y estaba hablando con la víctima justo en el momento de su muerte. Aunque no había motivo para sospechar de ella, los detectives exigirían explicaciones. Debía decidir qué contar y qué no.

—Señorita —añadió el oficial—, acompáñenos, por favor.

Con un pequeño esparadrapo sobre la oreja izquierda, Tabitha dejó el vaso sobre el piso de la ambulancia y acompañó al policía hacia el coche patrulla. Se había montado ya un cierto circo mediático en torno al cadáver, pudorosamente tapado con una manta

de polietileno metalizado, y los flashes iluminaban la escena con la intermitencia de un rayo. Tabitha se dio cuenta de que ya había oscurecido, y se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que la desgraciada Jessica había pronunciado sus últimas palabras.

El asunto en la comisaría duró poco. Aunque reticentes, los agentes tuvieron que soltar a la reportera británica porque no había razón para retenerla. Era evidente que Jessica Lobo había sido abatida por un francotirador desde la distancia. La bala, a primera vista del calibre 5.56, como las usadas por el ejército americano, fue hallada incrustada en el suelo unos metros más allá del cadáver de la joven.

Tabitha Cowan aseguró que acababa de conocer a la chica, que le había preguntado una dirección y que, ya que iban en la misma dirección, habían empezado a caminar juntas. Ante la eventualidad de que alguien pudiese haberlas oído, declaró que había preguntado a la chica dónde podía conseguir billetes para ir a ver los *Padres*, ya que quería ver un partido en directo, y ella le había contestado, entusiasmada, que era seguidora devota del equipo, que trataría de orientarla para conseguir alguna entrada.

—Y no tuve tiempo de responder —siguió Tabitha— antes de... —no le hizo falta terminar la frase.

El detective asintió comprensivamente.

En comisaría le habían permitido adecentarse un poco. El hotel que le había reservado su secretaria desde París estaba muy cerca de allí, pero no quería salir a la calle manchada de sangre seca.

Una vez en la habitación, aunque no del todo rehecha, Tabitha repasó mentalmente, segundo a segundo, lo que había pasado aquella tarde. Como era minuciosa y extremadamente escrupulosa, anotó cada detalle, gesto y palabra en una libretita que siempre llevaba encima, reliquia de los tiempos en que los periodistas llevaban un lápiz detrás de la oreja para luego mecanografiar las notas en la oficina. Describió los eventos tal y como los recordaba, más como ejercicio de salud mental que con el ánimo de averiguar nada.

Una cosa era evidente: el asesinato tenía algo que ver con lo que ella estaba investigando. Tenía claro, y cada vez estaba más convencida de ello, que sus sospechas, aunque borrosas y poco concretas —y basadas en lo que el desaparecido doctor Harper había sospechado antes que ella—, tenían un trasfondo de realidad, que su intuición le estaba conduciendo demasiado cerca de alguien que tenía algo muy grande que ocultar y poderosos motivos para mantenerlo en secreto.

Con un escalofrío, pensó que lo que no sabía a ciencia cierta era si la bala iba destinada a la pobre Jessica o a ella misma. Recordaba vagamente haber oído un silbido junto a su oreja justo en el momento en que todo se tiñó de rojo. O quizás eran

imaginaciones tuyas. Decidió que habían querido matar a la chica, que quien fuera que había disparado era lo suficientemente bueno como para no fallar su objetivo, y más teniendo en cuenta que ni ella ni el sargento habían hecho ningún gesto brusco justo antes del disparo.

Lo primero que había que hacer era volver a Francia; en San Diego ya no tenía nada que hacer. Y luego, evitar por todos los medios que la mataran.

Una pregunta, molesta como una mosca durante la siesta, vagaba por lo más profundo de su mente. Y, de repente, como en una epifanía, obtuvo la respuesta, antes incluso de haberla formulado: ¿Por qué permanecía aún viva? Sencillamente porque, fuera quien fuese el que había matado a Jessica Lobo —y al doctor Damian Harper, ahora ya no había duda—, no sabía a ciencia cierta si ella había hablado con alguien de sus sospechas. O, mejor aún, si no había dejado prevista la divulgación de sus informaciones en el caso de que le pasara algo.

Tabitha se dio cuenta de que sus enemigos no tenían conocimiento de qué sabía ella, ni quién más lo sabía, y que éste era el único motivo por el que seguía viva.

Por otro lado, esto le daba una cierta ventaja. Era evidente que la habían estado siguiendo, tanto a ella como a Jessica. Pero también resultaba claro que no sabían qué información tenía el soldado. Tabitha había sospechado siempre que MinnieMouse no sabía nada, que apenas había presenciado como la CIA se había llevado unas sospechosas probetas del centro de Bagdad. Si ella no sabía nada más, eso quería decir que los conocimientos que *ellos* —fueran quienes fuesen— tenían, eran todavía bastante limitados. Antes de dar un paso en falso, debía aprovecharse de ese hecho. Para protegerse, tenía que hacerles creer que no sólo ella, sino una red de reporteros, conocía el alcance de la trama. Eso sería lo único que podría mantenerla con vida.

¿Y quién había detrás de lo que ella consideraba ya una conspiración? No había duda: eran agentes de la CIA.

Septiembre 2003

Langley, VI (EE UU)

Porter Milligan se quitó los auriculares y se recostó en el sillón de respaldo alto. No sabía qué era lo que acababa de oír.

Caleb, con la gorra de los Chicago Bears puesta de lado, le miraba desde la fotocopiadora de la habitación contigua. El chico estaba nervioso. No le gustaba tener que hacer de espía dentro de su propia casa. Confiaba en Milligan, un tipo que siempre le había caído bien, pero empezaba a pensar que era un poco paranoico, que su exceso de celo como jefe del Comité de Buenas Prácticas lo estaba llevando a ver fantasmas donde no había nada.

Milligan no le miraba. Tenía la vista perdida en el infinito. De vez en cuando soplaba con fuerza, para liberar la tensión que se le estaba acumulando en el pecho. ¿Qué estaba haciendo Hartley Westward?

Después de asegurarse de que aquel hombre y sus acólitos habían abandonado la sala, se atrevió a acercarse por el pasillo. No sabía muy bien qué iba a buscar, pero quería descubrir qué estaba pasando. Había oído “Código Rojo”, “tiradores”, “San Diego” y “Balboa Park”. Sabía que era un Código Rojo, y temía haber asistido en la distancia a un asesinato selectivo de la CIA.

¡Pero aquello era impensable! Las eliminaciones de personas que podían suponer una amenaza para la seguridad nacional eran ya extremadamente raras. Era necesario que fueran aprobadas por el Director en persona después de avisar al Ejecutivo. Y los protocolos internos dictaban que aquellas acciones debían comunicarse siempre al Comité de Ética y Buenas Prácticas. ¡Él debería haber estado al corriente!

La sala estaba cerrada con llave. Era una sala segura; es decir, en teoría, a prueba de espionaje. Claro que si los espías eran del interior, poco se podía hacer. Caleb había hecho un buen trabajo.

Fue a buscar a uno de los vigilantes y le pidió que le abriera. Tenía el rango suficiente como para poder exigir el privilegio de una sala segura.

Una vez dentro, sin saber muy bien qué esperaba encontrar, revolvió cajones, miró papeles, hurgó en papeleras. En una de ellas, halló un papelito arrugado que le llamó la atención. Lo extrajo, lo alisó y vio que en él sólo había una palabra escrita: *Blue*. En la conversación que había escuchado y grabado, Westward y sus interlocutores

mencionaban a menudo las palabras “Si Azul” y “Si Naranja”. Evidentemente, fuera quien fuera Si Azul, le había tocado la lotería.

Sin poder encontrar nada más interesante, Porter volvió a su despacho. Buscó en las ediciones en línea de los periódicos y otros medios si había alguna referencia a algún asesinato en San Diego.

Nada. Era demasiado reciente.

Iba a dejarlo cuando vio un *News Flash* urgente de la Associated Press. Era todavía vago y poco concreto. Se decía que una mujer había sido abatida en Balboa Park, San Diego, por un francotirador. Aún se desconocía la identidad de la fallecida. Testigos visuales incluían a la chica que paseaba con la asesinada y que, a pesar de no estar herida, estaba siendo atendida por el choque emocional.

Lo primero que necesitaba hacer ahora era confirmar una sospecha. Llamó a un contacto que tenía en el FBI, un viejo amigo con el que había coincidido hacía unos años en unos cursos sobre falsificación de dinero. Era previsible que los federales acabaran metiéndose en un caso como ese, un tiroteo a distancia en un parque a plena luz del día. Después de preguntarle por la mujer y los niños, le pidió si le podía hacer un favor: quería que le dijera la identidad tanto de la víctima como de la persona que iba con ella. Su colega no hizo preguntas, era un acuerdo tácito siempre que se hacían favores el uno al otro.

Media hora después, el federal llamó.

—La muerta es una tal Jessica Teresa Lobo —comenzó el agente del FBI sin dar rodeos —, veinticinco años, sargento del ejército, veterana de Irak. Hacía sólo dos semanas que había sido repatriada.

Milligan anotaba todo lo que su amigo le decía.

—¿Y la acompañante?

—Se ve que no tenía nada que ver con la víctima. Dice el SDPD que estaba preguntándole alguna dirección. No tenían ninguna relación aparente.

—¿Sabemos quién es?

—Sí. Periodista del New York Times con pasaporte británico. ¡Tiene la exclusiva de su vida! —se rió el federal.

—Parece que sí. ¿Y de nombre?

—Tabitha Cowan.

Porter Milligan sintió un amargo escalofrío en el espinazo. Recordaba a la joven periodista de cuando le entrevistó en Washington hacía unos meses. De repente, todo se enredaba. ¿Cómo podía ser que aquella chica entrometida apareciera envuelta ahora en un aparente asesinato selectivo de un grupo ilegal dentro de la Agencia?

No podía ser casualidad. Aquella muchacha estaba sobre la pista de algo muy importante.

El federal había seguido hablando, pero él ya no le escuchaba. Le interrumpió un poco bruscamente y colgó el teléfono.

¿Qué diablos estaba pasando? ¿Qué había encontrado Westward en Irak? ¿Por qué mantenerlo en secreto había costado la vida de un sargento del ejército? ¿Qué sabía la periodista Tabitha Cowan? ¿Estaba ella también en peligro? ¿Por qué los tiradores de Westward no la habían abatido a ella también?

Repasó sus notas en el documento encriptado sobre los *Redskins* en su ordenador. ¿Qué sabía hasta ahora? Para empezar, que los *Redskins* existían, o así lo creía el difunto Chuck Surtees. Según la lista que había escondido en el misal antes de morir, cinco agentes formarían parte de ese grupo. Releyó sus nombres que ya se sabía casi de memoria: Carmel Sposito, John Lescat, Julie Kerr, Eli Smith y Menard Johnson. Además, claro, del propio Hartley Westward, que parecía ser su líder. Estos nombres coincidían con los de las llamadas que él había identificado gracias a Caleb desde el teléfono de Westward.

¿Qué más sabía? Que, aparentemente, los *Redskins* actuaban de brazo ejecutor de una supuesta conspiración llamada *Onesimus*. En el tercer trozo de papel que había encontrado dentro del libro de oraciones de Surtees se podía leer impreso un curioso artículo extraído de una enciclopedia *online*:

Onesimus: Onesimus fue un esclavo africano propiedad de Cotton Mather, ministro de la iglesia puritana de Boston que vivió entre 1663 y 1728. En 1706, tras un brote de viruela, Onesimus le explicó a su amo que él, de pequeño, había sido inoculado en África a través de un corte en la piel con el exudado de un paciente que padecía un acceso relativamente leve de la enfermedad, y que, por aquella razón, era inmune al contagio. Mather se mostró fascinado por este relato y se convirtió en uno de los principales defensores de la práctica médica de la vacunación, recomendándola como método efectivo contra las epidemias de viruela en Nueva Inglaterra.

Así que el nombre de la operación secreta se debía a un esclavo del siglo dieciocho. ¿Y qué? Porter no sabía qué deducir de todo aquello.

Por otra parte, en la segunda lista de Surtees aparecían los nombres de gente muy importante de la política, las fuerzas armadas y el tejido empresarial del país. Los releyó, una vez más: Senador Ronald McBride, Senador Lawrence Kravitt, General Ira Greenleaf, Coronel Karl Ehringer, el pensador Joshua Nathan Parsons y los empresarios

Kyle Uphaus, Jonathan Barton y JayJay Sarkar. Estos últimos eran generosos donantes del Partido Republicano, partido de ambos senadores. El filósofo Parsons era conocido por sus posiciones reaccionarias y polémicas. Y era de suponer que los militares también serían afines a las posiciones de extrema derecha de los conservadores.

¿Y qué era *Onesimus*? Esta era la clave de todo el entramado. Y había que reconocer que sus progresos habían sido casi nulos. Por las conversaciones que había podido escuchar, deducía que, en pocas semanas, se produciría un hecho clave para la operación, y debía ser en una ciudad extranjera, presumiblemente en Europa, pues alguna vez habían aludido a vuelos transatlánticos secretos.

Hartley Westward parecía dirigir la conspiración, pero debía seguir órdenes de alguien muy poderoso, alguien a quien Surtees se había referido como *Chief* en la breve grabación de vídeo. Hacía meses que le daba vueltas a la posible identidad de este misterioso personaje. Había escuchado una única conversación telefónica de Westward con aquel hombre a quien llamaba *Chief*. La lástima era que no había podido grabarla, que había sido muy breve e insustancial y que, una vez más, el número marcado aparentemente no existía. No había sido capaz de identificar la voz. ¿Podría ser Hoffa, el director de la Agencia?

Eran demasiadas preguntas. Necesitaba respuestas, y no las encontraría en su casa. Se sentía aislado. Le habían promovido a un puesto, en teoría de prestigio, para arrinconarlo. No le comunicaban nada, y, desde hacía unas semanas, tenía la impresión de que le espiaban.

—¡Dios mío, qué follón! —murmuró, abrumado.

Cuando lo nombraron director del Comité de Ética nunca hubiera imaginado que le tocaría lidiar con una conspiración interna.

Algo tenía claro: tenía que hablar de nuevo con la periodista escocesa. Ahora ya no era tan sólo un asunto de trabajo o de orgullo profesional. Su propia supervivencia podía estar en juego si Westward averiguaba que había estado escuchando sus conversaciones.

—El director quiere verle, señor Milligan —dijo el oficial, dándole un susto y despertándole de sus pensamientos.

En los pasillos de la sede de la Agencia, en Langley, Floyd R. Hoffa era apodado *Bulldog*. Y Milligan entendía por qué. Frente a él, deambulando por su despacho con pasos cortos y apresurados, el director parecía verdaderamente uno de esos perros tan británicos. Era pequeño y de constitución fuerte, tenía el cuello tan ancho que parecía formar parte de la cabeza, y a pesar de la corbata daba la impresión de que ambos

formaban un solo volumen.

Nada más entrar, le hizo sentarse con un gesto imperativo. Enseguida, sin preámbulos de cortesía, le soltó que, últimamente le habían llegado repetidas quejas por su comportamiento. Porter, por supuesto, se había mostrado genuinamente sorprendido, y había preguntado quién protestaba y por qué.

—Me han dicho que te empeñas en seguir yendo a la Casa Blanca a hablar con el Presidente —le dijo Hoffa.

—Por supuesto —respondió él, desarmado—. Al tomar posesión del cargo de Director del Comité de Ética, el propio Presidente me pidió que le informara regularmente a él en persona.

Bulldog rechazó la idea con un rápido movimiento de la mano.

—¡Por el amor de Dios, Milligan! ¡Te lo dije ante la prensa!

—Es cierto, pero...

—¿Todavía no te has dado cuenta de que esto del jodido Comité sólo es una operación de estética? ¡Joder, Milligan, nos hemos puesto tetas nuevas para agradar a la opinión pública! ¿De verdad te crees que permitiré que mis propios agentes jueguen a espías en mi casa?

—Yo pensaba que...

—¡Tú eres agente de la CIA —interrumpió de nuevo Hoffa—, y tienes que dedicarte a ayudar a tu país! ¡Déjate de milongas y empieza a trabajar de verdad!

—Pero, insisto, el propio Presidente...

—Y pobre de ti como oiga que has vuelto a molestar al Presidente, ¿me oyes? ¡Bastantes problemas tenemos como para tener que perder tiempo escuchando tonterías domésticas! Di la orden, ya hace meses, de que todas las comunicaciones entre nosotros y el Ejecutivo se canalizaran a través de Westward. ¿O es que tú estabas demasiado ocupado con tus chismorreos para enterarte?

Era Westward, estaba claro. Él lo había denunciado al director. ¿Por qué no lo quería cerca del Presidente? ¿Sabría Westward que él le estaba siguiendo la pista a sus *Redskins*?

—La única manera que tenemos de evitar errores graves de inteligencia como los que nos llevaron al 11-S es establecer protocolos sumamente rígidos —continuaba explicando Hoffa—. ¡Y asegurarse de que nadie se los salta!

Milligan ya no intentaba decir palabra. Se había dado cuenta de que sería inútil, y no quería arriesgarse a que la apartaran de su trabajo. Y menos, en ese momento.

Cuando se dirigía hacia el despacho del director, antes de saber qué querría, se había planteado preguntarle sobre el Código Rojo de Westward, el que acababa de escuchar

hacía poco más de una hora. El director, sin duda, debería estar al corriente. Pero no le habían dado oportunidad. De hecho, esa filípica inesperada abrió nuevos escenarios de sospechas en la mente de Porter. ¿Podría ser que incluso el director de la Agencia estuviese involucrado en *Onesimus*? ¿Podía ser él el misterioso *Chief*? Todo parecía encajar.

Decidió, mientras Hoffa continuaba hablando, que seguiría investigando por su cuenta. Pero lo haría con mucha más discreción, con un perfil mucho más bajo. Y quizás debería picar más alto si quería descubrir algo.

—Milligan —continuó *Bulldog*, con un tono algo menos feroz—, eres un agente de gran valía para la casa, de hoja intachable y gran reputación entre tus colegas. Por esta razón, de hecho, se pensó en ti cuando decidimos montar esta comedia de cara al exterior. Haz lo que sabes hacer, haz tu trabajo y déjate de historias. En la Agencia necesitamos gente como tú. No quiero tener que apartarte del servicio.

Esta última frase fue una clara amenaza, y Porter la apreció como tal.

Al salir del despacho estaba más confundido que cuando había entrado. Pero se le ocurrió una idea que trataría de poner inmediatamente en práctica. Si no querían que hablara con el Presidente, llamaría a la puerta de otro, alguien a quien poder desvelar sus sospechas y con capacidad para actuar si fuera necesario. Y quién mejor que el Secretario de Defensa.

Conseguir una entrevista con el Secretario le resultó sorprendentemente fácil. Con dos guerras entre manos, Milligan creía que estaría demasiado ocupado como para recibir a un simple funcionario de la Agencia como él.

Tan brevemente como pudo, le resumió lo que estaba investigando, sus sospechas desde que recibió ese sobre blanco de la viuda de Chuck Surtees y lo que había pasado tanto con Hoffa como con Westward. Pero mientras lo explicaba, le entró la sensación de que no tenía nada entre manos, que estaba haciendo perder el tiempo a un importantísimo miembro del Gobierno con suspicacias y recelos personales que no conducían a ninguna parte. Continuó hablando mientras se preguntaba si no estaba empeñándose en ver fantasmas donde no había nada.

Por ello le sorprendió gratamente el interés que mostró el Secretario.

—Quiero que cualquier progreso que seas capaz de hacer en este asunto me lo comuniques a mí directamente, ¿entendido? —le dijo—. No estoy de acuerdo con el viejo Hoffa que tu Comité sea sólo... ¿cómo lo ha llamado? ¿Una operación de estética?

—Bueno, de hecho, fue mucho más gráfico.

—Si hay agua sucia en las tuberías de Langley quiero ser el primero en saberlo — añadió el Secretario—. Tenemos a nuestros hombres y mujeres luchando en suelo extranjero por las libertades y el estilo de vida americano. No podemos permitir que nada perturbe nuestra misión.

Milligan salió de la entrevista animado. El Secretario se lo había tomado en serio. Quizás, al fin y al cabo, sí que era importante su trabajo al frente del Comité.

Septiembre 2003

París (Francia)

En el vuelo de regreso, Tabitha Cowan no pudo pegar ojo. Le dolía mucho la cabeza, y tenía una extraña sensación de vacío en el estómago a pesar de haber comido bastante. No se podía quitar de la cabeza la idea de que era sólo casualidad o ignorancia la razón por la cual seguía viva. Nunca antes creyó que su vida corriera peligro, ni siquiera cuando empezó a sospechar que Damian Harper había sido asesinado.

La muerte brutal de la sargento Jessica Lobo cuando caminaba a su lado había sido una bofetada de realidad, una llamada a la conciencia, un aviso que todo aquello no era un juego. Por primera vez se daba cuenta que estaba asomando la nariz en la madriguera de una fiera salvaje, estaba hurgando alegremente en los asuntos criminales de personas que no se detendrían ante nada.

Cuando cerraba los ojos para intentar dormir, se le aparecía el rostro de la desdichada Jessica sonriente, y, acto seguido, y a cámara lenta, veía su cabeza estallar; los ojos abandonaban sus órbitas y todo se teñía de rojo. Sólo quedaba, flotando en el aire unos extraños segundos, esa media sonrisa de dientes blancos que ella no había visto nunca.

Con un escalofrío en el espinazo, el miedo se apoderó de ella. Lo sentía como una corriente eléctrica recorriendo su cuerpo, de polo a polo, de pies a cabeza. Temblaba tan violentamente que el auxiliar de vuelo de Delta Airlines le ofreció primero una manta adicional y luego un paracetamol por si tenía fiebre. La tercera vez le preguntó si necesitaba un médico.

Ella negó con la cabeza.

Habría querido pedirle que la abrazara, que la dejara llorar en su hombro, que se sentía tan sola y abandonada como el día en que murió su madre.

Quedaban un par de días para que se cumplieran los dos meses de plazo que Bob Grimaldi, el Jefe de Corresponsales en el New York Times, le había concedido para construir una historia creíble e interesante. No había avanzado mucho. La única manera de probar algo era hacer que la sargento Lobo testificara sobre lo que había visto en Bagdad. Y ahora estaba muerta.

¿Valía la pena? ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué estaba jugando?

Ella no era de naturaleza heroica. Esto le había quedado perfectamente claro en Afganistán, el pasado mes de abril. Le gustaba el trabajo de periodista de investigación,

pero nunca lo contempló como una manera de impartir justicia, de destapar crímenes y vergüenzas; ni siquiera lo hacía con el ideal de construir un mundo un poco mejor. Lo hacía porque disfrutaba de ello. Y dejaría de hacerlo si empezaba a volverse peligroso.

Hasta entonces, el periodismo para ella había sido más un trabajo de laboratorio que de acción. Viajaba por Oriente Medio, contactaba con sus fuentes, gente de confianza y poco peligrosa, y estos le iban dando fragmentos de información que ella convertía en historias periodísticas. Ella denunciaba, pero lo hacía más con números, estadísticas y declaraciones de víctimas que con hechos dramáticos.

Como cuando la pusieron sobre la pista del contrabando en la franja de Gaza a través de túneles construidos bajo la arena desde Egipto, burlando el bloqueo israelí. La invitaron a ir una noche con los chicos palestinos que se jugaban la vida cavando y pasando todo tipo de mercancía bajo la frontera. Ella no se atrevió, pero fue capaz de producir una serie de artículos en los que describía la actividad palestina, daba cifras de volúmenes y de víctimas, relataba el testimonio de un niño de sólo catorce años que quedó enterrado al derrumbarse uno de los túneles y salvó la vida gracias al esfuerzo desesperado de sus hermanos pequeños.

Todo desde la distancia, desde la seguridad de la habitación de un hotel de cinco estrellas en Tel-Aviv, enviando los textos por internet. Había decidido ya que nunca más iría a un lugar donde la vida de los reporteros corriera peligro. Para ella se habían acabado los Afganistán, Irak y Somalia de este mundo.

¿Era Tabitha Cowan un fraude? Todas las dudas, la inseguridad, el pánico que sentía cuando le parecía que alguien dudaba de ella, se habían materializado con violencia esa mañana en Nueva York en que Grimaldi le dijo claramente que su trabajo no estaba a la altura lo que se esperaba de alguien con su sueldo.

Y ahora, cuando se daba cuenta que, probablemente, por fin tenía a su alcance la posibilidad de destapar una conspiración de verdad, el cuerpo le pedía dejarlo, abandonar. No tenía el estómago suficientemente templado como para vivir mirando por encima del hombro, de vivir pensando que alguien le podía hacer daño.

No sabía qué hacer.

Cuando el auxiliar de vuelo le ofreció la taza con la manzanilla que le había pedido, decidió que se tomaría unos días para reflexionar. La experiencia traumática vivida en San Diego lo exigía. Y, después, si seguía sin verlo claro, viajaría a Nueva York, comunicaría todo lo que sabía a Grimaldi, y se dedicaría al asunto Krause, ese posible escándalo europeo de sobornos en la industria farmacéutica.

El avión aterrizó en el aeropuerto Charles de Gaulle a las once de la mañana. Tabitha tomó un taxi y le indicó al conductor de manera mecánica la dirección de su apartamento en Neuilly-sur-Seine. Era viernes. Al menos tendría un fin de semana por delante sin tener que ir a la oficina, y aquella tarde tampoco le esperaban.

Al girar la llave en la cerradura de su casa, se dio cuenta que no estaba cerrada, y le dio un repentino ataque de pánico. Tenía los nervios destrozados.

Entonces escuchó una voz femenina conocida y se relajó. Marie le había dicho que volvería el sábado, pero tal vez había podido escapar un día antes para darle una sorpresa. Estaba hablando por el móvil, y al verla, gesticuló de alegría y le plantó un beso en la mejilla.

Cuando, hacía unos meses, la chica le había sugerido que se intercambiaran copias de las llaves de sus respectivos apartamentos, ella dudó. Desde la ruptura con Michael, Tabitha era muy celosa de su intimidad y de su espacio. Pero la chica insistía. Ambas viajaban frecuentemente por trabajo y se veían muy de vez en cuando. Aunque sólo fuera por la seguridad de que alguien de confianza tuviera la llave de su casa, ya valía la pena.

Marie era diseñadora de jardines. Tenía clientes de toda Francia, sobre todo de la Provenza y Midi-Pyrénées, y había empezado también a trabajar para clientes de otros países. En el Reino Unido había mucha competencia, pero su especialidad era todavía bastante inusual en lugares como España o, incluso, Italia. En aquella época, cuando ya el verano se había quedado atrás, era cuando más trabajo tenía. Había que empezar a preparar los diseños para tenerlos listos antes de la primavera, y eso quería decir trabajar duro todo el invierno.

Su relación con Marie era otra de las cosas que le producían desasosiego. Cuando aún arrastraba la depresión por la ruptura con Michael, que había sido bastante desagradable, esta chica apareció como caída del cielo en su vida. Casi sin querer, empezaron a verse a menudo, de entrada como amigas, hasta que el asunto evolucionó de manera natural hacia el sexo. Tabitha encontró el consuelo y la energía que necesitaba en ese momento. Marie no podía ser más diferente a Michael: era alegre y despreocupada, con un sorprendente toque de *naïveté*; no le exigía nada, era tierna y muy cariñosa. Era sólo cuatro años menor que ella, pero por su carácter parecía mucho más joven. Un poco más alta y delgada que Tabitha y con más pecho, solía vestir con vaqueros y camiseta, siempre ropa ajustada e informal.

Lo cierto era que estaban juntas con poca frecuencia; no se podía decir que fueran pareja. De hecho, había semanas enteras en que ni se veían ni se hablaban, cada una en un rincón del mundo o en el mismo París pero con la vida ocupada en otras cosas. Y Tabitha reconocía con algo de culpa que no la echaba de menos más que en momentos

puntuales. Era el tipo de relación que más le convenía en ese momento. Y Marie también parecía satisfecha con el arreglo.

Pero en los últimos tiempos, incluso en los ratos que estaban juntas, Tabitha solía tener la cabeza en otros asuntos. Se preguntaba si tenía sentido seguir viendo a la chica o era hora de abandonar la aventura. El sexo era muy agradable, su compañía no se hacía pesada y nunca se enfadaba si Cowan le decía que prefería que no se vieran. Precisamente por ello, Tabitha sabía que lo suyo no iba a ninguna parte. Quizás era hora de pasar página.

Marie se despidió por teléfono de su interlocutor y colgó.

—*Bibi, mi chère!* —exclamó con indisimulada felicidad, yendo hacia ella y abrazándola con cariño.

Su sincero entusiasmo cada vez que se veían la desarmaba, hacía que se sintiera especial y querida. Marie nunca pedía nada a cambio. Su alegría era siempre tan genuina como la de un niño.

Abrumada por la bondad de su amante ocasional y abatida por el cansancio mental que le provocaban los últimos acontecimientos, sus dudas y sus miedos, Tabitha se derrumbó. Comenzó a llorar en brazos de Marie como una magdalena, derrotada y sin fuerzas.

—Oh! Mais qu'est-ce qu'il t'arrive, Bibi?

Marie la condujo hacia el sofá sin dejar de acariciarla y dejó que llorara un rato contra su pecho.

—¡Pobre Bibi! —dijo, ya en inglés, al cabo de un rato.

Tabitha se sintió de pronto avergonzada y culpable. Avergonzada de haberse mostrado débil ante Marie, y culpable de no amarla. No sabría decir qué sentía Marie por ella, pero sí sabía que, fuera lo que fuese, no era correspondido.

Aquella tarde hicieron el amor en la cama de Tabitha. Fue un acto cálido, reconfortante y melancólico. No se dijeron nada, Marie por respeto, y ella porque no tenía nada que decir. Se sentía bien en contacto con la piel de la chica, acariciando sus pechos suaves, dejándose tocar como nunca ningún hombre la había tocado.

Se durmió con la cabeza en su vientre, para despertar horas después, de madrugada, mucho más tranquila y serena, con una cierta sensación, incluso, de paz interior. Salió de la cama sin despertar a la chica para ir a prepararse un té con miel y limón, y comerse un *scone* que tostó levemente antes de untar con mantequilla baja en calorías. Con una manta, se sentó en el sofá a mirar si ponían algo lo bastante aburrido en televisión como para poder pensar sin distracciones.

Era una suerte contar con Marie. Nunca había conocido a nadie tan generoso, tan

poco egoísta, tan dispuesto a dar. Y se sintió culpable de nuevo por no sentir por ella más que un leve cariño. No la echaba de menos cuando no estaba, no pensaba en ella cuando se hallaba fuera de París; nunca le regalaba nada, ni tenía con ella ningún detalle. ¿Habría perdido la capacidad de amar? ¿Se habría creado una corteza tan dura alrededor del corazón que ya no sentiría nunca más nada excitante hacia nadie?

Cuando Michael la dejó, decidió centrarse en el trabajo. Y ahora, incluso su trabajo era cuestionado.

Estaba agotada. No quería seguir dándole vueltas.

Haciendo *zapping*, se detuvo en un canal de deportes donde retransmitían combates de *sumo* japonés. Decidió que intentaría entender por qué hombres gordos y casi desnudos se empujaban violentamente para hacerse caer: tal vez eso ahuyentaría los problemas de su cabeza.

Al final, volvió a quedarse dormida, y no se despertó ni cuando Marie le dio un beso en la mejilla y apagó la tele antes de irse.

Aquel sábado, Tabitha se levantó tarde. Sufría un formidable dolor de cabeza que trató de paliar con dos pastillas de paracetamol. A pesar de la relajante presencia de Marie la noche anterior, lo cierto era que no había dormido muy bien.

Después de una ducha con agua tan caliente como su piel soportó, salió del apartamento para ir a comprar al mercado que se instalaba cada fin de semana en una plaza cerca de su casa. Se concentró en la tarea de escoger las mejores frutas, verduras y pescado que había a la venta, confiando poder desconectar un poco de las preocupaciones que la embargaban.

Cuando ya entraba de nuevo en el ascensor de su casa, Marie la llamó al móvil.

—Bibi, chérie! Ça va?

Su voz alegre y entusiasta siempre ponía una sonrisa a los labios de Tabitha.

—Me has dejado un poco preocupada, preciosa —continuaba la chica—. ¿Sabes qué podemos hacer? Si te parece bien... He descubierto un pequeño *bistrot*, de aquellos que gustan a ti, por Pigalle, un lugar de sólo cinco mesas, ¡muy romántico! Es de una pareja de gays que son amigos de Anja, esa amiga mía que conociste un día en la fiesta de Pierre, el de Limoges, ¿recuerdas? Es imposible encontrar mesa, pero hoy ha habido una cancelación, ¡y me han llamado! ¿A que es maravilloso? Bueno, si quieres, ¿eh?

Tabitha, a pesar de su estado de ánimo, sonreía al escuchar a Marie. Tenía un espíritu juvenil contagioso, y enseguida consiguió que se sintiera un poco mejor. Mientras abría la puerta de su casa le dijo que sí, que le encantaría ir a cenar con ella. Aunque le daba

un poco de pereza, decidió que era mejor para su salud mental salir de casa en lugar de encerrarse sola todo el fin de semana con sus fantasmas.

¡Qué diablos! Le gustaba la compañía de Marie, y quería disfrutar de ella. La chica era tan generosa en su afecto y tan poco exigente como un cachorro. Y, por qué negarlo, la encontraba terriblemente atractiva.

Antes de Marie, Tabitha no había tenido nunca una pareja de su mismo sexo. Alguna aventura aislada en tiempo universitarios y nada más. Era completamente nuevo para ella sentirse sexualmente atraída por una mujer. Pero no se definiría como homosexual, sino quizás *omnisexual*, en una expresión que había oído decir una vez a alguien refiriéndose al gran poeta estadounidense Walt Whitman. La vida sólo pone delante de uno un puñado de personas a las que amar; ella opinaba que era un despilfarro imperdonable despreciar a alguna por el mero hecho de ser del mismo sexo.

El *bistrot* era un pequeño local recientemente abierto llamado Le Canard Rose, con sólo cinco mesitas redondas para cinco parejas, una vela en cada mesa e iluminación indirecta para dotarle de un ambiente íntimo.

Marie había pasado a buscar a Tabitha a las siete y veinte —habían quedado a las siete, pero siempre llegaba tarde— en su Mini Cooper color rojo. Al llegar al local, un acaramelado *maître* las recibió y las guió hacia su mesa. No había carta; los comensales degustaban lo que el cocinero había decidido hacer cada noche. La comida era exquisita, fusión entre la cocina tradicional francesa y las tendencias deconstruccionistas del sur de Europa. Y carísima, por supuesto.

Siempre se sentía cómoda con Marie, porque era muy fácil llevarse bien con la chica. Por primera vez desde que presenció el asesinato de la sargento Lobo, Tabitha se permitió relajarse un poco y apartar de la cabeza pensamientos negativos. Marie hablaba, como hacía siempre, con esa mezcla de entusiasmo *naïve* y melosa cadencia. Llenaba los huecos en la conversación que, inevitablemente, dejaba la periodista, mucho menos comunicativa. Ella sonreía, y la escuchaba con deleite.

Le estaba hablando de su trabajo, de ese cliente holandés para el que había trabajado hacía un par de años casi en exclusiva y que ahora acababa de comprar y remodelar una impresionante mansión modernista cerca de Barcelona.

—¡Y quiere que le diseñe el jardín! —decía Marie con entusiasmo—. Son casi dos hectáreas de bosque en el Tibidabo, lleno de caminos, escaleras escondidas, surtidores de agua y pequeños estanques. Una maravilla de comienzos del siglo veinte que hace años que nadie cuida.

—Es fantástico, Marie. Seguro que harás un trabajo excelente.

Aunque Tabitha sospechaba que el éxito de su amante era en parte debido a su belleza física y la personalidad encantadora que tenía, era consciente de que tenía mucho prestigio en el selecto mundo del diseño de jardines, o paisajismo, como ella prefería llamarlo.

—Gracias —respondió Marie—. De hecho... Bueno, quería proponerte algo —añadió, dudosa, bajando la mirada.

¡Ay, Dios mío!, pensó Tabitha. Espero que no...

—Verás, mi cliente me pide que me vaya a Barcelona un par de semanas a vivir en la casa. La ha redecorado entera, ¡y se ve que es increíble! Quiere que vaya, que me instale y que capte la atmósfera del lugar. Cree que así me inspiraré más fácilmente, y sabré darle el aire que más le conviene al jardín. Y bien, yo había pensado... Es decir, si quieres, ¿eh? Sin compromiso. Había pensado que quizás te apetecería ir conmigo unos días.

Tabitha sonrió aliviada. ¡Dios sabe qué se había imaginado que le iban a proponer!

—Ya sé que nunca hemos salido juntas de París —continuaba la chica—, pero no creo que eso quiera decir nada más que... En fin, que nos lo podemos pasar bien unos días juntas, ¿no? La verdad es que había pensado en proponérselo a Anja, mi amiga, la que me ha conseguido esta reserva, pero con ella ya he viajado, y, bueno, me apetecería ir contigo.

Curiosamente, Tabitha sintió un leve pinchazo de celos, y en seguida se dijo que era absurdo. Su relación con Marie era sin ataduras, y tácitamente siempre lo habían entendido así ambas chicas. Sabía que Marie tenía otras amigas, pero hasta ahora nunca se había planteado si también eran sus amantes.

En todo caso, no debía importarle. Sonrió al ver que Marie casi se disculpaba con ella por haber osado invitarla a pasar unos días fuera de París. Decidió que lo probaría, ¡por qué no! Iría tres o cuatro días a Barcelona, a la mansión modernista de la montaña del Tibidabo, a olvidarse de todo el maldito asunto de la CIA, los virus y de la sargento Jessica Lobo. Durante el día, visitaría la ciudad, que siempre le había gustado pero nunca había tenido tiempo de visitar como debía. Y, llegada la noche, haría el amor cálidamente con su amante en el marco incomparable de una casa antigua.

Marie casi estalla de contenta cuando ella le dijo que sí, que iría unos días y que se lo pasarían muy bien. Saltó por encima de la mesa para plantarle un beso en los labios y se rieron las dos con alegría.

Septiembre 2003

Washington, DC (EE UU)

—Espero que nos des una buena explicación de todo lo que ha pasado.

El senador McBride se subía por las paredes. No hacía falta ser muy listo para adivinarlo. Ni siquiera había saludado a Hartley Westward cuando éste entró en la sala segura de las oficinas privadas que el senador tenía en la avenida George Washington. Estaban en una habitación insonorizada y periódicamente revisada por si había algún micrófono instalado.

—¡Una veterana de Irak asesinada a plena luz del día en un parque de San Diego, por el amor de Dios! —siguió bramando el senador.

La reunión había sido convocada con urgencia. Además de McBride y Westward, asistían Julie Kerr, acompañando, como siempre, a su jefe, y el general Greenleaf, que, casualmente, estaba en Washington.

El general estaba especialmente furioso. Todavía no había abierto la boca, pero Hartley le veía las venas de las sienes bien marcadas y cómo apretaba los dientes con tanta fuerza que los músculos de la mandíbula parecían a punto de estallar.

—Si me permiten, señores —comenzó con cautela—, haré a continuación una exposición detallada de la situación.

—No es la primera vez, Westward, que tengo la impresión de que no sabe distinguir quién es realmente el enemigo en esta guerra.

El que había hablado era el general. El tono era pausado y la voz baja, pero el ligero temblor que se adivinaba en cada palabra delataba una tensión enorme.

Hartley notó las axilas húmedas. Era un momento peligroso. Era imprescindible no mostrarse inseguro ante chacales que le degollarían al primer signo de debilidad. Él seguía teniendo el apoyo del *Chief*, y aquello era lo único que importaba en aquellos instantes. La mejor defensa era un buen ataque.

—Sé perfectamente quién es el enemigo, general. Sé que soy la primera línea de combate y que tengo que tomar decisiones que luego ustedes analizan desde la comodidad de sus salas de estar. Sé que me juego el cuello en cada paso que doy. ¡Y le aseguro que asumo toda la responsabilidad por todo lo que hago!

Funcionaba. El general, todavía desafiante como un perro de presa, resopló con rabia, pero retrocedió levemente. Su mirada perdió fuego. En el fondo, pensaba Westward, este

idiota no puede concebir que haya elementos subversivos dentro de su ejército. ¡Sigue con la mentalidad de la Guerra de Corea, por el amor de Dios!

—Sólo digo —añadió el general Greenleaf, con un tono de voz menos áspero— que me sorprende que la víctima haya sido una militar con una hoja de servicios impecable, una patriota que ha arriesgado su vida en el frente por las libertades de este país, y que la causante de todo el lío, una periodista extranjera, siga viva. ¡Y ahora, por lo que sé, ya está fuera del país!

—Esa *patriota*, general —respondió Westward, pronunciando la palabra “patriota” casi con tono de burla—, iba a revelar secretos militares a un sujeto extranjero. ¿Y sabe qué encontró la policía en su cadáver? ¡Un ejemplar del Corán! Su patriota, general, que, según indicaban nuestros informes, era católica romana, ¡se había pasado al enemigo!

El senador intervino, para reconducir la conversación hacia los temas importantes.

—¿Queréis dejaros de tonterías, los dos? La sargento era una traidora, y como tal no merece mi respeto, general. ¡Pero la cuestión, Hartley, es por qué ese diablo de reportera sigue dándonos por culo! ¿Es que piensas ir eliminando a todos los que hablen con ella?

—Senador, sé perfectamente lo que debo hacer —afirmó Westward, con más seguridad de la que sentía—. Hay que evaluar los riesgos de cada decisión. No podemos fallar. ¡Ahora que estamos tan cerca, no!

—¿Y bien?

—Aún no sabemos qué ha descubierto la señorita Cowan. No sabemos con quién puede haber compartido lo que sabe, sea mucho o poco, y no sabemos si guarda archivos comprometidos en algún lugar donde todavía no hayamos mirado.

—¿Y a qué esperas para averiguar todo esto?

—Estamos trabajando en ello, señor. Pero aunque no haya riesgos adicionales de pérdida de información, eliminar a la periodista a día de hoy podría significar tener a los cabrones del Times encima constantemente, y una investigación promovida por la prensa liberal que no nos conviene en absoluto. Además, es ciudadana británica, y no queremos correr el riesgo de que Londres empiece a hacer preguntas que no queramos contestar. Hoy por hoy están callados, no cuestionan nada, a instancias de su gobierno, pero después del asunto del doctor Harper están con la mosca detrás de la oreja.

El general resopló con sarcasmo.

—¡En otros tiempos esto se habría solucionado inmediatamente haciendo desaparecer a la periodista una oscura noche para que nadie supiese más de ella!

—Puede ser, general, pero ahora no son otros tiempos. ¡Le recuerdo que estamos ante la operación más compleja y de mayor alcance para esta nación desde el desembarco de Normandía!

—¡Precisamente! —bramó el militar—. ¡Precisamente por eso no podemos hacer el idiota, cojones!

—¡General! —gritó el senador—. ¡No es momento de dejarnos llevar por la pasión! Hartley Westward sigue estando al frente de la misión hasta que no se diga lo contrario.

—Gracias, senador —agradeció éste.

—¡No me des las gracias, Hartley, que te estoy reprobando! ¡Soluciona el asunto de la maldita periodista, ya! Averiguad qué sabe, quién más lo sabe y actúa en consecuencia.

—Sí, señor. Está claro.

—¿Y qué estáis haciendo, entonces?

—Como primera medida, hemos comenzado a dinamitar su *modus vivendi*. La presión sobre determinados elementos dentro de la redacción del diario a través de algún accionista parece que debe dar sus frutos. La señorita Cowan se encontrará sin el paraguas del Times en breve.

El senador y el general se miraron, dudosos.

—No quiero que siga siendo un problema cuando comience la Fase IV, ¿queda claro? —intervino, al final, el político—. Y te recuerdo que la Fase IV comienza el mes que viene.

—Lo sé, señor. Yo la dirijo.

El senador McBride no supo apreciar el sarcasmo.

—Estamos muy cerca de la victoria, Hartley. No te pases de listo, ¡y no me falles! Ni yo podré protegerte si esto se filtra.

—No lo haré, senador. Ahora, si me lo permiten —añadió, lanzando una mirada significativa hacia el general—, la agente Kerr les explicará cómo se desarrolló la operación en San Diego y por qué se tomó la decisión que se tomó.

Julie Kerr, que hasta entonces se había mantenido en segundo plano, con su habitual pose de indiferencia, se levantó y comenzó a explicar los detalles de la operación con diligencia. Sabía exponer los hechos con gran precisión y claridad, y su voz de gata melosa consiguió calmar los ánimos de la sala.

Al terminar su exposición, todo parecía mucho más claro y bien atado a los ojos del senador McBride y del general Greenleaf. Hartley conocía el poder conciliador de su agente preferida, y por eso la llevaba siempre consigo a las reuniones difíciles.

—Bien, gracias, Julie —dijo el senador, levantándose de la silla—. Gracias por ponernos al día. Desgraciada sargento, si quieres que te diga la verdad. Pero gracias a Dios se actuó a tiempo y con precisión. ¿Qué hay de la policía?

—Baraja la hipótesis de un maníaco homicida tipo John Allen Muhammad, aquel loco que asesinó a un montón de personas alrededor de Washington el año pasado. Lo cierto

es que hay una cierta psicosis en San Diego, y la prensa local y estatal ha dado mucho relieve a este asunto. Esperamos que se diluya en unos días, cuando vean que el supuesto asesino en serie no vuelve a actuar. Uno más de los miles de casos sin resolver y punto.

—¿Y los federales?

—De momento no interfieren. El Departamento de Policía de San Diego se hace cargo, y no los han llamado. No hay motivo para una intervención del FBI, aunque nos consta que han contactado para hacer algunas preguntas. Nada más que eso.

El general también se levantó. Se le veía más calmado, o quizá cansado. Su estómago le molestaba desde hacía un par de años; principios de úlcera y una acidez casi permanente. Sacó el bote de antiácidos que le había prescrito su médico y se tomó dos comprimidos en seco, sin agua. Tenía ganas de irse a casa.

Una vez más, pensó Westward, el "efecto Julie" ha funcionado en el viejo cabrón.

—Me voy —dijo el general—. Confío en que todo siga bajo control.

—Hartley, se mantiene en pie la reunión en Gunnison Forest dentro de quince días. Será el día del lanzamiento de la definitiva Fase IV, y estaremos todos. Espero los detalles.

—Los tendrá, senador. *Onesimus* se desarrolla según estaba previsto. De hecho, es notable que el único problema que estamos teniendo sea el de esta periodista. El resto funciona como un reloj. Llevamos demasiados años planificando la operación. No puede fallar.

—No puede fallar —repitió el senador—. Y no lo hará.

La reunión concluyó. Hartley tenía que pasar por la Casa Blanca a informar al Presidente de cómo iban los asuntos de inteligencia en la guerra de Irak. Evidentemente, nada sobre *Onesimus* sería mencionado en la reunión.

Después, concertaría una breve charla en privado con el *Chief* para dar por cumplido su deber de información.

Septiembre 2003

París (Francia)

Cuando llegó a la oficina, nada más entrar por la puerta, ya percibió que algo pasaba. Llegaba tarde, porque antes de salir de casa había querido repasar *e-mails* y documentos con cierta calma. Tabitha tenía que resolver qué hacer con una investigación que se había vuelto, de repente, muy peligrosa. Había decidido que iría a Nueva York a hablar con Bob Grimaldi, a exponerle los hechos tal como ella los conocía y pedirle consejo. Temía que el asunto pudiera ser ya demasiado grande para una periodista sola. La magnitud de todo lo que estaba pasando tal vez exigía un equipo de reporteros investigadores y una cierta cobertura con seguridad privada. Sí, haría esto; hablaría con Grimaldi y juntos llegarían al fondo del asunto.

Su secretaria se puso de pie en cuanto llegó a su planta, sin decir nada, antes de que pudiera entrar en el despacho.

—Ah, buenos días, Claire. Oye, tendré que irme a Nueva York...

—Tabitha —interrumpió la secretaria en voz demasiado baja y acercándose mucho—. Tienes una visita.

Ella puso cara de extrañeza. No esperaba a nadie.

—Viene de Nueva York —especificó.

Cowan dejó la cartera encima de su mesa y siguió a la secretaria hasta la sala de juntas. Junto a la ventana, mirando hacia *Opéra*, un hombre bajito, algo gordo y con calva de monje le daba la espalda.

—¿Buenos días? —probó ella para llamar su atención.

—Ah, señorita Cowan —dijo el hombre con una sonrisa artificial, alargando la mano—. La esperaba desde hacía un rato.

A Tabitha no le gustó nada el tono de reproche. Al fin y al cabo, aquel señor, fuese quien fuese, se había presentado en su oficina sin cita previa.

Sin embargo, debido probablemente a su fragilidad emocional, se encontró disculpándose con aquel desconocido.

—Siéntese, siéntese, haga el favor —invitó él.

La periodista no salía de su asombro. ¡Aquel hombre impertinente actuaba como si la oficina fuese suya y él allí fuese el jefe! ¡Era ella, en todo caso, la que debía decidir cuándo y dónde se sentaban!

Una vez más, sin embargo, no se vio con fuerzas para protestar. Algo no funcionaba y ella lo supo antes que el hombre entrara en materia, lo que hizo sin más preámbulos que una breve mención del buen tiempo que hacía en París, comparado con la inestabilidad de Nueva York.

—Me llamo Sheldon Rumble, y trabajo para la compañía Corporate Facilitators. Tengo el grave deber de informarle, señorita Cowan, de que el consejo de redacción del New York Times ha decidido prescindir de sus servicios, con efecto inmediato. Según el contrato que usted firmó con fecha seis de marzo de 2000, no hay periodo de preaviso en el caso que nos ocupa.

Esa segunda frase Tabitha ya no la oyó. Después de las palabras "prescindir de sus servicios" el mundo se le había desdibujado.

—Pero... si tengo que hablar con Bob Grimaldi de...

—Señorita Cowan —dijo aquel hombre con cara hipócrita de conmiseración—, el señor Grimaldi es quien ha contratado los servicios de mi empresa para llevar a cabo la penosa tarea que ahora me corresponde. Si quisiera hacer el favor de revisar estos documentos y firmarlos... —añadió, sacando unas hojas de una carpeta que, previamente, había dejado sobre la mesa.

No. No podía ser cierto. No le podía estar pasando a ella.

—¿Bob... Grimaldi me está despidiendo? ¿Por qué?

—Por violación de las condiciones de contratación, señorita Cowan.

—¿Qué? ¿A qué viene esto?

—En el contrato que usted firmó con el diario, del que tengo una copia por si acaso lo quisiera revisar, se especificaba como posible causa de ruptura unilateral del mismo que la parte contratada, es decir, usted, llevara a cabo o cometiera alguna acción contraria a los valores corporativos y el manual de ética del New York Times.

—Contraria a... ¿Se puede saber de qué *cojones* está hablando?

Tabitha Cowan, aún en estado de *shock*, empezaba a sentir una sorda rabia que hervía en su estómago contra la injusticia de todo aquello. No entendía qué demonios estaba pasando, si todo era una broma macabra o, de ser cierto, a qué respondía. En cualquier caso, se estaba poniendo furiosa.

Con cara de resignación, aunque era evidente que ya esperaba este momento, Sheldon Rumble cogió otros documentos de la misma carpeta. Con parsimonia, sacó unas gafas de leer de su funda y se las colocó en la punta de la nariz.

—La ciudadana británica señora Evelyn Harper, a quien usted conoce, tengo entendido —dijo, mirándola por encima de las gafas antes de continuar—, ha interpuesto una denuncia por robo contra usted, señorita Tabitha Cowan, y, de manera

subsidiaria, contra el diario The New York Times en un juzgado de Nueva York. Por suerte para usted, y para evitar escándalos, la empresa propietaria del diario ha actuado con rapidez y ha convencido a la señora Harper de que aceptara una generosa compensación a cambio de retirar la demanda. Siempre, eso sí, que usted restituya el objeto robado en un plazo no superior a cuarenta y ocho horas a contar desde esta notificación. Si por la razón que fuera, la señora Harper no se mostrara satisfecha en sus exigencias en el plazo acordado, la denuncia contra usted seguiría su curso; no así la denuncia contra el diario, que, a todos los efectos, ya ha sido retirada.

El hombre hizo una estudiada pausa para provocar un mayor efecto dramático.

—Usted comprenderá, señorita Cowan —prosiguió después, quitándose las gafas—, que, en estas circunstancias, un diario del prestigio e integridad del New York Times no quiera, ni pueda, seguir contando con usted en su equipo. Mi cliente considera que ya ha hecho suficiente evitándole a usted los prejuicios que se derivarían, sin duda, de que la denuncia si siguiera su curso.

Tabitha no salía de su asombro. Todo era una trampa, una conspiración. No podía creer que lo que le estaba diciendo aquel hombre grotesco fuera verdad. ¿Cómo podía saber la viuda de Harper que ella tenía el portátil de su marido? Podía haberlo deducido, es cierto, pero ¿cómo podía estar tan segura como para interponer una denuncia? ¡Y en Nueva York! ¡Y contra el diario! No se imaginaba a aquella mujer montando tal embrollo.

—¡Esto es ridículo! —gritó, frustrada—. El doctor Harper quería hacerme llegar los documentos que había en su PC. ¡La señora Harper sabía que me lo había llevado! —mintió.

—Señorita Cowan, nada de esto es de mi incumbencia. Le ruego que lea los documentos de la liquidación y...

—¡Y una mierda! —interrumpió, furibunda, la periodista.

Afuera, los demás trabajadores de la pequeña oficina escuchaban la conversación aproximándose lo más cerca que se atrevían. Ella era consciente de ello, pero estaba lo bastante furiosa como para ignorarlo.

—¡No sé quién coño es usted ni a qué viene toda esta comedia, pero el cabrón de Bob me va a oír!

—Señorita Cowan —dijo el señor Rumble con paciencia. Evidentemente, ya estaba acostumbrado a todo tipo de reacciones cuando ejercía su oficio—. No me puedo ir hasta que usted no haya firmado la liquidación y haya abandonado las oficinas. Estoy aquí como representante de mi cliente, y tengo el compromiso de dejar el tema resuelto.

—¡Pues se estará aquí un buen rato, porque no tengo ninguna intención de firmar

nada!

—Tengo todo el tiempo del mundo, señorita Cowan.

Enfurecida, Tabitha salió de la sala de juntas pillando por sorpresa a sus colegas, que trataron de disimular. Ella los ignoró; ya estaba llamando a Grimaldi por el móvil.

—¡Bob! ¡Bob, maldito seas! —gritó cuando él contestó.

—¿Eh? ¿Quién es? ¿Qué hora es?

Grimaldi tenía voz de dormido. En la costa este eran las cuatro de la madrugada.

—¡Bob, eres un cabrón, hijo de perra! ¿Cómo puedes hacerme esto? ¡Dime que tú no tienes nada que ver con esta estupidez!

—¿Quién es? ¿Tabby?

—¡Sí, claro, quién quieres que sea, cojones!

—Por el amor de Dios, Tabby, ¿sabes qué hora es? Me has dado un susto...

—¡Me importa un comino la hora que sea, Bob! ¡Tengo aquí a un idiota que me dice que me has echado por las buenas, y me niego a creerlo, Bob! Dime que es una equivocación, que esto no está pasando.

Grimaldi bostezó ruidosamente.

—Tabby, por favor, ya hablaremos mañana, ¿eh? En unas horas, al menos...

—No, Bob, no puedo esperar unas horas. ¡Necesito saber ahora de qué va esto!

Al otro lado de la línea, Grimaldi soltó un taco.

—Va de que estoy harto de cubrirte el culo, Tabby. Estoy harto de tener que defenderte ante el comité y el consejo sin que tú estés a la altura de las circunstancias. ¡Y sólo me faltaba una denuncia por robo, maldita sea! ¿Es que te has vuelto loca?

—Es parte de la investigación...

—¿Investigación? ¿De qué coño hablas, Tabby? Te di dos meses de margen, ¿recuerdas? ¡Sesenta jodidos días! ¡Llevamos unos cuantos más y aún estoy esperando a que me des algo que valga la pena! No tienes nada, Tabitha, ¡nada de nada! Ya he tenido bastante paciencia. Eres un fracaso, y yo me equivoqué al confiar en ti. ¡Adiós!

Era el adiós más definitivo que la periodista había escuchado nunca. Bob Grimaldi había colgado el teléfono al otro lado del Atlántico, y, en ese momento, Tabitha Cowan supo que estaba en el paro, que nada de lo que había sido importante para ella profesionalmente en los últimos años existía ya.

¡Eres un fracaso!

La voz del que hasta entonces había sido su jefe retumbaba aún en su cabeza, entrando y saliendo de su cerebro como una pelota de tenis en un encuentro interminable.

Apagó el teléfono absolutamente deprimida. De pronto, la inmensa rabia que sentía

hacía unos segundos había desaparecido como quien vacía el agua de una cisterna. Se sintió agotada, profundamente apática y con ganas de desaparecer hacia algún rincón donde nadie la volviera a molestar nunca más.

Se dio la vuelta lentamente; vio los ojos de sus colegas, los cuales, al instante, dejaron de mirarla, avergonzados, disimulando de mala manera. Al fondo, la puerta de la sala de juntas seguía abierta. Entre los cristales traslúcidos vio la sombra de Sheldon Rumble, como una pesadilla recurrente sin ninguna intención de dejar de atormentarla.

Lentamente, sintiéndose muy lejos de allí y con la conciencia fuera de su cuerpo, Tabitha Cowan volvió a la sala de juntas y firmó, sin ni siquiera mirarlos, los papeles de la liquidación. Con ese gesto, dejó de ser periodista de elite en uno de los periódicos más prestigiosos del planeta para convertirse en una desempleada más a pie de calle. Los contratos de colaboración ocasional que tenía con algunos medios como la BBC y Radio France estaban todos sancionados por el New York Times, o sea que también le serían rescindidos inmediatamente.

Sheldon Rumble, satisfecho, tomó una gran bolsa que había dejado apoyada en la pared —y que Tabitha no había visto antes— y extrajo de ella dos cajas de cartón plegadas. Hábilmente las montó mientras aseguraba a la ex-periodista que su tarea no era nada personal, que comprendía como se debía sentir en aquellos momentos la señorita Cowan, pero que estaba seguro que con su juventud y sus credenciales no tardaría mucho en enderezar su vida profesional.

Acompañó entonces a Tabitha a su despacho y permaneció a su lado mientras ella llenaba las dos cajas de trastos inútiles que jamás volvería a usar. Cada documento o carpeta que ella metía, eso sí, era examinado con detenimiento por el señor Rumble. Era evidente que tenía órdenes de no dejar que se llevara nada que pudiera ser relevante para el diario.

Quedaba el asunto del portátil. Legalmente, pertenecía al New York Times, pero los archivos eran fruto del trabajo de Tabitha Cowan, y tenía que poder llevárselos. Sheldon Rumble lo tenía previsto. De un bolsillo sacó dos potentes *pendrives* de dos gigas de capacidad cada uno y esperó pacientemente mientras ella grababa todos los archivos.

Unos veinte minutos más tarde, Tabitha salía del despacho que ella misma había elegido, alquilado y decorado, cargada con dos cajas de cartón donde llevaba los escasos efectos personales que había acumulado en aquellos años. Sus colegas se le fueron acercando, dándole ánimos, diciéndole que si necesitaba algo ya sabía dónde encontrarlos. Claire, la secretaria, lloraba calladamente, pero no por la marcha de su superior, sino porque temía correr la misma suerte. Jean-Christophe, el veterano periodista de la redacción, fue quien más sintió su marcha. Le caía bien la chica, y

añoraría ver su fisonomía día a día en la oficina.

—¡Qué nariz, Dios mío, qué nariz! —se le oyó decir cuando Tabitha entraba en el ascensor.

Sólo cuando estuvo a la calle, con dos estúpidas cajas en los brazos y sin saber adónde ir, se dio cuenta de que ninguno de los trabajadores de su oficina había mostrado la más mínima sorpresa por lo que le había pasado.

¡Todos lo sabían!

Ella había sido la última en enterarse de que la habían echado. Y seguro que alguien les había comunicado también el motivo.

Quizás estaba volviéndose paranoica, pero tenía la impresión de ser el centro de una conspiración en su contra de la cual no sabía ni los instigadores ni las causas. ¿Quién conocía a ciencia cierta que ella se había llevado el portátil de Harper? Sólo Louis, pero no se imaginaba al informático diciéndole a nadie...

Con un sobresalto, recordó de pronto que hacía unos meses, en Nueva York, le había confesado a Bob Grimaldi que se había llevado el ordenador del doctor, en un intento desesperado de ganar tiempo cuando su jefe quería apartarla de la investigación.

¡Bob!

No lo podía creer. ¡Toda aquella comedia le había montado Bob Grimaldi para despedirla! Pero, ¿por qué?

Aún temblando, paró un taxi y le dio al conductor la dirección de su casa.

Por el camino, llevando las cajas en el regazo, no pudo contener las lágrimas. Decidió que lo enviaba todo a hacer puñetas, que no era lo suficientemente fuerte como para hacer frente a todo aquello; que, en el fondo, su trabajo le daba igual, que no había sido nunca la pasión de su vida, y que, por otra parte, tenía suficientes recursos como para no tener que preocuparse de su futuro de manera inmediata.

Odiaba a Bob Grimaldi por su traición; odiaba al New York Times, odiaba el periodismo. Odiaba, incluso, al difunto doctor Damian Harper por haberla envuelto en esa estúpida historia sin pies ni cabeza, esa supuesta conspiración que ella creyó un día que podría desenmascarar.

Ya estaba harta...

Octubre 2003

Gunnison National Forest, CO (EE UU)

—Señores, esta es la última reunión de *Onesimus* —comenzó, como introducción, el senador McBride—. Dentro de seis días, la mercancía será entregada y la operación ya no tendrá marcha atrás. Llevamos años esperando este momento, y por fin estamos en las puertas de la historia. Una historia sucia, soterrada, pero que hará a los Estados Unidos de América más poderosos todavía y permitirá a las generaciones futuras de estadounidenses sentirse más seguros que nunca. Ya hemos hecho todo lo que podíamos hacer, todo lo que los Padres Fundadores de la nación y nuestra fe en Dios nos exigía. A partir de ahora, ya sólo nos queda rezar para que todo salga como estaba previsto. Señores —acabó, de forma solemne—, la Tercera Guerra Mundial está a punto de comenzar. ¡Que Dios bendiga a América!

El momento era eléctrico. Todos los asistentes en Gunnison Forest, incluso los más cínicos, sintieron una chispa de orgullo y emoción recorrer su espinazo, un cosquilleo de excitación por formar parte de ese proyecto. Era la primera vez que los Estados Unidos se anticipaban, que empezaban lo que ellos llamaban Guerra Preventiva, convencidos de que el enemigo era cada día más poderoso y que, si no lo detenían hoy, pronto sería demasiado tarde.

—Hartley, por favor, explícanos cómo funcionará todo —pidió el senador, cediéndole la palabra después de unos segundos de silencio.

Westward, henchido de vanidad, se puso de pie y se dirigió a la cabecera de la enorme mesa de juntas.

—Gracias, senador. El próximo martes día 7, un maletín metálico con cuatrocientos cincuenta *pendrives* será transferido por el señor Sarkar, aquí presente —miró al empresario, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza, y este sonrió al sentirse el centro de atención— a un tal Juan Carlos Guañabéns, socio fundador y copropietario de la empresa Cerberus Guard, SL. El maletín es hermético y está acondicionado para conservar una temperatura inferior a 35 grados Fahrenheit durante setenta y dos horas, lo que debe permitir que el ochenta por ciento de los virus lleguen a su destino en buen estado. El intercambio tendrá lugar en las oficinas de esta empresa en Barcelona, España. Como saben, nos decidimos por España porque su gobierno es el único de la Unión Europea que permitirá la llegada de un vuelo de la Agencia sin hacer preguntas.

Así pues, sólo nos hacía falta localizar algún transporte adecuado para entregar la mercancía.

Todos los asistentes escuchaban con atención. Habían sido informados ya del desarrollo de la operación, de cómo Sarkar había contactado con Cerberus Guard, SL en Helsinki hacía unos meses, y cómo aquel incauto había accedido a llevar a China lo que él creía que era un *software* espía para asegurarse una ventaja en el abastecimiento de los elementos llamados “tierras raras”. Pero a todos ellos les encantaba oírlo una vez más. El ambiente era vibrante, la sala de madera vieja parecía brillar con la emoción de los presentes.

—La empresa del señor Guañabéns —continuó Westward— es perfecta para la operación. Su actividad consiste en importar *pendrives* y otro pequeño *hardware* informático de China, grabar en ellos un programa de seguridad informática de fabricación propia y exportarlos a todo el mundo, incluida China. Además, la empresa tiene graves dificultades financieras, y el señor Guañabéns ha sido calificado como una persona fácilmente corruptible. Él cree que los *pendrives* que nosotros le suministramos llevan un *software* espía que permitirá a las empresas de Sarkar Holdings conocer por anticipado las posibles fluctuaciones en los precios de las “tierras raras”, concretamente de dos elementos llamados erbio y disprosio. ¿Lo he dicho bien? —preguntó, dirigiéndose a Sarkar.

Este asintió, sonriendo satisfecho de sentirse importante.

—Naturalmente —continuó—, el señor Guañabéns no sabe que nunca volverá de China. Un lamentable accidente se ocupará de ello.

—Hasta aquí ya lo sabíamos, más o menos —interrumpió, impaciente, el general Ira Greenleaf—. ¿Qué ocurrirá después?

—El señor Guañabéns estará oficialmente en viaje de representación. Tiene una cita en la sede de una importante empresa minera en Kunming, capital administrativa de la provincia de Yunnan, al sur de China. Hace unos meses, gracias a los esfuerzos comerciales de un hombre de confianza del señor Sarkar, los chinos se mostraron interesados en el *software* de seguridad que vende Cerberus Guard para ordenadores personales: es barato, se instala fácilmente y parece ser bastante efectivo. El señor Guañabéns debe llevar muestras de este *software* para que lo prueben durante unas semanas trabajadores de la compañía. El *software* está instalado en los *pendrives* y funciona correctamente, lo que nos garantiza que la prueba se lleve a cabo en los ordenadores de más de cuatrocientos empleados de la empresa. Está claro que cuando tengan que tomar la decisión de comprar las licencias o no, ya tendrán otros problemas mucho más graves.

Un espeso silencio cubrió la sala mientras todos los asistentes ponderaban los "problemas graves" a los que se refería Westward. Alguno de ellos sentía un gusanillo en el estómago, otros sudaban, y uno o dos tenían los ojos brillantes de anticipación y excitación.

—Supongo que los mecanismos de contención están ya preparados —dijo Joshua Nathan Parsons, el ideólogo que había proporcionado cobertura moral y filosófica a toda la operación.

—Evidentemente —respondió Westward—. En Wyoming ya están preparados. Los cultivos se hacen crecer de manera exponencial, pues la base biológica es cada vez más amplia.

—¿Existe alguna posibilidad de que seamos relacionados con los *pendrives*? —preguntó el siempre sensato Kyle Uphaus.

—Ninguna. Han sido fabricados en China, y el *software* es español. La única persona en el mundo que sabe de dónde proceden fuera de esta sala será eliminado justo después de la entrega. Además, la microcápsula donde se aloja cada "cepa madre" del virus se desintegra con la propia corriente eléctrica que recibe del PC. Ni aunque llegasen a examinar los *pendrives* sería probable que fueran identificados como fuente de la infección.

—¿Y cómo se dispersan los virus? —preguntó el inquisitivo Uphaus—. ¿No pierden eficacia si permanecen estancados dentro del PC?

—Sí, efectivamente. Pero es el propio ventilador de refrigeración de los aparatos el que ayuda a dispersarlo por el aire. La mayoría de puertos USB están situados en la parte trasera de los ordenadores, justo al lado de la boca del ventilador. Cada "cepa madre" tiene potencial para infectar edificios enteros durante días. A partir de ahí, el desconocimiento y la ignorancia de los primeros momentos hará que los empleados infectados propaguen ellos mismos la infección por contacto personal, que es la manera más efectiva de contagiar el virus.

La reunión derivó entonces a otros asuntos secundarios. Después se sirvió la comida allí mismo, y acabaron la jornada brindando con champán francés.

—Señores —se levantó el senador McBride, dirigiéndose a todos los presentes—, levanto mi copa por el éxito de esta operación. Hoy comienza un nuevo siglo para los Estados Unidos de América. *Amén*.

Octubre 2003

Barcelona (España)

El taxi negro y amarillo las llevó desde el aeropuerto de El Prat a la carretera de Vallvidrera, en la vertiente oeste del Tibidabo. Cuando descargaron las maletas, Marie se apresuró a buscar la llave de la reja de entrada mientras Tabitha levantaba la vista hacia la impresionante torre de la mansión.

La casa había sido construida a principios del siglo xx. Era blanca con incrustaciones de cerámica de colores en la fachada. La torre, un mirador de planta cuadrada con ventanas a los cuatro vientos, se alzaba majestuosa sobre las copas de los árboles del jardín.

La reja se abrió con un chirrido, como era propio de un viejo caserón. Subieron unas escaleras hasta la puerta de entrada, en cuya cerradura Marie tuvo que volver a probar varias llaves antes de dar con la correcta.

—Es fantástica —admitió Cowan, a pesar del poco entusiasmo que sentía por todo desde hacía unos días.

Le había contado a su amante que la habían echado del trabajo. De pronto, la perspectiva de una fuga a Barcelona parecía la opción más adecuada. Se habían acabado para ella las investigaciones, descubrir tramas políticas, perseguir terroristas en Oriente Medio y destapar escándalos en el Parlamento europeo. Su vida había cambiado para siempre. Unos días de paz lejos de todo no le irían nada mal.

Marie tendría un montón de trabajo durante las dos semanas, lo cual le venía perfectamente bien. Ya vislumbraba largas horas de agradables paseos para disfrutar de una ciudad nueva, para relajarse y para empezar a decidir qué hacer a partir de aquel momento. Tenía treinta y cuatro años. Una buena edad para empezar una nueva vida.

Quizás se dedicaría a viajar; o, mejor, a escribir libros de viajes. O también podría retomar el trabajo de laboratorio, si encontraba un puesto interesante en alguna universidad inglesa.

Por el momento, después de enviar el jodido portátil de Harper a su viuda por mensajero para evitarse más problemas, ya había tomado una decisión: el periodismo había muerto para ella. La Tabitha Cowan reportera ya no existía. Esto le supuso una liberación. Se dio cuenta, con sorpresa, de cómo la estresaba aquella vida profesional que ella había creído tan plena.

Marie interrumpió sus divagaciones abrazándola y besándola con entusiasmo.

—C'est super, non? Viens, viens avec moi!

Dejando las dos maletas en el recibidor y asidas de la mano, se lanzaron a investigar el interior de la mansión. Era enorme, llena de rincones curiosos, escaleras y puertas disimuladas. El propietario holandés había hecho un buen trabajo modernizándola con todas las comodidades del siglo XXI pero conservando el espíritu decadente de cien años atrás. Los acabados y complementos eran de lujo. Las baldosas del suelo, diferentes en cada habitación, habían sido desmontadas una a una, pulidas y vueltas a colocar. Las cenefas del techo se habían resaltado con toques de color, dorados, verdes y azules.

Llegaron, finalmente, al mirador de la torre, donde dos cómodas tumbonas de madera las invitaban a descansar. La vista era magnífica. El parque natural de Collserola se extendía a sus pies, de un relajante verde oscuro, y, al fondo, el extraño macizo de Montserrat ofrecía al paisaje un toque irreal, como de decorado teatral.

Tabitha miró a su compañera, que, con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios, gozaba de unos segundos de sosiego. Se había cortado el pelo antes de salir, y ahora lo llevaba casi tan corto como ella. A Tabitha le había fastidiado, porque le gustaba acariciar la melena de Marie cuando yacían en la cama después de hacer el amor. Pero suponía que lo había hecho, en cierto modo, para que se sintieran más cercanas. Y, en todo caso, seguía encontrándola tan guapa como siempre.

Tabitha hacía años que no llevaba el cabello largo. No tenía tiempo ni ganas de cuidar una melena como era menester. En aquel momento pensaba que tal vez se lo dejaría crecer un poco. ¡Ahora tendría tiempo más que suficiente para ocuparse de su aspecto!

Aquella noche cenaron en el amplio comedor del caserón. A Marie le había hecho gracia que se vistieran como para ir de fiesta. Ella llevaba un vestido negro de amplio escote que le llegaba hasta los pies, pero con un corte en el lateral que subía por toda la pierna y dejaba ver su muslo casi al completo cuando estaba sentada. Tabitha no llevaba nada elegante en la maleta, y se vistió, cediendo a la insistencia de la francesa, con un sencillo vestido de algodón que le venía algo grande; era de Marie, y se notaba que la francesa era un poco más alta y de pecho más generoso.

Prepararon la larga mesa con esmero y cocinaron un sencillo refrigerio en la moderna cocina. Con música de Bach de fondo y luz de velas, pasaron una romántica y agradable velada, preludio de una cálida noche juntas en una mansión de cuento de hadas.

Octubre 2003

Washington, DC (EE UU)

—¿En Barcelona?

Westward no podía creer lo que le estaba diciendo John Lescat.

—¿Cómo cojones es posible?

Hartley Westward se encontraba en la Casa Blanca, y, a pesar de las ganas que tenía de gritar, sabía que debía hablar en voz baja. No era habitual que Lescat acudiera a la residencia del Presidente, y por esa razón, en seguida supo que ocurría algo grave. Últimamente, las tensiones dentro del grupo *Onesimus* eran enormes; a medida que se acercaba la fase decisiva de toda la operación, los nervios estaban a flor de piel.

Y, ahora, a sólo cuatro días de la fecha clave, la maldita periodista aparecía como por arte de magia en la ciudad del intercambio.

—No lo sabemos, *boss*. Nada de lo que hemos escuchado o visto nos hacía intuir que la chica tuviera idea de lo de Barcelona.

—Pues se ve que sí, que sabía algo de ello, ¿no? ¡Es evidente! ¿Qué demonios ha pasado, John? Explícamelo.

—Ayer por la tarde, una tal Marie Magnard, que, por lo que sabemos, debe ser su amante ocasional...

—¡Además de puta, lesbiana!

—Se conoce que sí... Esta tal Marie Magnard compró dos billetes de avión de París a Barcelona para hoy. Por conversaciones que hemos oído, esta chica no debe estar al corriente de nada. Ella cree que van a pasar unos días románticos en pareja. De hecho, se diría que ha sido idea suya, no de la periodista.

Hartley Westward se subía por las paredes.

—¡Y es evidente que no es así, que Cowan tiene otros planes!

—Debemos suponer que sí.

—¿Debemos suponer? No debemos suponer nada, ¡cojones! La periodista que nos ha estado tocando las narices durante meses husmeando mierda muy cerca de *Onesimus*, aparece de repente en Barcelona justo antes de que se produzca el hecho clave de toda la operación. ¿Y dices que debemos suponer? ¡Esta tía es más lista de lo que pensábamos y ha ido siempre un paso por delante de nosotros! ¿O es que de repente nos hemos vuelto tan inútiles que de espiar países enteros hemos pasado a no poder seguir la pista de una

simple fulana? Explícamelo, John, porque no lo entiendo. ¿Se supone que la teníamos controlada!

—Yo tampoco lo entiendo, señor. A no ser que todo este tiempo haya sido informada de nuestros pasos por alguien de dentro.

Hartley se calló y miró a su subordinado unos segundos. Sus ojos evaluaban las implicaciones de lo que le estaba diciendo Lescat. Tenía todo el sentido del mundo.

—¿Quieres decir que tenemos... un topo? ¿Nosotros? ¿En los *Redskins*?

Sí, tenía sentido, pero se negaba a creerlo. Los *Redskins* eran un grupo que él mismo había formado, y respondía personalmente de cada uno de sus miembros. Había cometido un error con Surtees, sí, pero estaba convencido de que no había más ovejas negras en el grupo. Era imposible que alguno de ellos fuera un traidor. Era fundamental llegar al fondo de la cuestión. Pero primero había que hacer frente al problema; y el problema se llamaba Tabitha Cowan.

—Llegaré hasta el final de esto, John, te lo aseguro. Pero ahora no importa cómo lo has sabido. ¡Hay que hacer algo ya! ¿A quién tenemos en España?

—A nadie. Podríamos enviar a un agente.

—No. No conviene que sea ningún de los nuestros en estos momentos. Un asesinato en suelo extranjero es un tema delicado.

De pronto pareció darse cuenta de que se encontraba en la Casa Blanca y se sintió incómodo.

—¿Has venido en coche? —preguntó.

Y cuando Lescat respondió afirmativamente, le ordenó que saliera y que le esperara en el exterior, que saldría en cinco minutos.

Una vez en el automóvil, indicó al agente que condujera muy despacio hacia la rivera del Potomac.

—No podemos hacerlo nosotros —empezó de nuevo, sin más preámbulos—. No tenemos tiempo de prepararlo. Necesitaríamos un plan de salida a prueba de errores y apoyo logístico. Debemos actuar mañana mismo, a más tardar.

Westward pensaba mientras hablaba.

—Voy a llamar a Eli —resolvió, presionando ya los botones del móvil.

A los dos timbres oyó la voz de su agente al otro lado.

—Smith, ¿dónde estás? —preguntó, inmediatamente—. Pues déjalo todo y reúnete con nosotros en la esquina noreste de Franklin Park en diez minutos. Ponte de inmediato en camino, porque estamos ante una emergencia.

El agente Eli Smith esperaba ya en la esquina cuando el coche de Lescat se detuvo ante la acera. Subió sin saludar, después de arrojar al suelo una colilla encendida.

Inmediatamente, Westward entró en materia.

—Tenemos un problema en Barcelona —le informó—; alguien a quien no queremos cerca mientras comienza la Fase IV. ¿No tenemos a nadie, allí? No puede ser ninguno de los nuestros porque no hay tiempo de preparar el golpe.

El agente Smith meditó durante unos instantes. Sabía perfectamente de qué le estaba hablando su jefe; no necesitaba hacer preguntas.

—Entiendo —dijo—. Una vez utilizamos un *hitman* local. Los israelíes nos lo recomendaron. Es el mejor. Tiene fama de ser eficiente y no hacer preguntas.

Smith tenía controlada una red de asesinos a sueldo por todos los continentes. Sabía que si su jefe le había llamado con tanta urgencia era para eliminar a alguien. A él lo querían para el trabajo sucio; lo aceptaba, y le gustaba. Era un solucionador de problemas, y muy apreciado por ello por sus superiores.

—¿Un sicario? ¿Me estás diciendo que el problema más delicado que nos hemos encontrado desde que comenzó *Onesimus* debemos confiarlo a un vulgar sicario?

—Si lo que quieres es acabar con el problema, es el mejor. Limpio y rápido.

Hartley dudaba, pero no veía otra opción.

—¿Cien por ciento fiable? —le preguntó.

—Respondo de ello —contestó con confianza el agente Smith.

—Eli, tendremos que borrar todo rastro...

—De acuerdo. De él me encargaré yo. Mañana estaré en Barcelona, y me llevaré a Johnson. ¿Quién es el *problema*?

—La jodida periodista del Times.

—Me lo imaginaba. Estas malas hierbas no paran de fastidiar hasta que no se las arranca de raíz y son arrojadas a la hoguera. *OK*, entendido. Me pongo en marcha. ¿Entiendo que no habrá problema de presupuesto?

—Por supuesto. Así pues, lo dejo todo en tus manos, Smith.

Eli Smith sonrió por primera vez.

—Todo irá bien, *boss*.

Hartley Westward asintió, satisfecho. Admiraba a Eli Smith. Era un tipo frío, grotesco por su escasa estatura y aires de matagigantes. No se imaginaba tomando una cerveza con él en un bar, o ni siquiera presentándolo a alguno de sus amigos. El agente Smith era soltero, no tenía familia conocida y no se relacionaba socialmente con nadie que ellos supieran. Vivía sólo para el trabajo, y era el hijo de puta más eficiente y fiable que había conocido nunca. Westward estaba encantado de poder contar con él para aquella misión tan delicada.

—Infórmame a cada instante, estés donde estés, sea la hora que sea, ¿vale?

El agente Smith asintió, le pidió a Lescat que se detuviera y bajó del coche. Le observaron mientras se alejaba marcando ya un número en el móvil.

—Bien —dijo entonces Hartley—, confiemos en que esta gotera lo hayamos tapado definitivamente, John.

—Seguro que sí —dijo el agente—. Este Smith es el tío más raro que he conocido en mi vida, pero no se le conoce ni un fracaso.

—Ahora nos toca averiguar de dónde saca la información esta mala pécora. Vayamos a Langley.

Octubre 2003

París (Francia)

—Ya le he dicho que ya no trabaja aquí, señor.

Porter Milligan insistía, porque no se lo podía creer. Esa recepcionista de las oficinas parisinas del New York Times era una maleducada. Para empezar, mascaba chicle mientras hablaba. Y, además, no era nada servicial.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace una semana —respondió la mujer, con pocas ganas de ayudar.

Milligan empezaba a ver que no obtendría provecho alguno de insistir. Si lo que le decían era cierto, que no lo tenía claro, habría que encontrar a Tabitha Cowan en su casa, o donde fuera.

—¿Y me podría decir dónde vive, entonces?

La recepcionista le miró con desdén. Cogió un pequeño bloc y anotó con mala letra una dirección. Arrancó la hoja y se la dio sin pronunciar una palabra más.

—Gracias. Pedirle el móvil ya sería abusar, ¿no?

Ella asintió con la cabeza, mascando con la boca abierta.

Bueno, daba igual. Iría a casa de la chica y montaría guardia el tiempo que fuera necesario. Y, si no, ya buscaría los medios para encontrar su número de teléfono. Era fundamental hablar con ella para advertirle del peligro que corría. Y también para averiguar qué sabía de los *Redskins*.

En la Agencia habían decidido dejarle al margen de todo lo importante, y él quería saber por qué. Si realmente había juego sucio, si la CIA tenía en su poder las armas bioquímicas de Saddam Hussein y no lo había revelado, era porque querían usarlas ellos mismos con algún objetivo. Sólo con imaginarlo, Porter sentía escalofríos. ¿Cómo podían los Estados Unidos ser un poder respetado en el mundo si caían tan bajo como los enemigos a los que él había dedicado toda una vida a combatir? ¿Qué pretendían? ¿Que callara e ignorara aquella posibilidad?

Milligan presidía el Comité de Ética y Buenas Prácticas, ¿no era cierto? Pues velaría por que la CIA fuera un modelo ético y moral, aunque tuviera que enfrentarse él solo al resto de la Agencia. Si el propio director no quería saber nada, él haría lo que le dictaba la conciencia.

Ahora, sin embargo, necesitaba encontrar a la periodista y charlar con ella. Parecía ser

la única persona capaz de aportar información sobre las actividades oscuras de Westward y sus secuaces.

Cuando ya esperaba el ascensor, mirando el papel con la dirección de Tabitha Cowan, fue abordado por un hombre mayor, mal afeitado, con las mangas de la camisa arremangadas y un chaleco pasado de moda. Salía de las propias oficinas del Times.

—Disculpe, señor —dijo, tocando ligeramente el brazo de Porter—. ¿No he podido evitar oír que busca la señorita Cowan?

—Así es. Me han dicho que ya no trabaja aquí.

—Es cierto —dijo el hombre, con un inglés trufado de galicismos—. Permítame que me presente: me llamo Jean-Christophe Werner. Trabajaba para la señorita Cowan. Ella me contrató. Una gran persona. ¡Y con una nariz preciosa!

—¿Sabe dónde está ahora?

Jean Christophe miró por encima del hombro hacia la recepción.

—Si tiene unos minutos, señor...

—Milligan. Porter Milligan.

—Si tiene unos minutos, señor Milligan, déjeme invitarle a un café aquí en la esquina, y charlaremos un rato.

Se sentaron ambos en la terraza del café, en un coqueto chaflán parisino, y pidieron un café con leche el francés y uno solo el americano.

—Hacía tiempo que me preocupaba la señorita Cowan —comentó Jean Christophe—. Esta investigación en la que se había metido no le acababa de ir bien, y yo la veía preocupada.

—¿Qué sabe usted?

El viejo traductor se rió.

—La gente —dijo, haciendo un gesto vago con la cabeza como señalando la oficina de la que provenían— piensa que yo no tengo ojos, ni oídos. La única que parecía darse cuenta de mi valía era la señorita Cowan.

Mientras el camarero dejaba los cafés, Jean Christophe se inclinó ligeramente hacia Porter Milligan.

—Sé que sospechaba que la CIA se había apoderado de las armas prohibidas de Saddam Hussein.

Milligan empezaba a impacientarse. No sabía si aquel hombre quería cotillear para demostrar todo lo que sabía, o realmente tenía algo que decirle.

—Señor Werner, ¿por qué me ha traído hasta aquí? ¿Tiene alguna información para mí? Porque si no, me parece que me sería más útil hablar directamente con la señorita Cowan.

El periodista volvió a sonreír. Una chispa de viejo pícaro brillaba en sus ojos.

—Señor Milligan. Sé que la señorita Cowan estaba muy cerca de descubrir algo. Sé que la despidieron para que dejara de meter las narices en asuntos ajenos. Y también sospecho, *monsieur* Porter Milligan, que usted pertenece a la CIA.

Milligan estaba verdaderamente sorprendido. ¿Quién demonio era aquel viejo sabelotodo? Intentó decir algo, tal vez negarlo, pero el instante de duda le había delatado.

—¿Dice que la han despedido? —preguntó—. Entonces, ¿es verdad?

Jean-Christophe asintió mientras sorbía el café caliente con delicadeza.

—Pero no sufra —siguió—. También sé que Tabitha Cowan había hablado con usted y le creía al margen de la trama que estaba investigando. Y sospecho que ha venido aquí a buscarla no en misión oficial, sino por su propia voluntad. Y, por ello, estoy dispuesto a ayudarle, porque creo que así la ayudo a ella.

—Bueno, pues usted dirá.

—No la encontrará en la dirección que le han dado. En estos momentos se encuentra en Barcelona con una amiga. Bueno, yo diría que esa atractiva chica es bastante más que una amiga —rió el hombre.

—¿En Barcelona?

«¡Barcelona! ¿Sería aquella la ciudad donde se había de producir ese hecho tan importante —fuera lo que fuese— para *Onesimus*? ¡Tenía que serlo!», pensó Milligan con euforia momentánea. «¿Cómo lo había descubierto Tabitha?», se preguntó Porter, admirado de las dotes investigadoras de la periodista.

—Sí —prosiguió Jean-Christophe, notando con cierta sorpresa el repentino interés del agente—. Le confieso que no sé qué ha ido a hacer allí, si se ha ido de vacaciones para olvidarlo todo, o si ha decidido seguir investigando por su cuenta.

Y, después de una pausa en la que miró fijamente a Milligan como para evaluarlo, añadió:

—Lo que haré es darle su número de móvil para que contacte con ella usted mismo.

Milligan le agradeció al periodista su ayuda y anotó el número de teléfono que el viejo recitó de memoria.

—De nada, hombre. No lo hago por usted, sino por Tabitha Cowan, que me dio una segunda oportunidad en la vida, y por su nariz de diosa griega. ¡Qué nariz, válgame Dios!

Octubre 2003

Barcelona (España)

Jaume Quintero aparcó el coche en una curva de la carretera de Vallvidrera, perfectamente escondido detrás de unos arbustos, por lo que en la oscuridad de la noche era muy difícil percibir su presencia. Estaba cabreado, y ese no era el mejor estado de ánimo para trabajar.

Le habían contactado el día anterior por la tarde para un trabajo urgente: la víctima era una mujer escocesa de treinta y cuatro años llamada Tabitha Cowan. Era todo lo que sabía de ella; le habían enviado una foto en blanco y negro. La chica era delgada y atractiva, aunque con la nariz quizás demasiado puntiaguda, era morena y llevaba el pelo corto.

No eran maneras de hacer las cosas. El contrato especificaba que no habría pago si la mujer no moría antes de las nueve de la mañana del día siguiente. ¡Él era un profesional, caramba! ¡Necesitaba tiempo para preparar las misiones, para conseguir información y decidir cuál era la mejor manera de llevarlas a cabo!

Estuvo a punto de rechazar el trabajo, pero había terminado aceptando porque el intermediario le aseguró que los clientes eran gente importante a quienes convenía tener contentos. Nunca se sabía cuándo llegaría el próximo trabajo, y no era cuestión de enajenarse a la clientela.

El *peeling* y la depilación a los que se había sometido aquella tarde habían sido particularmente intensos, y ahora le escocía toda la piel. Pero tenía claro que si alguna vez corría el riesgo de ser apresado era en aquella misión improvisada. No quería dejar ningún rastro identificable. La pistola la había montado él mismo comprando las piezas por internet. El silenciador era estándar. Sería fácil destruir el arma y desprenderse de los restos.

Utilizando el retrovisor interior, se embadurnó las mejillas con pasta de maquillaje negra y se colocó la gorra de lana tapándose los oídos. Iba vestido de negro de pies a cabeza, incluidos unos guantes de piel oscura que había comprado en eBay hacía varios meses. Había limado y pulido las suelas de las botas para no dejar huellas, y eran un par de números más grandes de lo que le correspondería para dejar un indicio falso.

Encendió la linterna un momento, aún dentro del coche, para mirar la hoja donde había impreso el plano de la planta de la casa donde iba a entrar. No había tenido

tiempo, ni siquiera, de examinar el terreno. Lo que había podido descargarse por internet le daba, tan sólo, una vaga idea de por dónde sería más fácil entrar, pero desconocía si se habían hecho reformas, cuántas plantas tenía la mansión o si tendría alarmas anti-robo, cosa bastante probable en una casa aislada.

Volvió a mirar la fotografía de la víctima para retenerla en la memoria.

Había aparcado a un kilómetro, más o menos, del objetivo. Comenzó a caminar carretera arriba. Tardó exactamente un cuarto de hora, porque cada vez que oía el motor de un automóvil se metía entre los arbustos para no ser visto.

Eran las tres y media de la madrugada. Por suerte, la luna era nueva.

Tabitha se despertó sobresaltada. Había oído algo, algún ruido, como si hubiera alguien más en la casa. O tal vez era su imaginación.

Lo peor de aquellas casas antiguas era que parecían tener vida propia: chirriaban, crujían, resoplaban y protestaban como personas. Había que acostumbrarse a los mil ruidos que producían, y las chicas sólo llevaban un par de noches durmiendo allí.

Decidió que tenía sed, que iría a la cocina a prepararse un té. Para levantarse, tuvo que apartar con cuidado el brazo de Marie, que se había dormido abrazándola por la cintura. Se puso las zapatillas y la bata y bajó por las majestuosas escaleras tanteando las paredes; no quería encender las luces del piso de arriba para no despertar a su compañera.

La cocina era grande como la mitad de su apartamento de París. Podía imaginarse la época en que las familias burguesas que edificaban aquellas casas necesitaban espacio por el numeroso servicio. En otros tiempos, allí debían haber trabajado tres o cuatro cocineras. El propietario holandés había instalado todas las comodidades modernas, incluido un inmenso arcón frigorífico, una máquina de café de bar, una barra de cócteles con seis banquetas altas y dos surtidores de cerveza a presión. Pero aun así, para su gusto, la estancia seguía siendo demasiado grande, y resultaba un tanto desangelada. Así como aprobaba el gusto del decorador al transformar aquella mansión modernista en una vivienda actual llena de encanto, encontraba que la cocina no había quedado bien rematada. Confiaba en que Marie fuera capaz de adaptar el jardín al carácter de la casa.

Desde que llegaron, dos días atrás, Marie no había parado de trabajar. Se la veía excitadísima ante la perspectiva de transformar ese inmenso terreno, con mucha personalidad pero decadente y mal cuidado, en un jardín moderno, original y de referencia. Ya se imaginaba reportajes fabulosos en revistas especializadas como *Jardins du Monde* o *The Art of Gardening*. Tabitha estaba encantada de verla tan contenta.

Y a pesar de ello...

El hecho de que Marie estuviera tan ocupada le había permitido irse a pasear por Barcelona todo el día. Por la mañana, caminaba media hora hasta la estación del ferrocarril que conducía al centro de la ciudad, a la Plaza de Cataluña. Desde allí paseaba sin rumbo, recordando vagamente lugares y direcciones de anteriores visitas, admirando la diversidad y color de la multitud que se movía por las Ramblas como una riada, descalzándose para pasear por la arena de la playa de la Barceloneta, comiendo en pequeños restaurantes escondidos en callejones estrechos y oscuros del Barrio Gótico.

Y había tenido dos días para pensar. Lo cierto era que se encontraba en un punto de inflexión. Había decidido ya, sin posibilidad de marcha atrás, dejar de lado su vida de periodista. Sus propias dudas y baja autoconfianza se vieron confirmadas por el despido brutal e injustificado que había sufrido. La inesperada llamada del agente Milligan el día anterior por la tarde tampoco le había hecho vacilar en su determinación. Ahora resultaba que la creía, que quería hablar con ella, que era muy importante. Incluso se había desplazado a París. ¡Y pretendía quedar con ella en Barcelona!

Demasiado tarde, agente Porter Milligan. Tabitha Cowan ya había pasado página. Y, por suerte, una de las recurrentes huelgas de controladores aéreos franceses retenía al americano en París.

Ahora necesitaba decidir a qué dedicaría su vida profesional, una vez descartado el periodismo de investigación.

¿Y su vida privada? Tampoco era como para tirar cohetes. Aquellos días de viaje con Marie, la dulce Marie, le estaban sirviendo para darse cuenta que su relación no iba a ninguna parte. Se encontraba a gusto con la chica, no tenía ninguna queja de ella, pero no la quería. No estaba segura ni de querer seguir viéndola a la vuelta de Barcelona. La aventura lésbica había sido un bálsamo para ella después de la traumática ruptura con Michael, pero ahora se sentía ya preparada para conocer a otra gente y salir de nuevo con hombres.

El problema era que la última cosa que quisiera hacer en el mundo era herir a Marie. Era tan buena persona y tan generosa de espíritu que no podía soportar la idea de verla triste por su culpa. Tabitha no sabía cómo le sentaría la ruptura. Había decidido ya que, una vez en París, sin dejar pasar más tiempo, le diría que su relación había terminado. Esperaba que la chica no se lo tomara muy mal. No se veía anímicamente capaz de sentirse culpable de hacerle daño.

El agua comenzó a hervir. Cogió una taza, un sobrecito de té, y vertió el agua caliente. El otoño, en aquellas latitudes meridionales, solía ser suave. Al mediodía incluso podía hacer demasiado calor. Pero a esa hora le reconfortaba sentir el calor de la taza entre las manos. Se sentó en el sofá del salón, doblando las piernas desnudas bajo su cuerpo para

evitar el frío, y encendió la televisión, un moderno aparato de pantalla de plasma acomodado en un hueco de la pared hecho a medida. Bajó el volumen para no despertar a Marie, aunque la casa era lo suficientemente grande como para que ella no oyera nada desde el dormitorio.

Fue cambiando de canal de manera mecánica, sin prestar atención a lo que aparecía en el monitor. La luz azulada e inestable confería a la estancia una atmósfera onírica. Los sorbos de té le aclaraban la mente y calentaban su cuerpo. Se sentía a gusto, a pesar del giro tan inesperado que había dado su vida en los últimos tiempos. Quizás si el malogrado doctor Damian Harper no la hubiera llamado aquella tarde de junio, nada de esto habría pasado. Ella habría investigado el asunto Krause y la corrupción en el Parlamento europeo y aún seguiría con su sueldo de corresponsal estrella en uno de los periódicos más famosos del mundo.

«En fin, todo sea para mejorar», pensó. En el fondo, verse arrancada del asunto de las armas no convencionales de Irak y de conspiraciones planetarias le suponía una liberación. No debería preocuparse nunca más de estos asuntos tan turbios.

En el piso de arriba se escucharon de repente unos ruidos extraños, como dos golpes. Pensó que Marie se habría caído de la cama. La chica se movía bastante mientras dormía, algo a lo que Tabitha no acababa de acostumbrarse. Muchas de las noches que pasaba con ella la despertaban sus movimientos inconscientes por el lecho.

Apagó la tele y fue a dejar la taza, ya casi vacía, en la cocina. No le gustaba apurar del todo el té; la parte final de la bebida era siempre la más amarga, y prefería dejarla.

Al apagar la luz de la cocina se encontró a oscuras, y tuvo que caminar palpando la pared hasta encontrar la escalera. «A ver qué le ha pasado a esta chica», pensó mientras subía.

Quintero se acercó a la cama. Retiró un poco las sábanas y comprobó que la chica estaba desnuda. Yacía boca abajo. La sangre que le brotaba del cráneo empapaba ya abundantemente las almohadas.

Miró su cara, iluminándola con la linterna. De frente se diría que dormía con placidez. «Es más atractiva que lo que aparentaba en la foto», pensó Jaume.

De pronto, mirando el rostro de su víctima, sintió una arcada. El estómago se le alteró y el dormitorio empezó a dar vueltas a su alrededor. ¿Qué demonio le estaba pasando? ¿Dónde estaba su autocontrol y la frialdad que eran sus grandes virtudes durante una misión?

Apartó el haz de luz del cadáver para tratar de calmarse. Bajo la gorra de lana sintió

una extraña sensación de humedad. ¡Estaba sudando! ¡Pero si él no sudaba nunca!

No debo dejar ningún rastro, pensaba, agobiado. No puedo dejar manchas de sudor. Decidió que necesitaba salir de aquel extraño lugar.

El trabajo había sido fácil, después de todo. Le habían advertido que la chica podía estar con su amante, pero allí no parecía haber ningún hombre. Había entrado por un balcón del primer piso, después de trepar hábilmente por una tubería de desagüe. La seguridad era siempre menor en las puertas y ventanas de los pisos superiores. No le resultó difícil abrir una de las puertas de vidrio. Había explorado todo el piso antes de ir al dormitorio principal sin ver ni oír nada. El trabajo había sido un éxito, y ahora debía conservar la calma y escapar de allí. La operación “Danny”, nombre correspondiente al cuarto huracán del año, estaba cerrada.

Pese a que el buen sentido le decía que se marchase de una vez, un instinto fatal le hizo enfocar su linterna una vez más sobre la desdichada víctima, y, al hacerlo, sintió una punzada de dolor en los intestinos. De pronto, como en una maldita pesadilla, vio el rostro de su hija Aina saludándole con un alegre ¡Hola!, como había hecho la primera vez que la había visto, hacía dos meses. El espanto le hizo dar dos pasos hacia atrás y tropezó con una silla. Se imaginó que la mujer que yacía muerta con el cráneo agujereado era su propia hija dentro de algunos unos años y quiso vomitar.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Alguien acababa de entrar en la habitación. Demasiado tarde para apagar la linterna.

—¿Marie? ¿Eres tú?

Jaume Quintero sintió cómo sus cinco sentidos y alguno más en el subconsciente se ponían alerta, excitados por la adrenalina. Volvía a ser el asesino implacable y eficiente de siempre, por una cuestión de pura supervivencia. No era la primera vez que había vivido una situación peligrosa en una de sus misiones, y siempre había logrado salir airoso.

Dirigió la luz hacia la puerta, y al ver la figura de la chica con zapatillas y batín bajo el umbral, el corazón le dio un brinco. Llevaba el cabello corto, y la cara, sin duda, era la de la foto; aquel nariz afilada, esa expresión indefinible en los ojos.

«¡Dios mío! —pensó Quintero—. ¿Quién es entonces...?».

No tuvo tiempo de formular la pregunta completa en su cabeza, porque la chica desapareció de golpe. Jaume se movió como un felino. Con tres o cuatro grandes zancadas se plantó en el rellano de la escalera y saltó sobre Tabitha Cowan —ya no había duda de que era ella—; la otra chica no debía haber sido su víctima.

Mientras rodaban los dos por el suelo, la chica se puso a chillar. Él le tapó la boca con la mano enguantada, a pesar de que era sumamente improbable que alguien la oyera; la

casa estaba bastante aislada. La chica se defendía como una gata. Era pequeña, pero el pánico y la determinación le daban una fuerza sobrehumana. Logró liberar la mano derecha y atacó directamente los ojos de Jaume. Éste los cerró por instinto, pero no pudo evitar un doloroso arañazo en la mejilla izquierda.

«¡Ya la he cagado!», pensó al instante mientras volvía a sujetar ambas manos. Las uñas de la chica estaban llenas de su material genético.

Había que empezar a tomar decisiones. El sentido común le decía que la matara y le cortara la mano, pero no podía estar seguro, después de aquella pelea, de no haber dejado algún rastro más. Tendría que llevársela entera.

—*¡No me hagas daño!*—suplicaba la chica en inglés—. ¡Por favor, no me hagas daño!

Jaume la contempló bajo la luz mortecina que entraba desde la ventana de la escalera. Veía el brillo de las lágrimas junto a sus ojos, el temblor del labio inferior. En esos segundos de respiro ambos se miraron fijamente a los ojos. Jaume, por primera vez en su vida, sintió lástima, mezclada con algún otro sentimiento incómodo que no lograba identificar. No la veía como una víctima de su oficio, sino como una posible madre con un bebé entre las manos, y sintió una vez más que algo se le revolvía en el estómago. ¿Se estaba ablandando? ¿Habría llegado ya el momento de cambiar de trabajo?

Un nuevo grito de la chica le hizo volver en sí. En un santiamén, Jaume Quintero, asesino profesional, retomó el control. Golpeó con violencia la cabeza de Tabitha contra los hierros de la barandilla y la dejó inconsciente.

Ahora necesitaba atarla. Sí, se la llevaría viva; ya había tomado la decisión. Él no mataba a nadie fuera de contrato, y un error cometido no se tapaba con otro error. Exigiría más dinero a sus clientes mediante el intermediario por los riesgos que le habían hecho correr. Si pagaban, la mataría. Si no, adiós muy buenas. Estaba seguro de que pagarían. Alguien debía tener una razón muy poderosa para querer eliminar con tanta urgencia a esa chica escocesa de treinta y cuatro años.

La vistió como pudo con la ropa que encontró depositada sin mucho cuidado sobre la silla con la que se había tropezado en el dormitorio. Después descendió a la planta baja para buscar algo con que atarla. Encontró unas bridas de plástico y cinta aislante en una caja de herramientas en un pequeño almacén situado bajo la escalera. Supuso que recientemente debían haber hecho reformas, porque allí abajo aún había botes de pintura, escaleras y trapos sucios llenos de polvo.

Con rápidos movimientos ató las manos de la chica por detrás de la espalda y le tapó la boca con un trozo de cinta adhesiva.

—Ya está—dijo en voz alta para sí mismo.

Ahora se le planteaba la perspectiva de cargar con la chica durante un kilómetro por la

carretera. Confiaba en no cruzarse con ningún coche.

Al pie de la escalera depositó a la joven, que era, por suerte, ligera como un gorrión, y subió al dormitorio para asegurarse de que no había dejado nada fuera de lugar. Volvió a enfocar a la muerta, y aunque la sensación de mareo no fue tan intensa como hacía un rato, sintió que la cabeza le daba vueltas de nuevo.

Admitió que si no había matado todavía a Tabitha Cowan era porque no se veía capaz. Aquella madrugada acababa de conocer la piedad, la compasión, y eran sentimientos profundamente desagradables. Y peligrosos. Cargar con una prisionera era estúpido e irresponsable. Debería pegarle un tiro y huir de allí.

Pero no podía.

Bajó la escalera una vez más, satisfecho de no haber dejado ninguna pista en el dormitorio, y miró a la muchacha que yacía en el suelo atada y amordazada. La veía frágil y vulnerable como un animalillo recién nacido. Una vez más, pensó en su hija Aina. La había visto cuatro o cinco veces más desde que Esther se la había mostrado aquel primer día. Incluso en una ocasión se la llevó él solo a jugar al parque. Lo pasó fatal. Se había sentido muy incómodo de pie en la arena con otros papás y mamás que vigilaban a sus chiquillos.

Pero algo había cambiado en él. A las dudas que había comenzado a sentir con la crisis de los cuarenta se juntaba ahora ese sentimiento, esa afinidad con otros seres humanos que nunca antes había experimentado.

«Bueno, hay que centrarse en acabar el trabajo», pensó, cabreado consigo mismo. En aquellos momentos, cualquier error podía ser fatal.

Cargó a la chica al hombro y salió por la puerta principal. Las llaves estaban en la cerradura. No había dejado señales de violencia al entrar. La policía pensaría que el asesino ya estaba dentro de la casa al perpetrar su crimen.

Entonces tuvo una idea brillante. Dejó a la chica en el suelo, contento de comprobar que su implacable eficiencia aún no le había abandonado del todo, y le colocó la pistola en la mano, asegurándose de que las huellas quedaban bien marcadas. Luego desenroscó el silenciador y arrojó la pistola entre unos arbustos, como si alguien hubiera querido deshacerse de ella con prisas y sin pensarlo demasiado. De cara a la investigación, todo apuntaría a una pelea entre amigas, o amantes, o lo que fuera, y Tabitha Cowan sería buscada por asesinato. Cuando recobrarla la conciencia, eso la haría menos proclive a huir. Y, además, le proporcionaba a él una posible vía de escape si todo se enredaba. Nadie creería a la chica si declaraba que un hombre extraño vestido de negro había entrado en la casa y había matado a la otra mujer, pues no se habían llevado nada de la mansión y ninguna entrada había sido forzada. Y el golpe en la cabeza se lo podía haber

hecho ella misma al bajar a oscuras por la escalera. Seguro que en la barandilla había quedado algún resto de piel o de cabello.

En el último momento decidió volver a entrar y buscar el bolso de la chica. Era más creíble que hubiera huido con alguna pertenencia y sus documentos. Encontró un billetero en el dormitorio, y, por la documentación que contenía, supo que la chica a la que había asesinado se llamaba Marie Magnard, y hubiera cumplido treinta y un años el mes siguiente. Mala suerte, pensó, apartando las emociones de su mente. El bolso de Tabitha yacía en el suelo. No era muy ordenada, esa jodida muchacha.

Finalmente, decidió que caminar quince minutos con Tabitha a cuestas sería cansado y arriesgado. Corría el riesgo de ser descubierto. Recordaba haber visto un pequeño entrante justo antes de la curva donde se encontraba la puerta enrejada de la finca. Si acercaba el coche hasta allí, desde la curva era probable que alguien conduciendo no se fijara en él. Y entonces, bajar a la chica y encerrarla en el maletero sería cuestión de segundos.

Salió, pues, a la carretera, mirando a izquierda y derecha por si venía alguien, y fue a buscar su automóvil, un Audi A3 negro al que antes de salir había cambiado las placas por seguridad. Había hecho el trayecto con cierta premura porque no estaba tranquilo dejando a Tabitha sola allí arriba. Ningún coche apareció, y en la negrura de la noche no se oía nada.

Salvo, quizá, un ligero roce a su espalda cuando estaba metiendo la mano en el bolsillo para sacar la llave.

No sabía decir si fue instinto o percepción lo que provocó que hiciera ese movimiento brusco hacia la derecha que le salvó la vida. Vio el resplandor del disparo antes de escucharlo a escasos centímetros de su nuca. La bala rasgó la gorra y le destrozó la oreja izquierda.

Con un movimiento felino, cayéndose de espaldas por el golpe y el dolor, lanzó el puño con violencia extrema en dirección hacia el origen del tiro e impactó en el rostro de su desconocido atacante. La punta de la llave del Audi, proyectada hacia fuera, desgarró la mejilla del agresor, el cual, sorprendido por la rapidez de la reacción de Quintero y sintiendo que la boca se le llenaba rápidamente de sangre, dejó caer la pistola y retrocedió unos pasos. Jaume, con el cerebro inyectado de adrenalina, abrió la puerta del coche, saltó a su interior y extrajo de debajo del asiento una Walther PPK con la que disparó un único tiro.

No acertó. Cerca del Audi ya no había nadie. Segundos después escuchó el motor de arranque de otro coche y vio unos faros que apuntaban a la carretera y desaparecían tras la primera curva.

—¡Mierda! —exclamó entre dientes en cuanto comprobó que ya no había peligro—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Se llevó la mano a la oreja. Sangraba bastante, pero afortunadamente no era una herida grave. Dos centímetros más a la derecha y le hubieran mandado al otro barrio.

En fin, ahora tocaba pensar fríamente. Había disparado un tiro sin silenciador. Eso hacía mucho ruido, peligroso incluso en un lugar tan poco habitado como esa zona de la montaña. Algún vecino podría recordar haber oído una detonación de madrugada. Él había matado a la chica con dos balas, pero tal vez la policía pensaría el disparo que se escuchó formaba parte del asesinato pasional entre amigas.

Por otra parte, habría gotas de sangre en el suelo. Enfocó con la linterna y vio algunas manchas oscuras. Las disimuló frotándolas con hojas y luego pasando el pie por encima. Pero no podía estar seguro de que alguna gota no hubiera ido a parar unos metros más allá. Confiaba que la policía no tuviera demasiadas ganas de investigar los alrededores. A unos pasos del asfalto descubrió una pistola, sin duda el arma con que le habían disparado. La recogió con dos dedos y, después de ver que era una Beretta 92S bastante estándar, la lanzó al asiento del acompañante.

¡La chica! Ahora más que nunca, debía recuperarla y huir de aquel maldito lugar.

Mientras conducía el coche con los faros apagados hasta la entrada de la finca comenzó a sentir dolor. Hasta entonces, sus neuronas habían estado demasiado ocupadas como para preocuparse de la oreja desaparecida. Se permitió unos segundos para mirarse en el retrovisor. De la parte superior del lóbulo ya no existía más que un trozo que colgaba como un pendiente. Entre aquello, y el arañazo felino de Tabitha Cowan, cualquiera hubiese creído que volvía de un combate. ¿Cómo lo explicaría en urgencias? Quizá debería ir a que le cosieran lo que le quedaba de oreja; no sabía si podría hacerlo solo.

Cansado, dolorido e incrédulo por lo que le había pasado, recogió a la chica, que ya empezaba a volver en sí, y la metió en el maletero del Audi. Durante todo el camino estuvo mirando hacia atrás por el retrovisor para ver si alguien lo seguía. No vio a nadie, pero aun así dio un par de vueltas por las calles de Gracia antes de meter el automóvil en el garaje de la planta baja de su casa.

Cuando se cerró del todo la puerta automática, abrió el maletero. La chica ya estaba plenamente consciente, y hacía rato que Jaime oía sus gemidos amortiguados por la cinta aislante. Ahora lo miraba con ojos de pánico. Él había visto esa mirada docenas de veces en sus víctimas, y nunca le había afectado lo más mínimo.

Hasta entonces.

Al igual que cuando miró el rostro de la mujer muerta en Vallvidrera, Quintero sintió

compasión. Pero no tuvo tiempo de reflexionar mucho sobre sus sentimientos, porque el dolor de la oreja era insoportable y se estaba mareando. Necesitaba un analgésico con urgencia.

Se echó a la chica al hombro sin contemplaciones y subió al piso de arriba. La dejó caer sobre el sofá, y se fue inmediatamente a buscar un *Tylenol Extra Strength* del botiquín metálico. Se tomó dos comprimidos con agua del grifo mientras inspeccionaba en el espejo el desastre de cartílago y sangre en que se había convertido su oreja izquierda.

Con gasas y esparadrapo se arregló como pudo la herida, después de desinfectarla con agua oxigenada. Quizá tendría que ir al médico en las próximas horas, pero primero debía decidir qué hacer con Tabitha Cowan y averiguar qué demonios había pasado aquella noche.

Menard Johnson entró en el piso consular con la mejilla izquierda abierta como un buzón. Llevaba rato intentando tapar la hemorragia con *kleenex*, pero el corte era demasiado grande.

—¿Qué cojones...?

El agente Smith, que no dormía a pesar de que no eran ni las cinco de la madrugada, se puso en alerta. Todas las alarmas empezaron a sonar en su cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Johnson no podía ni hablar. Se le llenaba la boca de sangre y saliva cada vez que intentaba decir algo.

—Contesta sí o no con la cabeza —ordenó Smith mientras lo llevaba al baño para tratar de ayudarle.

Minutos después, Hartley Westward respondía al teléfono en pijama, cuando ya se estaba preparando para meterse en la cama. La línea de su casa era segura, unos agentes de confianza lo comprobaban cada día.

Eli Smith le expuso la situación.

—¿Pero la periodista está muerta? —preguntó Westward.

—Debemos suponer que sí.

—No me gusta suponer, Eli. ¡Necesitamos saber!

—Menard vio dos *flashes* en una de las habitaciones. Y ese tipo español no falla nunca. Hartley hizo una pausa para reflexionar. La fecha clave de toda la operación estaba ya a menos de cuarenta y ocho horas, y los nervios y la tensión eran máximos.

—Bueno —concluyó finalmente—, supongo que hoy por hoy la eliminación de ese

asesino no es prioritaria. Al fin y al cabo no sabe nada. ¿Dices que Menard le hirió?

—Él asegura que sí, que vio sangre.

—¿Hay alguna manera de controlar los hospitales de la zona?

—Estamos en un país extranjero, señor. Si queremos ir a por él creo que lo mejor es actuar a través del intermediario que utilizamos para contratarlo.

—De acuerdo, haz lo que tengas que hacer, pero que quede claro que tu principal misión en Barcelona es asegurarte de que la mercancía llega a las manos correctas. Todo lo demás queda supeditado a ello, ¿entendido?

—De acuerdo, *boss*. ¿Han llegado ya Carmel y Julie?

—Llegan mañana. Es decir, hoy, para ti. ¡Dios mío, esto es agobiante!

Hartley Westward, que había mantenido la conversación de pie en su despacho, se dejó caer en la silla de cuero negro y se frotó la frente. El estrés le provocaba dolor de cabeza.

—¿Cómo está Johnson? ¿Operativo? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Sí. Un poco zarandeado, pero le he cosido la mejilla y le he dado un par de calmantes. Necesitará cirugía estética, eso sí, a no ser que quiera lucir una hermosa cicatriz toda la vida.

—Eso no me preocupa ahora, Eli. Déjale descansar unas horas y envíalo en busca del sicario. Que se ocupe él de eso. Tú estás para otras cosas, ¿de acuerdo?

Como cada mañana a esa hora, Sergio Radozevic acababa de salir de la cafetería en la que desayunaba y leía los periódicos del día. Hacía bastante sol, y la chaqueta le molestaba. Se la quitó al entrar en el garaje.

Notó que el coche no estaba cerrado cuando le dio al botón de la llave. «Vaya, otra vez me lo he dejado abierto —pensó—. Algún día me lo robarán».

No tuvo tiempo ni de arrancar el motor; una mano le tapó la boca con violencia y sintió algo metálico presionándole la sien derecha. Por el retrovisor vio con horror que Jaime Quintero le apuntaba amenazante con una pistola.

—¡Las manos sobre el volante, cabrón! —ordenó—. ¡Y ni un solo movimiento en falso! Jaime relajó la mano que tapaba la boca de Radozevic. Quería hacerlo hablar.

—Más te vale hablar como un loro, Sergio, si no quieres que te agujeree el cráneo.

—¿De... de qué? Jaime... No deberían vernos juntos...

—Tú tranquilo, que esto lo liquidamos en un par de minutos, para bien o para mal. Cómo saldrás de este coche sólo depende de ti. ¡Habla!

—¿Qué...? ¿Qué pasa? ¿Cómo es que...?

—¿Cómo es que sigo vivo? Esto es lo que te sorprende, ¿verdad? ¡Tú y tus amiguetes me enviasteis a una trampa!

—Yo no... ¡Te lo juro! ¡Debes creerme! ¡Yo no sabía nada!

—No *sabías* nada. O sea que sabes que querían eliminarme.

—Me dijeron... Me dijeron que sería... tu último trabajo. Pero yo no... Me lo dijeron cuando yo ya te había contratado, ¡te lo juro!

—¿Quiénes eran? Quiero nombres, direcciones y teléfonos.

—No... no lo sé. Sabes que no me conviene saberlo, Jaume. Yo...

—¿Quiénes eran?

El silenciador de la pistola presionó de pronto con más fuerza la cabeza de Sergio Radozevic.

—¡Que no lo sé, te lo juro!

La voz del intermediario era cada vez más aguda, con un tono desesperado. Estaba siendo amenazado por un asesino profesional. Su vida corría un serio peligro.

—Por tercera vez, Sergio, ¿quién cojones eran tus clientes?

—¡No lo sé!

Con un movimiento rápido e inesperado, Quintero apuntó hacia adelante y disparó. La mano derecha de Sergio recibió el impacto del proyectil y salpicó el parabrisas de sangre. El volante quedó dañado por el brutal impacto.

El balcánico soltó un grito semejante al de un cerdo en el matadero que fue inmediatamente ahogado por la mano izquierda de Jaume, tapándole la boca una vez más. Con los ojos fuera de las órbitas, por el miedo y el dolor, Sergio lloraba y gemía.

—Te lo pediré por última vez, imbécil —dijo Jaume con una voz aparentemente dominada por un gélido sosiego—. ¿Quiénes eran?

La pistola apuntaba una vez más al lateral de la cabeza del intermediario. El sudor y las lágrimas se le mezclaban en las mejillas, y todavía se quejaba sordamente bajo la mano de Quintero. Éste liberó poco a poco la mordaza para que hablara.

—De ti depende seguir vivo esta mañana, Sergio —añadió.

Por el espejo, Radozevic veía los sádicos ojos del asesino, su mirada fría y plena de autocontrol.

—La... la CIA —admitió, finalmente, con voz aguda.

—¿La CIA?

—¡Dios mío! Todo lo que sé es que me llamaron del consulado americano, y me recibió un tipo pequeño, de la CIA. ¡La mano...!

Sergio escupía palabras apresuradamente. Ahora que se había decidido a desvelar la identidad de sus clientes, quería acabar con aquello lo más rápidamente posible.

—¿La CIA? —repitió Jaume, todavía incrédulo.

—Un... un tal Smith, me parece. Te querían a ti, sólo a ti, porque... porque decían que sabían que eras el mejor...

Jaume estaba confundido. ¿Quién demonios era aquella chica? ¿Por qué la CIA la quería eliminar? ¿Y por qué era tan importante borrar todo rastro de ella, incluso el de su ejecutor?

La pistola que había recuperado en Vallvidrera, con la que le habían disparado, era una Beretta 92S, arma preferida de algunos agentes del servicio. Aquello encajaba. Sergio debía estar diciendo la verdad.

Pero, ¿qué era todo aquello? ¿En qué se había metido esa muchacha?

—¿Cómo puedo encontrarlos? —quiso saber.

—¡Y yo qué sé! —chilló Radozevic, desesperado—. Soy un jodido intermediario. ¡Yo no sé nada! Me hicieron ir al consulado americano, ¡maldita sea! ¡Vete allí a ver si quieren recibirte!

Esta vez Sergio estaba siendo sincero; lo notaba.

—¿Cómo iban a pagarte?

—Por transferencia. A Andorra, como siempre. ¡Dios mío, qué dolor!

—Eres un iluso, Sergio —dijo Jaume finalmente, guardándose la pistola después de desenroscar el silenciador—. Si querían eliminarme a mí, ¿por qué no a ti también? Probablemente te acabo de salvar la vida. Te aconsejo que huyas de la ciudad y te olvides de este juego de espías.

Y, dejando a Sergio Radozevic dolorido y aterrorizado a su coche, Jaume Quintero desapareció del garaje como un gato silencioso.

La jodida periodista no contestaba al móvil. El teléfono sonaba y sonaba hasta que aparecía la voz enlatada de la compañía telefónica que le invitaba a dejar un mensaje.

Quizás llegó demasiado tarde, pensó Porter Milligan. Su avión había aterrizado por fin en el aeropuerto de El Prat después de que la huelga de controladores aéreos hubiera provocado la cancelación de los dos vuelos anteriores.

—Dios mío, ¿qué está pasando? —murmuró para sí mismo, mientras marcaba el número de Tabitha Cowan una vez más.

Había que encontrar a la chica, estuviera viva o muerta. Tenía que averiguar qué estaba investigando, qué había descubierto y volver a Langley para enfrentarse al cabrón de Westward con toda la información disponible.

Sabía que la posición de un móvil se podía localizar mientras permaneciera

encendido, ya que los teléfonos emiten señales cada dos o tres segundos para avisar a la antena de la celda correspondiente donde se encuentran. Con la información de la celda, que en una gran ciudad como Barcelona debía tener la dimensión de unas pocas manzanas, se podía saber entonces por dónde se encontraba el móvil.

El problema era que estaba en un país extranjero, y no sabía cómo obtener esa información. Recordó entonces que conocía a alguien que tal vez le podría ayudar. Había pasado siete años en Europa, durante los años noventa, y en España había hecho amistad con un agente del CESID, el servicio de inteligencia español. Hacía más de una década que no sabía nada de él, pero no perdía nada por intentarlo.

Tabitha había oído las insistentes llamadas a su móvil. Estaba atada de pies y manos a un sillón, y no había manera de liberarse por mucho que se esforzase. Le dolía la cabeza, tenía miedo y no sabía dónde estaba. Creía que la CIA había decidido finalmente acabar con ella, pero que aún seguía viva porque querían saber qué había descubierto hasta ahora. ¡Si tan sólo le diesen la oportunidad de explicarles que no había destapado nada, que ya no trabajaba más en ese tema, y que quería olvidarlo todo!

El móvil volvía a sonar. El sonido provenía de la parte de abajo del edificio. Ella estaba en un amplio salón con una mesa de comedor y una cocina americana a su izquierda. Parecía un piso habitado, pero no vio ninguna fotografía, ningún efecto personal, ningún detalle doméstico. Quizás era sólo una tapadera.

Intentó moverse, pero era imposible. El sillón pesaba una tonelada, y ella no estaba en condiciones de hacer mucha fuerza.

De repente, oyó un ruido en el piso de abajo. Un coche. El secuestrador estaba volviendo.

Minutos después, apareció en el salón. Ya no llevaba ese vendaje grotesco y ensangrentado en la oreja izquierda con el que había salido. Había ido al médico, era evidente.

Tabitha le miró, sobrecogida. No era muy alto, pero se le veía en plena forma. Era difícil determinar su edad, porque no tenía un solo pelo en la cabeza —¡ni en la cara! —, lo cual le hacía parecer mayor. Tenía patas de gallo junto a las comisuras de los párpados, o sea que no era ningún chaval. Ella habría estimado treinta y muchos, bordeando los cuarenta.

Jaume Quintero se acercó lentamente. Tomó una silla del comedor y la plantó delante de ella. Antes de sentarse, le arrancó bruscamente el trozo de cinta aislante que le había tapado la boca desde la madrugada.

Adiós bigote, pensó ella, y se sorprendió de poder pensar en trivialidades en un momento en que probablemente corría peligro de muerte.

—Señorita Tabitha Cowan —empezó él, en un inglés perfecto, modulando las palabras con precisión—. ¿He pronunciado bien su nombre?

Ella respondió que sí con la cabeza.

—Bueno. Manos a la obra. Voy a serle plenamente sincero, y espero que usted me corresponda. ¿Entendido?

Ella asintió una vez más, mientras notaba un nudo en la garganta. No se sentía capaz de pronunciar una sola palabra.

—Se preguntará quién soy yo, y por qué la retengo aquí. Quién soy, es irrelevante. Me contrataron para eliminarla a usted. Soy un profesional, y no fallo nunca. Esta vez, sin embargo, el trabajo tenía una urgencia extrema, lo que no me permitió estudiar bien la operación. La información que me había proporcionado mi cliente era inexacta. Cuando esto ocurre, las cosas no salen bien. Me temo, señorita Cowan, que si está todavía viva es porque confundí a su amiga con usted.

—¿Marie...?

—Marie Magnard, si no me equivoco. Me temo que ella ha recibido las balas que iban dirigidas a usted.

«¡Dios mío! ¡Marie! No podía ser cierto...». Una ola de tristeza invadió a Tabitha. Las lágrimas brotaron como si sus ojos fueran dos fuentes y alguien hubiera abierto repentinamente el grifo. Lloraba de cansancio y de pena, pero sobre todo, de culpa. Hasta ese momento sólo había pensado en sí misma. Ni siquiera se le había ocurrido que pudiera haberle pasado nada. Y ahora... ¡le decían que estaba muerta!

—Dios mío, Marie, pobre Marie...

La voz le salió afónica, dolorida, un hilo de sonido en plena agonía.

—Una lástima —dijo él sin sentimiento—, pero lo que realmente me preocupa, señorita Cowan, y por lo que necesito que me lo explique todo, es que después de hacer el trabajo, alguien intentó matarme. Como puede comprobar —añadió con una sonrisa sin alegría, señalándose la oreja—, han fallado por milímetros.

—Pero... pero esto es un error —dijo Tabitha entre sollozos.

—Sí, ya he dicho que era una lástima —replicó él, impaciente.

—No... Quiero decir que... yo ya no trabajo en la investigación. No entiendo nada.

Las muñecas le dolían. Aquel bestia la había atado demasiado fuerte. ¿Por qué le estaba pasando aquello?

—¿Qué investigación?

—Estaba... estaba investigando... Yo era periodista, del New York Times.

«¡Mierda!, pensó él. Una periodista. Esto me enseñará a rechazar a partir de ahora trabajos urgentes. Se necesita tiempo para la investigación!». Se maldijo a sí mismo, una simple búsqueda en Google le hubiera permitido averiguar muchas cosas sobre la supuesta víctima. Demasiados errores.

Tabitha hizo una pausa. Hubiera querido secarse las lágrimas que le hacían cosquillas en la mejilla, pero no podía. Miró al curioso personaje que la tenía secuestrada. Era un asesino a sueldo, el primero que había conocido en su vida, que ella supiera. Un profesional de la muerte.

¿Por qué estaba aún viva?

Esto era absurdo. Desde que había empezado aquella historia, la gente iba muriendo a su lado: el doctor Harper, Jessica Lobo, ahora Marie, pobre Marie... Ella, en cambio, ¡seguida viva! ¿Por qué? ¿Era la persona con más suerte del mundo, o es que alguien creía que ella sabía algo demasiado valioso como para perderla? Nada tenía ni pies ni cabeza.

Decidió que probablemente le había llegado ya la hora. Ni la CIA ni aquel asesino sin pelo la dejarían marchar así como así. Y, curiosamente, la formulación de este pensamiento en su cabeza hizo que se sintiera, de pronto, relajada del todo, en paz consigo misma. Iba a morir, sí. Estaba segura. Y, si no podía hacer nada, ¿por qué preocuparse? Ella era una científica, una investigadora, cien por ciento racional. No creía en nada que no se pudiera probar de manera fehaciente. De pronto, su mente se había aclarado.

—¿Señorita Cowan?

Jaume Quintero quería respuestas. Bueno, ella se lo diría todo. No tenía nada que perder, y ya todo le daba igual.

Comenzó narrando todo lo que había pasado aquellos últimos meses, desde la llamada del doctor Damian Harper hasta la muerte de Marie. Detalló las sospechas del malogrado científico británico, tal como las exponía en los documentos *The Iraqi Files*. Y, mientras lo explicaba, comenzó a entenderlo. Era evidente que la CIA había recuperado los virus de la viruela modificados genéticamente por los rusos, y que escondía este hecho al mundo. Sólo quedaba una pregunta por responder: ¿para qué querían los Estados Unidos los virus? Si todo era tan secreto y tan importante como para matar a cualquier persona que hubiera tenido un mínimo contacto con la trama, ¿es que la CIA pretendía usar los virus como arma contra alguien? Y si así era, ¿contra quién? ¿Al Qaeda? Pero no tenía sentido. Al Qaeda no era un país, una región donde poder desatar los virus y ocasionar una masacre. La organización terrorista islámica era un grupo heterogéneo y descentralizado de personas con una ideología y un odio común. Y el virus, una vez desatado, era prácticamente incontrolable.

Jaume estaba aún más admirado que ella. Se había convertido sin querer en un peón más en una guerra subterránea de la CIA.

—Eso lo cambia todo —dijo para sí mismo, mirando al suelo, con la mente pensando en todas las implicaciones.

Miró a la chica. Veía en sus ojos que ya no reflejaban miedo, que se había hecho a la idea de su situación y que la aceptaba. Quintero sintió franca admiración por ella. Nunca había tenido que enfrentarse cara a cara con ninguna víctima tanto tiempo, pero estaba seguro que ninguna de las personas a las que había eliminado en diecisiete años de carrera profesional hubiera tenido la entereza que mostraba aquella periodista.

Pero ya no pretendía matarla. La CIA comprendería tarde o temprano que seguía viva, y entonces se convertiría en su pasaporte a la seguridad. Había que retenerla y esperar el próximo movimiento de los yanquis.

A pesar de que aquélla era una situación completamente nueva para él, creía firmemente que podría salir bien de ella.

Octubre 2003

Langley, VI (EE UU)

Una llamada despertó a Hartley Westward a las ocho y veinte de la mañana. El agente se levantó irritado. No había dormido nada bien. La acidez del estómago era más molesta que nunca, y la cabeza le retumbaba de dolor.

—¿Qué pasa? —dijo de mal humor en el auricular, con esa voz áspera y angustiosa que inquietaba a sus interlocutores.

Era John Lescat al aparato.

—Porter Milligan. Deberías venir inmediatamente.

Cuando llegó a Langley ya se imaginaba mil demonios, pero no se esperaba lo que iba a escuchar. En su oficina le esperaban Lescat y un impresionante chico afroamericano al que había visto alguna vez por las oficinas.

—Este es Caleb —informó Lescat entrando en materia sin siquiera saludarle—. Caleb, repite al señor Westward lo que me has dicho hace un rato.

El chico estaba nervioso. Al ver entrar a Hartley Westward se había quitado la gorra negra de los Chicago Bears y ahora la sobaba nerviosamente con ambas manos.

—Buenos... días, señor Westward.

—¿Qué tienes que decirme? ¿Qué pasa?

—Caleb ha venido a verme esta mañana —intervino John Lescat.

—Sí, bueno... —dudó el chico—. No sé si puede tener alguna importancia, pero...

—Se trata de Porter Milligan.

Westward miró a Caleb con impaciencia.

—¿Y bien?

—El... señor Milligan me pidió ayuda hace unos días. Quería... quería escuchar... Es decir, me dijo que debía grabar una reunión en una de las salas seguras, y yo...

Ante las vacilaciones y timidez de Caleb, y viendo que su jefe se estaba irritando, Lescat decidió intervenir.

—Milligan escuchó nuestra conversación con San Diego.

Westward abrió los ojos como platos. ¡No podía ser cierto! ¡A veintidós horas del día D de *Onesimus*!

—Y se ve que no era la primera vez que le pedía ayuda al chico —seguía el agente—. Estos últimos meses le ha pedido que descryptase algunos registros de llamadas y cosas

así, ¿no es cierto?

Caleb asintió con la cabeza.

Westward le miraba con fuego en los ojos. No podía creer lo que estaba oyendo. ¡Ahora ya sabía de dónde obtenía la información la maldita periodista británica! ¡Y lo hacía bajo sus propias narices!

—¿Y por qué, si se puede saber, nos lo vienes a decir ahora? —le preguntó al informático.

—Bueno... Yo no sabía si... Él me dijo que era parte de su trabajo como director del Comité de Buenas Prácticas. Pero a mí no me gustan estas cosas... Se supone que debemos espiar a los tíos malos, ¿no? No a nosotros mismos. Yo... me sentía muy incómodo...

—¿Alguien más escuchó las conversaciones? ¿Alguien más sabe algo de esto?

—No, no señor —se apresuró a asegurar en Caleb—. Estaba él solo.

—¿Y tú? ¿Escuchaste tú con él?

Caleb tuvo un repentino momento de pánico provocado por el tono de voz helado e inquisidor con que Westward le había formulado esa pregunta. La mirada de serpiente y la voz ronca de aquel hombre le llenaban de pavor.

—¡Oh no, señor, de ninguna manera! —negó, vehemente—. Yo le instalaba todo el equipo, ¡pero yo no quiero saber nada de estas cosas, señor!

Hartley le miró unos instantes más y creyó que le estaba diciendo la verdad. Sin embargo, no podía correr riesgos; haría que alguien de confianza le vigilara y registrara sus pertenencias.

En cuanto estuvo fuera de su despacho, Westward se dejó caer en la silla.

—El hijo de puta... ¡El topo era Milligan! —dijo.

—Señor Westward...

Hartley le miró. Al ver el gesto de gravedad de su ayudante puso cara de disgusto. Acababa de comprender que había más malas noticias.

—¡Oh, no, por el amor de Dios, John, no! ¡No me digas que todavía hay más mierda, que estoy hasta los cojones! ¿Qué coño pasa ahora?

—Milligan... Esta mañana ha tomado un vuelo en el Charles de Gaulle de París en dirección a Barcelona.

Octubre 2003

Barcelona (España)

Aquella tarde las noticias de la televisión abrieron con el asesinato de Vallvidrera. Una mujer francesa, joven y atractiva, había sido asesinada de dos disparos en la cabeza mientras dormía. La policía había encontrado la pistola, un arma sin registrar, escondida en unos matorrales cerca de la casa, en los jardines de una mansión modernista propiedad de un millonario holandés.

Y, lo más morboso de todo, lo que haría que ese evento fuera noticia durante varios días, era que la principal sospechosa era su amante lesbiana, una periodista de nombre Tabitha Cowan que podía estar pasando por una fuerte depresión después de haber sido despedida la semana anterior del prestigioso diario *The New York Times*. La reportera se encontraba ahora desaparecida y las fuerzas de seguridad catalanas rogaban a quien la viera o tuviera alguna información que se pusiera en contacto urgentemente con ellos.

Jaume había encendido el aparato del salón al conocer la noticia por internet. Quería que Tabitha se diera cuenta que no tenía escapatoria, que más le valía no hacer tonterías, porque la policía la buscaba.

—Y no creas que te librarías —le dijo, sonriendo—. El arma homicida tiene tus huellas dactilares, la casa no ha sido forzada y, por tanto, nadie te creería si les dices que un extraño entró y asesinó a tu amiguita. Además, este hermoso chichón en tu cabeza y el hecho de que no hayas ido inmediatamente a la policía complican aún más tu credibilidad.

Tabitha miraba, incrédula, una fotografía suya que ocupaba media pantalla. En la otra mitad, se veía como unos enfermeros retiraban el cadáver de Marie, completamente tapado, y se lo llevaban a una ambulancia mientras la voz del locutor informaba sobre los detalles conocidos de su vida. Se decía que no tenía antecedentes, que había viajado con la fallecida a Barcelona el pasado viernes y que tenían previsto pasar unos días en la ciudad.

Jaume la había desatado hacía una hora para comer e ir al baño, y, tras asegurarse de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, la había vuelto a sentar en el sillón; esta vez, sin embargo, atada sólo por los tobillos con cinta aislante. A él le incomodaba visiblemente tener compañía, pero ya había decidido que retenerla viva era lo mejor que podía hacer.

Un poco después, agotada por una noche sin dormir, confundida y desorientada, Tabitha Cowan cayó en una especie de sopor inquieto que la hacía dormir con la frente arrugada en un gesto de profunda preocupación.

Jaume Quintero la contempló un buen rato. La encontraba atractiva, no quizás en el sentido clásico de la belleza, pero sí con la fuerza de un moderno rostro femenino, con energía, determinación e independencia. Tenía la nariz tal vez demasiado afilada, pero en conjunto no desentonaba. La piel, muy blanca y sin manchas, pedía ser besada. Podía comprender por qué ella prefería que la acariciasen sólo manos femeninas; era una piel de anuncio. Se imaginaba a la desdichada Marie, tal y como la había visto en la fotografía del pasaporte, pasando suavemente la punta de los dedos por aquel rostro de alabastro.

Sintió, de repente, una punzada de compasión y de empatía como nunca había sentido con nadie, ni siquiera con Esther. No sabría decir por qué. Aquella chica le inspiraba sentimientos extraños para él. Una vez más, trató de pensar cómo sería su hija Aina cuando tuviera la edad de Tabitha Cowan. Quizás esa era la razón. Desde que había descubierto que era padre, algo había cambiado en su interior. Su mente se enternecía y ablandaba cuando pensaba en ella, y aquello, en su negocio, era peligroso. Sentía instintos de protección, ganas de defender a los más débiles y desvalidos. De pronto, las mujeres le hacían sentir ternura. Se le pasó por la cabeza despertar a Tabitha y decirle que no se preocupara, que no tenía nada que temer con él a su lado.

Pero fue sólo un instante. Enseguida notó un cálido rubor en las mejillas y apartó aquellos pensamientos absurdos de su mente.

Él también estaba cansado. Envolvió a su prisionera con cinta aislante de manera chapucera y se tumbó en el amplio sofá a echar una breve siesta.

Al día siguiente, el agente Smith esperaba en la terminal del aeropuerto de El Prat a Hartley Westward, como habían acordado. Después de cada cigarrillo, entraba en la terminal a ver si había llegado su jefe. A la octava vez lo localizó cuando se dirigía ya hacia el exterior.

Westward estaba cansado, pero ahora no podía pensar en eso. Era el día clave de toda la operación. No tenía previsto, en un principio, estar en la ciudad del intercambio, pero en vista de cómo estaban yendo las cosas se había visto obligado a volar a Barcelona en el jet privado del empresario Kyle Uphaus.

Había que asegurarse de que nada perturbaría la transacción. Haría frente a todos los problemas que fueran surgiendo. Aquello no podía fallar. El envite era descomunal; los

Estados Unidos de América se la jugaban.

Mientras volaba se había mantenido en contacto casi permanente con sus agentes. Lescat era el único que seguía en Langley, con la misión de coordinar la vigilancia de todos los elementos clasificados como “sensibles” en los diferentes grados S₁, S₂ o S₃, según el protocolo.

Julie Kerr y Carmel Sposito estaban en Barcelona desde hacía unos días. Habían volado con un vuelo no oficial de la CIA hasta la base madrileña de Torrejón, donde las autoridades españolas les habían permitido aterrizar. Allí les esperaba JayJay Sarkar con su avioneta particular. Era un piloto experto, y había ensayado la ruta varias veces aquel verano. Julie le acompañó en el corto vuelo hasta el aeropuerto de Sabadell, cerca de Barcelona, mientras Sposito viajaba por carretera en un coche consular.

Por aquella parte, reflexionaba Westward con alivio, no parecía haber problemas; todo funcionaba tal y como estaba previsto.

Los problemas venían por culpa de la jodida periodista. Hartley Westward había recibido en pleno vuelo la chocante noticia de que seguía viva. Cuando el agente Smith se lo dijo mientras sobrevolaba el Atlántico, se le erizaron los cabellos de la nuca. Los medios de comunicación habían difundido que la asesinada era una tal Marie Magnard, ciudadana francesa, y que la sospechosa del crimen era su amante, la periodista Tabitha Cowan.

Smith, sin embargo, había tenido un golpe de suerte. El intermediario que habían contactado para contratar al sicario, un yugoslavo de nombre Sergio Radozevic, se había puesto en contacto con él para desvelarle dónde vivía Jaime Quintero, el asesino.

—Pero ahora este tipo no es el principal problema —había protestado un aturdido Westward desde el avión.

—Ya lo sé —respondió Smith—, pero aun así he enviado a Menard a echar un vistazo. ¿Y a que no sabes a quien tiene secuestrada ese hijo de perra en su casa?

El rostro de Hartley se iluminó de esperanza.

—¿A la periodista?

—¡Bingo! Menard vio como Quintero salía de casa y subió a la azotea de una casa situada enfrente. Vio una figura atada a un sillón. Tiene que ser ella a la fuerza.

Hartley reflexionó un momento.

—Sí, tiene sentido. Si el cabrón se dio cuenta allí mismo de que se había equivocado, tal vez la retiene para cobrarnos más pasta. O, tras el intento chapucero de Johnson, ahora ya sabe que vamos a por él, y quizá pretende entregarla a cambio de que lo dejemos en paz.

—Yo he pensado lo mismo.

—¿Qué pasa con el intermediario? Sabe demasiadas cosas...

—Ya no es un problema, *boss*. Duerme el sueño de los justos.

Hartley sonrió ligeramente. Era una suerte contar con gente tan eficaz y sin escrúpulos como Smith.

—¿Qué hacemos ahora, *boss*? —preguntó el agente.

—No hagas nada hasta que yo no llegue. Ese tipo no irá a ninguna parte, y la periodista tampoco. Prefiero tenerlos controlados que interfiriendo en la transacción de hoy.

En la televisión del pequeño restaurante seguía apareciendo el rostro de Tabitha Cowan. Milligan no salía de su asombro. «¿En qué se ha metido esta pobre desgraciada?», pensaba. En ningún momento se le pasó por la cabeza que la periodista pudiera ser culpable. Estaba seguro, ya a esas alturas, de que la chica se había sumergido en aguas demasiado profundas y que estaba siendo objeto de acoso por parte de los *Redskins*.

Lo que le angustiaba era que no contestaba al móvil —que ya había dejado de emitir señal—, y temía que le hubiera pasado algo.

Era el segundo día que rondaba por la parte alta del barrio de Gracia, en un vano intento de encontrar alguna pista que le llevara hasta Tabitha Cowan. Su colega español había conseguido proporcionarle, sin muchas dificultades, la celda de telecomunicaciones móviles donde se encontraba su teléfono. Además, parecía estar estático hasta que alguien lo apagó o la batería dijo basta.

En ese momento vio de reojo una figura que pasaba por delante de la ventana del bar que le resultó extraña y familiar al mismo tiempo. Le había llamado la atención el hecho de que no parecía encajar en aquel lugar, y, además, algo le decía que, fuera quien fuera, lo conocía. Pagó apresuradamente, dejando de paso una generosa propina, y salió del establecimiento. Vio al individuo justo cuando doblaba la esquina. Corrió unos metros hasta que volvió a tenerlo a la vista. El hombre estuvo a punto de descubrirle; se dio la vuelta repentinamente y miró a derecha e izquierda. Entonces Milligan lo reconoció: era Menard Johnson, un agente joven de la unidad de elite de Eli Smith.

Porter sintió un espasmo de emoción; estaba muy cerca de su objetivo. Casi por casualidad, estaba donde debía. Ahora no podía cometer errores.

Johnson llevaba un aparatoso vendaje en la cara pegado con esparadrapos. Aquello era lo que le había llamado la atención desde el bar, sin duda. Cuando creyó que nadie lo miraba, trepó como un gato hasta un balcón, y de allí, saltó a una azotea. Milligan le vio

pasar después a una segunda azotea para agazaparse detrás de la barandilla, entre antenas de televisión y ropa tendida.

Decidió que sería demasiado arriesgado seguirlo y, como podía verlo desde donde estaba, esperó en la esquina. Johnson permaneció allí un rato, hablando quizás por el móvil, mientras Milligan, que no salía de su asombro, le vigilaba.

Veinte minutos después, Menard Johnson abandonó su escondite y saltó a la calle, dando un susto a una mujer que paseaba por la acera con dos pesadas bolsas de la compra.

Cuando se hubo marchado, Milligan resolvió ir a ver qué diablos había allí arriba. Ascendió a la azotea en la que Johnson había permanecido escondido con cierto esfuerzo, pues no era ni tan joven ni tan ágil como el otro agente, y miró a su alrededor.

Cuando estaba a punto de darse por vencido, un movimiento en una de las ventanas de la casa de enfrente llamó su atención. Alguien estaba agitando unos pies atados por el tobillo con cinta aislante, como si intentara deshacerse de las ligaduras.

Su corazón empezó a latir con fuerza. No podía verle la cara, pero los pies eran femeninos; ¡tenía que ser Tabitha Cowan!

Así pues, no la tenía la CIA. Si no, no tendría ningún sentido lo que Johnson acababa de hacer. Entonces, ¿quién la había atado? En el fondo daba igual. Lo importante era que ya la había localizado. Menard se había ido hacía menos de diez minutos. En la casa no se percibía ningún otro movimiento, y, si la chica estaba tratando de desatarse, probablemente estaba sola.

Milligan descendió hasta la calle y rodeó la manzana para encontrar la entrada de la casa.

«¿Y ahora qué?», pensó al hallarla.

Justo entonces oyó la llegada de un coche y la puerta del garaje comenzó a abrirse. Un Audi A3 de color negro, conducido por un hombre completamente calvo, pasó por delante de él y maniobró para entrar en el estrecho recinto.

Milligan no lo dudó. Cuando la puerta ya se cerraba, con el motor del coche todavía en marcha, se lanzó al suelo y se coló por el hueco menguante para rodar hasta los bajos del coche. Allí escondido oyó cómo se abría la puerta del automóvil y vio los pies del conductor.

En pocos segundos, el garaje se quedó vacío y a oscuras. Había sido un poco imprudente, el conductor podría haberle visto en cualquier momento si llega a mirar por el retrovisor, y, desde el suelo, su posición habría sido muy precaria.

¡Pero ya estaba dentro!

Después de esperar unos minutos por prudencia, Porter se levantó del suelo y se

aventuró a entrar en la casa. Desde el garaje se accedía a una especie de estudio con un montón de libros, cajas de cartón, un enorme tanque metálico que parecía un submarino de bolsillo y un viejo gramófono de bocina restaurado. A la derecha, unas escaleras subían al piso superior. Con la pistola en la mano comenzó a ascender, escalón a escalón, mirando siempre hacia arriba, atento a cualquier sonido que indicara que alguien se acercaba. No se oía nada. Llegó hasta una cocina abierta, tipo americano, que comunicaba con lo que debía ser el comedor o sala de estar.

Enseguida la vio, atada y amordazada con cinta aislante. Y ella a él, también.

La sorpresa de la muchacha era inmensa. ¿Qué hacía allí ese agente de la CIA con quien había hablado hacía unos meses? ¡Sin duda iba a matarla! Por eso había salido aquella mañana Jaime Quintero: para ir a buscar al agente y terminar el trabajo.

La certeza de su muerte inminente hizo perder a Tabitha Cowan toda la presencia de ánimo que había mostrado en esos dos días de cautiverio. Empezó a llorar con desconsuelo, calladamente. No tenía ánimos para gesticular o gemir. Miraba entre lágrimas a Milligan mientras éste avanzaba hacia ella desde la escalera de la cocina.

El agente, sin embargo, hizo algo sorprendente: le indicó con el dedo sobre los labios que no hiciera ruido, y, pistola en mano, empezó a mirar sigilosamente por todas partes, como buscando a alguien.

La escena no duró mucho; un repentino golpe de bastón en la nuca le dejó inconsciente.

Jaime Quintero se aproximó al agente aturdido y, con prudencia, comprobó que estaba fuera de combate.

Tabitha Cowan no entendía nada. Estaba tan cansada y confundida que la cabeza empezó a darle vueltas. Tenía ganas de vomitar y le dolían las articulaciones por la inactividad. Intentó hablar, pero la cabeza se le venció hacia adelante y se desmayó.

Cuando Milligan volvió en sí, el hombre calvo que había visto entrando con el coche estaba sentado frente a él en una silla y le miraba con curiosidad. Sentía dolor en las muñecas y las manos abotargadas, y tenía el rostro mojado y dolorido. Estaba atado con fuerza al sillón.

Tardó unos segundos en poder enfocar la vista. Entonces sintió a alguien a su lado; era Tabitha Cowan, atada como él en el sillón contiguo. De hecho, la tenía tan cerca que los respaldos de los asientos se tocaban.

—Por fin nos despertamos —dijo el hombre que lo vigilaba en perfecto inglés.

Intentó decir algo, pero no pudo abrir la boca. Se dio cuenta de que la tenía tapada con

cinta aislante.

—¿Quieres hablar? Sí, eso harás.

Quintero le arrancó el trozo de cinta con un gesto violento que le hirió la piel.

—Me habéis puesto en una situación comprometida, cabrones —protestó Jaime Quintero, visiblemente enojado—. Estaba dispuesto a entregaros a la chica —dijo, señalando a Tabitha con un gesto de la cabeza—. Pero ahora me habéis localizado, y eso me fastidia mucho. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Milligan le miraba sin acabar de entender nada. El occipital le dolía mucho; debía tener un buen chichón.

«¡Focalízate! —pensaba, entre la niebla que envolvía su mente—. Estás en peligro, Porter. ¡Focalízate!».

—No sé en qué historias de espías estáis metidos, pero yo no quiero formar parte del juego. Así que, o bien me ayudas a encontrar una salida, o lo pasarás mal.

—No lo entiendes... —empezó Porter. Su voz sonó gutural y áspera.

—¿Qué? ¿Que no lo entiendo? ¡Por supuesto que no! ¡Me encargáis una mierda de trabajo y encima tratáis de eliminarme! ¡Sois los peores clientes que he tenido! —exclamó, con un toque de humor negro.

—No, yo... He venido a advertir a la señorita Cowan y a...

El latido en la parte trasera del cráneo era muy doloroso. Cerró los ojos porque se le emborronaba la visión.

—¿Advertir?

Milligan se volvió hacia Tabitha. La chica tenía los ojos enrojecidos de haber llorado. Había envejecido una década desde la última vez que la había visto. Sin embargo, su mirada conservaba una chispa de desafío, de coraje. El agente no pudo evitar admirarla. Ella sola, sin ayuda de nadie, había logrado desenmascarar una trama criminal urdida por algunos agentes de la CIA, poniendo en peligro su carrera profesional y su propia vida.

—Señorita Cowan —le dijo, ignorando completamente a Jaime Quintero—, como ya habrá comprobado, está usted en serio peligro de muerte.

La chica le miraba extrañada. Arqueó ligeramente las cejas con cierta curiosidad.

—Las personas que la han querido matar actúan al margen de la CIA —continuó con esfuerzo, haciendo muecas de dolor en cada palabra—. Llevo meses investigando la trama que usted ha descubierto, y he venido aquí con el propósito de intentar frustrar lo que sea que esa gente ha urdido y de protegerla. Debo reconocer... que sin usted nunca habría sabido que Barcelona era la ciudad escogida para *Onesimus*.

—¡Eh, un momento! —interrumpió Jaime—. ¿Se puede saber de qué estás hablando?

¿Protegerla? ¡Pero si me habéis contratado para ejecutarla!

Tabitha tampoco sabía qué le estaba contando el agente Milligan. La situación era absurda y carecía de sentido. Pero algo en la mirada de Milligan le decía que podía confiar en él, que no le causaría ningún daño.

Entonces, con el rabillo del ojo, vio una lucecita roja que parpadeaba cerca del ordenador, detrás de Jaime Quintero. La pantalla se encendió de pronto. Las imágenes captadas a través de una cámara de circuito cerrado, mostraban a tres personas accediendo al garaje. Era evidente que habían forzado la entrada y que llevaban armas.

Jaime detectó la expresión en los ojos de Tabitha y comprendió que algo estaba pasando. Pero la chica tenía la boca sellada con la cinta y no podía hablar. Se dio la vuelta en cuanto oyó ruido en la escalera.

—¿Qué pasa? ¡Mierda!

Como un felino, se alzó de la silla y de un salto se plantó en la cocina. Había cometido la imprudencia de dejar el arma sobre la encimera. Pero los intrusos fueron más rápidos que él. Confiados en su superioridad y en la ventaja que les otorgaba el factor sorpresa, habían subido las escaleras a toda prisa, y entraron en la cocina como un vendaval. El borde de la puerta, abierta con violencia, golpeó las costillas de Quintero, alcanzado en mitad de su salto hacia la pistola. El golpe le hizo tambalearse y caer, y cuando quiso reaccionar, una Beretta 92S como la que había recuperado en Vallvidrera le apuntaba a la frente.

Segundos después, una figura elegante y altiva entró en escena.

—¡Vaya, menuda sorpresa! —exclamó Hartley Westward con una amplia sonrisa—. ¡Porter Milligan y Tabitha Cowan, juntos y envueltos como dos regalitos de cumpleaños!

Inmediatamente, sin embargo, fue al grano.

—Smith, encárgate del sicario. Ahora tenemos que ver cómo nos las arreglamos para dejar aquí dos cadáveres y borrar todo rastro nuestro —añadió sin emoción—. Debería parecer un crimen pasional. A Milligan, claro, tenemos que llevárnoslo —concluyó, mirando a su colega.

En el fondo, Westward se sentía profundamente aliviado. Por primera vez desde la muerte del científico británico, el doctor Damian Harper, sentía que controlaba plenamente la situación. Tenía a todos los Si muertos o a punto de morir; excepto, por supuesto, a Juan Carlos Guañabens, el transporte de China, que pronto sería también eliminado. Nada podía fallar ya. Se había quitado un gran peso de encima.

—Estoy muy enojado —empezó, mirando alternativamente a Tabitha y a Porter—. Me habéis dado demasiado quebraderos de cabeza, y ya es hora de que nos dejéis en paz. Lamento llegar a este final, pero a pesar de todas las advertencias, habéis persistido. Así,

pues, no me queda más remedio que ordenar vuestra eliminación. Una lástima.

El agente Smith avanzó un paso, esperando que su jefe le ordenara disparar. Había colocado ya el silenciador al arma y llevaba guantes negros de cuero para no dejar huellas.

—¿Y cree que se saldrá con la suya, señor Westward? —preguntó Milligan.

Todavía le dolía la cabeza, pero ya empezaba a pensar con más claridad. Vio que, probablemente, había llegado al final de su camino. Se alegró de no tener familia, de no dejar a nadie desamparado; que ninguna viuda pudiera quejarse de que la habían abandonado, como había hecho la señora Surtees el día en que la conoció. Él siempre había creído que el servicio a su país era como un sacerdocio, que exigía exclusividad, y se había centrado tanto en ello que nunca había mucho tenido tiempo para relaciones sentimentales.

Westward se rió.

—Amigo mío —dijo con sorna—, no sé qué sabe, qué ha llegado a averiguar. Pero créame que esta operación es la más compleja e ingeniosa estrategia de defensa nacional jamás planeada. Estamos escribiendo la historia, señor Milligan, y previniendo un desastre futuro que de otro modo sería inevitable.

—¿Asesinando inocentes?

Porter trataba de ganar tiempo desesperadamente. No sabía muy bien por qué, pero su instinto le empujaba a aferrarse unos segundos más a la vida. Eli Smith preparaba ya el arma.

—Todas las guerras causan dolor —respondió Westward—. Nosotros nos estamos anticipando a la Tercera Guerra Mundial, que sería devastadora. El precio que algunos tengan que pagar por ello, visto globalmente, es justo.

Se notaba que, por primera vez en meses, Westward respiraba tranquilo. Lo tenía de nuevo todo bajo control, y por ello le invadía una evidente euforia.

—¿Qué es *Onesimus*? —preguntó Milligan, de pronto.

La pregunta hizo que Hartley Westward alzase las cejas. El nombre clave de la operación era alto secreto, y se admiró de que aquel agente hubiese averiguado su existencia.

—¡Le he subestimado, Milligan! —dijo, recuperando la sonrisa—. ¡Enhorabuena! Se irá a la tumba habiendo descubierto la operación secreta más importante de la historia de la CIA. Tan secreta, de hecho, que no quedará ningún registro para desclasificar dentro de cincuenta años. Todo será destruido, incluidos ustedes.

—Creo que tengo derecho a saber los detalles. Y la señorita Cowan, también. ¿Por qué no satisface nuestra curiosidad?

Milligan trataba de ganar tiempo, y Hartley lo sabía. Pero decidió que se sentía lo suficientemente seguro como para darse el placer de contar, por primera vez fuera del círculo *neo-con* del *PNAC*, lo que él había ayudado a diseñar y lo que ahora estaba a punto de poner en marcha por fin.

—Sí, ¿por qué no? Ya no tenemos ninguna prisa.

De hecho, pensó mirando su reloj, en aquellos momentos ya se habría producido el intercambio, y quedaba sólo una hora y media para que saliera el avión de Guañabens hacia Shanghai. Era incluso aconsejable permanecer a la espera hasta entonces.

Hartley Westward, ante la evidente impaciencia del agente Smith, tomó una silla y se sentó delante de Porter y Tabitha.

—Porter —comenzó, llamándole por su nombre de pila—, usted sabe que servimos a nuestro país con devoción, que nuestro cometido en esta vida es contribuir a la paz y el bienestar de los estadounidenses. No somos tan diferentes, usted y yo. Tenemos la misma pasión por nuestro trabajo. Con un pequeño matiz: usted no tiene lo que hay que tener para llevar su misión hasta el final, sean cuales sean las consecuencias. Yo sí.

¡Aquel era su momento! Hartley Westward creía firmemente en su trabajo, se sentía orgulloso de haber sido elegido por el destino para salvar a su país de lo que algunos consideraban inevitable.

—Con la desaparición de la Unión Soviética, mucha gente pensó que ya habíamos ganado la batalla por la supervivencia. «¡Es el fin de la historia!», proclamaban algunos. Recordará usted las tesis del filósofo Francis Fukuyama. Muy bonito, todo ello, ¡pero falso! Algunos sectores, especialmente los conservadores más blandos, siguieron la corriente a los liberales e intelectuales de izquierdas poniéndose una venda en los ojos y declarando que el peligro comunista ya no existía, que por fin el mundo libre podía respirar tranquilo y dedicarse a crear riqueza.

Quintero permanecía tendido en el suelo de su cocina con dolor en las costillas mientras asistía incrédulo al discurso de ese tipo. «¿Qué demonios ha pasado?» —se preguntaba—. «¿Cómo puede ser que esto esté pasando en mi casa, en un santuario que yo creía invulnerable? ¿Dónde he fallado? ¡He sido un estúpido!».

—Pero lo que la gente no quería ver —continuaba Hartley con una pasión contagiosa— era que uno de cada cinco seres humanos vive aún bajo el yugo comunista: ¡China! Bajo la sombra de la URSS, China comenzó a desarrollar su propia versión del comunismo, aprendiendo de los errores cometidos por los rusos y sin tanto alboroto. Y los estúpidos gobiernos de Occidente le dejaron hacerlo. En lugar de meterles presión, de hacerles sentir nuestra superioridad, los Estados Unidos y Europa comenzaron a desarmarse, escuchando los cantos de sirena que decían que ya no hacía falta mantener

el arsenal nuclear, que la Guerra Fría había terminado. ¿Ven el terrible error? ¿Huelen el peligro? —preguntó, mirando tanto al agente como a la periodista.

—Ah, perdón, señorita Cowan —dijo entonces, levantándose y acercándose a ella—. Esto ya no es necesario.

Con un gesto enérgico le despegó el trozo de cinta que le cubría la boca.

—Debo admitir, señorita Cowan, que la subestimé negligentemente. No esperaba que llegara hasta aquí. Nuestros informes nos decían que era usted una mujer extremadamente inteligente, pero no supe ver que, además, era terca como una mula. Pensaba que desistiría. Goza usted de mi más sincera admiración —añadió, con media reverencia sarcástica.

Las experiencias de los últimos días habían agotado ya la capacidad de asombro de Tabitha. Estaba enfurecida, y con unas ganas terribles de terminar de una vez con todo. Su amante yacía muerta en algún depósito de cadáveres en un país que no era el suyo, a ella la buscaba la policía, llevaba dos días atada y secuestrada por un asesino profesional, y, ahora, con toda probabilidad, unos agentes de la CIA acabarían con su vida.

—¡Váyase al cuerno! —exclamó, frustrada y furiosa.

Westward se rió.

—Sí, realmente he subestimado su valor, señorita Cowan. En fin, como usted verá, todo ha sido inútil, porque, como en las películas, ¡los americanos siempre ganan!

Jaume Quintero intentó levantarse, pero el agente Johnson, a quien reconoció por el vendaje en la mejilla como el que le había destrozado la oreja en el torpe intento de asesinato, se lo impidió con un gesto. Su pistola le apuntaba a la frente con firmeza.

—¿Qué tiene que ver esta lección de geopolítica con Irak? —preguntó Milligan con cierta curiosidad, muy a su pesar.

—¡Ah, nuestro asunto! En resumen, señor Milligan, que China, durante los años noventa, se convirtió en una amenaza para la seguridad de América ante la pasividad de nuestro gobierno demócrata. Por eso se creó el *Project for a New American Century*. Habrá oído hablar de él: es un *think-tank* con una tapadera de cara al público que pretende reflexionar sobre qué hacer para asegurar la supremacía americana en el siglo veintiuno. Pues bien, el *PNAC* sirvió para advertir de que la única amenaza para los Estados Unidos proviene, hoy en día, de China. Y los escenarios prospectivos que se crearon apuntan hacia una Tercera Guerra Mundial entre nosotros y China hacia la década de los años cincuenta de este siglo. ¿Qué la hará estallar? Cualquier cosa —añadió, encogiéndose teatralmente de hombros—. El choque es inevitable, el planeta es cada vez más pequeño y los recursos más escasos. ¡No habrá petróleo, agua o acero para todos! Ya nos hemos dejado robar la cartera en la última frontera de los recursos

naturales de este mundo: ¡África, señor Milligan, pertenece ya a China!

Westward se levantó y empezó a deambular por el salón. Su retórica lo estaba atrapando; se sentía justiciero, y cada palabra magnificaba su convicción.

—Un grupo de hombres de acción dentro del *PNAC* decidimos actuar. Ya era ya demasiado tarde para medidas clásicas —bloqueos económicos, sanciones, etc.— en este mundo dominado por unas Naciones Unidas filo-liberales. Había que pensar desde perspectivas diferentes.

—¿Y decidisteis poner en marcha una guerra biológica de consecuencias imprevisibles? —intervino, por primera vez, Tabitha Cowan.

—Más o menos. La idea es muy sencilla. El comercio internacional se basa en la confianza y en la libre circulación de personas y mercancías. Un principio capitalista que la China roja abraza sin complejos. Bien, entonces sólo hay que quebrar esa confianza y hacer que la comunidad internacional cierre las fronteras a China.

—Pero, ¿por qué Irak? ¿Para qué había que invadir ese país? —preguntó Porter.

Esta vez fue la propia periodista la que contestó, pues todas las piezas desordenadas que había ido averiguando hasta entonces formaban, de repente, un cuadro perfectamente nítido.

—Por los virus. El virus de la viruela sólo existe, en teoría, en Atlanta y Novosibirsk. La cepa británica fue destruida hace tiempo. Pero así como los americanos habéis jugado limpio y os limitasteis a estudiarlo, los rusos lo fueron modificando genéticamente hasta hacerlo mortal en casi el cien por ciento de los casos. Y, al deshacerse la Unión Soviética, alguna cepa madre debió acabar en manos de Saddam. ¿Me equivoco?

—¡Bravo, señorita Cowan! —aplaudió Westward—. Efectivamente. Sabíamos que la variante "rusa" de *Variola maior* sólo existía en Koltsovo, de donde sería imposible de obtener, y Bagdad. Saddam Hussein compró los virus a principios de los noventa a orillas del mar Caspio, y estaba ensayando maneras de diseminarlos a grandes distancias. Con muy poco éxito, por cierto.

—Así, pues —intervino Milligan, que empezaba a verlo todo claro—, ¿había que entrar en Irak para robar los virus?

—Sí, pero vayamos por partes. Es sencillo coger una botellita con una cepa de virus y hacérsela inhalar a alguien para infectarle, pero así no se consigue una epidemia. ¡Hay que saber usarlo a distancia! Y aquí es donde nuestros científicos gozaban de cierta ventaja sobre los soviéticos. Nuestros laboratorios idearon un método de una simplicidad genial: los virus se meten en microcápsulas de plomo, las cuales se desintegran con una mínima corriente eléctrica, un poco como los plomos que en su casa saltan cuando hay subidas bruscas de tensión, pero a nivel microscópico. La idea era tan

extraordinaria que nos condujo a introducir estas microcápsulas en un *pendrive*. Al ser enchufado en cualquier ordenador casero, la propia electricidad que recibe del PC hace que la cápsula se desintegre y el virus se libere. ¿No es genial?

—¿Genial? ¡Yo diría criminal! —terció Tabitha, a pesar de que la científica que llevaba dentro se admiraba del ingenio.

—Señorita Cowan, esperaba que usted entendiera la absoluta necesidad que, como nación, tenemos de llevar a cabo esta misión. Ya les he explicado que China...

—¡Una epidemia de este virus puede matar a millones de personas! —exclamó la periodista, enfurecida.

—Calculamos que entre cuatro y cinco millones.

—¿Y lo dice así, tan tranquilo? ¡Estamos hablando sobre todo de niños, de chicos y chicas jóvenes, que son los que no fueron vacunados al nacer, que sufrirán terriblemente antes de morir!

—Una lástima...

—¡Usted no es más que un vulgar asesino!

Hartley Westward reaccionó con furia. ¿Cómo se permitía esa estúpida cuestionar su misión? ¿Qué sabría ella de política internacional y de la supervivencia del mundo libre?

—¿Sabe cuánta gente murió en la Segunda Guerra Mundial, señorita Cowan? ¡Cuarenta millones! ¡Cuarenta! ¡Sí, niños y chicos y chicas jóvenes e inocentes entre ellos! ¿Sabe cuántos millones morirían si no actuamos? ¿Sabe la devastación que podría causar una Tercera Guerra Mundial? ¿Qué son cuatro millones frente a los cientos de millones de seres humanos que morirían en una guerra en el siglo XXI?

En la sala se hizo un tenso silencio. Era un momento grave en el que los protagonistas de aquella escena surrealista se olvidaron de su situación para imaginarse el escenario de un conflicto nuclear a escala global.

Quintero, todavía en la cocina, era el único a quien no parecían interesar esos temas. Había evaluado con precisión clínica la situación. Tres hombres armados se encontraban en su casa. El más peligroso, sin duda, era el pequeño con cara de rata a quien el que hablaba había llamado Smith. Se advertía que era muy ágil y de rápidos reflejos asesinos.

El otro, el que le apuntaba ya distraídamente con una pistola, parecía menos peligroso. Era más joven, menos experto, y por su incipiente tripa deducía que no era tan veloz como su compañero. Pero llevaba un arma y sin duda sabía cómo usarla. O sea que era el segundo más peligroso.

El que hablaba, el que parecía el jefe de los tres, no llevaba ningún arma visible, aunque a buen seguro ocultaba alguna bajo la chaqueta. Pero estaba demasiado embelesado en su cuento de hadas como para ser una amenaza inmediata.

Ya tenía el orden de tiro: primero, segundo y tercero. Si tan sólo pudiera llegar a una de las diversas armas de fuego que tenía repartidas por la casa...

—¿Cómo se hace llegar el virus a China? —preguntó Milligan—. Es decir, el plan, si no lo he entendido mal, es llevar los virus allí y provocar una epidemia.

Westward se calmó un poco; respondió mirando todavía desafiantemente a Tabitha Cowan.

—El plan, señor Milligan, ya que insiste, es que un empresario español lleve cuatrocientos cincuenta *pendrives* con el virus a la ciudad de Kunming, al sur de China. Una empresa china probará el *software* de seguridad que la empresa de este señor vende, como paso previo a hacer un pedido para sus miles de trabajadores. Lo que no saben, claro, es que el pedido nunca lo llegarán a hacer.

—¿Por qué Kunming?

—Teníamos dos opciones, Kunming o Lanzhou, en el centro geográfico de China. Ambas son de tamaño similar, muy industriales, bien comunicadas con el resto de China. Finalmente nos decantamos por Kunming porque está más cerca de las fronteras con Tailandia y Laos, y comunicada por vía férrea con Hanoi. La experiencia del *SARS* nos demostró que necesitamos contagios internacionales, ya que si no es así los comunistas chinos podrían ocultar la epidemia a los ojos de Occidente. ¡Y lo que nos interesa, claro, es que se publicite el brote lo antes posible!

—¿El *SARS*? ¿Me está usted diciendo que el Síndrome Respiratorio Agudo Grave fue...? —empezó Cowan, vislumbrando una terrible posibilidad.

Hartley se rió.

—Sí, señorita Cowan. Provocada por nosotros como test. El virus era mucho menos mortífero y contagioso, y aun así causó graves problemas a China. Había que probarlo antes de iniciar nuestro auténtico proyecto.

La periodista no salía de su asombro. Así pues, ¡las teorías conspiratorias que circulaban por internet eran ciertas!

—¡No me dirá también que el 11-S fue urdido por la CIA!

Westward, e incluso los dos agentes que le acompañaban, soltaron una breve risa.

—No, señorita Cowan, no. ¡Somos astutos, pero no tanto! El proyecto *Onesimus* fue concebido a finales de los años noventa, y nos faltaba la pieza clave: los virus rusos. No podíamos simplemente enviar un comando a Bagdad para robarlos, ¡evidentemente! Habíamos hecho planes, incluso, para usar el virus de Atlanta, mucho menos mortífero, pero corríamos el riesgo de quedarnos a medias. Irónicamente, ¡el 11-S fue un regalo del cielo! De repente teníamos la excusa que nos faltaba para entrar en Irak y buscar los virus. Sólo había que seguir alimentando la psicosis colectiva contra el terrorismo

islámico —¿recuerdan las supuestas cartas con ántrax?— y justificar que Saddam era una amenaza. Sí, quedaba la pequeña y molesta cuestión de que Saddam no tenía nada que ver con Al Qaeda, y también el hecho de que no podíamos revelar que sabíamos que los virus existían. Pero para el público en general los iraquíes son árabes, y, por tanto, potenciales terroristas. ¡Uno de cada dos americanos está convencido de que algunos de los secuestradores que estrellaron los aviones en las torres gemelas eran iraquíes! La invasión ha sido un desastre de relaciones públicas, ¡pero un éxito rotundo para *Onesimus!*

—¿Qué pasará una vez liberados los virus? —preguntó Milligan.

—Extrapolando los resultados del *SARS*, nuestros analistas creen que la epidemia de la viruela producirá unas consecuencias terribles para la economía china, atrasándola dos generaciones. El comercio exterior, verdadera mina de oro donde se ha sustentado el crecimiento chino, se paralizará por completo durante un par de años. ¡Estamos hablando de crecimientos negativos y deflación durante la mejor parte de una década! Y, además, los Estados Unidos aparecerán una vez más como salvadores del mundo, ofreciendo vacunas baratas a todo el mundo —ya se están fabricando masivamente en una compañía secreta de las montañas Bighorn, en Wyoming— y dando nuestra ayuda al gigante asiático. A cambio, por supuesto, de, por ejemplo, todas las concesiones petroleras que China tiene en estos momentos en África, o de la venta exclusiva y a buen precio de las llamadas “tierras raras”, imprescindibles para nuestra industria. Cuando China se recupere, ¡tendrán que empezar de cero!

«¡Es un plan diabólico!», pensó Milligan con cierta admiración, a pesar del horror que sentía.

—¿Pero cómo harán para evitar que se pueda implicar a la CIA?

Westward miró su reloj. Bueno, misión cumplida. Ya no había manera de evitar que los virus salieran hacia China, si todo había ido bien. Llamaría a Carmel Sposito para asegurarse de que tanto Julie Kerr como, sobre todo, Juan Carlos Guañabéns estaban a bordo del vuelo hacia Shanghai. Ya deberían haber embarcado.

—Señoras y señores —dijo con satisfacción, pero también con una repentina impaciencia—, en estos momentos, el empresario español Juan Carlos Guañabéns se encuentra a bordo de un avión en dirección a China creyendo que lleva unos virus informáticos espía que debe distribuir a una empresa de Kunming. No hay manera de rastrear el origen de los *pendrives* hasta nosotros. De hecho, se los ha entregado el señor JayJay Sarkar, hombre de negocios americano, gran patriota, quien le aseguró que han sido fabricados en la India. Lo que no sabe el señor Guañabéns, desgraciadamente para él, es que éste será su último viaje.

«¡Dios mío! —pensó Milligan—. ¡Es perfecto! Esta gente ha pensado en todo. Si tan sólo pudiera avisar a Langley... ». ¿Pero en quién confiar? ¿Eran los nombres de la lista de Surtees todos los implicados, o había alguien más que el malogrado agente desconocía? ¿Quién era *Chief*, el que movía los hilos de toda la operación desde la sombra?. ¿Pero en qué estaba pensando? Si de allí no iba a salir vivo. A menos que...

—Smith —ordenaba Westward, mientras tanto—. Haz lo que tengas que hacer, rápido, mientras yo llamo a Sposito.

El agente Smith dio un paso al frente y cargó el arma.

—¿Por qué entró usted en la CIA? —preguntó Porter, de pronto.

Hartley Westward ya había abierto el móvil e iba a llamar. La pregunta le hizo volver a mirar al agente, que seguía bien atado al sillón.

—¡Para servir a mi país, por supuesto! Esto es lo que algunos liberales como usted parecen haber perdido de vista.

—¿En qué año entró? Seguro que es más veterano que yo, aunque quizá por eso se ha vuelto descuidado. Y los jóvenes, estos dos matones que lleva con usted... Bueno, me parece que la CIA ya no es lo que era.

Westward ya tenía suficiente de aquello. En ese momento sólo pensaba en asegurarse de que todo hubiera ido bien con el maletín de los *pendrives*, y quería liquidar el asunto de la periodista y el agente Milligan lo antes posible. No quería ni dignarse a contestar al agente, el cual le parecía ya patético en su intento de ganar tiempo y demorar lo inevitable.

—¿A qué viene esta sandez?

—Señor Westward —comenzó Porter, sonriendo por primera vez—, cuando yo entré en la Agencia me enseñaron que un agente debe estar siempre alerta cuando está de servicio.

—¿Y bien?

—Mírelo de esta forma: estamos en casa de un asesino profesional, en su terreno, y en lugar de vigilarlo a él con los cinco sentidos, todo este tiempo los tres han estado pendientes de dos personas maniatadas e inmovilizadas.

El agente Smith fue el primero en reaccionar. Se volvió hacia la cocina, rápido como un relámpago, y recibió el impacto de la bala por encima del arco supraciliar, justo encima del ojo izquierdo. La parte posterior del cráneo estalló con un sonido apagado y pastoso.

Johnson, el que había sido el responsable de mantener vigilado a Jaime Quintero, se dio cuenta demasiado tarde que éste se había arrastrado hasta una cómoda y había sacado de ella discretamente una pistola de cañón largo. Recibió la segunda bala en el

cuello, y cayó al suelo mientras notaba que se le llenaba la boca de sangre.

La tercera bala iba destinada a Hartley Westward, pero el viejo cabrón era más ágil de lo que aparentaba: desapareció por las escaleras del garaje antes que Quintero pudiera dispararla. Éste se puso en pie y se lanzó a perseguirlo. Demasiado tarde. La puerta del garaje permanecía abierta, y Westward corría ya calle abajo cuando Jaime salió al exterior.

«Le cortaré el paso», pensó el pistolero. Bajando por las escaleras de una de las empinadas calles de la colina, pretendía llegar a la esquina antes que Hartley. Sin embargo, al llegar allí no le vio. Más abajo, alguien cerró la puerta de un taxi y el automóvil se alejó.

—¡Mierda! —exclamó Quintero furioso, dando un buen susto a una ama de casa que salía de una tienda.

Volvió a su casa, evaluando la situación. Una vez dentro, cerró la puerta del garaje y subió hacia la cocina. Johnson aún estaba vivo, sangrando copiosamente por la herida del cuello y emitiendo un sordo gorgoteo con su garganta, luchando instintivamente por no ahogarse. Jaime le destinó la tercera bala, un tiro en la frente que lo remató al instante.

—¡Dios mío! —soltó Tabitha, horrorizada—. ¡Este hombre estaba...! ¿Cómo puede...? ¡A sangre fría!

Jaime le apuntó con el arma. Ella creyó sin lugar a dudas que dispararía, que la mataría de un tiro en la cabeza como acababa de hacer con aquel desgraciado.

Sin embargo, en lugar de ello, sonrió. Se guardó el arma en el cinturón, cogió un cuchillo de cocina y la liberó. Después hizo lo mismo con el dolorido Porter.

Sin decir ni una palabra más, se despreocupó de ambos y comenzó a deshacerse de los cadáveres. Los bajó uno a uno por las escaleras sin contemplaciones. Los golpes sordos que daban sus cabezas al golpear en cada escalón ponían la carne de gallina a cualquiera; Tabitha sintió un escalofrío.

Cuando Quintero volvió, comenzó a frotar la sangre de la cocina con productos químicos que sacó de debajo del fregadero.

—Tengo que avisar a Langley —dijo Milligan—. Deben hacer algo para evitar el desastre.

—Demasiado tarde, señor Milligan —afirmó Tabitha con renovada energía—. Si alguien puede hacer algo para evitar este complot absurdo y criminal somos nosotros. Somos las únicas personas en el mundo que conocemos lo que traman estos cabrones, ¡y no podemos perder ni un minuto! Langley no tendrá tiempo de hacer nada; querrán investigar, ir sobre seguro, y será demasiado tarde —repitió.

Porter la miró con admiración. Algo había cambiado en la expresión de la periodista. La certeza de la muerte inminente, todo lo que le había pasado y las horas de confinamiento en soledad la habían hecho reflexionar. Su vida estaba a punto de acabar, pensaba cuando estaba allí atada, y ¿qué había hecho con su vida? ¿Alguien la recordaría? ¿Habría dejado huella en este mundo?

Hizo memoria, revisando su trayectoria vital. Recordaba los sueños inocentes e idealistas de años atrás, cuando, después de haberse doctorado en Bioquímicas, decidió que dedicaría su vida a hacer del mundo un lugar algo mejor, y que por esa razón se dedicaría al periodismo de investigación. Quería evitar que los crímenes quedaran impunes; quería ser la voz de los desvalidos, de las víctimas de la injusticia.

¿Cuándo empezó a dejar de lado aquellos sueños? ¿En qué momento la urgencia del día a día había sepultado la importancia del objetivo final?

¿Y a qué la había llevado la ambición, el dinero, la vida en un jet? A quedarse sin trabajo y a ser buscada por asesinato en un país ajeno.

Quería retomar las riendas de su destino. Por alguna extraña razón, la providencia le estaba dando segundas, terceras y cuartas oportunidades: sacándola sana y salva de Afganistán, con la muerte de la sargento Lobo, de Marie, liberándola ahora, hacía unos minutos, de manos de la CIA. Debería estar muerta y enterrada varias veces. Y seguía viva. Y volvía a ser libre. ¡Era hora de despertar!

—¡No me mires con esa cara, Porter! —exclamó, sorprendiendo al agente—. Debemos apurarnos, que hay trabajo que hacer. ¡Ah! Y si vamos a ser compañeros en esto, más vale que nos dejemos de sutilezas y nos tuteemos.

Milligan había sido pillado a contrapié.

—Señorita Cowan... O sea... ¿Tabitha?

—Tabby, si te gusta más.

—Tabby, pues. Tienes razón cuando dice que somos los únicos que podemos evitarlo, pero creo que te estás metiendo en un juego demasiado peligroso. Quizá deberías...

—¿Peligroso? ¡Porter, acaban de matar a mi amiga pensando que era yo, he estado a punto de morir hace unos minutos, y acabo de ver como este cabrón metía una bala en el cerebro de un hombre moribundo!

Jaume Quintero alzó la vista, como dándose cuenta por primera vez de que no estaba solo.

—Además, la policía me busca por asesinato, y, como me dijo alguien —añadió, mirando de reojo a Quintero—, nadie me creerá si digo que no he sido yo. No tengo nada que perder, Porter, ¡y por primera vez en mi vida quiero hacer lo correcto!

Milligan evaluaba todas las opciones. El sentido común le decía que avisara a Langley

y dejara que ellos se encargaran de todo. Pero había dos razones por las que no lo haría: la primera, porque ya era tarde, y aquello se había convertido en una carrera contra reloj; y la segunda, porque después de su conversación con Floyd R. Hoffa, el director de la Agencia, no le quedaba claro si había más agentes involucrados en esa conspiración, y no quería correr el riesgo de perder la última oportunidad que tenían de detenerla.

Por otro lado, estaba solo. La oferta de Tabitha Cowan de ayudarle era encomiable y digna de admiración. Pero no era realista. Como ella había recordado, la buscaba la policía por un crimen que estaba siendo publicitado por todas partes. No podría caminar ni dos pasos fuera de esa casa antes de ser arrestada.

—Admiro tu valor, Tabby, y cómo has llegado hasta aquí tú sola y enfrentándote a enemigos tan poderosos sin temblar. Pero hay que volar inmediatamente a China, interceptar el transporte y destruir los virus. ¡Y a ti te busca la policía!

Quintero se levantó, interrumpiendo la tarea de limpieza.

—Agente, váyase al aeropuerto sin perder más tiempo. Tome el primer vuelo a cualquier capital europea y de allí a Pekín o Shanghai. Sólo hay dos vuelos semanales directos desde Barcelona, y uno de ellos acaba de partir. La señorita Cowan y yo le seguiremos en cuanto podamos.

Tanto Porter como Tabitha lo miraron sin saber qué decir. ¿De qué estaba hablando? ¿Por qué se apuntaba a la aventura aquel asesino, del que sólo conocían su crueldad y sangre fría?

—¿Qué pasa? —dijo él, encogiéndose de hombros—. ¿Se puede saber qué miran? Mi vida no vale ni un euro mientras aquel cabrón de la CIA siga vivo. En estos momentos debe estar camino del aeropuerto para abordar el primer vuelo con destino a China. La única oportunidad que tengo de recuperar mi paz y tranquilidad es seguirlo hasta donde sea necesario y eliminarlo. Y ustedes me ayudarán de la misma manera que yo les ayudaré a salvar el mundo.

—¿Y si no queremos contar con usted? —le preguntó Tabitha, cruzándose de brazos, desafiante—. Usted es un asesino sin escrúpulos que ha matado a mi amiga Marie. Por lo que a mí respecta, ¡puede pudrirse en el infierno!

—Señorita Cowan: déjese de proclamas sentimentales que no la llevarán a ninguna parte y piense racionalmente. Soy la única oportunidad que tiene de salir de aquí en libertad, y, si de verdad pretenden evitar todas estas bobadas que ese imbécil ha soltado, harán bien en contar con mis habilidades, se lo aseguro. Además, sepa que mi trabajo no tenía nada personal contra usted.

Milligan empezaba a ver las posibilidades.

—Tabby. Creo que tenemos que hacer lo que nos dice. Yo me iré ahora mismo, no

puedo perder más tiempo. Seguro que un profesional como el señor... ¿Señor?

—Quintero. Jaime Quintero.

—Un profesional como el señor Quintero te puede ayudar a salir del país.

—¿Cómo? —exclamó ella—. ¿Piensas irte y dejarme en manos de un asesino?

Jaime puso cara de hastío.

—Señorita Cowan, se lo he dicho y se lo repito: no tengo nada personal contra usted. No tengo ninguna razón para matarla, y sí la tengo para ayudarla a salir de aquí.

—Tiene razón, Tabby. Es lo mejor que podemos hacer.

Y, dejando a la periodista sin habla, el agente Milligan se despidió y salió precipitadamente de la casa para dirigirse hacia el aeropuerto.

No se lo podía creer. Estaba en casa del hombre que hacía escasos días había intentado matarla. Y lo más gracioso: ¡no sentía ningún miedo! El instinto le decía que huyera, que se alejara de aquel ser repugnante. Algo, sin embargo, le decía que no tenía nada que temer con Quintero. Por el contrario, se sentía incluso más segura con él. Al fin y al cabo, también se podría decir que acababa de salvarle la vida. Es ridículo, pensó. ¡Si esto fuera una película, sabría quiénes son los malos! En la vida, no hay blancos o negros; ¡todo es de un jodido gris niebla!

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó a Quintero, todavía algo aprensiva.

Éste, que volvía a fregar con brío el suelo de la cocina, ni siquiera alzó la vista para contestar.

—Ahora acabamos de recoger todo esto y convertimos a Tabitha Cowan en una persona respetable y anónima.

—¿Y los cadáveres?

Esta vez sí que la miró directamente a los ojos, con una sonrisa malvada.

—En estos momentos están disfrutando de un magnífico baño en potasa cáustica en mi depósito de hidrólisis alcalina del sótano. ¡Cuando hayamos terminado con todo esto, de esos desgraciados no quedará ni la uña del dedo meñique!

Una chica rellenita con gruesas gafas de pasta se acercó al mostrador de Lufthansa. La azafata miró el pasaporte y le preguntó con una sonrisa si prefería ventana o pasillo. Ella dijo, con un hilo de voz, que ventana.

Unos metros más atrás, en la misma cola, un hombre con el pelo rizado y un vistoso lunar peludo junto a la nariz, esperaba su turno para obtener la tarjeta de embarque. Bajo los rizos se podía observar que llevaba la oreja izquierda vendada discretamente.

La chica lo miró de reojo, aliviada por haber pasado ese primer trámite sin problemas.

Él hizo un ligerísimo movimiento de asentimiento y sus labios se movieron un milímetro bosquejando una sonrisa.

Ahora quedaba el trance más comprometido: la policía aduanera.

La rolliza muchacha se acercó, después de pasar los trámites engorrosos del detector de metales. El policía, un chico joven de pelo muy corto y bien afeitado tomó su pasaporte. Lo pasó por debajo de la lámpara ultravioleta, miró la foto y después el rostro de la muchacha. Esta sonrió, nerviosa, e inmediatamente pensó que era estúpida, que aquel muchacho vería enseguida que estaba hecha un manojo de nervios.

—¿Darcy Campbell? —preguntó él, leyendo el nombre del pasaporte con acento español.

A la chica se le congeló la sonrisa en el rostro. Temía haber sido descubierta.

Unos eternos segundos después, el policía selló el pasaporte y se lo devolvió.

—Buen viaje —dijo.

Ella le dio las gracias, pero el joven prestaba ya atención al siguiente pasajero y ni la escuchó.

«¡Dios mío!, pensó. ¡He pasado!».

Unos instantes después, el señor Mateu Garrigosa, hombre de negocios nacido en Granollers, pasó por la misma garita aduanera y se sentó en la sala de espera unos asientos más allá de la chica. Se rascó suavemente el lunar cerca la nariz y se aseguró de que la peluca rizada y las cejas postizas estuvieran bien colocadas.

Tanto él como la chica esperaban el embarque del avión hacia Frankfurt, desde donde tomarían el enlace a Pekín. Allí, China Airlines los llevaría a Kunming, capital de la provincia de Yunnan, ciudad a los pies de la meseta del Tíbet.

Confiaban en no llegar demasiado tarde.

PARTE IV

Octubre 2003

Octubre 2003

Kunming (China)

Juan Carlos Guañabéns pagó al taxista con varios de esos billetes arrugados y amarillentos que parecía que fueran a deshacerse en cualquier momento. En el hotel le habían recomendado ese remoto templo. Decían que era una visita que valía la pena. Como tenía aquella tarde libre y se sentía satisfecho y con ganas, había decidido que lo probaría.

La entrada era como la de cualquier otro templo oriental. A Guañabéns le parecían todos iguales; visto uno, vistos todos. Pagó la entrada, sin embargo, ya que estaba allí, y entró.

En cuanto se hubo acostumbrado a la oscuridad, lo que vio le hizo perder el aliento. Luego se rió ruidosamente como un niño ante un payaso, molestando a un monje que se hallaba meditando cerca de él. Cientos de figuras talladas en madera de budas de mil colores y extravagantes posturas parecían extenderse a lo largo de ambas paredes laterales hacia el centro del templo. Había leído en la revista del avión algo sobre los *Surfing Buddhas*, ¡pero no se esperaba aquello! Algunos se reían, otros parecían gemir, otros mostraban grotescas muecas. Uno de ellos cabalgaba a lomos de un asno sobre las olas, mientras que otro estaba sentado sobre un mar de madera como si flotara. Los colores eran vivos, llamativos, las formas exageradas, los gestos absurdos. Todo ello formaba un conjunto surrealista, aparentemente impropio de un lugar de culto.

—¡Tiene que ser una broma! —exclamó divertido—. ¡Dalí habría alucinado!

El monje le hizo una seña para que se callara, pero él ni se dio cuenta. Estaba mirando una de las figuras que representaba a un hombre mayor con unas cejas kilométricas de pelo blanco que despegaban hacia el techo. A su lado, una grotesca divinidad parecía cabalgar sobre una ola mientras mostraba al mundo una desdentada sonrisa bobalicona.

Sacó el móvil para hacer alguna foto de aquellas esculturas. En Barcelona no se lo creerían si lo contaba, y prefería que vieran las imágenes. El ruidito enlatado del teléfono al sacar la primera fotografía fue demasiado para el enfurecido monje. Se le acercó soltando sapos y culebras por la boca en una lengua ininteligible, además de varios escupitajos, y pretendió empujarlo hacia la salida. Era un hombrecillo pequeño de pelo blanco, pero con una energía sorprendente.

—¿Se puede saber qué...?

Guañabéns estuvo a punto de perder el equilibrio ante el empuje del viejo monje.

—¿Qué coño te pasa, viejo imbécil?

Con una mano, sin dejar de pronunciar palabras absolutamente incomprensibles para él, el hombre le tiró el móvil al suelo. Juan Carlos lo agarró por las solapas, y la cosa habría ido a más de no ser por aquella autoritaria voz femenina que sonó a sus espaldas, y que hizo que tanto él como el monje se quedaran quietos.

Una elegante mujer occidental de brillantes ojos azules y lápiz de labios morado estaba dirigiéndose al monje en su propia lengua. Éste, sorprendido de oír a una extranjera hablar su idioma, soltó a Guañabéns y centró su atención en la chica.

Después de unos segundos de extraña conversación en que le señaló sin mirarlo, exteriorizando su irritación, el monje dio media vuelta y regresó al sitio que antes ocupaba para sumergirse de nuevo en su meditación.

—*Thank you* —agradeció él, directamente en inglés.

La mujer sonrió y se dispuso a seguir admirando las estrambóticas obras de arte del templo.

Guañabéns no quería desaprovechar la oportunidad; se adelantó unos pasos con la mano extendida.

—Hola. Me llamo Juan Carlos.

Ella volvió a sonreír y estrechó su mano.

—Soy Julie —dijo.

—¿Hablas chino?

—Sólo un poco. Mandarín —respondió ella.

—¡Vaya, impresionante!

La chica no contestó. Continuó contemplando los budas sin prestarle más atención.

—Son extraños estos engendros, ¿eh? —dijo él, procurando encontrar la manera de no perder el hilo de la conversación.

Ella supuso que se refería a las esculturas y asintió con la cabeza, lentamente.

Le costó diez minutos de pesada insistencia, pero, al final, Guañabéns consiguió que Julie aceptara ir a tomar un té con él. Se sentaron uno frente al otro alrededor de una pequeña mesa redonda lacada en un local lleno de chinos. Pidieron sendos té verde humeantes que Juan Carlos empezó a sorber con disgusto. No le gustaba nada el sabor amargo de aquella bebida, pero había desistido de encontrar un buen café en China desde que aquella mañana, durante el desayuno, le habían servido un agua sucia absolutamente imbebible.

Resultó que Julie se alojaba en el mismo hotel que él, en Kunming, que estaba en aquel rincón del mundo por negocios —no especificó cuáles— y que se volvía a Estados Unidos

dos días más tarde.

—Pues, si quieres —propuso él—, esta noche podríamos quedar para cenar en el restaurante del hotel. No he visto mucho occidentales, esta mañana, y siempre apetece tener a alguien con quien conversar durante las comidas, ¿no crees?

Ella no respondió. Torció los labios morados por exhalar el humo del cigarrillo hacia un lado, mirando fijamente a Juan Carlos. Éste se sentía incómodo bajo su escrutinio, pero a la vez maravillosamente excitado. ¡Aquella americana era la chica más *sexy* que había conocido en mucho tiempo!

—¿Eh? ¿Qué me dices? —insistió él, ansioso.

—No tengo mucho apetito —dijo la muchacha—. He comido muy tarde.

Guañabéns, contrariado, buscó alternativas.

—Pero una copita sí tomarías conmigo, ¿no? Esta mañana he visitado el bar, y tienen de todo. Es un lugar bastante acogedor, para ser China.

Tras una nueva calada parsimoniosa, Julie hizo caer la ceniza del cigarrillo con un golpecito del dedo índice sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Estás intentando seducirme? —soltó, de repente, con una voz tan profunda que sorprendía.

La pregunta pilló a Guañabéns completamente desprevenido. Como un adolescente sin experiencia, enrojeció hasta la raíz de los cabellos. ¿Tan evidentes eran sus torpes intentos?

—¿Seducirte? No, yo...

—Porque no lo estás haciendo muy bien.

—Si yo sólo quería...

Julie se incorporó, poniendo los codos sobre la mesa para acercarse al empresario.

—Déjate de historias románticas, cielo —le dijo con un tono entre la burla y la confidencia—. Paga esta porquería, busca un taxi, y llévame al hotel para follarme hasta que me estalle el cerebro.

Octubre 2003

Aeropuerto de Frankfurt (Alemania)

Tabitha Cowan, caracterizada como la inexistente Darcy Campbell, estaba incómodamente sentada en el asiento 14C esperando a que el Boeing 747 de Lufthansa despegara en dirección a Shanghai. La mujer del asiento de al lado no había disimulado su disgusto por tener que compartir fila con una chica gordita. Además, los rellenos de las nalgas que Quintero le había embutido hacían que no encontrara ninguna postura lo bastante confortable como para descansar. Y buena falta que le hacía, después de que su vida hubiera iniciado un vertiginoso descenso hacia el caos hacía cuatro días.

Habían tenido que pernoctar en Frankfurt para tomar el primer vuelo del día desde Europa hacia China. En el hotel Sheraton del aeropuerto pasó una noche llena de nervios e incomodidades. Por suerte, había sido corta, a las tres y media de la madrugada un minibús les había llevado a la terminal para tomar su vuelo.

El día anterior, repentinamente, el agente Milligan se había largado y la había dejado sola en aquella casa en compañía de un asesino. Éste, con una frialdad y una profesionalidad aterradoras, la había transformado en otra persona, y, al hacerlo, le había permitido huir del país que se había convertido para ella en una pesadilla.

—La única posibilidad que tienes es que te conviertas en alguien diferente —le había asegurado.

De un cajón del escritorio sacó docenas de pasaportes, carnés de conducir, cédula de la seguridad social y papeles con sellos y firmas oficiales.

—El problema es que todos están emitidos con nombres masculinos, por supuesto —dijo, como si Tabitha tuviera que estar de acuerdo en que ese era su único problema.

—Necesitamos encontrar uno americano, o inglés... ¿Australiano? —preguntó, de pronto, mirando a la chica—. ¿Sabrías imitar el acento australiano?

—Supongo... —respondió ella, dudosa.

—A ver.

—¿Cómo?

¿Pretendía Quintero que se pusiera a imitar a un *aussie*, así, sin más? ¡Ni hablar!

—No, claro, lo ideal sería británico —prosiguió él, cambiando de tema. Parecía hablar para sí mismo todo el rato, como si Tabitha no fuera más que un adorno que asistiera

enmudecido a una conversación íntima—. Pero no nos sirve ni John Sinclair Gordon, ni... Nigel Lawrenson... A ver: este podría servir. ¡Darcy Phillip Campbell! Sí, servirá. Añadimos una “a” a Phillip y te conviertes en la joven... Darcy Phillipa Campbell, ciudadana británica, nacida en Birmingham hace treinta y seis años. Necesitaré un par de horas.

Tabitha lo vio desaparecer escaleras arriba y se quedó sola en el salón. Miró a su alrededor; la estancia estaba inmaculada. ¡Nadie habría dicho que allí acababan de morir dos personas hacía apenas una hora! O que ella y un agente de la CIA habían permanecido atados y amordazados un buen rato, a punto de ser ejecutados a sangre fría por un espía corrupto.

—¡Dios mío, no me puedo creer lo que me ha pasado...! —murmuró entre dientes.

Jaume Quintero tardó poco más de una hora asomarse por el hueco de la escalera. Llevaba gafas de vista cansada y arrugaba la frente con seriedad. Sin decir ni una palabra, le indicó que subiera.

El piso de arriba era otro mundo.

En la pared del fondo había una decena larga de pantallas de diferentes formatos apiladas de suelo a techo. A mano izquierda estaba la mesa de trabajo, una enorme superficie blanca con una lupa instalada sobre un brazo articulado. Sobre la mesa, perfectamente ordenados, había todo tipo de utensilios de papelería, como si fuera un estudio de arquitecto.

Pero lo más fascinante de todo estaba a mano derecha. Tabitha no sabría cómo describir lo que veía. Era como imaginaba que serían los almacenes de una compañía de teatro de *varietés*. Había siete u ocho percheros repletos de trajes y prendas indefinibles, unos armarios cerrados de gran capacidad, dos estanterías llenas de zapatos de hombre y mujer de todos colores y tamaños, cabezas de corcho con pelucas de diferentes colores y estilos, un tocador de artista con bombillas alrededor, y cuatro espejos de pie con ruedas.

Ahora, en el avión, mientras el aparato avanzaba lentamente por la pista, recordaba que fue en aquella habitación donde comenzó a sentir un cierto respeto por Jaume Quintero. Durante una hora y media, casi sin decir palabra, Quintero transformó a la delgada y pequeña Tabitha Cowan en la gordita y más o menos alta Darcy Campbell.

Ella se había dejado hacer, boquiabierta por la habilidad de aquel hombre. De entrada, lo primero que hizo fue quitarle la ropa. La mínima resistencia que ella opuso, más por instinto que por otra cosa, le había sorprendido casi más a ella que a él.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué...?

Quintero puso cara de hastío.

—Tabitha Cowan —amonestó, como quien habla con un niño rebelde—: podemos

actuar como adultos que pretenden huir del país para ir a salvar al mundo o como adolescentes estúpidos que se ponen colorados cuando una mano roza un pecho.

Ella, a pesar de haberse puesto ya colorada, hizo un dudoso movimiento de cabeza que le daba permiso para seguir.

Jaume continuó quitándole la ropa sin más miramientos, incluidas las bragas y el sujetador. En un santiamén, Tabitha Cowan se había encontrado completamente desnuda mientras era estudiada como un animal de feria por un profesional de la muerte.

Aunque ella estaba más o menos orgullosa de su cuerpo de formas femeninas, notaba que Quintero no la estaba mirando con ojos de macho, sino de artista. Le hizo dar un par de vueltas y llegó a estrujarle las nalgas en un momento dado. ¡Y ella se lo permitió!

La nueva Darcy Campbell sonreía, a pesar de todo, encajonada en el asiento. No le pasaba por alto que esa especie de examen profesional resultaba ser la primera vez que un hombre la había tocado así desde que se separó de Michael.

En todo caso, Jaume había empezado su obra enseguida. Calentó piezas de silicona y las embutió en fundas de ropa de diferentes tamaños que, después, fue ajustando y fijando por todo su cuerpo. Las partes que habían requerido más silicona eran los muslos y el trasero. Este último, de repente, había aumentado una docena de tallas. Iba a necesitar bragas nuevas.

El pecho, en cambio, casi no lo retocó. Simplemente colocó una pieza debajo de cada seno para dar la impresión de que eran más grandes y más caídos. No le hacía mucha ilusión verse afeada, pero apartó ese absurdo pensamiento de su cabeza pensando que de ello dependía su libertad.

Resultó que Quintero tenía ropa interior femenina de todas las tallas posibles. ¿De dónde la había sacado? ¿Iba a comprar él mismo en la sección de lencería de unos grandes almacenes? Tabitha lo miraba con curiosidad creciente, admirando su técnica.

Poco a poco, sin prisa, pero sin detenerse más que pequeños instantes para evaluar y corregir, Quintero la fue vistiendo de Darcy Campbell. Escogió una blusa roja muy ancha, como la que llevaría una mujer gorda que quisiera disimular un poco los pliegues de carne, y unos pantalones de hilo negro anchos por debajo. El conjunto era horroroso, pero muy verosímil.

Quedaba la cara.

—Y los tobillos —explicó Jaume de pronto—. No te quites nunca los calcetines en público —le advirtió con unos calcetines rellenos en la mano—. Los tobillos pueden delartarte fácilmente. Los tienes demasiado delgados y no encajan con tu nuevo cuerpo.

Ahora obedecía la orden, a pesar de las ganas que tenía de descalzarse desde que había

entrado en el avión.

Después, el sicario la obligó a sentarse en una butaca frente al tocador y le recogió el pelo hacia atrás, tensándolo hasta doler. Le había preparado una cara nueva de látex que, una vez calentada, le fue aplicando con cuidado. Se notaba que no era la primera vez que hacía cosas de esas, aunque quizá sí era la primera vez que lo hacía para alguien que no fuera él.

—¿Dónde has aprendido a...? —quiso preguntar ella para dar conversación.

—¡En el circo! —cortó él, bruscamente.

Era evidente que no quería ser interrumpido. Tabitha se quedó con las ganas de averiguar si esa respuesta había sido sarcástica o era cierto que Jaume Quintero había trabajado en un circo.

Terminado el rostro, la maquilló y le puso una peluca de cabello negro y ondulado, un poco mal cuidado para que cuadrara con el resto del personaje. Finalmente, añadió gafas de pasta, pendientes, un par de pulseras y un colgante barato.

—*Pas mal!* —exclamó él, al final, admirando su obra.

Ella se miró por vez primera evaluando la transformación. Tabitha Cowan había desaparecido. En el espejo tan sólo veía a una chica gordita, no muy elegante, que la miraba con tanta sorpresa como ella misma sentía. ¡Aquel hombre era un artista!

Después, le había hecho colocarse ante una pantalla blanca y le había sacado una fotografía. Sería la que figuraría en el pasaporte. La imprimió en cartulina, la recortó a la medida y la manoseó un poco para que no pareciera recién tomada.

—Coge esa maleta y mete lo que te iré dando —ordenó de repente.

La maleta, una anticuada y usada Samsonite de cubiertas rígidas, la llenaron pronto de ropa de su nueva talla, de gusto muy dudoso, pero muy en línea con el aire que él había dado al personaje. Además, Jaume añadió un par de zapatos más, unas zapatillas viejas y un neceser completo, incluido un tubo de pasta de dientes que vació a medias en el fregadero y un cepillo usado que ella decidió de entrada no meterse jamás en la boca. Quintero no descuidaba ningún detalle.

El bolso de Tabitha estaba allí también. El hombre sacó la documentación y la guardó en una caja fuerte, sin dar ninguna explicación. El resto de su contenido, incluido el móvil, los vertió en una especie de contenedor metálico que parecía una lavadora industrial. Añadió al artefacto el propio bolso y la ropa que acababa de quitarle a la chica, accionó un botón y el contenedor se puso a rugir. En sólo cinco segundos, sus pertenencias quedaron desmenuzadas y destruidas para siempre.

Tabitha miró a ese excéntrico personaje que dormía con placidez en el asiento 15E, al otro lado del pasillo, oficialmente llamado Mateu Garrigosa. Nadie habría dicho que

aquel hombre de pelo rizado, un lunar junto a la nariz y la oreja vendada, de aspecto algo ridículo y casi entrañable, era en realidad un asesino despiadado.

Tengo que reconocer que el cabrón tiene talento, pensó con una ligerísima sonrisa. Me ha sacado del país con una facilidad admirable. Debe ser el mejor en su tétrico gremio.

Quedaba la molesta cuestión de qué sucedería una vez hubiera pasado todo ese follón. Al fin y al cabo, seguían buscándola por asesinato, y a su caso se le había dado una cierta publicidad en todo el mundo. Pero apartó por ahora ese problema de su mente para centrarse en su misión.

Su misión...

¿Cómo era posible que se hubiera visto enredada en esa conspiración? ¿Realmente estaba en sus manos salvar a millones de personas? ¿Qué hacía ella, una simple periodista escocesa, metida en ese peligroso juego geopolítico de espías?

¡Y qué importaba! Posiblemente por primera vez en su vida —o, como mínimo, desde que salió de la universidad— sentía un cosquilleo de emoción y un excitante sentido de justicia. Superados los inútiles ideales de juventud, por fin encontraba un sentido a sus actos.

El relleno de las nalgas era rematadamente incómodo. Le daba la impresión de estar sentada sobre una pelota de playa. Y, además, las caderas se le quedaban encajonadas en el asiento, impidiendo cualquier movimiento para cambiar de postura.

A pesar de ello, decidió que trataría de dormir un poco, para llegar lo más descansada que fuera posible a China.

Evitando la tentación de descalzarse —«los tobillos pueden delatar muy fácilmente», le había advertido Quintero—, reclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Octubre 2003

Kunming (China)

Porter Milligan les esperaba en la terminal. Le habían avisado por SMS mediante un móvil de prepago que Quintero había comprado en el aeropuerto de Frankfurt.

—El transporte está en el hotel New Era, habitación 713 —informó de inmediato—. No he visto a Westward, pero seguro que el cabrón estará muy cerca.

—¿Has estado en el hotel? —preguntó Quintero con un tono de reproche.

—Sí, pero he sido prudente. Creo que no me han visto.

Jaume Quintero alzó las cejas con escepticismo, pero dejó pasar el asunto.

—Esto es lo que haremos —comenzó—, la señorita Darcy Campbell, aquí presente, y yo, somos pareja a partir de ahora. Iremos al New Era y pediremos habitación. Llámame Mateu, desde ya mismo —añadió, mirando a la chica—, Matthew, si quieres. Y antes de que te quejes, es más práctico si permanecemos en contacto que si tenemos que ir buscándonos. Milligan, ¿tú dónde te alojas?

—Bank Hotel, a cinco minutos.

—De acuerdo. Iremos en taxis separados. Westward debe estar en el New Era, el empresario que transporta los *pendrives* no le conoce, y seguro que quiere estar muy cerca del maletín, después de todo lo ocurrido. Eso sí, estará alerta, y es muy probable que lleve refuerzos. Debemos conseguir que salga de su escondite antes de que se produzca el intercambio.

—Un momento, un momento —interrumpió Porter cuando Quintero se dirigía ya hacia la salida—. ¿Quién diablos te ha nombrado a ti jefe de la expedición? ¡Esto no es un juego de aficionados!

Quintero le miró.

—¿Aficionados? ¿Tienes alguna idea brillante? ¡No estaría de más que aportaras algo!

Tabitha les observaba, incrédula; estaba presenciando una pelea de gallos. «¡Los hombres son estúpidos!», pensaba.

—¡Dejaos de tonterías, joder! Lo que debemos hacer es pensar cómo destruimos los virus una vez se los hayamos arrebatado.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Jaume.

—Tú eres la experta —dijo el agente, casi al mismo tiempo.

—He pensado un poco en ello, sí —contestó—. Creo que la única manera de

asegurarnos de que ningún virus queda activo es incinerándolos a altísimas temperaturas durante unos minutos. Un horno industrial sería perfecto.

—¡Un horno! —repitió Quintero con sorna—. ¿No te sirve el microondas de la habitación?

Ni Tabitha ni Porter le hicieron el menor caso.

—Sí, supongo que eso será lo mejor —convino el agente—. Pero tendremos que hacerlo aquí. No podemos arriesgarnos a transportar los virus hasta América.

A nadie le cabía duda alguna de que sería difícil.

—Bueno —dijo Milligan finalmente, aprovechando para ponerse al frente de la situación—, ya se nos ocurrirá algo. Ahora lo más importante es arrebatarles el maletín. Escuchad. Esto es lo que sé: había dos componentes más de los *Redskins* que a buen seguro deben estar aquí. La más peligrosa es, sin duda, Julie Kerr, una psicópata asesina entrenada personalmente por Westward. El otro es un veterano antipático de la vieja guardia llamado Carmel Sposito, muy eficiente y cumplidor, pero cínico y resentido. Aquí tenéis sus fotos. Debemos mantener los ojos bien abiertos por si les vemos. En todo caso, cualquier occidental es a priori sospechoso. Aquí no hay mucho turismo extranjero.

Tabitha miró las fotos de alta resolución impresas en sendas hojas DIN A4. La chica era muy atractiva, de grandes labios oscuros y ojos claros. Tenía la mirada fría y despreocupada. El hombre era un calvo de mejillas caídas, que aparentaba una edad en la que muchos otros contaban historias de la guerra en un club de jubilados.

—¿Cómo reconoceremos al transporte? —intervino la chica.

—El incauto se ha inscrito en el hotel con su nombre real: Juan Carlos Guañabéns. No sospecha nada. Pero todavía no lo he visto. En Google he encontrado una mala fotografía suya. Todo lo que puedo decir de él es que debe estar entre los treinta y los cuarenta, tiene cabello negro y ojos oscuros.

—Bueno, nosotros nos sentaremos en el *lobby* tanto rato como podamos —aseguró Jaume—. Westward no nos reconocerá, y tampoco nos espera aquí. ¿Cuándo se llevará a cabo la transacción?

—No lo sé, pero supongo que entre hoy y mañana. No podemos perder más tiempo.

El taxi los dejó en la puerta de la New Era Hotel. Un conserje uniformado con una sonrisa que parecía permanente les abrió la puerta e hizo chascar los dedos para llamar la atención de un botones para que se hiciera cargo de las maletas.

Tabitha Cowan, alias Darcy Campbell, tuvo serias dificultades para salir del vehículo.

—¡Matthew, cojones! Podrías ayudarme, ¿no?

Pero no era necesario. El conserje, solícito, ya tiraba de su grueso antebrazo.

—Darcy, amor mío, este lenguaje... —dijo él, con una sonrisa sardónica, cuando llegó a su lado para tomarle la mano.

—¡Estoy harta de Darcy! ¡Estoy sudando como un cerdo!

En la recepción entregaron sus pasaportes falsos. Mientras tomaban nota y les asignaban habitación, Quintero sugirió a Tabitha que fuera a dar una vuelta por el amplio vestíbulo para ver si veía a los matones de la CIA, o a alguien que pudiera ser Guañabéns. Pero no hubo suerte.

—Me tengo que duchar —dijo Tabitha, cuando el muchacho de las maletas cerró la puerta de la habitación tras recibir una modesta propina de Jaume.

—Ni pensarlo —respondió éste—. Debes seguir siendo Darcy Campbell, por ahora.

La chica le miró con incredulidad.

—¡No te estaba pidiendo permiso! Estoy agotada, sudada y con ganas de refrescarme. ¿Tú qué te has creído?

—Darcy...

—¡Me llamo Tabitha!

—Te llamas Darcy. Y más vale que te lo metas de una vez en tu preciosa cabeza si no quieres que esta aventura termine en una comisaría china.

—¿Aventura? Esto es lo que es para ti, ¿no? Una aventurilla más. ¿Cada asesinato que cometes es una aventura, para ti? ¿Cómo puedes ser tan... inhumano?

Quintero respiró hondo, como un padre paciente ante un chiquillo rebelde.

—Darcy...

—¡Tabitha!

—Bueno, como quieras. El caso es que si te duchas no sé si seré capaz de reconstruir el disfraz, y en cuanto salgas de aquí, Westward te reconocerá. Por no mencionar la más que segura orden internacional de arresto que la Interpol habrá hecho circular ya a estas alturas.

Este último comentario la calmó un poco. Pero ella seguía empeñada.

—¡No puedo ir así, por el amor de Dios! ¡Huelo mal!

Jaume reflexionó unos segundos.

—Tenemos que estar en la recepción todo el tiempo posible. Cada segundo que perdemos es una oportunidad que les damos para que se escapen.

—Pero...

—Dicho esto —interrumpió él, alzando la voz—, creo que si vamos con cuidado podré quitarte el disfraz de modo que lo pueda volver a colocar. ¡Pero tienes solo cinco minutos! —advirtió, finalmente.

Tabitha, agradecida, asintió con la cabeza.

Al final fueron mucho más de cinco minutos. Jaume insistió en ser él quien quitara cada pieza de ropa y de relleno del cuerpo de Tabitha. Ella le dejó hacer, pensando que no le quedaba más remedio.

Durante un cuarto de hora, tuvo que soportar estoicamente la humillación de ser desnudada por Quintero. Éste, con parsimonia, comenzó el trabajo quitándole la blusa, dejando al descubierto unos enormes sujetadores más llenos de material sintético que de pecho.

Ella se miraba en el espejo, y lo absurdo de la escena le hizo sonreír. Se veía a sí misma, con esa cara de pan candéal, los pechos caídos a la altura del ombligo y esa peluca absurda y se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Jaume, ocupado ya en desabrocharle los pantalones negros.

—Nada. Es una risa nerviosa.

Pero el estallido la relajó. Se dejó llevar ante la profesionalidad de Quintero y no opuso ninguna resistencia, deseando que acabara pronto para poder meterse bajo la ducha.

Lo más complicado fue la máscara de látex que le cubría la cara. Allí, en medio de la habitación de un hotel en una ciudad perdida de China, desnuda como cuando vino al mundo, sonreía aún mientras Jaume despegaba con enorme cuidado el látex de su rostro, dando vueltas a su alrededor, haciéndole cosquillas con la yema de los dedos, rozando sin querer sus rosados pezones con las mangas. «¿Es absurdo que esto me excite?», se preguntó, mirándose al espejo.

Minutos después, cuando él ya había salido de la habitación para ir a montar guardia en el *lobby* y el agua caliente de la ducha empapaba su piel, se permitió entregarse al placer onanista de sus dedos, todavía alborozada por lo absurdo de todo aquello.

Jaume Quintero se sentó en el bar de la planta baja y pidió un Perrier con hielo y limón. Mientras se lo servían, se tomó dos pastillas de *Extra Strength Tylenol* que llevaba en el bolsillo. Notaba desde hacía unos minutos aquellos zumbidos tan molestos que amenazaban con convertirse en una migraña de grandes proporciones.

Debía pensar con claridad. Había viajado al otro rincón del mundo con un único objetivo: encontrar y eliminar a Hartley Westward, el agente de la CIA que había ordenado matarlo. Tenía claro que su vida no valdría ni un céntimo mientras ese siniestro personaje siguiera vivo. Si era verdad que aquellos locos estaban conspirando a

nivel planetario, no pararían hasta estar seguros de que todo el mundo que supusiera un peligro para su secreto callara para siempre. O sea, que tanto él como la periodista británica como el agente super-héroe estaban en la lista.

Realmente admiraba a aquellos dos. Bueno, también necesitaban acabar con Westward para seguir con vida, pero sospechaba que su motivación para estar allí, en el corazón de la China meridional, tenía más que ver con la idea romántica de salvar al mundo que con un instinto racional de supervivencia. A él le importaba poco si los yanquis y los chinos se zurraban. Era ley de vida. ¿Y qué, si unos millones de personas en un remoto lugar del mundo morían? Aquello no afectaría en nada a su vida. Entonces, ¿por qué tenía que preocuparse? Prefería dejar que fueran los periodistas los que informasen cuando sucediera, para que él pudiera verlo cómodamente sentado en el sofá de su casa.

Sin embargo, debía reconocer que, pese a su escepticismo y su natural tendencia a distanciarse de los asuntos de los demás, sintió una cierta indignación mientras escuchaba a aquel matón de la CIA describiendo fríamente como sus virus diezmarían toda una región. ¡Aquello no era una guerra, era un juego sucio y sórdido!

«Dios mío, qué dolor de cabeza», se dijo.

Quizás aquellos pensamientos, esa mínima implicación emocional en todo aquello era, una vez más, consecuencia de su recién estrenada paternidad. La noche anterior, mientras dormía en el avión, había visto claramente el rostro de su hija Aina desfigurado por la viruela y sufriendo horriblemente.

Era absurdo. Quería desterrar aquellas ideas de su mente. Tenía una misión, y era muy peligrosa. Debía eliminar a una persona, y hacerlo sin preparación previa y en territorio desconocido. No sería fácil; necesitaba tener los cinco sentidos focalizados en la operación.

Miró a su alrededor. Los únicos occidentales a la vista eran unos cuantos alemanes rubios que hablaban armando gran escándalo sentados en unos sofás junto al ventanal. El resto eran todos asiáticos.

Desde donde estaba sentado podía ver perfectamente a todo el que saliera de los ascensores o pasara por la puerta de entrada. Si Westward estaba allí y se mostraba, sin duda lo vería.

Pero pasó un cuarto de hora y no apareció. Sí lo hizo Porter, de manera imprudente.

—Milligan —susurró un alarmado Quintero—. ¡Pueden reconocerte! ¿Se puede saber qué haces aquí?

—No hay peligro, por ahora. He averiguado que nuestro amigo Guañabéns está en su habitación. Y lo que es más importante, que tiene una cita aquí, en el *lobby*, con un

hombre de negocios local esta tarde a las tres. No creo que Westward y los demás se dejen ver antes de lo necesario.

Quintero estaba admirado.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Con un par de llamadas y haciéndome pasar por socio de Guañabéns.

—Buen trabajo —concedió—. Pero, de todos modos, tú eres el único de los tres al que pueden reconocer.

—Lo sé. Ahora me largo. He venido a daros esto —añadió, poniendo en la mano de Jaume un *walkie-talkie*—. Canal 13. Además, he hecho una lista de nombres y frases clave para poder comunicarnos sin peligro.

—¿Volvemos a jugar a espías?

—Ah, y una cosa más —siguió el agente, ignorando el comentario sarcástico—. He alquilado un Hyundai Elantra de color verde oscuro. Creo que nos será útil si tenemos que huir. Lo tendré por aquí cerca. Y para terminar: tengo reservas para los tres en los cuatro próximos vuelos que salen de Kunming, destinos Hong Kong, Shanghai, Pekín y Bangkok. Os he anotado números de vuelo y horarios en la hoja que te acabo de dar. Si tenemos que huir por separado, que cada uno coja el primer vuelo que pueda.

Y se fue del hotel sin decir una palabra más.

«Bueno, pensó Quintero, a pesar de la imprudencia de aparecer en un lugar tan público para hablar conmigo, hay que reconocer que el tío es eficiente. En fin, esa chica ya debe haber terminado de ducharse, decidió. Habrá que ir a vestirla».

Se levantó demasiado repentinamente y tuvo que esperar unos segundos a que la cabeza dejara de darle vueltas.

¡Maldito dolor!

Una vez arriba, Tabitha le esperaba ya con una toalla en torno al cuerpo y otra en la cabeza enrollada como un turbante.

—¡Hola, *darling*! —le soltó con una sonrisa—. ¿Has tenido un buen día en la oficina?

Quintero la miró con sorpresa. «¿Y ahora qué diablos le pasa a ésta?, se preguntó. ¿Se habrá vuelto loca?».

Ella le guiñó el ojo.

—Debemos mantener las apariencias, ¿no?

«Sí, definitivamente se ha chiflado, concluyó Jaume. Esta historia le ha afectado a la razón».

—En fin —dijo en voz alta—. Más vale que empecemos, que estos desgraciados pueden pasar por aquí en cualquier momento.

El trabajo no quedó tan perfecto como en Barcelona, pero si la chica evitaba ser

examinada de cerca, daría el pego. Le había costado calentar el látex del rostro; usó para ello el secador de pelo. Al final, y eso era lo importante, Darcy Campbell volvía a existir.

—Ya está —dijo él—. Vámonos.

—¡Sí, que tengo un hambre que me muero!

Tabitha Cowan había comentado que tenía hambre de manera jocosa, por el hecho de volver a ser gorda. Pero Quintero, en cuanto se sentaron en uno de los sofás del *lobby*, junto al bar, hizo una señal a uno de los camareros y pidió sándwiches para los dos.

Desde donde estaban, un poco apartados del centro, en un rincón medio camuflados por plantas ornamentales, tenían una buena panorámica de la entrada del establecimiento.

—Se supone que esta tarde deben llevar a cabo la transacción. Permaneceremos aquí sentados hasta entonces. Espero que te hayas traído algo para leer, porque me parece que estaremos aquí un buen rato.

No tenía ninguna lectura a mano, y se dedicó a pasar el rato observando a la gente de su alrededor. ¿Cómo reconocerían a Guañabéns? ¿Bastaría con la pequeña y mala foto de Google?

Pasado el momento frívolo de liberación de tensión, volvía a estar nerviosa, como antes de un examen final cuando era estudiante. O peor. ¿Cómo podrían evitar el desastre? ¿Qué podrían hacer ellos contra profesionales entrenados de la CIA?

Miró disimuladamente a Jaime Quintero. Disfrazado no parecía gran cosa. Además, se le veía nervioso, poco concentrado. No paraba de frotarse las sienes, e incluso temblaba un poco.

Éste, por su parte, hacía terribles esfuerzos para no sucumbir al dolor de cabeza y centrarse en lo que tenía que hacer. Quedaba poco más de una hora para las tres. Si sufría una crisis de las más duras le pillaría en plena operación. Se sacó del bolsillo dos pastillas más y se las tragó en seco. Confiaba que no le aturdieran más de la cuenta.

Unos pisos más arriba, Juan Carlos Guañabéns se estaba acabando los canapés que se había hecho subir a la habitación. Los acompañó con vino tinto francés, que bebió en exceso, e iba a complementarlos con un postre de frutas tropicales.

Se sentía eufórico. No sólo podría cerrar aquella tarde un contrato que le salvaría de la ruina, sino que, de propina, acababa de pasar la noche con una espectacular mujer americana a la que había conocido la tarde anterior en el templo de los budas

surrealistas.

No le había dicho su nombre, por cierto. ¿O quizás sí? Bueno, no importaba. Le había fastidiado un poco no verla a su lado aquella mañana cuando despertó, pero supuso que debía tener trabajo. Seguro que era una mujer de negocios importante, con aquellos aires distantes y de suficiencia. No le había costado mucho ligársela, la verdad, lo cual obraba maravillas en su autoestima masculina.

Bueno, una muesca más en la cabecera de su cama. Ahora tocaba concentrarse en el trabajo de aquella tarde, que al fin y al cabo había viajado a aquel rincón del globo para ello. El empresario americano con quien había tratado en Helsinki le había dado instrucciones precisas sobre cómo convencer a los chinos para firmar el contrato. Si lo conseguía, con el primer pedido se enviarían programas espía sofisticados e indetectables que generarían información vía internet sobre la empresa china y sus planes de expansión en Occidente.

«¡Estos yanquis son la peste!», pensaba con una sonrisa. Pero lo único que a él le importaba era la millonada que le pagarían si conseguía el contrato.

Se había levantado tarde, con el placer de sentirse macho alfa, cazador impenitente de hembras atractivas, brotando por sus poros. No había desayunado más que una taza de café de la cafetera eléctrica de la habitación y unas galletitas de mantequilla, cortesía del hotel New Era. Había dedicado el resto de la mañana a preparar la reunión con los chinos, comprobando que el *software* de demostración funcionaba correctamente, que los papeles a firmar estaban a punto y que se sabía de memoria la presentación en *PowerPoint*.

Miró el reloj: las dos en punto. Tiempo de una buena ducha, un afeitado, y bajar a la recepción. Quería llegar antes que sus posibles clientes.

Julie Kerr lo observaba todo desde la pantalla de su ordenador. Había colocado la cámara sobre la televisión, junto al receptor del cable. Cualquier espía se habría dado cuenta de que había algo añadido al aparato, pero ese idiota de Guañabéns no era un espía. Ni siquiera era muy listo.

Y un amante aburrido. Pocas veces le había dado tanta pereza fingir un orgasmo como la noche anterior. El cabrón no había aguantado ni diez minutos antes de reventar de éxtasis. Y lo peor de todo era su sonrisa de satisfacción al salir del baño.

Tras el acto tuvo que aguantar media hora de conversación absurda, tumbada en la cama a su lado mientras él le acariciaba el pelo con dedos grasientos. ¡Cómo hubiera deseado pegarle un tiro allí mismo en lugar de tener que esperar al día siguiente!

El pardillo le había estado explicando que estaba allí para cerrar un contrato de un millón de dólares con una importante empresa estatal china, y que, antes de ir al templo de Bambú, se había pasado toda la mañana preparando la presentación y la *demo* del programa.

—Y, como siempre ocurre en estos casos —le había dicho—, el *software* me empezó a dar problemas. La conexión no debía funcionar bien, e incluso he llegado a pensar, por el olor que desprendía, que el portátil tenía una avería y se había recalentado la fuente de alimentación, ¿te lo puedes creer? Menos mal que ya lo he solucionado. ¡No tengo ninguna duda de que mañana triunfaré!

«¡Pobre imbécil!», había pensado ella con una sonrisa hipócrita.

En la pantalla, el hombre se paseaba desnudo. Se miraba en el espejo de la habitación y comprobaba sus bíceps.

—¡Pobre imbécil! —repitió Julie, esta vez en voz alta.

Alguien llamó a la puerta: tres golpes seguidos de un silencio y tres golpes más. Era Westward.

—Adelante —gritó ella.

Hartley Westward tenía la llave. Si llamaba antes de entrar era para evitar que Julie le clavara un tiro entre las cejas.

—Queda menos de una hora. ¿Está preparado?

Julie hizo un gesto con la cabeza para indicar la pantalla.

—El cabrón está admirando su figura.

—No está mal. Te lo habrás pasado bien esta noche.

La chica no se inmutó. En su trabajo no cabía el sentido del humor.

—No mucho.

Westward la miró de reojo. ¿Era posible que aquella mujer tan atractiva y sensual no tuviera el más mínimo sentimiento? ¿Que no experimentara ninguna emoción?

—En fin —dijo, volviendo al trabajo—, ¿crees que todo irá bien?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca se sabe, pero creo que por este lado no fallará.

—¿Alguna noticia de Milligan?

—Sposito ha estado en guardia todo el día. Hemos mirado listas de pasajeros y registros de hoteles. Si está aquí, es con una nueva identidad.

—Es agente de la CIA, ¿es necesario que te lo recuerde? Tiene acceso a identidades de cobertura.

—Hemos mirado también algunas de las más habituales en la Agencia, y no hemos encontrado nada. Estamos negociando para que nos dejen echar un vistazo a las cámaras

de seguridad. Incluso Sposito tiene que ir al baño de vez en cuando.

Westward sonrió. La pérdida del agente Smith había sido un golpe muy duro para los *Redskins*, pero Kerr era tanto o más eficiente que aquella rata. Y quizás más despiadada.

—Cambiando de tema —añadió Westward—: he ido a presentar mis respetos a la policía local, en mi función de agregado comercial de la embajada americana, y a advertirles de que un peligroso criminal americano podría rondar por la zona. El simpático y obsequioso oficial Deng me está consiguiendo ahora mismo acceso a la sala de seguridad del hotel. Voy a ver si ya puedo entrar.

Tabitha Cowan hizo un gesto urgente a Quintero. Un hombre occidental, de pelo negro y relativamente joven acababa de aparecer en el *lobby* con un maletín metálico y un portátil. Se dirigió al mostrador de recepción y, tras intercambiar unas palabras con uno de los empleados del hotel, fue a sentarse en un sillón cerca de los ventanales.

A la periodista se le aceleró el corazón; ¡tenía que ser Guañabéns! Miró el reloj: eran las tres menos cuarto.

El hombre dejó el maletín en el suelo, cerca sus piernas, y sacó el portátil de la funda para ponerlo en marcha.

—¡El maletín! —dijo Tabitha, asiendo a Jaime del brazo—. ¡Tenemos que quitárselo!

Quintero aún luchaba contra el incipiente dolor de cabeza, que no acababa de estallar, pero tampoco remitía.

—No podemos —contestó—. Si lo hacemos, no podremos atrapar al cabrón de Westward por sorpresa.

—¡Me importa un bledo Westward! —exclamó la muchacha—. ¡Tenemos que ir a por el maletín!

—¡No!

Tabitha lo miró. Estaba temblando bajo la peluca y ponía mala cara.

—¿Qué te pasa ahora? ¿No se supone que tú eres el profesional? ¿Siempre te pones así de nervioso?

Jaime trataba de pensar con claridad, pero la migraña comenzaba a nublarle la mente. Su objetivo era Westward; había que eliminarlo. Presentía que estaba muy cerca. ¿Cómo podía hacerle salir de su escondite? De repente, se le ocurrió. Colocó el silenciador en la pistola y apuntó al pecho de Guañabéns, disimulando el arma tras una revista. «Cuando lo vea inerte, el cabrón se acercará», pensaba.

Tabitha le vio las intenciones y desvió el arma en el último momento.

—¿Te has vuelto loco? ¿Podrías hacer el favor de dejar de matar a gente en mi

presencia? ¡Qué manía!

La bala acabó alojada en el techo, donde dejó un hermoso agujero y provocó una leve lluvia de polvo blanco sobre la chaqueta de un japonés que tomaba una Coca-Cola. La chica miró a su alrededor, no parecía que nadie se hubiera dado cuenta. «¡Bendita música ambiental!», pensó, mirando al trío de piano, violín y violonchelo que tocaba cerca la escalera principal.

Quintero se llevó las manos a la cara sin soltar el arma. El dolor de cabeza era ya muy intenso.

—Tengo que... matar a Westward...

—¿Y matando primero a este desgraciado lo conseguirás? ¡Ayúdame a quitarle el jodido maletín! ¿Dónde está Milligan?

En ese momento, cuatro hombres de negocios chinos estaban preguntando por Guañabéns en recepción. El empleado les indicó donde estaba sentado, y fueron hacia él.

—¡Mierda! ¡Los chinos! —exclamó Tabitha.

Juan Carlos se levantó y los saludó efusivamente. El maletín seguía a sus pies, desatendido. Estuvieron los cinco un rato hablando de pie. Parecía que uno de los chinos ejercía de traductor, y el más senior entre ellos, un hombre bajito y de cabello gris plateado, asentía sin sonreír. Entonces, cuando el empresario catalán les indicaba con gestos que se sentasen, Tabitha vio horrorizada como los chinos se negaban amablemente y lo conducían hacia fuera.

—¡Se lo llevan! —se alarmó ella, agarrando a Quintero del brazo—. ¡Tendrán la reunión en sus oficinas! ¡El *walkie*! ¡Dame el *walkie*, que con esto no contábamos!

Jaume seguía intentando localizar a Westward.

—Debe estar por aquí... ¡Descúbrete, cabrón!

La periodista había cogido ya el *walkie-talkie* y estaba llamado a Milligan.

—¡Porter! ¡Porter! ¡Contesta!

—Aquí Porter —contestó el aparato—. ¿Qué sucede?

—¡Los chinos se llevan al transporte!

—¿Y el maletín?

La chica comprobó que Guañabéns lo llevaba en la mano.

—Lo tiene él.

Milligan dudaba.

—Debemos actuar, Tabby. ¡No podemos permitir que el maletín salga del hotel o le perderemos la pista!

Quintero tenía los ojos llorosos. El ataque de migraña estaba en su punto más álgido; le costaba mantenerse atento. Seguía buscando a Hartley Westward por la planta baja

del hotel, pero éste no se dejaba ver.

Tabitha Cowan, viendo que Guañabens estaba ya a pocos pasos de las puertas giratorias de la entrada, actuó. Levantó su voluminoso cuerpo de látex del sofá, se acercó con pasos cortos y rápidos a la comitiva y, sin previo aviso, atropelló literalmente a Guañabens, arrebátandole de un tirón el maletín metálico.

Antes de que los chinos se dieran cuenta de qué pasaba, ella estaba ya fuera del hotel, buscando el Hyundai de Milligan.

Hartley Westward creía tenerlo todo controlado. Había convencido a la policía china de que un criminal internacional de origen estadounidense podía hallarse en Kunming. Incluso había conseguido una orden de arresto falsa de la Interpol con la fotografía de Porter Milligan. Él actuaba como funcionario de la embajada estadounidense de Pekín.

Junto con el oficial Deng, habían conseguido que la seguridad del hotel les diera acceso a la sala de control de cámaras de circuito cerrado. Desde hacía varios minutos vigilaban el *lobby*. Westward había localizado ya a Guañabéns. Y no había más occidentales que una pareja que estaba sentada desde hacía rato tomando unos sánwiches. Ni rastro de Milligan. Quizás el cabrón estaba en Washington pretendiendo desvelar la trama a las altas instancias. Si era así, se llevaría una buena sorpresa.

Entonces aparecieron los chinos de la Yunnan Mining Corporation. Reconocía al pelo gris como el Director General de Sistemas de Información. Era a él a quien habían contactado los hombres de JayJay Sarkar para convencerle de que probara el *software* de seguridad de Cerberus Guard, SL, la empresa de Guañabéns. Sin él saberlo, era hombre clave en la operación *Onesimus*.

Todo iba según lo previsto. Los chinos, después de las habituales cortesías y saludos, se llevaban el transporte hacia la sede de la compañía estatal. Allí, sin duda, probarían el programa de seguridad comercializado por Cerberus. Guañabens llevaba la *demo* instalada en el portátil.

De repente, algo fue mal. La gruesa mujer occidental que había estado comiendo sánwiches con su pareja en el *lobby* se levantó de pronto para lanzarse literalmente sobre Guañabéns.

¡Y se llevó el maletín!

—¿Qué diablos...?

El oficial Deng lo miró, extrañado. El primer instinto de Westward fue advertirle a través del intérprete que detuviera a aquella mujer estrafalaria que acababa de robar el maletín, pero no lo hizo. La última cosa que quería en esos momentos era atraer la

atención de la policía china sobre el maletín. Una gota de sudor frío le recorrió las sienes cuando se imaginó al oficial Deng abriendo el maletín y manipulando los *pendrives*.

—¿Hay algún problema? —le preguntó el intérprete, a instancias de Deng.

—No, no... Es que acabo de recordar que tengo que hacer una llamada importante a esta hora. Si me disculpan...

Salió de la sala de seguridad después de llamar a un timbre para que le abrieran la puerta y se marchó apresuradamente escaleras abajo hacia la recepción del hotel mientras hablaba por el intercomunicador.

—Julie. Carmel. Tenemos problemas. Repito: ¡tenemos problemas! Carmel, intercepta a una mujer gorda que acaba de salir del hotel con el maletín. Julie, te quiero cerca de Guañabéns. ¡Si decido que ya no nos es útil, te ordenaré que lo elimines inmediatamente!

—OK, boss —contestó la chica a través del aparato.

—Señor Westward —gritaba Sposito—. Tengo visual sobre la mujer. Acaba de subirse a un coche verde oscuro y se va. Hay un conductor en el coche.

—¡Mierda, Sposito, *mierda!* ¡Trae el coche a la puerta ahora mismo! ¿Quién es el conductor?

—No lo veo desde aquí —la voz de Sposito sonaba entrecortada; sin duda corría ya en busca del automóvil—. Es un Hyundai Elantra de color verde oscuro.

Hartley Westward oyó cómo Sposito daba instrucciones al aparcacoches. Con sudor frío empapándole todo lo cuerpo, se echó las manos a la cabeza.

—¡Piensa, Hartley, piensa! No es momento para lamentaciones.

Con un escalofrío, dio cuenta de que aquella mujer grotesca sólo podía ser la jodida periodista Tabitha Cowan. Sin duda, ahora formaba equipo con Porter Milligan. Tuvo que admitir que los cabrones tenían más recursos de los que esperaba.

Decidió que sólo tenía una opción, movilizar a la policía china para evitar que huyeran del país. Ya se inventaría alguna historia para desviar posibles preguntas.

Tabitha se subió al coche que Milligan tenía estacionado en la calle frente al hotel. Realizar cualquier esfuerzo con aquellos rellenos de látex y goma espuma era criminal. Después de correr los escasos cuarenta metros que separaban la puerta de la calzada estaba toda sudada y sin aliento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Porter a la vez que arrancaba.

—Ya te lo explicaré. ¡Acelera!

—¿Y Quintero?

—No te preocupes de él, por ahora. Ya es lo suficientemente mayor para espabilarse solo. Está como aturdido. ¡No sé qué coño le pasa! ¡Quería matar a Guañabéns allí mismo, en medio del *lobby*!

Milligan hizo una mueca de desaprobación.

—Lástima. Podía habernos sido útil.

—Tenemos el maletín.

—Sí, pero hay que destruirlo.

Por supuesto. Había que destruir los mortales virus que llevaban ahora mismo dentro del coche. Confiaba que las microcápsulas de plomo fueran verdaderamente seguras. Un escalofrío le recorrió la nuca al pensar que quizás se estaba infectando mortalmente en aquel preciso instante.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea brillante?

—Creo que sí. Como tú dijiste, necesitamos un calor muy intenso para asegurarnos de que las cepas quedan completamente muertas, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

—Pues bien, esto es lo que tenemos: a tres millas al sur del aeropuerto, yendo hacia el lago Dian, hay un depósito de fuel aeronáutico de reserva. Al lado existe un hangar donde siempre hay un mínimo de tres camiones de abastecimiento de fuel llenos a rebosar. Lo he comprobado. En el hangar no hay vigilancia, solamente los operarios que van y vienen desde el depósito cuando se les pide que vayan al aeropuerto. Sólo tenemos que entrar en el hangar, colocar los *pendrives* en uno de los camiones y hacerlo estallar. ¡Y adiós virus!

Tabitha Cowan lo miró con una mezcla de angustia e incredulidad.

—¿Me estás diciendo que podemos entrar como si nada en un hangar del aeropuerto internacional de Kunming y preparar la explosión sin que nadie nos lo impida?

—No es un hangar del aeropuerto, propiamente. Es un edificio viejo al lado del primitivo depósito que abastecía a la terminal y que aún utilizan como reserva. Los grandes trailers cargados de fuel lo descargan en los depósitos subterráneos de los hangares principales. Pero han hecho llegar una de las tuberías hasta allí por dos razones: por seguridad —un plan B siempre conviene—, y porque el tráfico aéreo, como todo en China, crece mucho más rápido que las infraestructuras. O sea que deben aprovechar todo lo que tienen.

Así era Milligan: analítico y preciso como un matemático.

—Bueno, de acuerdo, pero, ¿y los operarios?

Porter seguía conduciendo con habilidad por las caóticas calles de Kunming, como si lo hubiera hecho toda la vida, adelantando automóviles, evitando camiones y

esquivando bicicletas.

—No suelen necesitar los camiones de reserva más que por la noche. Yo diría que tenemos un par de horas antes de que alguien nos estorbe. Pero volviendo al tema, ¿crees que una explosión de este tipo destruirá las cepas?

Ella se lo pensó, mirándole con cierta admiración.

—Hombre, el combustible de los aviones de las Torres Gemelas quemó con suficiente fuerza como para fundir la estructura de acero de los rascacielos. Evidentemente no he tenido acceso a la estructura genética de estos virus rusos, pero debería ser suficiente para que murieran. En todo caso —añadió, tras una pequeña pausa—, ¿te puedo preguntar cómo has averiguado todo esto?

Milligan esbozó una sonrisa traviesa. Fue un gesto espontáneo, pero que Tabitha encontró mucho más atractivo que su permanente seriedad.

—Te admirarías de las puertas que abre el viejo Ben Franklin, ¡incluso en la China comunista!

—¿Has sobornado a alguien? —preguntó ella, también sonriendo.

—Sobornos no; propinas. ¡Y siempre justificadas!

Tabitha advirtió que el agente, además de averiguar todo aquello y preparar un plan para deshacerse de los virus, había estudiado también el mapa de la ciudad. Sin dudarle un segundo, tomaba curvas y cambiaba de calle con total confianza. Finalmente, salieron a la carretera que llevaba al aeropuerto; un enorme letrero sobre la autopista indicaba *Airport* en inglés junto a un pequeño avioncito de color blanco.

Tabitha aún dudaba.

—Suponiendo que seamos capaces de hacer todo eso que dices, ¿cómo podremos hacer volar por los aires el camión sin asarnos nosotros también?

—Será un riesgo. Reconozco que no tengo ni idea del estruendo que puede causar un camión lleno de fuel aeronáutico. Por lo que sé, ¡podría derrumbarse todo el hangar!

—¡Qué gracia! ¿Y entonces?

—Tendremos que improvisar. No he tenido tiempo para preparar nada al respecto. La chica emitió un suspiro de angustia.

—Pero seguro que lo conseguimos, Tabby. Hemos llegado hasta aquí, ¿no?

Era la primera vez ese día que la llamaba Tabby, y le gustó como sonaba de su boca.

—Pues es un consuelo saber que eres optimista. ¡Tú eres el espía!

Él la miró y se rió con alegría. Era un sonido claro y sincero como el de una cascada de alta montaña.

—¡Julie! ¡Julie!

Westward casi gritaba por el intercomunicador mientras volvía hacia la sala de seguridad del hotel.

—¿Sí, *boss*?

—Julie, ¿los tienes?

—Por la dirección en la que van, parece que se dirigen al aeropuerto.

—¡Ah! Me lo imaginaba. Escúchame bien: sigue en tu posición hasta que te lo diga. Quiero saber hacia dónde va este jodido maletín en todo momento. ¡Sólo falta que ahora lo perdamos!

—¿Debo seguir controlando a Guañabéns?

Hartley Westward dudó. ¿Seguía siéndoles útil ese imbécil? ¿Podría todavía reconducir la situación y hacer que todo volviera a funcionar como habían planeado? Decidió que no, que las cosas se habían torcido demasiado. A estas alturas, los chinos desconfiarían. Ahora era necesario recuperar los virus y replanificarlo todo para un segundo intento.

—¡Elimínalo! —ordenó, finalmente, sin dejar de caminar.

Mientras subía las escaleras, se dirigió al otro agente.

—Carmel, ¿me oyes?

—Sí, *boss*. Aquí estoy.

—Ten preparado el vehículo. Partimos en dos minutos.

—¡Hecho!

Entró en la sala de seguridad después de que un guardia le abriera la puerta. El oficial Deng seguía allí dentro, sentado cómodamente en una silla de respaldo alto y charlando con el vigilante del hotel. El intérprete se mantenía de pie, apoyado en una de las paredes.

«¡Malditos burócratas comunistas!, pensó Hartley. ¡A ver si mueven el culo de una vez!».

—Oficial Deng —soltó, nada más entrar—. Me temo que el terrorista americano del que le hablé ha actuado ya.

El intérprete tardó un poco en reaccionar y empezar a traducir.

—Tenemos que atraparlo si no queremos problemas —añadió Westward.

El oficial chino se puso en pie. “Problemas” era la última cosa que quería. El cabrón debía llevar una vida bastante pacífica en esta remota región, al abrigo de un partido que controlaba a los ciudadanos mejor que la propia policía.

Hartley Westward le explicó lo que estaba pasando, omitiendo, lógicamente, el trasfondo de la cuestión.

El Hyundai de color verde oscuro se encontró parado en un embotellamiento a cuatro kilómetros del aeropuerto.

—¿Qué sucede? —preguntó Tabitha, tratando de ver algo.

—Un control policial —respondió Porter, señalando unas luces intermitentes de color azul que se vislumbraban en la distancia.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

Sin mediar palabra, Milligan se bajó del coche para mirar algo en la parte derecha de la carretera. Volvió a entrar cuando el automóvil de delante avanzaba ya unos centímetros.

—Tenemos que tomar ese desvío —informó, indicando un trozo de carretera apenas visible perpendicular a la vía principal—. En cuanto esta cola avance un poco más, me voy a meter por allí. ¿Ves ese camión?

Ella asintió, localizando con la vista un trailer de considerables dimensiones parado como ellos un centenar de metros más adelante.

—Cuando le toque pararse frente al camino, me lanzaré. Me parece que quedaremos en un ángulo muerto de visión de la policía; si tenemos suerte, no podrán vernos.

Durante tres minutos, ninguno de los dos abrió la boca. Con los corazones acelerados, observaban cómo, palmo a palmo, la hilera de coches avanzaba hacia el control. Eran conscientes del hecho de que cuanto más tiempo pasara, más probabilidades había de que Westward y los suyos los cazaran.

—¿Porter? —dijo Cowan de pronto, con un tono de voz diferente.

Milligan la miró brevemente mientras seguía intentando decidir en qué momento saltar de la fila hacia la carretera secundaria. Emitió un sonido gutural a modo de respuesta.

—¿Qué pasará con nosotros?

—¿Qué?

—¿Que qué pasará con nosotros? Quiero decir... cuando hagamos estallar todo esto.

Porter la miró una vez más. Se incorporó sobre el volante y la miró de fijamente a los ojos.

—Es decir —siguió ella—, hasta ahora no había pensado... Hemos llegado hasta aquí, y nuestro objetivo era destruir estos virus y evitar que Westward lleve a cabo su plan, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

—Pero, ¿y después qué? Si salimos vivos de todo esto, ¿qué será de nosotros?

Milligan volvió a mirar hacia adelante con una sonrisa triste.

—Probablemente nos detendrá la policía y seremos acusados de sabotaje. O de espías.

Sabotaje. Espías. Las palabras resonaron en el cráneo de Tabitha como un eco del infierno. ¿Cómo había llegado una simple periodista, con una acomodada vida en París, a verse envuelta en asuntos criminales? En España era buscada por asesinato, en China, dentro de unos minutos, sería detenida con toda probabilidad y arrojada a una de las temibles cárceles comunistas del país.

Miró el maletín que llevaba sobre las rodillas y sintió un escalofrío. Nada podía compararse con el terror de lo que iban a hacer Westward y los suyos. Se dio cuenta de que sus problemas, por graves que fueran, debían quedar en segundo plano.

—Debemos hacerlo... —murmuró, más para sí misma que para su compañero.

—Sí. Debemos hacerlo —respondió él, como si estuviera leyendo sus pensamientos.

Finalmente, el trailer llegó a la altura del cruce, y Porter decidió arriesgarse; se desvió hacia el arcén y avanzó con rapidez y precaución.

Todo parecía ir bien. Por el retrovisor, el agente iba controlando si alguien los seguía, pero en la interminable caravana de coches nadie se había movido de lugar.

Juan Carlos Guañabéns no sabía qué hacer. Los chinos estaban discutiendo a unos metros de distancia, suponía que tratando de explicarse qué estaba pasando.

¿Quién demonios era aquella vaca mal vestida que le había robado el maletín? Tenía aún la *demo* en su portátil, sabía que podía conseguir todavía el contrato, y así se lo había hecho saber al intérprete. Su jefe, sin embargo, parecía sólo interesado en los *pendrives* de prueba. Decía que la presentación ya la había visto cuando él se la había enviado desde Barcelona, y que lo tenía todo preparado para una prueba real. Parecía incluso acusarle de negligencia por haberse dejado robar, y como la mujer era occidental, sospechaba que todo aquello era algún asunto turbio entre extranjeros.

«¡Mierda de chinos!», pensó.

Entonces la vio acercarse. La chica americana con la que había pasado la noche. Una sonrisa le cruzó la cara al verla; estaba todavía más *sexy* que la tarde anterior, cuando la había conocido en el Templo de Bambú. Verla cruzar el *lobby* del hotel hacia él, con aquellos zapatos de tacón finísimo, aquellas faldas justo por encima del rodillas y esa blusa reveladora, le hicieron sentirse poderoso. Pensó que le gustaría que sus amigos vieran esa escena y se murieran de envidia.

La chica — seguía sin recordar su nombre— sonrió ligeramente. Pero en lugar de ir hacia él, se desvió a la derecha y le hizo una seña para que la siguiera. Él miró los chinos,

que todavía discutían sin hacerle ni caso, se ajustó el nudo de la corbata, y siguió la chica.

La vio entrar, como si nada, en el lavabo de señoras, lanzándole una mirada sugerente justo antes de cruzar el umbral. Él dudó unos instantes. Mirando a derecha e izquierda, empujó la puerta, y entró. En el lavabo había tres cubículos cerrados. No había posibilidad de mirar por debajo de las puertas, porque eran de obra y llegaban al suelo.

—*Hello?* —dijo, tímidamente.

Unos segundos después, una de las puertas se entreabrió. Él la empujó con suavidad.

En cuanto se asomó, Julie le agarró por el cuello y lo empujó contra la pared mientras le clavaba un ardiente beso en los morros, metiéndole la ansiosa y cálida lengua casi hasta la garganta.

Juan Carlos Guañabéns, empresario corruptible de Barcelona, no podía creerse su buena suerte. Repuesto de la sorpresa inicial, comenzó torpemente a desabrocharle la blusa. Pero no terminó; sintió de pronto un golpe en el estómago seguido de una sensación húmeda. Antes de entender que lo estaban asesinando, notó un segundo golpe, un poco más arriba, y su corazón dejó de funcionar antes que su cerebro.

Julie Kerr se guardó el arma, después de desenroscar con cuidado el silenciador y tirar la bolsa de plástico con el que la había cubierto para evitar salpicaduras. Se aseguró de que ninguna gota de sangre le había ensuciado la ropa y salió del cubículo. Ante el espejo, se recolocó la blusa y el cabello, y se retocó los labios con un lápiz morado. Sin mirar atrás, abandonó el lavabo de señoras del hotel y el cuerpo inerte de su último amante.

Los tres camiones estaban aparcados en una esquina del hangar, junto a una tubería que se alzaba del suelo con seis grifos de color rojo puestos en fila. En el inmenso local no había nadie. La puerta del fondo, que ocupaba casi toda la pared, estaba abierta de par en par, bañando de luz gris todo el interior.

—Tenemos que asegurarnos de que están llenos —dijo Porter, acercándose ya a uno de los camiones.

Abrió la puerta del conductor y buscó algún indicador de volumen del depósito, pero no lo supo encontrar. Decidió que abriría el grifo situado en la parte trasera y deduciría la cantidad de combustible disponible por la presión.

Cowan había bajado del Hyundai con el maletín y, de repente, se había quedado congelada a medio camino con la boca abierta. Se había dado cuenta, como en una epifanía, de cuál era la única posibilidad que tenían ambos de salir airosos de aquello.

—¡Porter! —gritó, sobresaltando al agente.

Éste la miró con la mano en uno de los grifos posteriores de la cisterna.

—¡Tengo que hacerlo yo! —dijo la chica, agarrando el maletín con ambas manos.

—¿Qué?

—Tengo que hacerlo yo —repitió—. Tú tienes que largarte de aquí, ¡y yo debo destruir los virus!

—¿Qué estás diciendo?

Tabitha, aún con los ojos muy abiertos, lo veía claro, y la certeza de lo que iba a decir le provocaba violentos temblores de angustia.

—Piensa, Porter. Eres agente de la CIA. Si los chinos te atrapan, te ejecutarán como espía y saboteador. ¡No tienes ninguna posibilidad de que te dejen con vida! Es necesario que te vayas inmediatamente. Yo haré estallar el camión.

Porter se incorporó lentamente. También había pensado en ello, y sabía que lo que le decía Cowan era cierto: si los chinos le atrapaban, era hombre muerto. Su país no movería un dedo para liberarlo; Hartley Westward se encargaría de cortar de raíz cualquier tentación negociadora. Y una explosión como la que planeaban seguro que atraería la atención de todos los agentes de policía a cien kilómetros a la redonda. No podría escapar.

Pero era su misión; como agente de la CIA y patriota, y también como ser humano.

—Tabby. Quizá tienes razón. Pero ahora no puedo pensar en lo que me pasará a mí. Hay demasiadas cosas en juego.

—No, no, tú debes irte. Cuéntame cómo lo tengo que hacer, y yo encenderé el fuel.

—No puedo permitir...

—¿No ves que también es la única posibilidad que tengo yo? ¡Hazlo por mí!

Milligan levantó las cejas, sin comprender todavía.

—¡Te necesito vivo, Porter! Me buscan por asesinato en Europa, y dentro de poco los chinos me habrán detenido. Necesito que vayas a Washington, que divulgues a los cuatro vientos el plan de estos criminales y aclares que yo no soy ni una asesina ni una saboteadora. ¡Necesito a alguien que conozca lo ocurrido y que me saque del agujero donde me encierran!

Poco a poco, el agente se dio cuenta que Tabitha Cowan tenía razón, pero no se decidía a dejarla sola.

—¿Porter?

Él la miró una vez más.

—Debo confesarte algo —le dijo ella—. Yo estaba en Barcelona por casualidad. De hecho, había decidido ya abandonar la investigación, porque en tres meses no había

descubierto nada.

Milligan no lo entendía.

—¿Qué quieres decir?

—Que soy un fracaso. Que en mi investigación estrella, lo mejor que he tenido entre manos en años, no fui capaz de averiguar nada.

—¿Dices que estabas en Barcelona por casualidad? ¿Cómo puede ser?

—Estaba con mi pareja de fin de semana romántico. No tenía ni idea de que la CIA había elegido esa ciudad para hacer el intercambio.

Él se encogió de hombros.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

—Porque quiero que sepas la verdad. No soy la investigadora audaz y valiente que tú crees. Fracasé. Por eso quiero que me dejes hacer esto sola. Necesito acabar de una vez, cerrar el círculo.

—¿Y no te da miedo?

—Estoy tan aterrorizada que no sé ni dónde estoy.

Milligan sonrió, con un gesto amable y lleno de ternura.

—Tabby, no seas tan dura contigo misma. Tienes más agallas que la mayoría de hombres que conozco. ¿Qué más da si estabas en Barcelona persiguiendo a los malos o de vacaciones? El caso es que cuando has visto lo que pasaba no has dudado un segundo en venir hasta aquí a arreglar las cosas. Pase lo que pase, eres una heroína.

Cowan le miró con agradecimiento, pero no del todo convencida.

—En fin —añadió él—, de todo esto ya hablaremos cuando salgamos de China. Volvamos al trabajo, Tabby, que aquí no estamos seguros.

—Y cuando lo dejes todo preparado, ¿te irás?

Él dudó. La chica tenía razón: sería más útil libre en Washington que pudriéndose en una cárcel china sin posibilidad de liberación. Si huía ahora, a ambos les iría mucho mejor, pero odiaba la idea de dejar a Tabitha sola.

—Te lo prometo —dijo, finalmente—. Observaré los fuegos artificiales desde lejos.

Ambos sonrieron nerviosos, y, sin decir nada más, se pusieron a trabajar.

Milligan tenía muy claro que había que hacer estallar uno de los camiones con el maletín dentro, y que deberían hacerlo a distancia para tener tiempo de escapar.

Diez minutos más tarde, habían compuesto una especie de mecha de casi veinte metros de longitud hecha de trapos, maderas y papel de periódico, todo ello empapado de gasoil.

—Bueno, ya está todo preparado —sentenció él, dejando la lata de combustible en el suelo y secándose las manos.

—¡Hora de marcharse! —dijo Tabitha, con fingida ligereza.

En realidad, el corazón le latía atropelladamente, y se habría puesto a llorar se no haberle dado vergüenza que Milligan la viera.

—Tabby. ¿Estás segura...?

Ella lo interrumpió con un gesto de la mano.

—¡Vete! —le ordenó—. Y asegúrate de salir vivo del país. ¡Te necesito!

Él la miró unos largos instantes, haciéndola sentir incómoda.

—¿Qué miras? Sí, ya sé que estoy ridícula con este disfraz, pero...

Esta vez fue él quien la interrumpió con un gesto; de improviso, Porter le dio un breve beso en los labios. La miró fijamente unos segundos más y le repitió que era una heroína.

—Las heroínas suelen morir... —dijo ella con un hilo de voz.

—No cuando el héroe las salva —respondió él con una tierna caricia.

Inmediatamente, como si no hubiera pasado nada, continuó dándole instrucciones, dejándola descolocada por un momento.

—Espera tres minutos después de que yo me haya ido. De este modo debería disponer de tiempo suficiente para volver a la carretera principal y tomar la ruta hacia Kunming. El aeropuerto estará imposible, así que he decidido realizar un trozo del trayecto en coche. Quiero llegar a Nanning y desde allí tomar un avión a Hong Kong. ¿Tienes el mechero?

Ella asintió, esforzándose por escuchar con atención. Todavía estaba trastornada por el beso inesperado de aquel hombre. No sabría describir la amalgama de sensaciones que hervían en su interior.

—No sé cuánto puede tardar la llama en llegar al camión —seguía el agente—, pero me temo que irá muy rápido. O sea que sal tan rápidamente como puedas. Tendrás sólo unos segundos. Sal por la puerta de los aviones y lánzate entre esos matorrales, boca abajo. ¡Si todo va como debe ir, aquí dentro hará mucho calor!

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia el Hyundai. Con la puerta del coche abierta, a punto de irse, la miró por última vez.

—Gracias —dijo, de forma apenas audible.

Ella asintió con media sonrisa.

—Llegaré hasta el final de este asunto, no te preocupes. Te sacaré del país cueste lo que cueste.

El dolor de cabeza remitía lentamente. Las pastillas empezaban por fin a surtir efecto. Como siempre después de una crisis de dolor, el mundo a su alrededor parecía irreal. Los

objetos, las personas, el mismo aire, adquirirían una especie de barniz brillante, los sonidos llegaban a sus oídos matizados por un ligerísimo y constante zumbido.

¿Qué había pasado?

Quintero trató de disipar la niebla de su memoria para averiguar qué había que hacer. Recordaba que Tabitha se había lanzado literalmente sobre el maletín y había salido del hotel. Él hubiera querido seguirla, pero el dolor de cabeza era como una estaca que le atravesaba el cuerpo y le mantenía atenazado en la butaca.

Recordaba —aunque no sabría decir si había sido, más bien, fruto de su imaginación dolorida— haber visto a Westward y a otro hombre salir del hotel unos minutos después de la chica. Si era cierto, significaría que el cabrón se le había escapado de entre las manos.

Se maldijo por sus repentinos dolores de cabeza. Era la segunda vez en pocos días que fallaba en su objetivo.

—¿Qué coño voy a hacer ahora? —murmuró entre dientes, pensando que ya nunca más podría volver a su vida anterior.

Si Hartley Westward salía vivo de aquel país, aquellos criminales de la CIA no pararían hasta eliminarle. Sabía demasiadas cosas.

Entonces la vio. Era una mujer que llamaría la atención en cualquier lugar —alta, elegante, *sexy*, y con aquellos atractivos ojos azules y el lápiz de labios morado—, pero en la recepción de aquel hotel lleno de asiáticos no podía pasar desapercibida. La reconoció al instante: era la asesina a sueldo de la CIA, cuya fotografía le había mostrado Milligan esa misma mañana. Se llamaba Julie Kerr; Jaime Quintero nunca olvidaba un nombre cuando se trataba de trabajo.

La mujer hablaba por teléfono mientras consultaba un aparato que parecía una pequeña agenda electrónica. Pasó lo bastante cerca de donde él estaba sentado como para que pudiera escuchar parte de lo que decía.

—... por una carretera secundaria, sí. Está parado desde hace diez minutos a tres millas al sur del aeropuerto. ¿Cómo? Dian, sí. El lago Dian.

Quintero notó una inyección de adrenalina en el cerebro que le afiló los sentidos, y se sintió, de pronto, preparado para la caza.

¡Aquellos cabrones habían instalado un localizador en el maletín! ¡Tenía que apoderarse de él! Ese aparato le llevaría hasta Westward.

Salió del hotel por las puertas giratorias unos pasos detrás de Julie Kerr, preparando ya de nuevo el arma. La tenía a dos metros; un par de pasos largos, un rápido disparo en la nuca, y podría partir a buscar al cabecilla de la CIA.

No fue capaz...

Tenía ya el dedo en gatillo, el arma elevada, no podía fallar. Pero no disparó.

En aquellos fugaces segundos, mil imágenes se amontonaron en su mente. Vio a su hija Aina, a Esther, a la amiga de Tabitha, asesinada por él mismo en la mansión de Vallvidrera; vio, incluso, los ojos azules de aquella proxeneta chantajista pidiéndole clemencia...

En aquel momento, Julie Kerr se volvió y lo miró con repentina cara de susto.

Aquellos ojos azules...

La chica dejó caer el móvil para sacar el arma, pero él le agarró el brazo con fuerza y negó con la cabeza mientras le hundía el cañón de la pistola en los riñones. Julie se quedó quieta, con una expresión que tenía tanto de resignación como de ira.

—¿Vas a matarme? —preguntó, con cierto desafío a la voz.

Quintero sintió como si un puño le estrujara el estómago bajo la mirada de aquellos ojos de color de hielo. ¿Qué le estaba pasando? Era evidente que había que eliminarla; era fundamental sacarla de la ecuación allí mismo, en ese preciso instante. Se estaba jugando la supervivencia. ¿Por qué demonios dudaba?

En lugar de ello, la condujo a empujones hacia un solar adyacente al hotel, le arrebató el receptor de la señal localizadora y la aturdió estampando su cabeza contra un muro.

Tabitha Cowan vio alejarse el Hyundai Elantra de color verde oscuro y no pudo evitar que unas lágrimas brotaran de sus ojos y la garganta se le hiciera un nudo. Si hubiera pretendido hablar, no habría podido.

Para dejar pasar los tres minutos que le había pedido Porter, midió la distancia en pasos que había desde el final de la improvisada mecha hasta la enorme puerta del fondo. Cincuenta y tres. Debería ser capaz, incluso con el disfraz, de llegar hasta allí antes de que todo estallara.

Contó unos veinte pasos más hasta el margen del asfalto, donde había una zanja poco profunda cubierta de matorrales. Detrás de la vegetación baja, había una hilera de árboles. Ese sería buen lugar para tumbarse esperando la explosión.

Siempre le habían dado miedo los explosivos, y más desde el susto de muerte que recibió ahora hacía medio año —¡parecía toda una vida! — en Afganistán. Y odiaba la idea de tener que hacerlo sola. Pero no había más remedio.

Mientras volvía hacia el hangar, pensaba en lo que iba a hacer, y en que seis mil millones de personas en ese momento eran totalmente ajenas a su sacrificio. No sabía si alguien llegaría jamás a saber que ella lo arriesgó todo para evitar una epidemia mortal de consecuencias imprevisibles. De repente, se sintió pequeña e insignificante; las dudas

sobre su valía como profesional y como persona que siempre la habían acompañado volvían ahora con más fuerza que nunca. Se volvió a preguntar, por enésima vez en aquellos últimos días, que demonios hacía ella allí, cómo podía haberse visto envuelta en ese juego geopolítico macabro que nada tenía que ver con ella.

Al entrar en el hangar, pasó por delante de una puerta de cristal que daba acceso a una garita en el interior del edificio. Se detuvo para mirar su reflejo y se echó a reír; fue una risa nerviosa, en absoluto alegre. En el vidrio, una mujer gruesa que ni siquiera existía en realidad, una tal Darcy Campbell, le devolvió la risa.

¡Qué ridículo era todo aquello!

Entonces miró la mecha, y decidió con un resoplido que ya habrían pasado más de tres minutos.

—¡Hay que espabilar! —dijo en voz alta, con más ánimo del que sentía.

Comprobó que todas las secciones de la mecha estaban empapadas de fuel, tal como le había instruido Porter Milligan.

¿Y el beso? ¿Significaba algo? Con una sonrisa, pensó que lo mejor de llevar látex en la cara era que no se le debía haber visto el intenso sonrojo de las mejillas cuando Porter la besó.

Para asegurarse de que no se apagaría la llama, decidió volver a echar un chorro de gasolina por toda la longitud de la mecha. Después, metió la lata en la cabina del camión y comprobó que el maletín estaba en su lugar, sobre el respaldo del asiento, apoyado contra el cristal trasero de la cabina, donde se suponía que recibiría más directamente el calor del combustible ardiente.

—¡Maldito maletín! —exclamó, mientras se secaba las manos antes de comprobar el encendedor—. Hemos tenido que perseguirte por medio mundo para destruirte. Espero que...

En ese momento se dio cuenta.

Ella sabía que había que confinar a los virus a bajas temperaturas para mantenerlos estables. Miró el maletín, y vio que no sólo era metálico para reforzarlo contra los golpes, sino porque, muy probablemente, fuese isotérmico. Y, si era de buena calidad, podría, quizá, ¡ser capaz de preservar el virus contra las altísimas temperaturas de la explosión!

—¡Mierda! —gritó, casi con violencia.

No podía arriesgarse a hacer estallar el camión si no estaba segura de que los virus serían destruidos.

Sacó el maletín de la cabina para tratar de abrirlo, a pesar de la poca gracia que le hacía manipular su interior. La cerradura era de combinación. Habría que reventarlo.

El tiempo corría en su contra. En cualquier momento podía aparecer algún empleado del aeropuerto, o algún operario, y podían descubrirla. Si esto pasaba, ¿cómo explicaría lo que estaba haciendo? ¿Tendría tiempo de hacer saltar el depósito por los aires antes de que la detuvieran?

No tenía ganas de agitar demasiado el maletín, por lo que descartó métodos como tirarlo al suelo con violencia o golpearlo con una maza. Encontró una barra de hierro con la punta aplastada y pensó que serviría de palanca.

—¡Podías haberlo pensado tú, Porter! —se dijo con amargura.

Bajo los rellenos, sudaba abundantemente por las axilas. Sin embargo, no se decidía a quitarse el disfraz. No sabía qué iba a pasar, y, al fin y al cabo, había entrado en el país como Darcy Campbell. Por supuesto, no favorecería a su previsible causa con la justicia china haber actuado bajo una identidad falsa. Quizás debía plantearse volver a ser Tabitha Cowan y que fuese lo que Dios quisiera.

—Sí, lista, pero ¿y qué ropa me pongo? —se preguntó a sí misma, siempre práctica.

No tenía ni siquiera ropa interior de su talla, y los vestidos de Darcy Campbell quedarían ridículos sobre el enjuto cuerpo de la periodista escocesa.

Al final, después de largos minutos de esfuerzos y jadeos, la cerradura cedió. El interior de la valija le decepcionó un poco. No sabría decir qué esperaba encontrar, pero no era más que un maletín de negocios con un fondo de goma espuma con cavidades donde iban insertados, uno a uno, los *pendrives*. En todo caso, comprobó que, efectivamente, las paredes del maletín eran gruesas y recubiertas de aislante térmico. O sea, que había hecho bien abriéndolo.

Decidió esparcir las memorias extraíbles sobre el asiento del conductor del camión. Con dos dedos y un cuidado infinito, extrajo el primero de los *pendrives* y lo observó. Al hacerlo, no pudo dejar de pensar que quizás se estaba infectando de un virus mortal de necesidad.

Al terminar, cerró el maletín y lo dejó en el suelo apoyado sobre la rueda delantera.

—¡Bueno, ahora es el momento!

Tabitha Cowan se colocó de pie junto al extremo final de la mecha. Inhaló aire profundamente y, tras echar la vista atrás para volver a comprobar hacia dónde tenía que correr, hizo girar la rueda del mechero de gas para prender la llama.

Westward vio el hangar a mano derecha de la carretera.

—¡Debe ser allí! —gritó, señalándolo.

Julie les había comunicado la posición exacta que indicaba el localizador GPS que

habían colocado, prudentemente, entre los *pendrives*. Ella lo controlaba desde el hotel.

—Se han parado —les había informado—. Hace diez minutos que el maletín no se mueve de lugar.

—Bueno, vamos a ver qué pasa —dijo Hartley por el intercomunicador—. O bien lo han abandonado, cosa que dudo, o bien planean algún truco. Más vale que nos demos prisa, Carmel.

Les había sorprendido que, al final, no hubieran ido hacia el aeropuerto. Se habían desviado unos kilómetros antes de la carretera principal. Eso explicaba por qué no habían tenido noticias de su detención en alguno de los controles policiales de acceso, a pesar de seguir en contacto permanente con el oficial Deng.

Mientras se acercaban al hangar, Westward sentía retortijones en la tripa. Se maldecía a sí mismo por haber sido tan bocazas en Barcelona; un error de principiante, rey de la arrogancia. Había subestimado a sus enemigos todo este tiempo, y ahora se encontraba en una situación absurda, persiguiendo un maletín lleno de virus mortales en una región remota de China. Debería dar explicaciones al comité de *Onesimus*, pasara lo que pasase. Por suerte, ninguno de los *Redskins* supervivientes había sido testigo de su grave error.

—¿Cree que estarán allí dentro? —preguntó Sposito.

—Tiene que estar. Según Julie, las coordenadas son éstas. Me pregunto qué están tramando.

Tenían el hangar a tan sólo doscientos metros.

—Para el coche, Carmel. No quiero que nos oigan llegar.

Se bajaron del coche y, con las pistolas en la mano, corrieron hacia la inmensa y destartalada estructura. Ninguno de los dos era ya joven; al llegar junto a la puerta resoplaban ruidosamente.

—Ve por detrás, Carmel. Esperaré un minuto y entraré. Permanece atento; si Milligan está aquí, nos puede dar un disgusto.

Cuando Sposito se hubo largado, Hartley echó un vistazo por la puerta. Con la claridad de fuera le costaba ver qué había en el interior.

—*Fuck!* ¡Aquí se podría esconderse un batallón y yo ni los vería!

Vio que al otro lado del hangar, la puerta de los aviones estaba abierta de par en par, pero el contraluz tampoco facilitaba la visión.

Debo entrar, pensó. Calculando que Carmel habría alcanzado ya el otro extremo, se arriesgó a entrar por la puerta lateral. Pegado a la pared, con el arma a punto, esperó unos instantes para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Todavía estaba pensando qué debía hacer cuando la vio al otro lado, hacia la mitad del hangar. Estaba quieta, observando algo, y llevaba un mechero encendido en la mano.

Entonces vio el camión de fuel y el maletín —*¡El maletín!*— apoyado contra una de sus ruedas y comprendió al instante qué pretendía aquella loca.

—*Freeze!*—gritó; y su voz retumbó por el hangar—. ¡No te muevas o disparo!

Tabitha Cowan recibió un susto de muerte. Se quedó quieta, como le pedían, pero sólo porque su cuerpo no respondía a las instrucciones del cerebro. La llama seguía encendida en su mano.

Westward se acercaba.

—¡Apaga el mechero! ¡Ahora!

Tenía que tomar una decisión. ¿Qué había que hacer?

Dios mío, pensó la muchacha. ¡Si enciendo la mecha me matará!

El agente de la CIA seguía acercándose, paso a paso, apuntándola firmemente con la pistola. Le tenía ya a treinta pasos. El hijo de puta no fallaría.

—¡Quédate donde estás!—ordenó ella, finalmente.

La voz le había salido aguda y desconocida. Pero su voluntad era firme: si ese asesino avanzaba un paso más, arrojaría el encendedor sobre la mecha. Y que fuera lo que Dios quisiera.

Hartley bajó el arma, dubitativo.

—No te precipites —dijo—, o volaremos ambos por los aires.

A la espalda de la chica, aunque a cierta distancia, Westward pudo ver al agente Sposito. Unos segundos más, y la tendría a tiro.

—¿Señorita Cowan? —empezó, para ganar tiempo—. Se me hace difícil reconocerla con este disfraz.

Westward sonreía ahora ampliamente. Tabitha temblaba como una hoja en otoño por los nervios. Pensó que la voz de su enemigo sonaba áspera y chirriante como cuando se mastica arena con las muelas.

—Debo reconocer que, una vez más, me ha sorprendido usted —añadió el agente, comprobando que Carmel Sposito la tenía ya a su alcance—. Ha sido una adversaria más que digna. Me ha fastidiado hasta el final y casi me ha hecho fracasar en esta batalla. Pero ya es hora de acabar con este juego. ¡Ustedes no pueden ganar, señorita Cowan!

En aquel momento, todo se precipitó. Tabitha temblaba tanto que la llama parecía bailar sobre el mechero. Cuando estaba a punto de soltarlo, oyó una explosión, seguida inmediatamente de otra, y un fuerte golpe en el hombro izquierdo la tumbó.

Tendida en el suelo, boca abajo, empezó a sentir un dolor agudo que le bajaba hacia el pecho como el veneno de una víbora. Vio como Westward pretendía echar a correr, y escuchó una voz que le ordenaba que se quedara quieto y arrojara lejos el arma.

Alguien se le acercó por detrás.

—¿Darcy?

¡Era Jaime Quintero, bendito él!

La ayudó a levantarse con la mano izquierda. Con el otro sostenía un arma aún humeante. Ella se levantó, y buscó el encendedor. Había caído, todavía encendido, a dos palmos de la mecha.

—Sobrevivirás —le dijo Jaime, examinándola de un vistazo—. La bala te ha rozado la cabeza de la clavícula. Es doloroso, pero no hay peligro. Ha hecho más destrozos en el relleno que en tu carne.

Westward parecía estar viendo fantasmas. Con el rostro exangüe y la mirada desorbitada, los contemplaba a ambos como quien mira al diablo cuando escoge sus almas entre los muertos.

Tabitha, aunque aturdida y apoyándose en el brazo de Quintero, se dio cuenta de que más atrás yacía un hombre en el suelo gris del hangar. Tenía la cara bañada en un charco de sangre oscura y espesa que no paraba de crecer. Estaba muerto. Y, sorprendentemente, la visión de aquel cadáver no le provocó ninguna emoción. Estaba demasiado agotada.

—¿Le has matado tú? —preguntó a Jaime.

—Sí. De nada —contestó éste—. Parece que he llegado justo a tiempo.

La cara de Hartley Westward pasó del blanco al rojo. Estaba lívido de furia.

—¡Malditos estúpidos! ¡Cabrones de mierda, cretinos inútiles! ¿Cuándo me dejaréis en paz? ¿Cuándo dejaréis de meteros donde no os llaman? ¿Os creéis unos héroes? ¿Os creéis de verdad que estáis salvando al mundo? ¡No tenéis ni idea de dónde os habéis metido, pobres imbéciles! ¿Pero qué coño os habéis creído? ¿Quiénes sois vosotros para entrometeros en el destino de las naciones? ¡No sois más que unos insignificantes ilusos! ¿De verdad os creéis que podréis detener el curso de la historia?

Estaba fuera de sí. Iba acercándose a ellos, gesticulando y escupiendo espumarajos blancos. Su voz era cada vez más gutural; parecía rasgarse con cada palabra.

—Eres un lunático, viejo estúpido —contestó Quintero con calma—. Y ya es hora de que te calles para siempre.

—¡Espera! —soltó de pronto Tabitha—. ¡No lo hagas, Jaime, por el amor de Dios! ¡Para ya de matar a gente! Estoy cansada... Tengo ganas de volver a casa y olvidarlo todo.

—¿Y tú crees que con este elemento campando a sus anchas por el mundo podrás volver a casa y retomar tu vida? No, hija, no. Es él o nosotros.

—¡Malditos estúpidos! —repitió Hartley—. No os dais cuenta, ¿verdad? No os dais cuenta de que esto que estamos viviendo es la Tercera Guerra Mundial, la batalla por la supervivencia de la civilización occidental. ¿No veis que si no hacemos nada los chinos

dominarán el mundo? Quizá los Estados Unidos de América no es el país más perfecto del mundo, pero ¿creéis de verdad que vuestra miserable existencia sería mucho mejor bajo el dominio comunista? ¡Si no hacemos nada ahora, vuestros hijos y vuestros nietos lo sufrirán!

Jaume Quintero no quería seguir escuchando. Pero la última frase de Westward le había hecho pensar en su hija. Desde que había conocido su existencia, no podía quitarse de la cabeza que él había contribuido a traer al mundo —a este mundo de maldad y cinismo— a un ser vulnerable e indefenso, y se preguntó, por primera vez en su vida, si él estaba haciendo algo para hacer el mundo mejor.

La duda debió reflejarse en su rostro, porque Tabitha le preguntó si le pasaba algo y Westward se había callado.

—No, no, ya estoy bien —respondió—. Ya se me ha pasado la migraña antes. Justo a tiempo para seguir a estos hijos de puta hasta aquí.

—¿Y la chica? —siguió preguntando Tabitha.

Quintero la miró con una expresión indescifrable en sus ojos.

—La asesina a sueldo de la CIA —seguía ella, pensando que no la había entendido—, la que Milligan nos dijo que era más peligrosa que una serpiente. Pensaba que la habrías... interceptado en el hotel.

Él negó tristemente con la cabeza, medio avergonzado.

—No he tenido... ánimo para disparar.

Quintero sintió una punzada de inquietud. A las puertas del hotel no había sido capaz de pensar fríamente. Cuando tuvo a tiro a esa asesina le vinieron arcadas en la resaca del dolor de cabeza; se dio cuenta de que no era capaz de volver a matar a una mujer.

Ese había sido su gran error. Por vez primera en su vida profesional se había dejado llevar por sentimentalismos. Ahora lo veía claro: había dejado un enemigo a su espalda. ¡Imperdonable!

Quintero y Cowan oyeron unos pasos de zapatos con tacones provenientes de la entrada de los aviones. La periodista se dio la vuelta al instante. Quintero no; sabía que ya era demasiado tarde.

—Aina... —pronunció, justo un momento antes de que un disparo retumbase de nuevo en el hangar.

Jaume Quintero, asesino a sueldo, profesional casi perfecto, había cometido el último error de su carrera. El pecho le estalló al salir la bala; cayó sin llegar a cerrar los ojos.

—¿Cuántas vidas tiene un gato? —preguntó, de repente, Tabitha.

—¿Qué?

Westward seguía tirando del brazo de la periodista. Estaba profundamente cabreado, a pesar del alivio de haber recuperado el maletín. Por culpa de esa estúpida, ahora debería empezar de nuevo.

Tabitha, por su parte, se sentía curiosamente relajada. Se había agachado junto al cadáver de Quintero y había llorado. Le acarició la mejilla y le cerró los párpados. Aquel hombre amoral, aquel asesino sin escrúpulos, había llegado a ocupar un pequeño rincón en el corazón y en la memoria de Tabitha Cowan. Se sintió, de pronto, vacía como un desierto, triste ante lo absurdo de la vida y la muerte.

Pensaba que oiría un último disparo a sus espaldas y que todo acabaría. Entonces, Westward la asió con violencia por el brazo y le obligó a levantarse. La herida en el hombro irradió dolor en todas las terminaciones nerviosas de su cerebro.

Ahora, ante el inminente fracaso de su intento para salvar el mundo, hizo un rápido repaso de su vida en los últimos meses. Su pacífica y relativamente segura existencia de seis meses atrás se había acelerado en un torbellino incesante de peligros y sensaciones.

Recordó los amenazantes silbidos de las balas en Taloqan, en las montañas de Afganistán, cuando aquel desgraciado de Malqum había sido acribillado por un líder rival en su presencia. Pensó en Damian Harper, el amigo de su padre, muerto —ahora ya no había duda— por haber querido revelar sus sospechas a una periodista. Sintió un escalofrío al revivir la muerte de la sargento Jessica Lobo; aquel sonido sordo y líquido de su cráneo al estallar a escasos centímetros de su cara. Se le humedecieron los ojos al pensar en su amada Marie, tan desdichada, a quien la vida le fue arrebatada de manera tan injusta cuando Quintero la confundió con ella. Recordó, también, cómo aquel agente con cara de rata había preparado la pistola para ejecutarla en Barcelona, justo antes de que Jaume le clavara un tiro entre las cejas. Y, finalmente, cuando hacía unos instantes ese otro agente le había disparado por la espalda, la bala tan sólo le había rozado el hueso.

Había esquivado a la muerte seis veces —¿o quizás alguna más?—. ¿Cómo podía ser tan cruel el destino de mantenerla viva hasta entonces para hacerla fracasar cuando iba ya a cumplir lo que le había sido encomendado?

Se miró los pies mientras caminaba al lado de Westward hacia la salida del hangar. La situación no podía ser más grotesca; se veía los tobillos hinchados por los rellenos de silicona y recordaba las palabras de Jaume Quintero: «Los tobillos te pueden delatar». ¡Que absurdo! ¿Moriría disfrazada de Darcy Campbell? ¿Recibiría las balas embutida como un morcilla de cerdo?

—Me preguntaba que cuántas vidas tiene un gato —dijo, casi para sí misma,

mirándose aún los pies sin dejar de caminar, sintiendo los latidos de su corazón en la herida del hombro—. Nosotros decimos que tienen nueve. ¿Pero sabes que en España sólo tienen siete? Si es así, me temo que yo ya he gastado seis. Me pregunto cuántas vidas deben tener los gatos chinos.

Westward no estaba para sandeces.

—¡Julie! —gritó.

Hizo un gesto a la agente, señalándole a Tabitha con la cabeza; era la orden de ejecución.

Mientras Westward encaminaba sus pasos hacia la puerta del hangar con el maletín en la mano, Julie Kerr se acercó a la periodista con una sonrisa sádica. Tenía la parte izquierda de la melena acartonada con sangre seca; parecía una bellísima loca de algún cuento de terror. Apoyó el cañón de la pistola sobre la frente de la periodista y la deslizó con suavidad por toda su fisonomía hasta la barbilla.

—Bonito disfraz —le dijo—. Sólo de cerca se ve que eres un fraude.

Fue en ese momento cuando Tabitha lo vio todo claro. Ya nada importaba. Si aún le quedaba una vida, aunque fuera la última, la iba a emplear en hacer lo que había que hacer. Su corazón se ralentizó y la mirada se afiló a medida que la convicción ganaba terreno al miedo.

Julie lo notó, sintiendo un fugaz momento de duda.

—¡Westward! —gritó la periodista.

El agente estaba ya a unos cuantos metros de ellas. Se detuvo, y la miró por encima del hombro, molesto por la interrupción.

—¿Crees que has recuperado los virus? —preguntó Tabitha.

Hartley frunció el ceño. «¿Qué demonios...?» —pensó.

—¿Lo quieres comprobar? —seguía ella.

El agente vio entonces que el maletín había sido forzado. Lo abrió con precaución y comprobó que estaba vacío.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó con desesperación, lanzándolo con fuerza a sus pies—. ¿Cuándo cojones dejarás de ser un grano en el culo?

El mechero de gas aún llameaba en el suelo. Nadie le había prestado atención desde que a Tabitha se le había caído.

Julie Kerr dudaba. ¿Era una táctica para retrasar lo inevitable? ¿O tenía esa fulana un as en la manga?

—¿Boss? —dijo para pedir instrucciones, apartando la mirada de Cowan por una décima de segundo.

Ésta le golpeó el brazo con violencia y, en un mismo movimiento, se arrojó al suelo

para recuperar el encendedor y lanzarlo sobre el fuel; la mecha despertó con un soplo de fuego a la vez que Julie disparaba precipitadamente, errando el tiro.

—¡Mierda! —gritó Westward—. ¡Salgamos de aquí!

Echó a correr hacia la puerta. Kerr dudó sólo un segundo en seguirle, dejando atrás los zapatos de altos tacones para ir más rápido.

Tabitha Cowan, la que había sido periodista estrella del New York Times, la chica de cerebro brillante y frágil autoestima, respiró satisfecha tumbada en el suelo. Los *pendrives* con el virus estaban todavía en el asiento del conductor, donde ella los había colocado. Quizá era irónico que fuera a hallar el sentido de su vida en la China profunda, disfrazada de mujer gorda. Por primera vez en su vida, no había sido un mero testigo del devenir de los hechos; con su acto, había hecho historia.

Una sonrisa cruzó su rostro justo en el momento en que la llama llegó a las cuatro toneladas de combustible de la cisterna del camión.

Octubre 2003

Washington, DC (EE UU)

El Secretario le había citado en Mason Neck State Park, en Virginia, aquella misma tarde. En su breve conversación telefónica, Porter había insistido sobre la gravedad y urgencia del asunto. Acababa de aterrizar y estaba agotado, pero no había tiempo que perder.

Al final había decidido conducir el Hyundai Elantra desde Kunming hasta Hong Kong, un tedioso viaje de dos días por carreteras infernales. Su plan original había sido tomar un avión en Bose, o Nanning. Pero decidió que tenía más probabilidades de pasar desapercibido conduciendo que volando. Con toda certeza, Westward movería cielo y tierra para encontrarlo, y no convenía arriesgarse.

Después de dejar a Tabitha en el hangar, se había extrañado de que tardara tanto en hacer estallar el camión. Por dos veces paró el coche en la carretera para salir y mirar atrás, buscando una columna de humo en el horizonte.

Cuando ya había pasado más de un cuarto de hora desde que la había dejado, decidió volver, convencido de que algo había ido mal. Pero entonces vio al fondo la gran bola de fuego que se alzó majestuosa durante unos momentos, incinerando los mortíferos virus y liberando al mundo de una pesadilla.

—¡Bravo, Tabby! —murmuró con una sonrisa de genuina admiración.

Pasar a Hong Kong y coger el primer vuelo a Estados Unidos había sido fácil. Llevaba encima uno de los pasaportes falsos que la propia CIA le había proporcionado, así como suficiente dinero en metálico como para no tener problemas.

Ahora, una vez en Washington, comprobó que había sido el primero en llegar. Se subió el cuello de la gabardina para protegerse de los primeros fríos del otoño mientras esperaba con impaciencia al Secretario de Estado, sufriendo por Tabitha Cowan, pensando que tal vez la pobre estaba siendo maltratada por las autoridades chinas en alguna prisión de mala muerte. Había leído todos los periódicos que habían caído en sus manos en los diferentes aeropuertos de paso, pero en ninguno de ellos se citaba el incidente de Kunming. No sabía decir si aquello era buena o mala noticia.

Por fin, cuando ya empezaba a desesperarse, oyó un automóvil en la distancia. Alguien se bajó por la puerta de atrás, y comenzó a caminar hacia él. El chófer permaneció dentro del vehículo.

El Secretario llevaba una gabardina muy parecida a la suya pero de mejor calidad.

—¡Porter! —saludó el Secretario—. Perdona por el retraso. Unos asuntos de última hora me han retenido más de la cuenta.

Le estrechó la mano con fuerza. Llevaba unos caros guantes de cuero y botas de felpa. Le puso el brazo en el hombro y echó a caminar junto a él.

Tras breves palabras de cordialidad, con las que Porter quiso agradecerle que le atendiera con tan poco preaviso, entraron en materia. El agente le expuso, con tanto detalle como le permitía su ansiedad, todo lo que había descubierto sobre los *Redskins* y lo que había sucedido en Barcelona y Kunming.

El Secretario escuchaba con un gesto creciente de preocupación, deteniéndose a menudo para mirarle fijamente pero sin pronunciar una palabra. Parecía evidente que lo que le estaban explicando le causaba una gran conmoción.

—Esto que me expones es gravísimo —convino el Secretario, tras unos minutos de reflexión—. ¡No salgo de mi asombro! Si no fueras tú el que me cuenta, no me lo creería.

Le miró a los ojos durante un buen rato.

—Supongo que no hace falta que te pregunte si estás cien por ciento seguro de lo que estás contando. Las acusaciones que lanzas son muy graves.

—Cien por ciento, señor.

—Y estás dispuesto, entiendo, a testificar ante quien haga falta cuando se investigue este asunto.

—¡Por supuesto!

El Secretario se acarició el bien afeitado mentón con la mano enguantada, ponderando la información. Retomó el paseo tomando a Milligan del brazo.

—Por lo que me dices, parece ser que los famosos *Redskins* han sido diezmados, ¿no?

—Sí, señor. Que yo sepa, Westward sólo cuenta ya con el agente Sposito y la agente Kerr. Pero necesitamos localizarlos y arrestarlos antes de que huyan, señor.

—Y este... ¿cómo le llaman? ¿*Chief*? ¿Se sabe quién es?

—Me temo que no. No he sido capaz de averiguarlo, pero...

Milligan dudó.

—¿Sí?

—En cierto modo, señor, me da miedo averiguarlo.

El Secretario le miró una vez más, con una leve sonrisa.

—Te entiendo —le aseguró—. Piensas que quizás es algún alto cargo.

El agente asintió con la cabeza.

El Secretario caminaba despacio mirando al suelo, pensativo. Parecía considerar con gravedad todo lo que el agente le había dicho. Estuvieron un par de minutos en silencio,

escuchando solamente el crujido de las hojas secas bajo sus pies a cada paso.

—¿Con quién más has hablado de esto? —preguntó entonces el Secretario.

—Con nadie. Le he llamado directamente, porque en Langley no sé de quién me puedo fiar. Ni siquiera sé si puedo confiar en el Director.

El Secretario asintió, comprensivo.

—Y has hecho bien, Porter. Uno no es jamás lo bastante prudente en estos asuntos.

—¿Señor?

—¿Mmm?

El hombre arqueó las cejas, interrumpido en sus pensamientos.

—Me preocupa la suerte de Tabitha Cowan, la periodista.

—¡Tabitha Cowan! —repitió el político. Y con un gesto de la mano, añadió—: Yo de ti me olvidaría de ella, por ahora.

Porter se detuvo de inmediato, sorprendido e indignado.

—Pero, señor, con todos los respetos, no podemos dejarla en manos de los chinos. Ha sido ella la que...

El Secretario le interrumpió alzando ambas manos. Estaban cerca del coche en el que había venido, iluminados por los faros aún encendidos del vehículo. El chófer había abierto la puerta al verlos acercarse.

—No, no me has entendido, Porter. Si te digo que la olvides es porque sé que no está en manos de los chinos.

—¿Cómo?

Porter Milligan no lo entendía. ¿Era posible que Tabitha hubiera escapado? ¿Y cómo lo sabía aquel hombre?

El chofer se acercó a ellos. Su silueta negra apenas se distinguía a contraluz.

—No entiendo qué quiere decir...

Milligan dejó la frase en suspenso. Ante él, a dos metros escasos, se alzaba Hartley Westward, con un esparadrapo en la cabeza y una novísima Smith & Wesson 1911 en la mano.

—Quiere decir —intervino Westward— que Tabitha Cowan, ese grano en el culo de *Onesimus*, está muerta, asada como un pollo en un almacén de combustible de China. Espero que ahora siga ardiendo en el infierno.

Porter Milligan se quedó sin respiración. Su corazón se debatía entre latir mil veces por minuto o detenerse para siempre. Estaba agotado; llevaba tres días casi sin dormir, y todo lo que le rodeaba le parecía irreal.

—Lo siento, Porter —dijo el Secretario—. Me caías bien. Pero como *Chief* de la operación, no puedo permitir que nos sigas fastidiando. Sí, Porter, soy yo el que dirige la

operación que tú y tu amiguita habéis estropeado. No me juzgues. Espero que entiendas que lo que me guía no es más que el amor por mi país.

Y, tras una pausa, mientras Milligan luchaba por recuperar el aliento, el Secretario añadió:

—Ahora tengo que dejarte en manos de mi lugarteniente. Lo entiendes, ¿verdad? Un patriota como tú... Sabes que es por el bien de la nación.

El agente lo miró incrédulo, con la boca entreabierta pero sin ser capaz de pronunciar ni una palabra.

—Adiós, Porter. Que Dios te haya perdonado.

Milligan vio cómo el Secretario volvía al coche y cerraba la puerta trasera. Hartley Westward, delante de él, sonreía amargamente.

Entonces, en ese instante, Milligan se dio cuenta de que había sido un ingenuo. El propio Surtees, desde la tumba, se lo había advertido. «Los halcones de la administración», fue la expresión que había utilizado en la cinta. El Secretario y su equipo representaban el ala más reaccionaria del gobierno. Lo tenía que haber intuido.

—Dios mío... —murmuró el agente, sintiendo la boca seca y las axilas sudadas a pesar del aire fresco.

—No me hace ninguna ilusión hacer lo que voy a hacer —dijo Westward, con su habitual voz ronca que a Porter, en aquel instante, le sonaba como salida directamente del averno—. Siempre te he respetado. Pero esta vez has elegido el bando equivocado. Nosotros somos los buenos, Porter.

Y, con estas palabras, apretó el gatillo dos veces.

Porter Milligan, con el cerebro aún nublado, se desplomó sin acabar de entender en qué había fallado. Allí, entre las hojas secas de otoño, en ese parque de las afueras de la capital del país que tanto amaba, recibió en la cabeza el tiro de gracia y dejó de existir.

EPÍLOGO

19 de octubre de 2003

19 octubre 2003
Gunnison National Forest, CO (EE UU)

Hacía ya diez días que Hartley Westward y Julie Kerr habían vuelto de China con noticias del fracaso. Tuvieron que hacer frente a las violentas críticas por parte de los demás integrantes de *Onesimus*, que no entendían como algo preparado tan minuciosamente durante tanto tiempo hubiera podido fallar por culpa de una periodista y un agente entrometido.

Westward había logrado convencer al grupo de que existía la posibilidad de un segundo intento.

—Podemos aprender de los errores del pasado —había explicado—. Tenemos en nuestro poder cepas activas del virus ruso y el equipo de trabajo está casi intacto. Por el contrario, todo el mundo que sabía o podía saber algo de *Onesimus* está muerto. No tenemos ningún obstáculo delante, y *Chief* es partidario de volver a intentarlo.

El general Greenleaf amenazó con retirarles su apoyo, y algunos, como Barton, meditaban si todo aquello tenía algún sentido. Pero al final, ya que habían llegado hasta allí —y, al fin y al cabo, a pesar de todos los problemas, no se había estropeado todo irremediablemente—, decidieron trabajar en una nueva operación, de nombre clave *Agamemnon*.

Tras desbloquear agendas, cancelar reuniones importantes, aplazar viajes y comidas, estaban de nuevo todos reunidos en Gunnison Forest. Habían comprendido que era importante estar allí en ese momento.

Y no faltaba nadie. El general Ira Greenleaf con su eterna cara de malas pulgas, el coronel Ehringer siguiéndole el juego como perrito fiel. También Joshua Nathan Parsons, el ideólogo, fumando como siempre en pipa y dándose importancia al hablar. Seguían liderando *Agamemnon* los dos políticos neo-conservadores: el senador republicano de Iowa, Ronald McBride, y el de Tennessee, Lawrence Kravitt. Los poderosos empresarios, Kyle Uphaus y Jonathan Barton conversaban en una esquina sobre el precio del petróleo, mientras que JayJay Sarkar, el hombre del grupo al que más había irritado el fracaso de la empresa —a fin de cuentas era quien más se había arriesgado—, les había dicho a todos que buscaran otra forma de llevar los *pendrives* en China, que él ya había cumplido con su cometido.

El nuevo plan era bastante parecido al anterior. Habían tenido que quedarse una

semana entera encerrados en el chalé de Gunnison Forest, soportando sesiones de trabajo maratonianas para discutir sobre los detalles de seguridad del nuevo proyecto.

—Bueno, parece que por fin lo tenemos —dijo Westward.

Estaba de pie, junto a una mesa, sirviéndose café durante un descanso. A su lado, Julie asintió y estornudó un par de veces.

—Y tómate algo para tu dichoso resfriado, caramba, que ya nos lo has contagiado a mí y al general. Te has pasado toda la semana tosiendo y estornudando.

Julie no contestó. Encendió un cigarrillo y exhaló el humo hacia arriba, echando el rostro hacia atrás. Tenía un dolor de cabeza de mil demonios, y sólo el tabaco le aliviaba un poco el dolor. Tosió un par de veces, dos mazazos en su dolorido cerebro.

—¡Salud! Has pillado una buena, ¿eh? —terció el impertinente Joshua Nathan Parsons, acercándose a la mesa para coger una galleta de té—. Yo también empiezo a sentir una cierta irritación en la garganta. El aire acondicionado de esta sala, debe ser. ¿No debería verte un médico?

Era una pregunta retórica; no esperó respuesta y se fue a otro rincón de la sala a retomar su conversación con JayJay Sarkar y el senador Kravitt.

Julie le maldecía en su interior.«¡Pomposo de mierda!» —pensaba mientras inhalaba el humo del cigarrillo. Pero el filósofo tenía razón; esa mañana se había despertado con fiebre. Debía de ser una gripe de temporada.

Westward seguía charlando con ella.

—Esta vez no podemos fallar Julie. Tendremos que ver si replicamos un grupo como el de los *Redskins*, aunque no sé si...

Se interrumpió para estornudar.

—¡Vaya! ¿Lo ves? ¡Ya me lo has pegado, maldita sea!

De repente, Julie sintió en el estómago un dolor tan agudo que la dobló.

—¿Qué te pasa, Jules?

Westward le llamaba Jules cuando se ponía íntimo, aunque ahora no era precisamente el mejor momento.

Julie se enderezó, con el rostro y las manos sudorosos.

—¡Joder! —exclamó.

Odiaba encontrarse mal.

—Llamaré a un médico, Jules. Esto no puede ser. Llevamos no sé cuántos días encerrados en esta sala y estás contagiando tus virus a todos los presentes.

Fue en ese momento cuando Julie, como quien ve el fantasma de un enemigo muerto, abrió los ojos desorbitadamente con expresión de terror. La garganta se le secó de golpe. Oyó las palabras de su jefe rebotando en su mente como un eterno eco: «*tus virus...*».

—¿Y qué tienes aquí, en la cara? —seguía Westward—. Te han salido como unos granitos en la frente. Y cerca del oído. Tienes toda una erupción, como si...

De pronto, Hartley Westward vio el horror en los ojos de la chica y lo comprendió todo.

—¡El muy... imbécil! —exclamó ella, justo antes de vomitar ruidosamente sobre las tazas de café y las pastas y desplomarse al suelo.

Mientras agujonazos de dolor le cruzaban el cerebro, recordó las palabras de Guañabéns cuando yacían ambos en la cama del hotel de Kunming; recordaba como el estúpido le había dicho que, al probar el programa para preparar la presentación de los chinos, algo parecía ir mal en su ordenador: «La conexión no debía funcionar bien, e incluso he llegado a pensar, por el olor que desprendía, que el portátil tenía una avería y se había recalentado la fuente de alimentación». ¡El muy hijo de puta había probado uno de los *pendrives* con el virus! ¡En la habitación del hotel!

¡Y luego habían hecho el amor!

Humillada en el suelo, manchada de vómito en manos y rodillas, notó como una gotita de sangre empezaba a asomar por un seno de su nariz. Tenía a todos los miembros de la conjura a su alrededor, a una distancia prudente, debatiéndose entre el asco y la conmiseración. Y, en medio de todos los zapatos masculinos, Julie Kerr, asesina implacable a sueldo de la CIA, vio un par que se alejaban de ella. Hartley Westward, aterrorizado, los ojos fuera de las órbitas, se dejó caer derrotado en una de las sillas, mientras tosía sangre un par de veces y le subía la fiebre.